



Adolfo García Ortega

Una tumba en el aire



UNA TUMBA EN EL AIRE

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

Galaxia Gutenberg



Ayuntamiento de Málaga
Área de Cultura

Esta novela fue galardonada con el XII Premio Málaga de Novela, concedido el 17 de diciembre de 2018 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz, Antonio Soler, Alfredo Taján y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2019

© Adolfo García Ortega, 2019

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Imagen de portada: © Paul Jung/The Licensing Project.com

<<http://Project.com>>

Conversión a formato digital: gama sl

ISBN: 978-84-17747-48-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a

CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear

fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A José y Paloma

Los hechos aquí narrados son reales. Tuvieron lugar en la primavera de 1973. Esta novela está inspirada en tales hechos. Ni víctimas ni asesinos merecen el olvido

«Cavamos una tumba en el aire.»

PAUL CELAN

«Y lo que había estado tan lejos
estuvo de pronto cerca.»

FRANZ KAFKA

1

Por primera vez, aquel sábado 17 de marzo de 1973, Humberto Fouz tuvo la sensación de regresar a La Coruña como un triunfador. Quizá contribuían a ello la hora de su llegada, pasado el mediodía, y la tregua de la lluvia, tan constante en su vida, abriendo un arcoíris inmenso y grandioso nada más entrar por la avenida de Arteixo. «*Cuéntale a la orilla cómo has llegado, la orilla se asombrará*», canturreó el estribillo de una canción infantil inventada en el colegio, cuando era niño, que le rondaba por la cabeza. Había salido de madrugada de Irún, donde vivía desde hacía poco más de tres años, con sus dos amigos de siempre, Fernando y Jorge. Fernando y él se alternaron en la conducción del Morris Austin 1300 Victoria de segunda mano que tan ufanamente Humberto había comprado unos meses antes. «Un coche que es suave como la seda», decía. Jorge, en cambio, aún no se había sacado el carné de conducir, pero estaba en ello y se pasó todo el viaje repanchingado en la parte de atrás, viendo pasar fábricas, camiones, pueblos, ovejas, puentes y gasolineras, sin más iniciativa que mirar el reloj y hacer bromas.

De los dos amigos de Humberto, Fernando Quiroga era, en realidad, el amigo más antiguo y con el que más confianza tenía. Aunque se llevaban cuatro años de diferencia, Humberto y Fernando se conocían desde 1961, cuando coincidieron en una academia de idiomas nocturna de la calle Torreiro, en La Coruña, su ciudad natal. Humberto tenía diecinueve años entonces y Fernando apenas quince, pero por su aspecto algo anticuado aparentaba ser mayor. Compartían el mismo camino para ir a casa al salir de la academia y eso los unió cada día un poco más. Humberto vivía en el 22 de la calle Sinagoga, Fernando en el 38 de Riego de Agua, prácticamente distaba una casa de la otra unos diez minutos andando. No tardaron en hacer más largo ese recorrido adrede, prolongándolo por la Marina hasta la plaza de María Pita, en cuyas

arcadas se separaban, a veces muy tarde y después de haber hablado largo y tendido de su gran pasión: Rusia.

Jorge García llegó a sus vidas más adelante, en 1969. Era el más joven de los tres y Humberto lo conoció en un puesto callejero de libros antiguos que había en General Mola. Le llamó la atención el muchacho más bien bajo y muy delgado que hojeaba los mismos libros que él metiendo la cabeza entre las páginas con el cuello muy inclinado. Coincidieron en el interés por un libro sobre Stalingrado, un volumen de tapa dura y en buen estado de un autor italiano. Dado que Humberto ya había viajado fuera de España y había tenido trabajos esporádicos como intérprete en varios países, estaba en mejores condiciones económicas que Jorge, el cual había abandonado los estudios y buscaba un empleo. En realidad, Jorge no tenía ni un duro y se le notaba en el titubeo con que cogía, miraba y volvía a dejar en su sitio los libros que se comía con los ojos. Fue Humberto quien compró el libro, pero enseguida, antes de que los dos jóvenes se separaran, se lo tendió a Jorge y se lo regaló. «Toma, para ti, creo que yo ya lo tengo en casa», mintió Humberto. Se confesaron mutuamente su misma afición, aunque en el caso de Jorge, como más adelante le contaría a Humberto, aquella afición por la URSS y su historia tenía un cariz familiar que había terminado por ser obsesivo en el muchacho. Se refería al hecho de que un tío suyo comunista en la Guerra Civil había acabado por ser un coronel del Ejército Rojo precisamente en Stalingrado, a cuya dura batalla sobrevivió como héroe. Conocer su figura había supuesto una especie de epifanía para Jorge, que incubó una fiel admiración por su tío rojo. Aquella información captó en Humberto todo el interés, aunque podría decirse que fue en realidad pura fascinación. Había hallado en Jorge una joya por pulir y unos días después se lo presentó a Fernando.

Al cabo de poco tiempo, los tres jóvenes eran ya una piña, salían a beber tazas de ribeiro juntos y se intercambiaban datos curiosos, historias, libros y fotos sobre los antagónicos universos que habían dominado Rusia desde la derrota de la Grande Armée napoleónica, como contaba *Guerra y paz*, la novela de Tolstói que los tres habían leído en formatos de letra microscópica y traducción más que dudosa; sabían de Dostoievski y de la historia oculta de Rasputín, se habían empollado la Revolución rusa y dominaban la organización de los sóviets y las purgas de Stalin. La Rusia zarista y la soviética eran el terreno fantástico que los tres pisaban en su imaginación, a

cual más conocedor de aspectos sorprendentes, pero sin intención política, tan solo por el placer del juego del conocimiento.

Ni siquiera los separó el servicio militar que tuvieron que hacer Humberto y Fernando por esos años. Jorge, en cambio, se libró de la mili por razones de salud, le habían descubierto una leve lesión cardiaca que le causaba ahogos asmáticos, pese a haber sido el más deportista de los tres en la adolescencia. Había practicado hockey y buceo, siempre con poca habilidad, y tuvo que dejar ambos deportes después de que le diagnosticaran aquella insuficiencia en el corazón que le daba un aspecto enfermizo y frágil sin que, en realidad, lo fuera.

Físicamente, los tres eran desiguales. Fernando era alto y espigado, Humberto era de estatura media, rostro ovalado y ojos vivaces y alegres, Jorge era bajo y de rostro aniñado. El más fuerte era Fernando, de hombros anchos y rostro anguloso, rasgos armónicos y mirada serena al fondo de unas cuencas de ojos hundidas, tez pálida, pelo castaño oscuro y mechón rebelde ondulándole la frente. Su cara, al contrario de la de Jorge, aparentaba más edad de la que tenía y transmitía una confianza profesoral, de autoridad, que encerraba un aire de desidia y autolimitación, propia de un tímido. Jorge, de cabello frondoso ligeramente engominado, nariz prominente en una cara triangular e imberbe y una chispa risueña instalada en los ojos, como todos los bromistas, era alocado e inquieto, y ese rasgo de inestabilidad imprevisible hacía que no se le tomara en serio, por lo que parecía un solitario en busca de cómplices. Eso fue lo que adivinó Humberto cuando lo conoció en el puesto de libros usados. Humberto, aparte de ser el mayor de los tres, ejercía un cierto liderazgo sin pretenderlo. Si había un rasgo que lo definía era su vitalidad, un amor impulsivo por la vida. Todos cuantos lo conocieron citarían la sonrisa decidida, más inocente que irónica, que se le había fijado en el rostro, un rostro ovalado, de facciones bien parecidas y luminoso, ceñido por una barba un tanto excéntrica, de pastor protestante, que se había dejado por una apuesta con su amigo Fernando. Probablemente se sentía seguro tras esa barba poco corriente porque le daba una superioridad que en el fondo sentía. Era consciente, además, de que las experiencias de los viajes y su dominio de idiomas le habían curtido la piel, por así decir, y asumía ese liderazgo en su entorno con un sutil paternalismo. Al fin y al cabo, no había cumplido los

treinta aún pero había vivido lo suyo. Para sus vecinos y conocidos, era de esas personas que sabían a ciencia cierta que podían llegar lejos, solo era cuestión de tiempo y de paciencia. ¿Habría llegado a gobernar la prisa que lo azuzaba por dentro, como un estímulo enérgico que le daba alas para afrontarlo todo, de haber vivido más años? ¿Habría logrado canalizar la seguridad en sí mismo sin que pareciera inmodestia o vanagloria? A Humberto, como a su manera también a Fernando, le quedaron por delante muchas preguntas sin respuesta. Jorge aún no había dado el paso de planteárselas.

La decisión más importante que Humberto iba a tomar en su vida fue la de dejar definitivamente La Coruña en busca de un empleo con futuro, y la compartió con Fernando y Jorge. «Somos larvas y nos toca impresionar. Nos toca abrirnos camino de verdad», esas eran expresiones que empezó a repetir por esa época. La ocasión se presentó cuando su hermana Isabel, casada y con dos hijos pequeños, se tuvo que ir a vivir a Irún debido a que su marido Cesáreo fue destinado como trabajador de Renfe a esa ciudad. Estaba seguro de que allí, en la cercanía de su hermana, le sería más fácil hallar un trabajo que le satisficiera. Su hermana Isabel lo animó a que se trasladara con ellos. Así, de paso, los dos se tendrían cerca, porque ella adoraba a su hermano y él siempre la colmaba de atenciones y le comentaba las cosas que le pasaban como a una amiga. Podía vivir en casa de su hermana y su cuñado hasta que encontrara un piso propio, sin prisas, que para eso eran hermanos y se querían. Humberto aceptó la proposición sin pensárselo dos veces. Y de inmediato maquinó la manera de llevarse consigo a Fernando y a Jorge. Le cruzó por la cabeza la idea insoportable de distanciarse de sus dos amigos o la más insoportable aún de no volver a verlos.

Por otra parte, le excitaba mucho la cercanía de Francia, la puerta de Europa, la puerta de los viajes, porque Humberto amaba, por encima de todas las cosas, viajar. Y en su corta vida hasta la fecha, por ese impulso que lo llevaba a conocer otros lugares, había viajado a países como Suiza, Suecia, Italia, Bélgica, Francia, Alemania, Reino Unido —Southampton— y la URSS, donde tuvo un empleo temporal por dos meses en una empresa de transportes polaca y lo consideró el mayor regalo que le había dado la vida hasta entonces. Si viajaba tanto y con tanto provecho era debido a que, como todos

reconocían con asombro, Humberto Fouz poseía un talento extraordinario para las lenguas. Era un portento, le bastaba con oírlas para que se le quedaran. En 1973 hablaba ya cinco idiomas y estaba estudiando italiano y ruso, su preferido, en la Academia Edwards de la calle Urbietta de San Sebastián con mucho provecho.

Tiempo atrás, cierto día de febrero de 1970, cuando ya sabía Humberto que se iría a vivir a Irún, se conjuró con sus amigos. Para ello, se citó con Fernando y Jorge en un bar de la Ciudad Vieja al caer la tarde y, sin mediar palabra, se los llevó hasta el esquinado Jardín de San Carlos. Desde el mirador amurallado se vislumbraba el gris pizarra azulado de media ciudad, el puerto, el castillo de San Antón, la playa del Parrote, donde solía ir a bañarse con Fernando, y, de fondo, siempre el mar, que era como decir el mundo entero. Junto al Mausoleo de Moore erigido en mitad del jardín de viales bien trazados y parterres metódicos, les hizo la propuesta de que lo acompañaran a vivir a Irún. Era el momento oportuno, les dijo, tenían la edad adecuada y la aventura no era un disparate sino una obligación, consistía en buscar trabajo donde pudieran hallarlo, apremio de la vida misma que todo ser humano tenía que afrontar.

—Podríamos pretender que todo lo que está aquí no existe, pero existe y está —Respiró hondo y entusiasta—. A pleno pulmón está. Y es más y más y más.

Por lo que sabía por su cuñado, que se había adelantado a Irún a preparar la casa, en el País Vasco había oportunidades en empresas de todo tipo. Irún, además, se estaba llenando de gallegos y de gente de todas las regiones del país: extremeños, valencianos, castellanos, andaluces. Y para dar más firmeza a su poder de sugestión, Humberto, aunque era solo una verdad a medias, llegó a decir que tenía un puesto apalabrado y que lo terminaría de cerrar en cuanto llegara a Irún.

—¿Qué me decís? ¿No es la ocasión que esperábamos? Os juro que no exagero...

Humberto era optimista y emprendedor y daba cierta seguridad a los demás. Tenía carisma, decían, y era un hombre de mundo. Tal vez pensaba ilusamente en sí mismo, en la vida trufada de viajes que soñaba, en las vivencias felices y lugares nuevos que ambicionaba conocer, en las cosas

excitantes que el futuro prometía, pero se deleitaba en ese horizonte y deleitaba a Fernando y Jorge en pensamientos así, como una evasión entretenida, y también como una meta a su alcance.

Fue un momento hipnótico, como el trazo de un delineante sublime. Todo cabía en las palabras de Humberto. Los tres vieron ante sí sus sueños. Sonreían con plenitud porque algo aún sin forma ni nombre se les había revelado y lo compartirían juntos. Se les abría el tiempo, la historia, y ambos, tiempo e historia, eran infinitos. Creyeron en sus palabras envolventes y solo deseaban decir sí a aquella mundanidad que un Humberto mefistofélico les ofrecía. «Todo esto os daré...» Les habló de ir juntos a Moscú, a Copenhague, a Londres y a cada hito asentían con el ardor de la inminencia. Lo querían ya, se habrían tirado muralla abajo si supieran que allí estaba la puerta de su futuro.

Humberto les habló de todo lo que harían juntos, pero, en la corta vida que les esperaba al otro lado del mirador de San Carlos, nunca lo llegarían a hacer. Claro que ni siquiera cabía la posibilidad de que, pletóricos de juventud, imaginaran que había empezado una cuenta atrás en su historia personal.

Se conjuraron en que los tres se ayudarían siempre. Estuvieran donde estuvieran, pasara lo que les pasara, quien de los tres encontrara trabajo buscaría uno a los otros dos; quien tuviera casa la pondría a disposición de los demás; quien ganase más dinero ayudaría con los gastos del menos afortunado. Todo eran deseos y promesas de inquebrantable amistad. Exaltados, decidieron al unísono ir a vivir juntos en un mismo piso mientras pudieran, por comodidad y por unión. De modo que lo primero que ofreció Humberto a sus amigos fue el piso de su hermana Isabel.

Fernando, el más taciturno y prudente de los tres, reconoció que en La Coruña el mundo laboral estaba parado y que solo les quedaba entrar en una de las empresas navieras y salir a navegar, pero no era lo que él aspiraba a hacer, ni sabía el oficio. Él quería comerse el mundo a dentelladas, como Humberto había hecho y seguía haciendo; quería recorrer y reconocer lugares como los que Humberto le había descrito en las cartas que le había enviado durante años desde cualquiera de los destinos de sus viajes. Sea como fuere, si eran ambiciosos y buscaban mejorar sus vidas, tenían que salir de allí y cualquier opción que hubiese en Irún sería un primer paso, el peldaño hacia

otro peldaño y de este hasta otro, y así ir ascendiendo en la vida.

Jorge, por su parte, de talante desenfadado hasta la temeridad, dijo que no tenía nada que hacer en La Coruña y que para aburrirse aquí, prefería aburrirse en Irún con ellos. Luego añadió que estaba bromeando, pero Humberto ya había leído en su ironía la ansiedad honesta de labrarse un futuro y para ello necesitaba ayuda. Le pidió que se sumara a ellos. Aun así, Fernando no logró un trabajo en Irún hasta febrero de 1972 y Jorge tardaría todavía tres años en ir allí a vivir con sus dos amigos. No lo haría hasta enero de 1973, cuando Humberto, ya asentado en la empresa de transportes donde trabajaba, le consiguió un empleo de turno de mañana, pero solo a título de prueba. Iba a empezar a mediados de abril de ese año. No llegaría a presentarse nunca.

2

En cierto modo, a Humberto y a Fernando la vida les había sonreído durante los tres últimos años. Desde que se licenció del servicio militar, Humberto Fouz había viajado por diversos países y había trabajado aquí y allá en lo que le surgía; gracias a los conocimientos adquiridos en esos viajes por Europa, tenía ahora un puesto destacado como intérprete-traductor en Trafic, la empresa de transportes de Irún, ubicada en plena avenida de Francia, subsidiaria de una empresa de Pamplona que conectaba en toda Europa empresas con camiones y empresas con mercancías. Trafic unía las necesidades de unas con las de las otras y en sus amplias cocheras no era extraño ver camiones que iban o venían de Algeciras o de Helsinki, camiones de distintos países, en busca de carga y de destino. Allí, en Trafic, también trabajaba Ana Istúriz, la chica con quien Humberto había empezado a salir desde hacía casi un año.

Para quienes lo conocían, una de las cualidades más destacadas de Humberto era que no escamoteaba atrevimiento cuando pensaba en su trabajo; tenía muy claro que no era su intención quedarse en el puesto de intérprete-traductor en Trafic, quería más. Había hecho planes. Uno de esos planes era asociarse con los actuales dueños de la empresa, Víctor Padilla y Joaquín Bengoechea, ambos de su edad y con iniciativa. Trafic sería un punto de partida, luego ampliarían el negocio en otras ciudades del extranjero que él había visitado, como Hamburgo, Berlín, Milán, Copenhague, incluso soñaba con tener algún nexo comercial con Moscú, la ciudad que lo había cautivado cuando la visitó hacía pocos años; su mente cavilaba cómo buscar nuevos horizontes; coraje no le faltaba y se sabía capaz.

Era un hombre inquieto y persuasivo, como bien dirían sus hermanas Isabel y Coral, que lo adoraban. También pensaba en casarse, tener hijos,

lograr una buena posición en la vida de la que enorgullecerse y enorgullecer a su familia, pero eso llegaría después, de modo natural. Y no pensaba Humberto en ningún caso en dejar de aprender, porque nunca dejaba de estudiar ni de leer en cualquiera de los idiomas que tan rápido podía asimilar.

Tenían buenos sueldos, para estar solteros y sin excesivas responsabilidades familiares. Con todo, ambos eran moderados en gastos. Humberto ganaba unas 25.000 pesetas al mes. Fernando, aproximadamente algo más de la mitad. Se había plantado en Irún seis meses después que Humberto, cuando este ya había empezado a trabajar en Trafic. Por sus méritos y presencia, entró en Aduanas, tras aprobar un examen sencillo. Cuando fueron a La Coruña durante el puente de San José, Fernando llevaba trabajando poco menos de un año en una agencia de aduanas paraestatal que se llamaba como su propietario, Carlos Llanos, con oficina en el número 84 del Paseo de Colón. Le gustaba mucho esa tierra y empezaba a sentirse feliz.

Ese viaje que hicieron en la festividad de San José era diferente para cada uno de los tres amigos, quienes albergaban un motivo personal para presentarse en La Coruña.

En el caso de Humberto fue un motivo luctuoso: acudía al entierro de Mina, la amiga de toda la vida, la hermana de su cuñado, su primer amor, que había fallecido repentinamente. Fernando, por su parte, venía a ver el piso que habían comprado su hermana Rosa y su novio Carlos y a echarles una mano en los preparativos de la boda, que sería a finales de abril. En cuanto a Jorge, se proponía hablar en serio con Adela, la chica con quien quería empezar una vida nueva, ahora que le habían prometido un trabajo en Irún. Tres motivos que los llevaron a estar en La Coruña hasta el 19 por la tarde.

Cuando llegaron a su ciudad natal, casi a la hora de comer, la luz hendía las nubes que venían del mar. Se sentían bien ante ese paisaje que reconocían sobradamente. Tuvieron que separarse y cada cual fue a reunirse con sus respectivas familias.

HUMBERTO. Así pues, aquel 17 de marzo, Humberto volvía triunfador. Desde luego, había venido más veces a La Coruña durante esos tres años, pero por primera vez la vida le sonreía: tenía trabajo, existía Ana, su novia, tenía planes y las cosas mejoraban.

Después de aparcar el coche en la calle Contaduría, junto a unos billares

amarillos donde lo conocían por su pericia, Humberto fue a su casa de la calle Sinagoga. Al doblar la esquina, la visión de los ventanales a cuadros de marcos blancos le llevó a la infancia por unos instantes.

Siempre le asaltaban dos o tres imágenes de sí mismo de niño cuando veía aquella casa de piedra ennegrecida y con verdín. Una era la imagen de su propio rostro contra los cristales viendo caer la lluvia y sintiendo un brote de melancolía mientras su madre, dañada por la ternura, pronunciaba la palabra «merienda» y encendía la luz del cuarto; otra imagen que se le representaba era la de él, o un niño como él, regresando a casa a la carrera después de jugar en «las Bárbaras», como llamaban al convento de clarisas de la plazuela de Santa Bárbara, detrás de casa, en cuyo torno daban dulces y, para alcanzarlos, todos los niños y niñas montaban allí una algarabía cada tarde, pese a que él había oído decir a algún crío que esos dulces estaban envenenados. La calle Sinagoga, además, desembocaba en un edificio bajo de piedra: las Escuelas Populares Gratuitas, donde Humberto siempre quiso estudiar por estar tan cerca de casa. Pero no fue allí donde estudió, sino en un colegio de frailes mucho más alejado, del que recordaba con satisfacción una sala toda ella forrada con mapas del mundo, donde lo encerraron por un castigo. Había sido el castigo más feliz de su vida.

Subió la escalera y llamó a la puerta. Sabía que lo esperaban entristecidos, pero no como se imaginaba. Fue su padre, vestido aún con un mono azul y una gorra en la mano, quien la abrió y le dio un largo abrazo. El padre se llamaba José Humberto, pero todos lo llamaban José para distinguirlo, a su vez, del abuelo, que tenía los nombres cambiados y se llamaba Humberto José. El padre había luchado contra el franquismo toda la vida, pero de manera prudente y astuta; en caso contrario, difícilmente habría podido evitar ir a la cárcel o ser despedido. No ocultaba su tendencia socialista en los círculos más próximos. Pese a su discreción, en la fábrica de conservas donde trabajaba de capataz tenían bien vigilado a este Fouz, tan agitador y sindicalista como en tiempos de la República lo había sido su padre, el abuelo de Humberto, comunista de una pieza y el primero y más radical de la saga de los «Humbertos», como eran conocidos los Fouz.

Saliendo de detrás de su padre, el joven vio a su madre, Patri, que se dirigía a él con los brazos extendidos, una rebeca apenas sujeta por los hombros y el gesto desazonado, sin dejar de exclamar su nombre varias veces:

«¡Humberto, Humberto, Humberto!».

—¿Qué sucede?

—La enterramos hace dos días ya, hijo.

Se refería a Mina, cuyo entierro era casi el motivo principal del viaje. Humberto, quizá más desconcertado que apenado ante la noticia, se abrazó a su madre pero la apartó con suavidad al mismo tiempo que la sujetaba por los antebrazos como si la culpabilizara de aquellas palabras. Se le oscureció la mirada antes de emitir un tibio reproche.

—Pero ¿por qué no me avisaste de que ya la habían enterrado?

—No queríamos preocuparte. Ibas a coger el coche de todos modos y de madrugada. Lo de enterrarla ya fue algo que decidió su familia porque no podían esperar tanto.

Carmina Ramírez fue siempre Mina, la hermana de Damián, el marido de Coral Fouz. Los dos hermanos habían compartido la infancia con Humberto y eran casi familia. Tan solo unos meses mayor que él, vecina de la contigua calle Maestranza, Mina había sido su amor desde los quince años, y en el fondo nunca había dejado de serlo. Humberto seguía sintiendo algo más que una simple y cálida amistad por ella. Puede que Mina también hubiera sentido algo parecido al amor, pero nunca lo dijo, ni a él ni a nadie, y su ambigüedad desalentó gradualmente a Humberto. Empezaron como amigos de juegos, cuando chiquillos; enseguida alternaron en la misma pandilla, salieron juntos varias veces, se besaron algunas más, quizá se buscaran a solas en alguna ocasión. Con el tiempo, acabaron estando muy unidos y decía la gente que eran tal para cual, que había algo a flor de piel entre ellos y se notaba. Él le escribía cartas larguísimas, sobre todo a medida que pasaban los años, en la época en que más cerca podrían haber estado de ser novios y, sin embargo, ella nunca dio el paso, ni siquiera lo expresó, y él ya había empezado a viajar y a pensar en irse de la ciudad. Cortar amarras y olvidar eran la misma cosa, se decía Humberto. Pero Mina siempre se quedó en el corazón de Humberto y, cuando se veían, ella le hablaba con la confianza que da la tierna cercanía de la juventud común. Ahora Mina estaba muerta por culpa de un atropello en la carretera que se empinaba hacia la Torre de Hércules, la noche del martes pasado, apenas cuatro días antes.

—Es todo tan reciente —se lamentó el padre de Humberto—. La policía dijo que el conductor iba despistado y no la vio cruzar la carretera.

Según la policía, el conductor, un hombre mayor, periodista de renombre, con hijos, que estaba sobrio y muy abatido, insistía en que la mujer esperó para echarse encima del vehículo cuando lo vio acercarse, porque recordaba haber cruzado su mirada con la de la mujer antes de que ella se metiera bajo las ruedas. No lo creyó nadie. Mina nunca parecía ni triste ni depresiva. Pero tampoco nadie supo decir qué hacía Mina caminando a esa hora tan tardía de aquella noche gélida de marzo por los descampados de La Lagoa.

—Mañana iré con Coral al cementerio —dijo Humberto, aún sin reaccionar—. A eso he venido, al fin y al cabo.

Luego adujo que no se quedaría a comer, prefería estar solo y dar un paseo. Deambuló por calles estrechas hasta la playa del Parrote, donde solía bajar a bañarse con Fernando y a veces se les sumaban Mina y Viro, un chaval feúcho que tenía una deformidad en la espalda y que Humberto cuidaba y acompañaba hasta su casa como a un hermano. Se acordó de repente de Viro, quizá porque se le acumularon los muertos. Viro era inteligente y amargo, con un humor tan negro como su futuro, y terminó ahorcándose en la ventana del baño de su casa. Cuando eso sucedió, hacía ya un año que Humberto se había ido a vivir a Irún. A Mina, Fernando y Viro les escribía cartas y en ellas les contaba las historias que se le ocurrían y que algún día, decía, serían novelas. Porque en Humberto, desde que cayó en sus manos un libro erudito titulado *Sobre la literatura rusa*, de un italiano llamado Ripellino, anidaba el deseo de escribir. El libro en cuestión hablaba de Chéjov, de Blok, de Pushkin, de Bieli, de Maiakovski, nombres todos de rusos cuyas obras ni siquiera estaban a su alcance, pero con los que llenaba su conocimiento y los oídos ávidos de Fernando y Jorge. El fantasioso Humberto los encandilaba. Y encandilaba también a Mina con su imaginación desbordante. Les hablaba de las leyendas o los personajes que poblaban las ciudades a las que iba. Por su carácter afable y seductor, poseía un don especial para escuchar atentamente los relatos que los demás le contaban, verdaderos o no, y sacaba partido de ellos a su manera. Narraba historias truculentas, pasionales, misteriosas, revolucionarias, en las que irrumpían seres rocambolescos, heroicos y pintorescos sobre los que no tenía que exagerar demasiado, porque así eran las personas con las que se había cruzado por Europa en bares, pensiones, tiendas, oficinas, discotecas, en cualquier lugar, en fin, que hubiera hollado el trotamundos Humberto. En la playa del Parrote se quedó mucho tiempo

pensando en Mina y en su ausencia. Y en su taller, y en el aroma de su ropa y en su risa. Pero el nombre ya había empezado a borrarle de la cabeza, como le había sucedido con el de Viro.

FERNANDO. Fernando, por su parte, se había dirigido directamente a la nueva casa de su hermana. Rosa y su prometido Carlos acababan de comprar el piso y preparaban con minuciosidad la boda para finales de abril. Aún no tenían fecha, pero era innegable que dependería de cuando pudiera Fernando. Rosa trabajaba en una óptica y se ganaba bien la vida. Carlos era funcionario del Ayuntamiento. Otra hermana, menor que Fernando, la pequeña Victoria, estudiaba. En el piso, con olor a pintura reciente de tonos pastel y con muebles y cajas sin desembalar, estaba la familia reunida, incluidos Rosario, la madre, ama de casa, y Jacinto, el padre, asentador de barcos en la cooperativa de Mardomingo. Rosario tenía una relación muy especial con su hijo, casi obsesiva. Lo llamaba por teléfono todos los días, y si veía que él no llamaba o se le hacía demasiado tarde, al día siguiente temprano ya estaba marcando su número y preguntándole si todo iba bien o necesitaba algo. «No, mamá, todo en orden, eres la madre perfecta», contestaba Fernando, resignado.

La preocupación se debía a que Rosario había tenido un sueño angustioso en cierta ocasión. En el sueño, su hijo se despedía agitando la mano desde la borda de un barco, uno de esos transatlánticos como el Titanic, decía ella, y luego alguien subía corriendo por las escaleras de su casa y llamaba a la puerta a golpes, Rosario abría y con solo la cara de la persona que tenía delante, que apenas podía articular palabra, ella comprendía que el barco se había hundido. La angustia que le causó aquel sueño o figuración suya nunca se le fue del cuerpo a Rosario y, aprensiva como era, vivía excesivamente pendiente de su hijo. No pudo evitar que se marchara a Irún con Humberto, al que, en cierto modo, responsabilizaba de haberle robado a su Fernando. Pero Fernando era un joven muy prudente y metódico, todo lo sopesaba y calculaba, por tanto era lento de decisiones, hasta indeciso. Menos impulsivo que Humberto, de eso no había duda; menos alegre también, no propendía a las locuras, ni mucho menos. Sosegado y tranquilo, escuchaba los consejos y temores de su madre a diario con amorosa paciencia. Así que si había hecho lo que había hecho no fue por un arrebato, como ella creía, sino por labrarse un futuro en serio, lo cual le callaba la boca a su madre, que se refugiaba en el

recurso de sus llamadas diarias.

Quizá el excesivo celo de su madre fuera la razón por la que no se le conocía novia aún, aunque en realidad era un secreto bien guardado, porque chica sí había. Desde hacía unos meses se veía de vez en cuando con Lucía Tuy, una joven alta y rubia, dueña de una tienda de ropa de la calle Fonseca, con la que había empezado a salir después de intercambiar algunos saludos y cumplidos. Un día se dieron los números de teléfono, otro día él la llamó para quedar. Ella aceptó. Luego hubo más llamadas y más citas y aceptaciones. La telefoneaba casi tanto como a su madre, y le escribía algunas cartas. Fernando aún no les había hablado de ella ni a Humberto ni a Jorge, pero pensaba hacerlo un día de estos, ahora que parecía que los tres iban camino de formalizar las relaciones con sus novias respectivas.

Hacia el final de la visita en casa de su hermana Rosa y después de que se fijaran los detalles de la boda, Fernando salió apresurado en dirección a la tienda de Lucía para pasar el resto del día con ella, tal vez en su piso, porque Lucía, que era de Lugo, vivía sola. La madre de Fernando no consiguió saber adónde iba su hijo. En este asunto, Fernando solo daba evasivas a cada una de sus preguntas.

—Déjalo, mamá —decía Rosa con sorna—, tendrá novia.

—Ya nos lo habría dicho, ¿no, Fernando? —preguntaba la madre, predispuesta a la derrota.

—Cuando llegue el momento serás la primera en saberlo —contestaba él—, o la segunda.

—¿La segunda?

—Claro, primero tendrá que saberlo la susodicha, ¿no?

Y así siempre.

JORGE. Lo curioso era que quien había venido a ver a su novia era Jorge, pero había mentido, porque Adela, en sentido estricto, todavía no era su novia. A decir verdad, no tenía un motivo acuciante para hacer este viaje a La Coruña, salvo el placer de acompañar a sus amigos, porque había vivido allí hasta hacía apenas dos meses. Se inventó la historia de que en este viaje le pediría matrimonio a la que él decía que era su novia, Adela Aradas, una chica con la que había tonteado en la adolescencia y con la que había vuelto a salir últimamente de vez en cuando, al cine, a la playa o de bares a picar algo,

sin que hubiera nada serio entre ellos todavía. Pero a Adela, inteligente, de aspecto menudo, pelo liso y largo, sin rasgos específicos notables ni demasiado atractivos, administrativa en una empresa de recambios de automóviles, empezaba a gustarle Jorge y albergaba alguna esperanza de que se vieran más y de que él fuese más decidido. Por parte de Jorge, tenía la intención de hablarle a Adela del trabajo que, por fin, parecía haberle salido en Irún y de que, si la cosa cuajaba, ella podría plantearse ir a vivir también a esa ciudad. Podría ser un inicio. Se lo propondría con convicción cuando el asunto cobrara cuerpo.

La familia de Jorge, de origen portugués por parte de madre —el padre se llamaba Julio García, y la madre, Josefa Carneiro—, vivía en un caserón sin número de la calle Monasterio de Bergondo, algo apartado y entre escombreras. Como sabía por su madre que esos días también vendrían desde Alemania, por unas semanas, sus hermanos mayores, a quienes detestaba, Jorge estuvo un rato merodeando por los alrededores de la casa antes de animarse a entrar. Estaba seguro de que cuando lo hiciera, le caería una buena tunda de porrazos mal calibrados por sus hermanos. Fornidos y bruscos, Julio y Rafael García le sacaban diecinueve y diecisiete años de diferencia a su hermano pequeño. Habían ido y vuelto de Alemania como emigrantes varias veces, se habían casado aquí y tenían hijos, pero trabajaban en Alemania más de la mitad del año. Muy protegido por sus padres por ser Jorge un hijo tardío que llegó entre algodones a la familia cuando ya nadie lo esperaba, sus dos hermanos mayores, asilvestrados y avasalladores de por sí, siempre lo trataron con una rudeza viril que terminaba en auténticas palizas. Eran de esos que se lustraban los zapatos a salivazos, se reían a carcajadas o se cagaban en Dios a la mínima, pisaban al gato con mala intención, apagaban las colillas en la bebida de Jorge o lo arrastraban fuera de la cama tirándole de una pierna en mitad de la noche solo para divertirse. Cumplían dos funciones: la de hermanos brutales y la de sucedáneo de padres severos.

Pegarse era lo normal en aquella casa. El mayor, Julio, pegaba al mediano, Rafael, y los dos juntos pegaban al pequeño Jorge, más frágil y de menor envergadura que ellos. A veces las peleas eran a puñetazos y con saña, como cuando, en medio de una de esas trifulcas, Julio le clavó unas tijeras a Rafael en la espalda, horrorizando a Jorge, que huyó despavorido. Para alivio de Jorge, los dos hermanos habían emigrado a Alemania en los años sesenta,

donde enseguida habían encontrado trabajo en una empresa portuaria de Hamburgo. A su pesar, Jorge se vio presionado para irse con ellos, una vez que tuvieron empleo, pero gracias a Humberto y a sus ánimos de coraje y promisión, empezó a tener una relación de rebeldía hacia la dudosa protección de sus hermanos mayores. Nunca los quiso, o si lo hizo fue por bondad natural, porque siempre padeció su primitivismo. La noticia de que estaban en casa para pasar unos días de vacaciones fue recibida más bien con amargura por Jorge, que finalmente entró en la casa y, después de unos saludos rápidos y poco entusiastas, fue, como se esperaba, zarandeado y golpeado antes de que sus padres, ajenos a todo por propia voluntad, lo rescataran de los empellones de aquellos demoledores hermanos.

Al día siguiente, domingo, Humberto fue al cementerio de San Amaro, como se había propuesto. Sin pretenderlo él, lo acompañaron Fernando y Jorge, así como su hermana pequeña Coral. Lo hacían por cariño. Ante la tumba de Mina, sobre la lápida donde ya habían tallado su nombre y sus apellidos, vio pequeñas manchas de yeso, señal de que la habían removido hacía poco. Con un nudo en la garganta depositó sobre ella unos crisantemos que había comprado en un puesto de la entrada. El contacto con el mármol le produjo un escalofrío. Coral arregló unas margaritas que había en una jardinera de lata en la base de la cruz, a cuyos pies se marchitaba una corona fúnebre dando un aroma dulzón a las ráfagas del viento. No hubo rezos, no eran religiosos.

—¡Qué traidora es la muerte! —proclamó de pronto Jorge.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Fernando.

—Porque llega de repente, así, a traición, nunca se la espera.

—¿Y quién la espera? Hay que burlarse de ella, si no, te atrapa como a un conejo en la madriguera —repuso Fernando.

—Que nos atrape de viejos, ¿no os parece? Sobre todo a Coral. Vámonos ya —dijo Humberto, haciéndole un guiño a su hermana, pero en realidad pensó en la insolencia que era afrontar la vida después de intuir la muerte.

A continuación, fueron todos a comer a casa de los Fouz, donde estaban las dos hijas de Coral: la mayor, también llamada Coral, a quien Humberto llamaba cariñosamente Coralino porque sonaba a ruso e italiano a la vez y con la que hacía juegos de magia que a ella la embobaban, y la pequeña Ana,

Anuska, un bebé todavía que se echó a llorar cuando Jorge la cogió en brazos.

—¿Cómo se para esto? —suplicó. Su ridícula cara de extrañeza hizo reír a todo el mundo.

—Trae, anda, que las asustas a todas —bromeó Coral quitándole la niña.

Después de comer, en la sobremesa, Isabel le tenía preparado un regalo a su hijo Humberto.

—Tengo algo para ti —dijo.

Salió un momento del comedor y, por unos instantes, Humberto pensó que su madre entraría de nuevo con una caja llena de viejos juguetes, como hizo una vez en su cumpleaños. Pero no fue así, sino que surgió del pasillo con una cajita abombada de la joyería Malde, la más cara de La Coruña. De la cajita de plástico abombada extrajo una insignia de plata y oro con la figura de la Torre de Hércules.

Humberto, perplejo y arqueando las cejas, apenas pudo articular palabra. No se lo esperaba.

—Llévala siempre y así te acordarás de nosotros.

—Pero si no os puedo olvidar nunca aunque quiera —protestó de broma Humberto.

—No la pierdas —dijo Coral.

—No sé qué decir, mamá.

—Póntela. Además, te recordará a Mina.

Humberto pensó que no necesitaba nada para recordar a Mina, pero se la prendió del bolsillo de la camisa.

—Ahí se queda para siempre —sentenció con una de sus sonrisas.

«*Cuéntale a la orilla cómo has llegado, la orilla se asombrará*», sonó en su interior esa frase con la que se entremetía a veces su mente dispersa.

Brindaron y rieron y espantaron fantasmas y tristezas. Hubo pasteles y licores; el ajetreo de las emociones revueltas se cobraba su tributo de alcohol y risa floja y aquella comida pareció un día de Navidad en marzo.

El 19 por la tarde, antes de volver a Irún y después de despedirse de las respectivas familias, conscientes de que dentro de un mes volverían a reunirse todos con motivo de la boda de Rosa, los tres amigos pasaron con el coche por debajo del Jardín de San Carlos, donde habían contraído aquella deuda personal consigo mismos junto al Mausoleo de Moore. Revivieron el momento

de hacía unos años, cuando los tres planearon ambicionar una vida nueva, irse juntos y ayudarse a salir adelante.

—Vimos los sueños —musitó Jorge.

—Y aún los vemos —añadió Fernando.

No podían imaginar que los sueños serían tan cortos.

Luego, de camino al País Vasco, ya en el coche, para rebajar la densidad dramática del viaje debido a la muerte de Mina y a las separaciones de sus familias, Fernando propuso que el fin de semana siguiente fuera solo de diversión. «¡Enterito, eh!», remachó.

Se le ocurrió a Humberto la idea de cruzar la frontera el próximo sábado para ir a ver esa película prohibida de la que todo el mundo hablaba, *El último tango en París*.

—Total, no es más que pasar a Francia, como otras veces.

Los dos amigos asintieron.

Era ya muy de noche cuando entraban en Irún.

3

HUMBERTO. Cuatro días más tarde, el viernes 23, Humberto fue a buscar a Ana a su casa muy temprano. Empezaba a llover, pero no demasiado. Quería hacer las paces porque la semana anterior habían discutido con motivo del viaje a La Coruña y llevaban sin verse desde entonces. Esa mañana, pasadas las siete, ya la estaba esperando en su coche, para sorprenderla. Tenía, además, que pasar el trago de decirle que el sábado iría a Francia con sus amigos y pretendía que ella los acompañara. Mientras estaba allí, intuyó que ese plan tampoco iba a ser del agrado de Ana, pero pensó que había planes de los que podían escaparse y planes de los que no podían escaparse. Lo pensó de golpe.

Se hallaba mal aparcado en una esquina de la plaza de Urdanibia por la que apenas pasaba gente, al lado de una confitería enrejada, junto a lo que habían sido antaño los viejos abrevaderos y la fuente, muy cerca de la antigua iglesia de la Milagrosa, a dos manzanas de la puerta de la casa de Ana. Era el sitio donde, de vez en cuando, Humberto se citaba con ella para ir juntos a la oficina. Se dijo a sí mismo, como justificándose, que si no lloviera tanto, la estaría esperando plantado fuera del coche, por galantería. Incluso con flores en la mano, lo que nunca había hecho por considerarlo una estupidez.

De pronto le entró sueño. Se sentía agotado. Últimamente dormía poco; algo lo intranquilizaba desde que había regresado de La Coruña. Tal vez la muerte de Mina tuviera algo que ver.

La mañana de aquel viernes 23 de marzo no tardaría en asentarse una interminable lluvia, presagiando un fin de semana desapacible en el norte. Así lo oyó Humberto en el parte meteorológico de la radio, al final de las noticias en que el locutor decía algo relativo al Consejo de Ministros, al Movimiento, al Jefe del Estado y al príncipe Juan Carlos, pero sobre esto no prestó

demasiada atención. Mientras los regueros de agua se deslizaban por el parabrisas y los truenos retumbaban a lo lejos, miraba absorto los jirones deformados de carretera mojada que se veían por el cristal líquido y pensaba en cómo convencer a Ana para que los acompañara a Francia, tarea difícil, porque ella no acababa de sentirse a gusto con sus amigos. Daba por hecho, no obstante, que el mal tiempo no alteraría sus planes para el día siguiente, porque por experiencia sabía que en el norte, en Biarritz, siempre llovía menos que en el sur, pese a los augurios. El norte y el sur de la frontera, tan cerca y tan lejos, tenían climas distintos.

Se incrementó el paso de coches y camiones. Humberto puso en funcionamiento el limpiaparabrisas para que oscilara a derecha e izquierda y así poder ver si Ana salía de su casa. Por fin ella se asomó al portal. Iba vestida con gabardina gris, pañuelo al cuello y unos zapatos planos de suela de goma, en consonancia con el día que hacía. Apenas iba maquillada y siempre transmitía pulcritud. Él tocó el claxon. Ella alzó la cabeza mostrando un cuello fino, enarcó mucho los ojos y dio unos pasos hacia el coche con el paraguas abierto sobre el que resonaban muy rápidas las gotas. ¿Qué pensaría Ana en ese momento, al verlo allí? Se disiparon las dudas cuando ella entró precipitadamente en el coche con una sonrisa afable y sincera en la cara y dijo que hoy no lo esperaba.

—¡Mi *sweet Fouz* por aquí, vaya sorpresa!

Ella lo llamaba a veces por el apellido con cariñosa ironía y bromeaba con el inglés que los dos hablaban. Se dieron un beso; ella cerró el paraguas mojado; él arrancó mientras ella aludía a su aspecto y si a él le gustaba; él asintió.

—Tengo un plan que proponerte —le dijo a Ana directamente.

—Soy toda oídos, aunque sea tan pronto.

El plan de Humberto no era otro que pedirle a Ana, de camino a la empresa donde trabajaban, que cruzara con él a Francia a pasar el fin de semana en Biarritz. Lo previsto incluía ir a un cine de Biarritz para ver *El último tango en París*.

—¿Con tus amigos? —preguntó Ana, aparentando ingenuidad, porque sabía de antemano la respuesta.

Él tardó unos segundos en contestarle porque estaba cayendo desde un rascacielos de mala conciencia.

—Me temo que con ellos, sí.

Ana, entonces, se negó en redondo. No era por la película, ella era muy liberal en cuestiones de sexo, como bien sabía Humberto, sino porque no le apetecía en absoluto ir otra vez con sus amigos, de los que a veces tenía celos por quitarles el tiempo que podían pasar juntos los dos solos.

—¿Y si vamos tú y yo? —dijo Ana, sin concebir demasiadas esperanzas.

—No podré ir sin ellos —repuso Humberto, esquivo—. Al menos por esta vez.

Arguyó que el viaje era inevitable, que no podía dejarlos tirados aquí, ya que quien más había insistido en que fueran los cuatro a ver la película había sido precisamente él. Dijo que, además, sería una especie de celebración por algo de Jorge, pero a Ana no le concretó de qué se trataba.

También iban para despejarse, después de lo pasado en La Coruña apenas unos días antes.

—Lo entiendo, cielo —dijo finalmente Ana—. No insistas, de verdad. Ve tú solo. Ya habrá otra ocasión.

Ana no quería discutir e intuía la buena intención de Humberto, para con ella y para con sus amigos. Además, no tenía ninguna autoridad sobre él. Le dio otro beso para zanjar el asunto y, para demostrarle que no guardaba rencor, le hizo un gesto de burla benévolo. Humberto meneó la cabeza ambiguamente y sonrió, sin dejar claro si claudicaba o aceptaba. A ver, tampoco aquello era una tragedia, pensó.

—Habrà otra ocasión —dijo finalmente Humberto, repitiendo las últimas palabras de Ana.

El olor a brea del nuevo asfalto se metió por la ventanilla anclándoles a la realidad de la hora y del tráfico.

—Oye, tienes ojeras —dijo Ana buscándole la mirada.

—No he podido pegar ojo en toda la noche.

—¿Por el viaje?

—Sí, creo que es por el viaje.

—Pero ¿por este viaje o por el viaje del otro día?

—Por los dos, aunque el de mañana irá bien, solo es una inquietud rara, como insomnio o algo así.

—El otro viaje, con la muerte de Mina...

—Sí, quizá sea eso, aunque ya me he hecho a la idea.

—Lo de La Coruña te ha revuelto por dentro.

—Sí, creo que es eso —no estaba muy ingenioso, sino más bien agotado.

—Quédate conmigo entonces.

—No puedo, compréndelo. Ven tú. Qué necesidad hay de discutir.

Se abrió un silencio en el que Ana puso parcialmente su mano sobre el muslo de Humberto.

—Lo comprendo —dijo Ana—, pero no voy a ir. Esta vez no. Quizá en otra ocasión.

—Como quieras. Total, estaremos de vuelta por la noche.

—Y tendremos el domingo para nosotros.

—Sí, el domingo entero para nosotros —dijo él y le pellizcó el dorso de la mano.

Ana Istúriz y Humberto Fouz vivían el mejor momento de su reciente relación desde que salían juntos, aunque ninguno de los dos lo había dicho todavía en casa, más que nada por no comprometerse demasiado antes de conocerse mejor. Era como hacer un pastel de cumpleaños, se convencían mutuamente, hay que enseñarlo cuando esté acabado, con la nata, las guindas y las velas puestas, no antes. Las familias de ambos, de clase obrera y moralidad abierta, eran amables y comprensivas. No había, pues, prisa en presentarse. De hecho, aunque no eran novios formales, lo suyo se parecía mucho a algo así. Como todo el mundo los consideraba compañeros de trabajo, no era extraño verlos juntos cada vez con más frecuencia. La relación se estrechaba, se hacía más ardiente, iban de la mano o de la cintura, se entendían con la mirada, se movían por todas partes del País Vasco, especialmente desde que Fouz se compró el coche.

El coche de Fouz era un Morris, un Austin 1300 Victoria blanco, matrícula C-2143-B. La matrícula pertenecía a La Coruña, aunque lo había adquirido de segunda mano, nuevecito, en el concesionario Oswaldo Aldave, de Irún, en octubre de 1972. Quizá lo compró porque le hacía ilusión que la matrícula fuese de La Coruña, viviendo él en Irún. Un rasgo identitario. Pagó exactamente 156.564 pesetas de entrada y luego seis letras de 5.992. La última vencería pronto, el 4 de abril de ese mismo año. Nada más comprarlo, lo había estrenado en un viaje a La Coruña. Ana, en aquella ocasión, no había ido con él, ni se le había pasado por la cabeza. Fernando y Jorge, sus amigos

íntimos, sí.

Para Ana no sería nada nuevo cruzar a Francia los dos juntos. Al fin y al cabo, ya habían cruzado la frontera algunas veces hasta San Juan de Luz con el coche y se habían acostado juntos en uno de esos hoteles pequeños, hermosos y baratos de Ciboure o de Urrugne, de cara a la punta del fuerte y del faro de Sokoia, donde no tenían que fingir que estaban casados, incluso podían pasar por exiliados políticos si les daba la gana y hacer de todo, como si la frontera fuese una varita mágica. En Ciboure había refugiados vascos a los que no era fácil identificar de por sí, salvo cuando se mostraban en grupo, unas veces hablando en español para despistar, otras en vasco para confundir, reunidos en una terraza, o en una esquina interrumpiendo el paso torpemente, o apoyados en el pretil del puerto, frente al faro, más ociosos que temibles, y atentos felinamente a todo lo que pudiera acontecer a su alrededor.

También Humberto y Fernando, solos o en compañía de otros amigos, habían pasado a Francia más veces y siempre habían observado a esos grupos aislados de vascos que procuraban no mezclarse a la ligera con desconocidos, por si acaso. Sabían de su organización, sabían algunos nombres por las noticias, sabían que aquí estaban protegidos. Pero a decir verdad no reparaban mucho en esa gente. Si pasaban al norte, hasta Anglet o Bayona, era para disfrutar de la vida agitada de un país libre en el que podían hacer cosas diferentes y sobre todo comprar productos o marcas que aún no habían llegado a España. Respiraban otro aire, el suelo era más limpio, la luz más luminosa, las panaderías rebosaban, no se metían en líos. Aquello era Francia.

Ana y Humberto dejaron de hablar poco antes de llegar a las dependencias de Trafic, donde varios camiones estaban ya en espera en el recinto vallado, en cuyo interior Humberto aparcó el Morris. Había tratado de insistir todo el trayecto, pero con la boca pequeña, porque en el fondo no deseaba que Ana viniera en este viaje, y menos aún a ver aquella película. Era una de las cosas que quería hacer solo con sus amigos, incluso explicarles él la película, porque sabía mucho de cine desde que estuvo en Alemania. Ya volvería a verla con Ana en otra ocasión. En cuanto a Mina, a la que habían enterrado hacía unos días, mintió. Todavía no se había hecho a la idea. Ni lo haría. Era un dolor que crecía y perforaba en su corazón como un ácido.

FERNANDO. Fernando, meticuloso por naturaleza, se cuidó de los

detalles previos de la «escapada a Francia», como la llamaba. Ese mismo día 23 por la mañana, se encargó de averiguar los horarios de los cines, las direcciones, las carreteras. Los más convenientes para ellos eran los cines de Biarritz. También se encargó de comprar los francos. No demasiados, pero sí los suficientes para ir sobrados. Como empleado en la empresa Carlos Llanos, la compañía aduanera en la que trabajaba, eso lo tenía fácil. Podía hacerlo allí mismo sin necesidad de pasar por el banco. También lo proveían en la oficina de un salvoconducto para cruzar al otro lado sin pasaporte; bastaba con un permiso temporal de 48 horas, expedido por la Jefatura de Fronteras de Irún. En su misma empresa le podían hacer de oficio la gestión, era lo habitual con los empleados. Humberto, sin embargo, acuciaba siempre a Fernando para que se sacara el pasaporte y así poder hacer viajes por Europa los tres amigos juntos. Hasta Jorge tenía pasaporte. Pero Fernando Quiroga lo venía dejando para más adelante, ya que le era muy cómoda esa ventaja de trabajar en Aduanas y disponer de inmediato de un permiso de frontera. Decía que le daba estatus.

De modo que nada más entrar en la oficina, Fernando se dirigió a su compañera Garbiñe Larrañaga y le dijo que iba a pasar el fin de semana en el norte. Decía el *norte* para referirse a Iparralde, en Francia, las provincias de Euskadi Norte. Le preguntó si tenía francos para cambiar y si podía darle un pase temporal. Garbiñe Larrañaga le dijo que sí a las dos cosas. Luego carraspeó y sonrió; a continuación le preguntó que si iba a ir con sus amigos gallegos en el coche aquel tan reluciente.

Garbiñe Larrañaga, a «los gallegos», como ella los llamaba, los conocía a medias; al que más a Fernando por razones obvias, ya que trabajaban los dos en la misma empresa. A ella Quiroga le gustaba, pero este nunca le dio muestras de reciprocidad para que ella abrigara alguna ilusión. Nada de subir un monte y tumbarse en la hierba, como tanto le gustaba a Fernando, nada de ir a la Concha o al Kursaal una tarde de estas, nada de buscar cierto ambiente nocturno donde una conversación se enmarañara con significados peligrosos y excitantes.

A ella también le gustaba el coche. No sabía por qué tenían aquel Morris tan cuidado, si por manía o por llamar la atención. Era de la creencia de que a los de fuera, a quienes llamaba «españoles» como si fueran extranjeros, les daba por demostrar que tenían el poder y por eso llamaban la atención con

grandes casas, grandes lujos, aunque fueran del pueblo y no tuvieran ni un duro. Para ella eran los «opresores» y se sabían seguros. También creía que daban la espalda con desprecio a todo lo de Euskadi, lo cual, en el caso de sus «gallegos», era falso. Sin embargo, Garbiñe Larrañaga tenía buena opinión de Fernando, Jorge y Humberto; aunque nacidos fuera de Euskadi, eran buenos chicos, de físico agradable, no parecían del Régimen, respetaban lo vasco y eran callados y discretos con lo suyo, salvo por aquel Morris blanco que relucía nuevo y que parecía de nuevo rico. Alguna vez confesó que le habría encantado subir en él porque al menos era de fabricación inglesa.

En la empresa aduanera, Garbiñe Larrañaga era de las que siempre se estaba quejando de lo mal que estaban las cosas por el País Vasco. Hacía crípticos comentarios alusivos a la situación política, de la que Quiroga y sus amigos procuraban mantenerse al margen, pese a que los tres eran inequívocamente antifranquistas. Garbiñe Larrañaga peroraba con mordacidad sobre las huelgas, los tiros, las detenciones, las torturas, las amenazas, y lo hacía con severo tono de advertencia, como sospechando de todos; parecía que avisara de que no sería de extrañar que un día de estos hubiera más muertos y que entonces cambiarían las tornas. «Miedo es lo que le falta a esa gente», soltaba camino del baño, sin que nadie supiera con precisión a qué gente se refería, si bien en la mente de todos estaban la Guardia Civil, los foráneos, los chivatos y los que no eran como ella, en ese orden. Aludía veladamente a las bombas que en diciembre habían estallado en la Delegación Comarcal Sindical de Irún. Era frecuente que Garbiñe, que tenía una solapada querencia *abertzale*, dejara caer ciertas frases después de echar miradas prudentes en derredor suyo: «Ojo, españoles, que las paredes oyen».

O: «De ese bien sabemos dónde vive y a quién sirve».

O: «Joder con los grises entrando a patadas en las casas. ¿Qué más quieres? Algo habrá que hacer».

O: «¡Claro que los chicos pasan al otro lado de la *muga*! ¡Y más que lo harán! Esto va a ir a peor, te lo digo yo, que soy vasca. ¡A mí esta tierra ya me huele a pólvora!».

O, por último, su coletilla habitual: «Pero, bueno, eso ya lo sabe todo el mundo».

A las dos y media en punto Garbiñe Larrañaga dejó dentro de un sobre, encima de la mesa de Fernando, los francos, no muchos, y el aval para la

policía que había firmado el propio Carlos Llanos, el dueño de la empresa. Cuando ella se disponía a marcharse, Fernando, que también se iba, se le adelantó unos pasos cruzándose en su camino. La última imagen que Garbiñe conservará de él será la de su espalda ancha, con la gabardina verde sobre los hombros, su mano derecha alzada y moviendo los dedos alegremente, como una despedida, a la vez que canturreaba la palabra «graaaciaaas». Iba con su amigo Jorge, que había venido a buscarlo a la salida.

JORGE. Por lo que respectaba a Jorge García, no tenía trabajo y se dejaba mecer por la esperanza de un próximo empleo en la empresa de Humberto. Mientras tanto, desde que había venido a Irún un par de meses antes, pasaba mucho tiempo en el cuarto que compartía con Fernando (Humberto tenía una habitación propia) en casa de Isabel y de Cesáreo, su marido, donde vivían los tres amigos. Era un piso modesto pero amplio, de cuatro habitaciones, aparte del comedor y de la cocina. Estaba ubicado en el número 17 de la calle Arkale, en un barrio obrero de Lapice, como una extensión de las casas solariegas de la calle Alhóndiga y en la cercanía del cuartel de la Guardia Civil, territorio peligroso, por cuyos alrededores siempre se circulaba con incomodidad por temor a levantar sospechas sin motivo.

Tumbado aún en la cama, sin avergonzarse demasiado pese a ser casi mediodía, Jorge saboreaba el viaje a Biarritz que tenían planeado hacer. La noche en que regresaron de La Coruña, a la feliz idea de Humberto de ir a ver aquella película de un director tan aclamado («Hace películas profundas, muy críticas, ya he visto otras tuyas», decía Humberto, que leía revistas de cine francesas e italianas), Jorge añadió la noticia bomba de que iba a casarse con Adela. Lo dijo sin pensar y se arrepintió a la vez que lo decía, pero prosiguió con la mentira, como si fuese una postura a la que había que mantenerse fiel sin esperanza. Qué mejor oportunidad para celebrarlo con sus amigos que el próximo fin de semana en Francia, ¿no? «¡Película, copas y despedida, allá vamos!», exclamó Jorge en el coche, para regocijo y parabienes de los otros dos, que evidentemente le preguntaron por la fecha. «No está fijada, pero será antes de verano seguro. ¿No es increíble? ¡A sentar la cabeza!» Fernando, pensando tal vez en Lucía, vitoreó entonces: «¡Joder, todo el mundo se casa! ¡La repanocha! ¡Pues que vivan los novios!», y los tres se pasaron el resto del viaje bromeando como borrachos bailando en una mota de polvo.

Cuando Jorge había llegado a Irún a primeros de enero, las cosas se complicaron en casa de Cesáreo e Isabel, por el espacio. Compartir la habitación con Fernando, más las molestias generadas por el hecho de aterrizar en una casa donde ya vivían cuatro adultos y dos niños pequeños, sin contar una tercera criatura que estaba en camino, ya que Isabel estaba embarazada de cuatro meses, solo podía ser temporal, por mucho que simpatizaran. Cesáreo y Humberto eran amigos y le gustaba al primero tener cerca a su cuñado, porque le inspiraba calma y alegría, decía. Pero la situación ya empezaba a ser difícil, al cabo de tres meses viviendo todos juntos. Jorge tenía que encontrar un trabajo y una casa con urgencia. De hecho, Fernando también buscaba un piso y propuso que podrían compartirlo él y Jorge en cuanto este tuviera un sueldo fijo. Si no le llegaba a fin de mes, bastaría con que contribuyese de manera simbólica, recordando la conjura que hicieron los tres ante el Mausoleo de Moore de uno para todos y todos para uno.

La mañana del 23, después de dejar de holgazanear en la cama, Jorge hizo varias llamadas. Una, a su sobrina Luisa, otra a Josefa, su madre, y una tercera a Adela. En las tres llamadas dio por sentado lo del trabajo, pero no dijo nada de la boda con Adela porque era mentira, y solo a Luisa le habló del fin de semana en Francia, aunque no le explicó a qué iban.

Con Luisa, hija de su hermano Rafael, tenía mucha confianza. Era una muchacha de quince años, muy guapa y esbelta para su edad, a la que a veces había pedido salir con él solo para presumir, porque parecía una chica de diecinueve, lo que halagaba y divertía a Luisa, que idolatraba a su joven tío. Esa mañana, cuando la telefoneó, su sobrina estaba en casa por encontrarse enferma. Él se interesó por su salud.

—No es nada, tío. Un poco de fiebre. Será un resfriado.

Ella le preguntó si no sentía añoranza de su gente y de su tierra. Al fin y al cabo, nunca había pasado tanto tiempo fuera. Jorge frunció los labios para dar seriedad a sus palabras.

—Verás —empezó a argumentar—, no sé si me vas a entender, pero, por asombroso que parezca, para mí, Irún es la libertad. Como un sueño. Aquí hago lo que quiero. Sé que La Coruña es más grande, pero allí me asfixiaba, la vida está aquí. Allí iba de perdedor. Aquí aún no sé. Sé que he hecho bien en venir aquí. O en cualquier parte, menos allí. Ya lo descubrirás tú un día,

cuando te toque elegir. Y hay que ganarse la vida...

—¿Me llevarás alguna vez a Irún, tío? —preguntó Luisa.

—¡Pues claro! Y cuando seas mayor tienes que irte de allí, ver el mundo, buscar un trabajo que te haga feliz. Con lo guapa que tú eres...

—¿Buscar un trabajo como has hecho tú?

—Naturalmente. Como he hecho yo.

—¿Cuándo empiezas?

—Está fijado para abril. Me subo por las paredes de impaciencia.

—¿Y te apetece?

—¡Mucho! Si no, ¿qué hago? No voy a volverme a Galicia, ahora que acabo de llegar. Para celebrarlo, me voy con Humberto y Fernando a Francia mañana sábado. Qué pena que no estés aquí, te habría invitado a que te vinieras conmigo.

—¿Qué suerte! Tráeme algo de Francia.

—Cuenta con ello. Así tienes una excusa para venir a verme.

—O tú a mí, tío. Además, ¿no se casa pronto la hermana de Fernando? Como vendrás a la boda, me traes el regalo tú entonces. Que sea algo bonito. Y, oye, tío...

—¿Qué?

—Que eres encantador.

—Tú sí que lo eres.

Se despidieron.

Llamó luego a su madre, pero después de contestarle a preguntas manidas sobre cómo iban las cosas, si necesitaba dinero y qué tiempo hacía («llueve a mares, madre»), se dio cuenta de que no tenía nada más que hablar con ella, con todo lo que la quería. Ni ella con él, probablemente. Solo retuvo lo último que Josefa le dijo:

—Tus hermanos nunca cambiarán. Casados y todo y aún siguen como adanes. ¡Qué bien que estés lejos! Me cambiaría por ti ahora mismo —dijo la madre, lanzando un hondo suspiro, y le mandó muchos besos.

A Adela, no la localizó en el trabajo y dejó el recado de que había llamado. Poco después, fue ella quien le devolvió la llamada. Hablaron de trivialidades al principio y enseguida ella pasó a preguntarle por el trabajo.

—Todo bien, Ade. A final de mes tengo la prueba. Humberto dice que será

fácil. Él cuenta con que me darán el empleo sin problemas.

—¿Vendrás pronto o tardarás en venir? Lo digo por tu trabajo —quiso saber Adela.

—Para la boda de Rosa Quiroga estoy en La Coruña.

—¿Y cuándo será eso?

—Creo que a finales de abril.

—Es muy pronto, ¡qué bien! —Adela dejó pasar unos instantes— ¿Me quieres?

—¡Claro que te quiero! ¿Y tú?

—También. Tengo que dejarte ahora. Adiós, Jorge.

Colgaron. Ni Luisa, ni Adela ni Josefa volvieron a saber de él.

Para hacer tiempo antes de que fuera la hora de ir a buscar a Fernando, tal como habían quedado, se entretuvo leyendo una revista que le había pasado Humberto, un ejemplar de *Film Ideal* dedicado a Bernardo Bertolucci, el director de la película prohibida. El titular reproducía una frase suya, casi cómica: «Mi cine es una armadura con agallas». Se hablaba de su vida, de otras películas suyas, de su padre, un conocido poeta, de su militancia en la izquierda italiana, de su gusto por las provocaciones y los sombreros. Jorge se fijó más bien en los actores, Marlon Brando, Maria Schneider y Jean-Pierre Léaud. Solo había visto películas de Marlon Brando. También había oído en la radio la música de la película. Le parecía desesperada e inolvidable. No concebía mejor plan para mañana sábado que ver esa película y luego celebrar lo suyo.

4

La primera alarma se produjo el martes 27 y provino de Ana, quien, al no saber nada de su novio desde el sábado a mediodía, entró en el despacho de Víctor Padilla y le dijo que era muy extraño que Humberto faltara a su trabajo dos días seguidos sin dar señales de vida.

Todas las hipótesis, incluso las más descabelladas, pasaron por su mente en ese instante, pero optaron por no dramatizar y guiarse por el sentido común. Lo más normal era que estuviera en su casa, en cama por alguna intoxicación alimentaria o tal vez por algún pequeño accidente, puede que con el coche, de regreso de Francia, cosas menores como un brazo o una costilla rotos. Pero, en ese caso, ¿por qué no se había puesto en contacto con ella o con la empresa? Lo lógico habría sido haber llamado a Ana, y que esta, aparte de alejar de sí toda preocupación por el silencio de Humberto, advirtiera en Trafic de su situación y de que estaría unos días de baja. O habría bastado con llamar a Padilla, si Humberto no quería alarmar demasiado a su novia, lo cual solo sería indicio de un accidente mayor. Ante aquella incertidumbre, Padilla tomó la determinación de telefonar a casa de la hermana de Humberto. ¿Dónde, si no?

Isabel estaba muy alterada. Cuando el domingo por la mañana vio que las camas estaban intactas en los cuartos de Humberto y de Fernando y Jorge, pensó, sin darle más importancia, que se les habría hecho tarde y habrían decidido quedarse a dormir en algún hotel de los muchos que había entre Bayona y la frontera. Se convenció de que probablemente habían bebido más de la cuenta y, como Jorge no conducía, habían buscado dónde pasar la noche. Se le ocurrió incluso que hubieran dormido dentro del propio vehículo, cerca de alguna de las playas de la zona. Para quedarse tranquila, comprobó que su hermano y sus amigos tenían en sus armarios todas sus pertenencias, así que

huir, no habían huido. Además, ¿adónde? ¿Y por qué? ¡Pensaba cada cosa!, se decía a sí misma.

Eso fue el domingo. El lunes ya se desazonó. Tuvo un mal presentimiento que se reservó para ella, pero meneó la cabeza como si así se despejaran los temores. Empezó a ponerse en lo peor, en que tal vez un accidente los tenía retenidos en algún hospital. Pero eso desató aún más alarmas y dudas: si estaban en un hospital, entonces, ¿por qué no llamaban? ¿Por qué no les avisaba la policía de que había ocurrido una desgracia? ¿Tan grave era? Y si era grave, ¿no debería haberse personado ya alguien en su casa, con el fatídico anuncio de lo inimaginable? ¿Por qué nadie tenía noticias? El martes, con el pecho oprimido, le rogó a Cesáreo que hiciera algo, no podían seguir así. En ese momento sonó el teléfono y al otro lado Isabel distinguió la inconfundible voz metálica de Padilla, que preguntaba por Humberto. No había gran cosa que decirse, pues ninguno de los dos sabía nada. Tan solo aumentaba el temor.

Lejos de allí, Rosario, la madre de Fernando, que necesitaba oír la voz de su hijo cada día para sentirse tranquila, no había podido conciliar el sueño desde el domingo. Se le aparecían fragmentos de su vida como un extraño señuelo para desvelarla. Tenía visiones, recuerdos. Acostumbrada a que su hijo la telefonara cada día solo para decirse mutuamente un par de frases cariñosas e intrascendentes, no creyó que la interrupción tan brusca de las esperadas llamadas telefónicas fuese normal. Tenía que haberle sucedido algo, se dijo. La última conversación entre los dos tuvo lugar el sábado por la mañana, cuando él terminó de hacer unas compras para la boda de su hermana. Le dijo a su madre que esa misma tarde se iría con sus amigos a Biarritz. No le dio importancia. Como notó que ella iba a replicarle algo sobre su seguridad, él se adelantó para tranquilizarla.

—Será un viaje corto, de noche ya estaremos aquí otra vez. Como seguramente será muy tarde, ya te llamaré mañana para contártelo.

También, para liberarse de aquella esclavitud de las llamadas diarias, le dijo que no se acostumbrara a ellas o se enfadaría, porque llegaría un momento en que no tendrían nada que decirse y sería peor, aunque empleó un tono desenfadado para no herir los sentimientos de su madre. Fernando no insistió en el asunto. Comprendía a su madre, aunque lo exasperaba casi siempre. Terminó la conversación con «un beso, mamá», que será la frase que nunca se le quitará a Rosario de la cabeza, como tampoco olvidará aquel

sábado. Fue su marido Jacinto quien habló con los padres de Humberto y con los de Jorge para averiguar si ellos tenían noticias de sus hijos. Aquello sucedió el miércoles o el jueves, cuando ya Cesáreo había regresado de su incursión a Francia, totalmente infructuosa.

Porque Cesáreo había ido a Francia a la aventura, guiado por la desesperación. Había pedido un permiso en su empresa, Decoexsa, una filial de Renfe, y partió él solo en su coche. Trató de imaginar el recorrido más lógico que habría hecho su cuñado el sábado anterior. Con buen criterio, pensó que habría cruzado la frontera en Hendaya por la carretera nacional 810 y que se habría desviado a continuación hacia la departamental 912, que recorre la sinuosa costa por la Corniche hasta Urrugne y desemboca en la bella bahía de San Juan de Luz y Ciboure.

En ese tramo hasta Urrugne, más despoblado que en la parte del interior, Cesáreo se detuvo varias veces. Cada cierto trecho, dominando la ansiedad, escrutaba con atención y bajaba a duras penas por los encrespados senderos de piedras que, entre acantilados, conducían a playas o pequeñas calas naturales, casi inaccesibles desde la carretera. No halló ningún vestigio extraño entre las rocas ni entre los enredados ramajes, y menos aún vio un coche accidentado o un atisbo de algo parecido. Esos días había seguido lloviendo y la búsqueda emprendida por Cesáreo entre las rocas, donde había restos de búnkeres alemanes y una maleza tupida, se hizo penosa. Prosiguió su exploración por la Corniche desde el otro lado de la bahía, empezando por Sainte Barbe y la ruta de playas encadenadas, surgidas en medio de abruptos peñascos verticales y farallones profundos e inestables a los que apenas pudo asomarse. Fue un trabajo que le llevó un día entero, hasta bien avanzada la noche.

Hizo con minuciosidad su labor de búsqueda. Peinó la costa hasta Chambre d'Amour, donde hizo un descanso, y luego se extendió hasta cerca de la desembocadura del Adur, más allá de Bayona. Se metió también por las carreteras del interior, poco transitadas en esa época, en dirección a Mouguerre primero, luego bajó hacia Cambo-les-Bains para volver por Saint-Pée y Ascain. Nada.

Cada vez más abatido, habló con hoteleros, camareros, empleados de gasolinera, sanitarios de centros de socorro, enfermeras de hospitales,

vendedores de prensa, taquilleros de la estación de Hendaya y de San Juan de Luz y dependientes de tiendas de souvenirs. Nada tampoco. Nadie supo darle ningún dato ni una pista sobre los tres jóvenes ni sobre un coche Austin Victoria blanco. Nadie recordó si el fin de semana pasado se hubiera hablado de algún percance nocturno en clubes o discotecas ni si hubo habido choques de vehículos en los cruces de carreteras de mayor circulación. Nadie supo nada y nada fue lo que se trajo Cesáreo de Francia el jueves, dos días antes de cumplirse una semana de la desaparición.

Solo quedaba hablar con la policía. Si no habían presentado antes una denuncia fue debido a que en su corazón se resistían fieramente al hecho de no volver a verlos nunca más. En La Coruña, los padres de Fernando llamaron a los padres de Humberto, y estos a los de Jorge. Fueron llamadas ensombrecidas por el peso de frases circunstanciales, escuetas e innecesarias, antes de llegar al motivo amargo de la llamada.

—¿Sabes algo?

—No, mujer, no sé nada.

—Seguro que mañana aparecen.

—Por Dios, que sea hoy.

Y durante unos días, esas llamadas se sucedieron sin orden, a todas horas, unos confundidos con otros, y siempre las mismas frases sobre saber y no saber. Cuando José Fouz llamaba a Jacinto Quiroga, pero la que descolgaba el teléfono era su mujer Rosario, se confundía y preguntaba si había noticias de Jorge y no de Fernando, su verdadero hijo; o cuando Isabel y Josefa hablaban, siempre muy poco, con más silencios que palabras, al final, después de haber colgado, ninguna de las dos sabía quién era el hijo de la otra, si Fernando, Jorge o Humberto.

Con el paso de los días, las llamadas se espaciaron para ceder su puesto a un dolor soterrado del que el teléfono ya no podía aliviarlos. Pasaban largos ratos junto al aparato, ausentes, mirando un punto lejano de la pared que no cabía en la habitación donde estaban. Solo se producían sobresaltos cuando el timbre del teléfono sonaba en cualquiera de las tres casas. Un sobresalto al que proseguía el ritual agónico de descolgar, temerosa pero ansiosamente, y de escuchar aguzando el oído, como si una aguja penetrara por él hasta al cerebro, por si al cabo de esos segundos eternos y antes de preguntar quién

llamaba, con una voz precedida casi siempre de un suspiro nada esperanzador, la otra voz, la voz del otro lado del hilo, les daba la noticia, cada vez más fantasmal, de que estaban vivos. Pero eso nunca llegó a suceder.

Al cabo de unos diez días, a primeros de abril, José Fouz, Jacinto Quiroga y Julio García, los tres varones cabezas de familia, viajaron en autocar desde La Coruña a Irún para poner una denuncia por la desaparición de sus hijos.

José Fouz parecía el más locuaz. Jacinto Quiroga tenía un aspecto retraído y dejaba que hablaran los otros. Julio García, de tez rojiza, era el más enérgico. Los tres hombres, entraron en la comisaría de policía, donde los recibieron fríamente y con desconfianza. Les hicieron pasar a una sala y los fueron llamando uno a uno para hacerles unas preguntas por separado sobre aspectos de los que tenían poca o ninguna idea.

Les preguntaron si sabían si sus hijos iban a Francia a correrse una gran juerga. Dijeron que no lo sabían, pero que eso sería muy improbable y que no entendían lo de «gran» juerga, parecía insultante.

Les preguntaron si sabían si sus hijos se habían ido con unas putas, en esa juerga o al margen de esa juerga. Incómodos y un tanto azorados por esa pregunta vergonzante, dijeron que no lo sabían, pero jamás habrían creído que fuera propio de ellos.

Les preguntaron si sabían si a sus hijos les gustaban las mujeres. Se ofendieron.

Si sus hijos tenían intereses políticos. No sabían.

Si formaban parte de alguna banda, fuera esta criminal o política, o político-criminal. No sabían, pero lo consideraban imposible.

Les pidieron fotos y datos sobre sus hijos, como qué ropa llevaban el día de los hechos, cuál era la matrícula del coche o si alguno de los tres muchachos tenía algún rasgo físico característico que facilitara su identificación. Solo Julio García aludió al asma de Jorge.

Les preguntaron si habían iniciado alguna búsqueda por su cuenta, advirtiéndoles de que eso solo contribuiría a estropearlo todo. Dijeron «estropearlo» como si fuese una operación intencionada, como un secuestro o un ajuste de cuentas, aunque no emplearon estas palabras en ningún momento. Entonces, el comisario, que hasta entonces se había mostrado severo, se dirigió a ellos con un tono cálido, siempre por separado:

—¿Hay alguien que podría extorsionarlos, a cualquiera de ellos o a los

tres? ¿Deudas de juego? ¿Cobro de morosos? ¿Tienen dinero?

Como era de esperar, los tres respondieron negativamente, pero moviendo la cabeza con desconcierto, tan incrédulas eran para ellos esas preguntas que ni siquiera concibieron abrir la boca para responderlas.

—¿Se carteaban con alguien, tal vez alguien sospechoso?

No sabían. Se carteaban entre sí, a lo sumo, cuando viajaban.

—¿Eran comunistas o, en su defecto, marxistas?

No sabían.

Finalmente, les preguntaron si todo eso no podía ser parte de una broma pesada, una gamberrada. A esto ni siquiera supieron qué contestar, pero Julio García, en su turno del interrogatorio, alzando el mentón, dijo gravemente:

—Creía que la policía estaba para ayudarnos. Porque no entiendo cómo nos preguntan estas cosas después de diez días sin noticias de nuestros hijos. ¿Puede alguien suponer una broma pesada el hecho de no aparecer durante tanto tiempo y dejar que sus familias sufran como están sufriendo? Aún no nos han dicho ustedes cómo pueden haber desaparecido sin dejar el menor rastro.

El comisario no respondió, y también ahí acabaron las preguntas de la policía.

Les mostraron los expedientes de la denuncia para que los leyeran despacio y los corroborasen; comprendían la siguiente información:

«Expediente n.º 8.110/04/73. D. Humberto Fouz Escobero, natural de La Coruña, con domicilio en la calle Sinagoga número 22 de esa ciudad.

Edad: 29 años.

Estado civil: soltero.

Estatura: media (1,68).

Pelo: castaño.

Ropa: de abrigo, gabardina tres cuartos.

Marcas especiales: barba recortada.

Objetos de valor: una insignia de solapa de oro. No constan otros.

Vehículo: Austin Victoria 1300 blanco.

Motivo de la desaparición: se desconoce.

Lugar de la desaparición: inconcreto, en país vasco-francés, área

de Biarritz-Bayona.»

«*Expediente n.º 8.111/04/73*. D. Fernando Quiroga Veiga, natural de La Coruña, con domicilio en la calle Riego de Agua número 38 de esa ciudad.

Edad: 25 años.

Estado civil: soltero.

Estatura: alta (1.78).

Pelo: castaño.

Ropa: de abrigo, tipo gabardina larga.

Marcas especiales: se desconoce.

Objetos de valor: reloj de pulsera dorado. No constan otros.

Vehículo: ninguno propio.

Motivo de la desaparición: se desconoce.

Lugar de la desaparición: inconcreto, en país vasco-francés, área de Biarritz-Bayona (ídem del anterior).»

«*Expediente n.º 8.112/04/73*. D. Jorge Juan García Carneiro, natural de La Coruña, con domicilio en la calle Monasterio de Bergondo s/n de esa ciudad.

Edad: 23 años.

Estado civil: soltero.

Estatura: baja (1.66).

Pelo: castaño claro.

Ropa: de abrigo, tipo trenka azul.

Marcas especiales: se desconoce. Posible padecimiento de asma.

Objetos de valor: no constan.

Vehículo: ninguno propio.

Motivo de la desaparición: se desconoce.

Lugar de la desaparición: inconcreto, en país vasco-francés, área de Biarritz-Bayona (ídem del anterior).»

José Fouz pensó que, al final, todo lo que eres se reduce a una ficha policial, a ese resumen de datos y no a otro.

Una vez firmada la denuncia, los mandaron para sus domicilios en La Coruña, aunque si querían quedarse en Irún, les sugerían que no interfirieran en la investigación. Si sabían algo, debían acudir a la policía inmediatamente. Los tres padres, por su parte, tenían la sensación de que habían suministrado datos insignificantes sobre sus hijos, con todo lo que podrían decir de ellos, pero la policía los consideró suficientes.

Les dieron una copia de la denuncia. Llegado el caso, les comunicarían cualquier información nueva que recabaran al respecto, una vez filtrada y analizada, por supuesto, por si implicaba a otros departamentos policiales o a la Guardia Civil. Harían algunas gestiones rutinarias, se pondrían en contacto con la Gendarmería de Bayona y con la Comandancia Naval Francesa por si era preciso inspeccionar la costa, investigarían lo que pudieran. Ya les avisarían.

Cuando se iban, el comisario les dijo:

—No conviene que se hagan demasiadas ilusiones, así la sorpresa es mayor.

Pero ellos no se las hacían. Intuían que aquello era un misterio que se resolvería no con una sorpresa, sino de la peor manera, porque siempre solía ser así, pero todavía no habían llegado a perder la esperanza hasta ese punto ni a dar cobijo en sus cabezas a ideas desoladoras. Aunque, en realidad, no tenían ninguna idea a la que aferrarse.

—A veces la gente desaparece porque quiere —dijo finalmente el comisario desde lejos, cuando se iban.

Los tres hombres lo escucharon en silencio y en silencio se fueron acera abajo hasta la casa de Isabel, en la calle Arkale, rumiando las palabras del comisario. De lo que estaban convencidos era de que sus hijos no eran de esos que desaparecían porque querían.

5

La mañana del sábado 24, el último día que los vieron con vida, había transcurrido con normalidad. Naturalmente, de todo hubo testigos.

Alrededor de las 9.00, Humberto llegó a pie a su trabajo en Trafic. Había dejado el coche en un taller próximo a la calle Arkale para ponerlo a punto. Esa mañana estaba exultante. Que lloviera hasta le reconfortaba.

A las 10.55, Jorge salió de casa y deambuló por Irún sin nada que hacer durante un par de horas.

A las 11.45, Víctor Padilla y Joaquín Bengoechea, los dueños de Trafic, dictaron a Humberto varios documentos destinados al tráfico de camiones que iban a La Rochelle. Humberto los tradujo al inglés directamente en la Olivetti eléctrica, algo que fascinaba a Ana, con la que estuvo intercambiando miradas cómplices y furtivas toda la mañana. Víctor le dijo a Humberto: «No sé qué sería de esta oficina sin ti». Una hora después, Humberto discutió por teléfono con un camionero italiano que iba rezagado. Habló en su idioma. Humberto demostraba firmeza.

Hacia las 12.30, Fernando, que libraba ese día porque en la agencia de aduanas hacían «semana inglesa», entró en una camisería de Irún para comprarse algo de ropa con vistas a la boda de su hermana, prevista para abril. Veinte minutos más tarde, a las 12.50, cruzó la acera y entró en una zapatería con idéntica intención.

A las 12.55, Jorge acudió a una farmacia y pidió una caja de optalidones. Le aliviarían la jaqueca con la que había amanecido. No dejaba de llover intermitentemente, tan pronto jarreaba como escampaba, por lo que buscó refugio en Elcano, una cafetería que frecuentaba, donde se entretuvo haciendo crucigramas y bebiendo coca-colas.

No tenía ningún otro amigo en la ciudad, aunque ya empezaba a hacer conocidos, sobre todo en Elcano. Eran casi siempre emigrantes de Extremadura y de Andalucía, obreros y trabajadores que buscaban integrarse en el País Vasco y se apuntaban a todos los juegos locales, bebían txacolí, cantaban a la tierra o a la mar con falsete y hacían excursiones al monte en grupo. No discutían con los nacionalistas, que eran mayoría. «El silencio es un seguro de vida», se murmuraba en la confianza férrea de los acólitos, pero como bromeando y con descreimiento.

Se daba por sentado que Irún había sido invadida por españoles, se veía mucha Guardia Civil y mucha policía, debido sin duda a la proximidad con la frontera. Las *abertzales* eran Fuenterrabía, un coladero de subversivos vascos en busca del refugio francés, o Rentería, donde se sospechaba de confidentes, de infiltrados, de judas pagados por Carrero Blanco. Había un silencio rabioso ante los abusos policiales y proliferaban las acusaciones de delatores, con amenazas de muerte a quienes no comulgaran con el patriotismo vasco o con la Organización. Empezaba a surgir una sensación de inminencia, de que algo iba a pasar por fin en Euskal Herria, ante la extrema vejez del Dictador y la presión revolucionaria de la clandestinidad. Pero por el momento solo había represión y guerrilleros contra esa represión. «Esta no es tu tierra, vete o te sacamos de aquí en una caja de pino», podían escribirle en la puerta de su casa a cualquiera que no hubiera demostrado un grado suficiente de *abertzalismo*. Se había extendido una política sutil y familiar del miedo por todas partes.

Humberto y Ana, que salían con frecuencia por Rentería —de donde ella era natural— y por San Sebastián, no fueron ajenos al hecho de cómo en ambas ciudades había ido creciendo el miedo y el recelo contra los que no eran vascos puros. La línea entre la pureza y la impureza era, además, muy resbaladiza, y siempre eran los puros los que señalaban a los otros. El clima estaba politizado en extremo. Lo peor para Humberto y Ana era que en Irún también comenzaba a haber un despertar extraño. Se insultaba a la cara, en la calle, a quien no creía en la revolución de los *gudaris* o no se había «posicionado». Se hacía el vacío a un pequeño negocio, a una carnicería o a una farmacia, solo porque se corría la voz de que los dueños eran tibios, no eran lo suficientemente vascos o sencillamente no hacían nada. No hacer nada era muy sospechoso, era ser parte de los opresores.

A eso de las 13.20, cuando estaba en una esquina de la barra, se le acercó a Jorge un joven casi de su edad, con barba y gafas, y le estuvo mirando a los ojos un buen rato sin decir nada. Jorge se incomodó, pero enseguida el joven bajó la mirada señalándole unas hojas que llevaba en la mano. Se las estaba tendiendo. Jorge cogió una de las hojas y vio que era una octavilla con propaganda subversiva de ETA en la que se advertía contra la participación en unas fiestas tradicionales. Leyó al azar la palabra «*antivasco*» y la frase «*quien vaya pagará las consecuencias*», y al final de la hoja «*¡¡¡muerte a txibatos y policías!!!*». Se la devolvió al joven, quien en vez de cogerla, le dijo:

—¿No serás un chivato?

La mirada de aquel joven era dura y esquiva. Jorge dudó un instante, dobló lentamente la hoja y se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón. El joven se dio la vuelta y se marchó. Los que vieron la escena, desviaron la mirada. De pronto, Jorge se sintió un extraño, hasta que un hombre achaparrado, el más próximo, dijo como quien no quería la cosa:

—Un consejo. Déjate llevar, chaval. Si no la hubieras cogido, te empiezan a seguir y ya sabes... No eres de aquí, ¿no?

—Soy gallego —respondió Jorge.

Cuando Jorge se fue, alguien hizo comentarios malintencionados por la espalda.

—Dicen que hay mucho gallego policía —se oyó decir a uno.

—Y mucho chivato de cualquier parte —se oyó decir a otro.

—Pero este no va a ser, tiene cara de niño.

Allí, en la cafetería Elcano, hubo gente que vio a Jorge y recordará después que fue la última vez que lo vio.

A las 13.30, Humberto salió de Trafic con Ana. Se dirigieron de la mano al taller para recoger el Austin Victoria, luego dejaría a Ana en su casa y regresaría a la de su hermana, donde estaban todos citados para comer. Ana y él se besaron. No discutieron, la estrechó en sus brazos. Cuando estuvo solo, se cercioró de que en la guantera seguía aún el libro de Ripellino sobre literatura rusa que siempre leía a trozos. Era un libro difícil.

Hacia las 13.40, Fernando llamó a casa de sus padres, como tenía por costumbre. Cuando terminó de hablar, le dijo a su madre: «Un beso, mamá».

A las 14.15 comieron en casa de Isabel y de Cesáreo.

Fue una comida alegre, entre risas. Ese día estrenaban un frigorífico nuevo, un Kelvinator pagado a plazos. Humberto felicitó a su cuñado porque las cosas prosperaban en la familia, ahora que iba a crecer en número. Los vasos entrecocaron. Las emociones dominantes eran de cierta euforia que se desbordaba.

—No bebáis mucho —pidió Isabel.

Fernando le preguntó a Cesáreo si se animaba a ir con ellos esa tarde.

—¿O es que no te deja tu mujer?

Todos rieron. Isabel se defendió:

—Tengo una idea mejor: que se quede Cesáreo y voy yo en su lugar. A mí también me gustan las películas fuertes.

Más risas.

—Sitio hay —repuso Humberto.

—Hoy trabajo de noche —dijo Cesáreo finalmente—, pero con gusto me iría con vosotros.

Pensaban regresar a dormir a Irún. Así se lo dijeron a Isabel. Ella estaba segura de que volverían esa noche. Y que lo harían tarde. Dijeron que entre las diez y las once. Pero, aun así, ella supuso que, si pensaban tomar algo después del cine, regresarían más tarde aún. Por eso les dejó la cena preparada. Lo único que le pidió a Humberto y a los otros dos fue que no hicieran ruido al entrar, por los niños.

A las 15.10, ante la insistencia de Jorge, a quien ya habían hecho efecto los optalidones, bajaron a jugar una partida de mus al bar Castilla, en la calle Alhóndiga, muy cerca de su casa, donde eran conocidos del dueño. Fernando vio en una mesa un *Selecciones del Reader's Digest* con la foto de un astronauta en la cubierta. Le gustaban los vuelos espaciales.

—¿Te ha dado por leer, Pepe? —le preguntó al dueño del bar.

—Alguien se lo habrá olvidado.

—Me lo quedo.

—Como quieras. Es gratis.

Bebidas: coñac Soberano, whisky DYC, una copa de pipermin... Sonaba Nino Bravo en la *jukebox* y luego Sandie Shaw. Antes de salir, Fernando

compró una cajetilla de Camel, cuyo sabor prefería al de las demás marcas.

—En Francia hay que fumar a lo esnob.

En torno a las 16.15, al acabar la partida, llevaron a Cesáreo a su trabajo en Decoexsa, a las afueras de Irún, en el Austin Victoria porque les venía de camino a Hendaya. Un vecino que los conocía de vista reparó en ellos al ver su reflejo en el escaparate de uno de los bares de cambio de moneda que había antes de cruzar el puente de Behovia. Pensó que aquellos jóvenes vivían demasiado bien para la edad que tenían. Además, no eran de allí y eso le jodía.

A las 16.30 tomaron la carretera nacional 810. No llevaban equipaje ni ropa de repuesto; solo gabardinas, un chubasquero y una trenka.

Ya en suelo francés, el negro asfalto de la carretera se volvía mate por la lluvia. Era como si una nueva realidad empezara allí. Al cabo de un rato, Fernando encendió un Camel y abrió al azar el *Reader's Digest*. Después de echar un vistazo, dijo:

—¡Eh, escuchad! Es asombroso.

Y como si imitara a un locutor norteamericano, leyó en voz alta unos fragmentos: «El Apolo 17 fue la última exploración tripulada a la Luna que se posó en el satélite. La misión estaba integrada por el comandante Eugene A. Cernan, todo un experto en astronáutica, Harrison H. Schmitt, que sería el piloto del módulo lunar *Challenger*, y por Ronald Evans, el piloto del módulo de mando *America*...bla, bla, bla... El 11 de diciembre de 1972 alunizaron en el valle de Taurus-Littrow, al lado del Mar de la Tranquilidad... bla, bla, bla... Cernan ha sido el último ser humano en poner un pie en la Luna. Estuvieron 74 horas, 59 minutos y 40 segundos en nuestro satélite. Regresaron el 19 de diciembre, al cabo de doce días en el espacio».

Cerró la revista y dijo:

—Somos nosotros, ¿no?

El 26 de abril, poco más de un mes después, los padres de los tres jóvenes recibieron una llamada de la Policía Armada. No les dieron ninguna información, tan solo les avisaban de que pasarían a recogerlos al día siguiente para llevarlos a San Sebastián. Esta vez viajaron también las madres de los tres jóvenes, Isabel Escobero, Rosario Veiga e Josefa Carneiro. Irían en dos coches Seat 1500 puestos a su disposición por el Ministerio de la

Gobernación. Llegaron por la tarde. Los tres matrimonios fueron conducidos directamente a un palacete ubicado frente a la playa de Ondarreta. Una vez allí, los escoltaron hasta el segundo piso. Entraron en un despacho presidido por una enorme foto del Caudillo y otra al lado, menor, del príncipe Juan Carlos. No sabían aún por qué los requerían en ese lugar, y pese a las numerosas veces que lo habían preguntado respetuosamente durante el trayecto, no habían obtenido más respuesta que la de «En el destino les informarán». Entraron, pues, con temor y angustia, hechos a la idea de que aquel sería el día más doloroso de sus vidas. Los recibió un individuo que dijo llamarse Luis Ruiz Esteruelas, y aunque se presentó como abogado, en realidad era el Secretario Provincial del Movimiento. Vestía un terno oscuro y llevaba una insignia en el ojal con el yugo y las flechas de la Falange. La corbata negra y la camisa azul eran elocuentes. Después de unas exasperantes frases de cortesía, fue al grano. Les dijo que seguían las labores de búsqueda de sus hijos Humberto, Fernando y Jorge (hizo énfasis en citarlos siempre por el nombre de pila), que estaban haciendo todo lo posible y que todas las pistas estaban abiertas. Entonces hizo una pausa dramática para añadir:

—Lo más probable es que haya sido la ETA.

Dijo «la ETA» con el tono cautelar que le correspondía.

Aquello fue un auténtico mazazo que dio paso a la incredulidad y a una viscosa sensación de indefensión que se abatió sobre las tres familias. Josefa Carneiro no pudo evitar una carcajada nerviosa, imposible de controlar, sonora y absurda, que revelaba desconcierto. José Fouz, dando rienda suelta al pensamiento instintivo que le vino a la boca de repente, dijo en voz alta:

—Pero si ellos no son...

Se quedó sin expresar lo que ellos no eran.

Jacinto Quiroga preguntó con voz desprotegida, minúscula:

—¿Cómo lo saben?

—Lo sabemos —fue lo único que remachó Ruiz Esteruelas.

El dolor de la desaparición se abría en pequeñas partículas inabarcables. Una muerte era un final. Una desaparición, no. Una desaparición obligaba a suspender la vida en un purgatorio infernal, por así decir, puesto que no se sabía a ciencia cierta si sus hijos vivían o habían muerto. Caía la tarde, el despacho estaba en semipenumbra, pero nadie reparó en esa oscuridad que emanaba de las palabras mismas. Solo Rosario Veiga, la madre de Fernando,

volvió automáticamente el rostro hacia la ventana, desde la que se veían el mar y las playas cubiertas por una luz que declinaba sus últimos rayos, y se quedó mirando la nada, el horizonte. Desorientada, la invadió un momento de su pasado, cuando era adolescente y estaba en Lalín con su madre y miraba por la ventana la luz de la tarde y a los pocos segundos esa luz se había convertido en noche y ya no había luz. Después se desmayó.

6

Había que entrar en la mente, primero en la de ellos mismos, luego en la del pueblo vasco, y darle la vuelta como un guante. Las palabras eran de Telesforo Monzón pero a Eustakio le vinieron a la cabeza una vez más, mientras se ajustaba el anorak bajando sin prisa las escaleras del segundo piso de la casa Legasse, en Ciboure. «Entrar en la mente», se dijo. Y luego: «Darle la vuelta como un guante». Sabía que había palabras como rocas, frases que no se deshacían como azucarillos, sino que siempre se quedaban en los repliegues del cerebro, por así decir, y había que mimarlas para convertirlas en obsesión, pues solo con la obsesión podían terminar siendo hechos. Y él, Eustakio, era de hechos, no de palabras. Le habían enseñado a repetir, repetir, repetir, y así hasta que las palabras se volvían tegumento, se volvían órgano, sangre y nervios, piel incluso. Se las había oído repetir a Argala y él mismo se las creía. «Si nosotros no lo somos, lo que sea, el pueblo tampoco será lo que queramos que sea.» Verdades rotundas, pronunciadas con fe en alguna ocasión. Con ese «lo que sea» se refería Monzón, el viejo nacionalista, a lo máximo que se podía ser, un *gudari*, alguien que empuñaba las armas por amor a Euskal Herria. Y lo máximo a lo que podía aspirar un *gudari* era a usarlas. Ahí es donde empezaba el lenguaje de Eustakio, en el uso.

Era de noche. En el rellano olía a detergente de lavadora. Se miró en un espejo que los Legasse habían puesto para decorar. Bajo la luz eléctrica de un neón titubeante, le costó reconocer en aquel rostro el suyo propio porque de pronto le recordó al de otra persona, pero ¿al de quién? No sabía, pero era un rostro dócil y él no era un hombre dócil, todo lo contrario, su intransigencia podía dar miedo. Creyó ver que los pómulos se habían angulado, los ojos achinado, la boca agrietado hacia abajo por los lados del mentón, como si una

placidez inesperada se hubiera instalado en esa ausencia de gestos. Pensó por un instante que esa era la cara de su madre muerta y que también sería esa la cara que él tendría cuando muriera.

Luego Eustakio apartó la mirada del espejo y volvió a la realidad. A continuación, se palpó instintivamente en el bolsillo trasero de su pantalón de tergal; extrajo la cartera y recontó los francos. Sabía que era una manía de pueblerino. Siempre un poco justo de dinero. Procedió de igual modo en el otro bolsillo, donde llevaba las llaves. Era su ritual, como si temiera el olvido al que conducía la rutina. Recordó una frase que leyó en un *Zutik*: «La rutina puede acabar con una organización». Era de Trotski, decían. Por eso, cuando iba con la pistola, se la metía en un costado, entre el pantalón y la camisa, y apretaba el antebrazo contra la empuñadura varias veces, para cerciorarse de que aún seguía ahí. Esa noche no llevaba.

La casa Legasse, ubicada en el muelle Maurice Ravel, era de piedra gris, o imitaba piedra, y se componía de un piso bajo y tres plantas superiores; la planta primera pertenecía toda ella a la familia Legasse, los propietarios del edificio, gente que no quería saber de sus inquilinos nada más que el cobro puntual, aunque simpatizaban con los radicales vascos. Las otras dos plantas eran para los etarras que llegaban, a veces por oleadas de cinco o siete. Allí, en los pisos segundo y tercero, vivían refugiados que eran de la Organización, sobre todos los cuadros directivos, los etarras de mayor jerarquía. Muchos paraban en el piso un día o dos, sobre camastros y literas, otros se quedaban más tiempo. Entraban y salían por la puerta de atrás, que daba a la rue Pocalette, apenas transitada y en pendiente.

Hacía unas horas que la noche había caído y solo flotaban en el aire una lluvia intermitente y un olor marino, a algas, como una cortina que oscurecía aún más las calles y expulsaba de ellas a la gente hacia los restaurantes, los bares y las discotecas de carretera. Al fin y al cabo, era sábado y, pese al mal tiempo, todos buscaban el refugio de la diversión.

Eustakio torció por el pasaje Pintor Perico Ribera, perpendicular a la rue Pocalette, donde lo esperaba Mamarrú, apoyado en la pared y con un paraguas abierto. Lo saludó con un inaudible *kaixo zer moduz* que Mamarrú devolvió con un alzamiento de cabeza. Le pidió que cerrara el paraguas, que solo caían cuatro gotas. El otro lo hizo.

Una claridad inesperada pareció aumentar el reverbero de las farolas en

medio de la negrura. Era un rayo en lontananza. Entonces Eustakio se detuvo y sujetó a Mamarrú del brazo para que hiciera lo mismo.

—Mira.

Miraron a lo lejos, hacia el horizonte. A Eustakio le parecían hermosos los relámpagos que provenían de alta mar. Siempre que había noche de tormenta y estaba en una playa o en un puerto, se quedaba fascinado como un niño aguardando la ocasión de ver caer un rayo y esperar el rumor del trueno. Cuando lo hacía, no podía evitar la excitación por la llegada del siguiente, y luego por el siguiente, y luego por otro más. Le gustaban porque eran implacables. Hubo un momento en que sus labios se movieron en silencio y, por unos segundos, Mamarrú creyó que Eustakio estaba rezando. No le extrañó, porque había sido fraile y muchas veces se ponía sentimental.

Eustakio Mendizábal había sido benedictino y seguía teniendo apariencia de tal. Pese a que apenas había cumplido los veintiocho, daba la impresión de ser un hombre mayor, corto de palabras y sin sentido del humor. Inspiraba confianza y recelo a la vez, olía a sotana y a reunión clandestina, y nunca dejó atrás cierto estigma de seminarista inquisitorial, de esos orgullosos de saber que lo que ellos despreciaban era, de por sí, despreciable. Creía en su propia confusión, una densa sopa de ideas disconformes, donde se mezclaba la llamada divina con la fe en el comunismo y en la lucha de clases de los trabajadores. Por eso se había entregado en cuerpo y alma a la causa de ETA, el camino necesario para cambiar la represión franquista en su patria y liberarla. En Francia, adonde había huido en 1968, se escondió al principio en el monasterio de Belloc y allí se convirtió en el hombre de confianza de su amigo Etxabe, el jefe del Frente Militar de la Organización. Cuando los de la quinta asamblea empezaron a dominar y Etxabe se fue a su casa humillado, Eustakio pasó a ser apodado *Txikia*, el jefe militar respetado y temido por todos, cuyo consejo era buscado como una frase lapidaria de punto final. Por eso era querido, porque era como un tronco de raíces profundas. Para Monzón, Argala y él eran la cumbre de su idea del *gudari* puro y heroico. Revolucionarios, pero espirituales; espirituales, pero de la tierra, *abertzales*. De su única y propia tierra, Euskal Herria, nada de las Vascongadas. Un hombre humilde, admirado por todos, capaz de matar sin que le temblara el pulso si así se requiriera. Txikia resultó enseguida un obseso de la acción directa, del golpe dado para sacar ventaja y del ruido constante, de esos

ruidos machacones que impiden dormir, ese runrún que todos acabaron sintiendo como miedo. A él la muerte lo había ido a buscar en dos ocasiones, pero resultaron dos intentos de atentado fallidos, o no estaba donde se le esperaba o las balas ni lo rozaron en el tiroteo; aún no había llegado su hora.

Reanudaron la marcha por el puerto, entre ráfagas de viento húmedo.

—¿A quién me parezco?

La pregunta sorprendió a Mamarrú. Se fijó más en él.

—¿Cómo que a quién te pareces?

—Sí, sé que me parezco a alguien, pero no sé a quién.

—Dices la cara, ¿no?

—La cara.

—Pues no sé. Al de siempre. Quiero decir que eres el mismo de siempre.

—No, hoy no lo soy. Tengo la sensación de que hoy no lo soy. Pero, bueno, déjalo. Cosas mías —Luego añadió—: Y no vayas tan deprisa, que tenemos tiempo.

Le dijo eso porque Mamarrú había apretado el paso. Caminaron sorteando coches mal aparcados y saludaron a uno o dos conocidos. Cruzaron el puente Charles De Gaulle sin decirse nada y entraron en el pueblo de San Juan de Luz, separado de Ciboure por ese puente sobre el Nivelles. En quince o veinte minutos llegarían a la cita.

Por su andar, trataban de no despertar sospechas, mirando de vez en cuando algún escaparate o deteniéndose a encender un cigarrillo, pero era inútil esa prevención, porque mucha gente sabía perfectamente quiénes eran. Su condición de refugiados políticos les daba una aureola respetable, por ser víctimas de la dictadura franquista y herederos del espíritu de los vencidos de la guerra civil. Al contrario de lo que ocurría en España, la complacencia de la policía francesa, blanda con los nacionalistas vascos por temor a que se revolvieran contra ella, les había dado alas. Algunos de esos refugiados, como Hueso, Mamarrú o Apala, chuleaban de su pertenencia a ETA, lo gritaban si habían bebido de más y decían lo que les venía en gana; se vanagloriaban de tener a los gendarmes un poco amedrentados. Se sentían impunes. Sin embargo, para todo había un límite.

Bien presente lo tenía Telesforo Monzón, su líder espiritual, que les recomendaba prudencia, antes de que fuera demasiado tarde. La política de enfrentamientos armados, secuestros, robos, bombas y asesinatos que había

desencadenado ETA en las provincias vascas españolas, por mucho que la prensa extranjera hubiera llegado a calificar esas acciones terroristas como «el inicio de la bella batalla», ponía en mal lugar al gobierno francés, que desde los años sesenta había dado cabida, cerca de la frontera, a los movimientos de resistencia antifranquista de corte nacionalista. Pero desde noviembre del año pasado, Marcellin, el ministro del Interior francés, había advertido a los refugiados vascos, más como maquillaje que como reprimenda, que no podían utilizar su territorio como base contra otros Estados. Se jugaba la imagen de Francia. La cúpula de ETA empezó a andarse con más cuidado, especialmente ahora que estaban inmersos en la preparación de la acción que había planeado «el tuerto» Peixoto, una acción decisiva para prender la mecha de la revolución en Euskal Herria y en toda España, quizá. Por eso, Eustakio y Monzón habían avisado a la Organización de que las palabras de Marcellin, en las que hablaba de «confinamiento de los refugiados vascos que no se portaran bien», no debían caer en saco roto. Si los alejaban de la frontera, todo iría mucho peor. Había que portarse bien hasta que se diera la orden de portarse mal. O como había expresado Marcellin: «de transgredir las normas».

Txikia creía en la revolución sin fisuras y sin piedades. Para él, la generosidad estaba reñida con la causa vasca hasta que no se alcanzara la independencia. Primero diablo, luego santo, ese era el orden de su dignidad. Pero lo atormentaban los remordimientos de cuño cristiano. Precisamente ese tormento interior le había invadido hacía un par de meses, cuando llegó la hora de actuar con sangre fría. Fue en enero. Nunca podría olvidar el momento en que se quedó solo con aquel hombre encapuchado, con las manos atadas a la espalda, de rodillas, sucio por haberse orinado encima, con la cabeza apoyada de lado en la pared del sótano donde lo escondían. ¡Solo hacía dos meses de eso! Él, Eustakio, se acercó por detrás con la pistola en la mano sin que el secuestrado, un empresario del Opus Dei de Pamplona, se percatase de su presencia. Separó el brazo de su cuerpo y trazó una diagonal hacia la cabeza cubierta con una capucha negra. Sabía que sería muy sencillo hacerlo. No veía la cara del hombre. Nadie, además, lo impediría. Todos en la Organización lo considerarían un acto de justicia por los trabajadores explotados, al fin y al cabo ese empresario no era una persona, era un capitalista, un enemigo del pueblo vasco, un hijo de puta que provenía de las

mazmorras del franquismo, dueño de la empresa que había construido el Valle de los Caídos, además. Apretar el gatillo y luego echar el cuerpo en cualquier cuneta. Así estaba explicado en los manuales que él mismo había escrito, así estaba en las notas prácticas que publicaban los *Zutik* y los *Enbata*, sus órganos de comunicación, sus biblias. Cuando tuvo a sus pies a Felipe Huarte, como se llamaba el empresario secuestrado, decidió matarlo. Habían cobrado ya los millones exigidos. Habían hecho públicas sus razones. Habían ganado fortaleza, convicción, eficacia. Solo faltaba el tiro final, porque había que llegar a *ejecutar*, aquello solo sería un juego de niños si no llegaban a ejecutar. Pero al final, ¿qué pasó? ¿Fue el remordimiento, que surgía desde una oscura cueva mental, la cueva de sus años de beneditino? El brazo, en cuyo extremo una Star se movía arriba y abajo, se desvió como si fuera un principiante y el tiro rebotó contra la pared, ensordeciendo al encapuchado, que no oyó su propio grito. Luego Eustakio subió del sótano y ordenó que lo liberaran. Otro gallo habría cantado si le hubiera dejado el asunto a Hueso.

—Creo que te pareces a tu madre —dijo Mamarrú al cabo de un rato—. Ahora que lo dices, creo que le sacas un parecido. Aunque tu madre ya se ha muerto.

Eustakio permaneció en silencio. Recordaba muy bien a su madre, y recordaba que era familia lejana de la madre de Mamarrú. Embocaron la rue Marion Garay. Por un chasquido de su lengua, Mamarrú notó un atisbo de preocupación en su jefe y medio pariente.

—Te conozco, Eustakio —dijo—. Algo te ronda por la cabeza.

—¡Pues qué ha de ser! Que ha entrado mucha gente que no controlamos —dijo Eustakio.

—¿Y eso es malo? Para mí, cuantos más seamos, mejor. Hay mucha guerra por delante.

—Pueden ser una plaga.

Eustakio pensaba en los centenares de jóvenes del PNV que habían nutrido sus filas desde que Iñaki Múgica fusionó a sus jóvenes nacionalistas con la Organización. Para él, Iñaki era un tramposo que quería su puesto a toda costa, pero todavía no había caído en la infame categoría de traidor, tan solo se quería ganar su puesto noblemente, politiqueando. Aportar carne fresca le había concurado con Monzón y con Domingo Iturbe *Txomin*, uno de los jefes; también con el padre Lartzabal, el amigo de Telesforo, menos cura que

soldado, o, como diría él mismo, más demonio que cura. Muchos de ellos solo querían que las cosas cambiaran y surgiera por fin el renacer euskaldún y que el pueblo vasco revolucionario cambiara el guion de la historia. Aquella tierra era suya y aquella bandera era la de su lengua. Milenaria, como su tradición. Esa era la causa que había que repetir hasta la saciedad: los vascos eran milenarios. Tenían sus propios dioses y mitos. Otros muchos estaban dispuestos a llegar muy lejos, pero no tenían ni idea de lo lejos que había que llegar para lograrlo. Otros, nadie sabía cuántos, tendrían que dar su vida. Y a todos había que darles de comer, y no estaba pensando Eustakio en el alimento, sino en las ideas. Si vas a morir por una causa, tienes que haberte convertido tú mismo en esa causa, tienes que morir por ti, decía. Ahora empezaban a surgir delatores, traidores y confidentes por todas partes. Eso le desquiciaba, porque era el jefe militar de la Organización y no podía consentirlo.

—Me preocupa que, cuando llegue el momento, no sepamos quién es traidor y quién no, y que encima lo tengamos dentro.

—¿Traidor? ¿Hay un traidor, pues? —preguntó Mamarrú.

—No digo que lo haya —repuso Eustakio—. Puede haberlo, claro, si no los controlas a todos. Para eso, hay que ponerlos a prueba. A todos. Tú puedes ser uno de ellos. Hasta yo mismo.

Mamarrú, que nunca estaba en primera línea, sino al lado de Eustakio como una sombra, esperando su orden, «la que sea», como diría Monzón, era torvo y nervudo, de escasa imaginación y pocos escrúpulos, y le contestó:

—Vete a tomar por el culo, Eustakio, si crees que yo lo soy.

—Joder, que no es eso. ¡Qué vas a serlo tú! Pero, piensa: en mi lugar, ¿tú qué harías con el traidor?

—Pues pasaporte y arreando, Eustakio. Dos tiros y en paz.

—Eso mismo pienso yo. Sea quien sea, ¡eh!

—Sea quien sea.

La idea de las delaciones no se le iba de la cabeza a Eustakio desde hacía tiempo, pero ahora esa idea se había vuelto insistente, desde que sabían que la policía había empezado a pagar a confidentes en ambos lados de la frontera. Fruto de las sospechas que anidaban en la mente de los recelosos de la cúpula, desde hacía unos días había un nombre sobre la mesa y ese nombre era el de alguien de los suyos: Maitane. Urgía dejar claro el asunto. Un terreno muy

resbaladizo, habida cuenta de que Iñaki ambicionaba su puesto y acechaba cualquier error. Para eso habían montado la reunión a la que se dirigían esa noche, un encuentro con el retorcido Iñaki y con Peixoto, el tuerto. Ambos habían deslizado el nombre de Maitane como el eslabón débil de toda la operación en la que venían trabajando desde el pasado verano, el golpe estelar. Pero tenían demasiadas discrepancias y cabos sueltos todavía, y esa noche había que empezar a atarlos.

A través de un dédalo de calles con charcos que se erizaban por las ráfagas de un viento levantado de repente, llegaron a su destino en un callejón de la rue Salagoity. Llamaron a una puerta poco visible entre cubos de basura y pilas de cajas de cascos vacíos; era la puerta de servicio del restaurante Capitaine Lagarde, cuya entrada estaba en la rue Chauvin Dragon. Les abrió una mujer de mediana edad a quien ya conocían, la esposa del dueño, uno de los hermanos Etxeberri. Eustakio y Mamarrú, después de saludarla, pasaron al interior por una rampa de madera.

Eran las once y media de la noche del sábado 24 de marzo.

7

En el interior del Capitaine Lagarde, después de recorrer un pequeño pasillo, Eustakio y Mamarrú entraron en un cuarto donde había otros tres hombres sentados a una mesa. Sobre la mesa había una botella de vino abierta, una jarra de agua, unos vasos y un plato con quesos. En el centro estaba Iñaki Múgika *Ezkerra*, el jefe político, que no levantó la vista de unos papeles; a su izquierda se hallaba Domingo Iturbe *Txomin*, grande y bruto como un arado, que les tendió la mano con cordialidad al verlos entrar por la cortina de abalorios; el tercero, a la derecha de *Ezkerra*, era José Manuel Pagoaga, por todos conocido como *Peixoto*, pinta de intelectual, rostro lechoso, tuerto del ojo izquierdo, a medio cerrar, con unas gafas de lentes muy gruesas y fumador empedernido; tenía un *gauloises* entre los dedos amarillentos y fue el primero en hablar. No se había quitado su gabán de tres cuartos a cuadros grandes. Presumía de friolero.

—*Kaixo* —dijo *Peixoto* con voz nasal, alisándose el pelo.

Eustakio tomó asiento frente a *Ezkerra*. Mamarrú se quedó de pie detrás de él. *Txomin* lo miraba fijamente. Prácticamente todos eran de la misma edad.

A Eustakio no le gustaba *Peixoto*. El tuerto *Peixoto* era, además, mala persona. Eustakio lo sabía porque en lo del secuestro de Huarte hizo un bochornoso papel de poner palos en la rueda, pidiendo primero que lo cambiaran por presos y luego que lo mataran. Era más comunista que *Txikia*, se había impregnado de un leninismo de salón, el más descarnado y profético, y no distinguía entre el alma humana y una cadena de montaje. Eustakio siempre le decía a Mamarrú, su fiel Mamarrú: «El tuerto es bajo y es cabrón, no olvides que también es cojo, un resentido». Pero Mamarrú le ocultaba a Eustakio que congeniaba con *Peixoto*. Para él, los de Mondragón eran de ley, porque habían luchado mucho, así se lo había dicho su madre. Su madre era de

allí.

En cuanto a Ezkerra, no sabía a qué atenerse. Estaban en las antípodas en todo, pero nunca le contradecía, como hacía Peixoto, quien siempre daba doctrina y escondía la mano. Iñaki Múgika era valiente, y para Eustakio eso ya significaba mucho. Tenía un curioso prestigio por ser el hombre de la «gran hazaña», como llamaban a la colocación de una ikurriña en el campanario de la catedral de Burgos, unos años antes. Un héroe, porque era la segunda vez que lo intentaba. La primera, se rompió las piernas al caer desde una altura considerable. A Iñaki lo apodaban *Ezkerra* por ser zurdo, pero Wilson y Argala, sus íntimos amigos, lo llamaban directamente *Zurdo*. Iñaki era fuerte, atlético, duro, de hierro.

—Hay noticias de Madrid —añadió Peixoto.

—¿Y son buenas? —preguntó Eustakio.

—Depende. Argala dice que mejor esperar y tal.

—Entonces son malas —repuso Eustakio, como si ya se las esperase—. Pero esta *biltzar* no era para esto, ¿no?

—También para esto. Es que todo tiene que ver —repuso Ezkerra—. Lo importante es decidir el resultado final del objetivo. Para eso estamos. Pero antes, lo otro.

Había empezado a llegarles el ruido de fondo del golpeteo de las gotas de lluvia sobre las cajas de bebidas que había en la puerta del callejón. También crecían algunas voces provenientes del restaurante. Detrás de ellos, al lado de una estantería llena de conservas, paquetes con manteles de papel y botellas de vino, había un teléfono blanco sobre un mueble vertical con cajones y posado encima de un listín de la región de Aquitania.

—Explícate, Iñaki —le pidió Eustakio a Ezkerra.

—No te puedes fiar de nadie —dijo—. Hay que andarse con mil ojos. Ya sabemos de dos o tres que están pagados por la Guardia Civil o que son ellos mismos policías.

Ezkerra no se fiaba ni de su sombra. Siempre estaba alertando a todos de que tomaran medidas, de que calcularan que las cosas podían salir mal y por eso había que planearlas con la mirada a largo plazo. Nada de improvisar, nada de dejar cualquier cosa al azar. Para él, después de Eustakio, a quien consideraba un hombre tentado por la soberbia, no había nadie. Ni siquiera Txomin. De este, Ezkerra pensaba que era un campesino tosco que amaba los

animales más que a las personas y al que le sentaba mal el traje de clandestinidad que le habían obligado a ponerse. Para Ezkerra todos eran sospechosos potenciales. En eso coincidía con su enemigo mortal, Peixoto. Eustakio también desconfiaba de los nuevos.

—¿Cuántos?

—¿Cómo cuántos? —preguntó Peixoto.

—Has dicho que habéis pillado a dos o tres. Quiero saber cuántos son, si dos o tres o más.

Ezkerra se puso de pie, asió la botella de vino y dio unos pasos hacia Eustakio para servirle un vaso.

—Tres —dijo—. Uno en Zizurkil, otro en Hernani y el otro aquí. Bueno, la otra.

—¿Te refieres a Maitane? —preguntó Eustakio, captando todas las miradas.

—Sí. Ya te dijimos que creemos que pasa información a la policía. Que es una chivata, vamos.

—¿Qué ha pasado con los otros dos?

—No les hemos pillado, pero estamos seguros de que no sabían nada todavía. Cuatro cosas de un atraco y quizá ni eso. Pero si se van unos, vendrán otros. Hay que cortar por lo sano.

—¿Tenéis pruebas de lo de Maitane?

—Una foto.

Peixoto medió entre ellos:

—Resolvamos esto cuanto antes. Deberíamos centrarnos en lo de Madrid. No podemos correr el mínimo riesgo, compréndelo. La vieron hablar con uno que dicen que es de la Guardia Civil.

—¡La vio Idoia, Eustakio, no hay más hostias! —exclamó Ezkerra.

Puso la foto sobre la mesa. En la foto se veía a una mujer que todos reconocieron como Maitane hablando con un joven con gafas oscuras y largas patillas. De *abertzale* nada. Peixoto y Txomin sabían quién era.

—¿Quién la sacó?

—Idoia misma.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—El lunes pasado. Nada más cruzar la *muga*, en Elzaurdia, donde viven

los padres de Idoia. Se quedó de piedra al verla con el *picolo*. Y no era la primera vez, porque mandé que la siguieran y saber ya sabíamos que se veía con alguien. Lo de Hernani estuvo a punto de no salir.

Eustakio repasó mentalmente todo lo de Hernani. Había sido una acción del 31 de enero pasado, el comando de la *ekintza* lo formaron él, Ternera, Casero y Basacarte. Robo de explosivos, cuatro toneladas. El traslado en el camión, sin problemas. Los disparos para intimidar. *Jeeps* policiales a lo lejos. Todo salió bien. ¿Podía haber salido mal? ¿Maitane sabía algo de aquello? De pronto cayó en la cuenta de que sí lo sabía, aunque él nunca llegó a decirle ni el lugar ni la fecha. Ella había insistido disimuladamente en saber más, pero él, por su carácter introvertido, no le había dicho nada concreto. De lo de Huarte, en cambio, lo sabía todo. Maldita debilidad, se reprochó Eustakio en ese momento, pensando en las veces en que deseó a Maitane y sobre todo reviviendo la última vez que estuvo con ella, en sus brazos, hacía apenas unos días. ¿Habría ido luego a la cama del *txakurra*? Pensar ahora en aquello, más que dolerle, lo debilitaba. Maitane no lo iba a hundir, desde luego que no. Así que Maitane, de pronto, empezó a irse por el sumidero de sus pensamientos.

Pero la verdad era que todos sospechaban de todos. Vivían en medio de la sospecha, de la desconfianza, previendo siempre que hubiera traidores o delatores. Vigilaban los detalles, dudaban de lo evidente, de una matrícula, de una corbata, de un anillo o del rastro de un anillo en un dedo, de una sonrisa a destiempo... No se podía ser olvidadizo. Había que mirar de reojo a la gente que escuchaba lo que se decía en la mesa de al lado. Ezkerra se había vuelto un paranoico en esto. El único que llevaba el rebaño con sinuosidad jesuítica era Telesforo Monzón, el viejo consejero de Gobernación del Gobierno de Aguirre cuando estalló la guerra civil, un lobo con piel de cordero. Monzón decía: «Vigilad». Ezkerra lo veneraba.

—¿Y Maitane sospecha algo? —preguntó Mamarrú.

—No, que sepamos. Sigue por aquí como si tal cosa. Pero no es trigo limpio.

—Eustakio, escucha —dijo Txomin, con voz templada y monocorde—, no podemos correr riesgos ahora, tenemos que llegar hasta el final con lo de Madrid. A toda costa. Es poner la última carta sobre el castillo de naipes. Si titubeamos, se viene abajo. Es de cajón. Yo sé de alguien que dijo esta frase:

«Cualquier nube se disipa, cualquier sospecha se zanja». Te suena, ¿no?

—Ya lo sé, no me lo recuerdes —reconoció Eustakio sus propias palabras, dichas en múltiples reuniones—. Entonces, ¿qué habéis pensado?

Dijo eso mientras algo ardiente en su cabeza empezaba a enfriarse, como se aleja un barco que suelta amarras. La frialdad era la clave de todos sus actos. Darían, de paso, un ejemplo. Sabía que el miedo era la cuerda que sujetaba bien prietos a los de abajo.

—Dejarla fuera de todo y para siempre, vamos —propuso Ezkerra.

Eustakio entendió el eufemismo y cruzó su mirada con la de Mamarrú, que se había puesto enfrente y jugueteaba con la botella de un refresco. Mamarrú siempre inquietaba. Una vez alguien dijo de él que era tan energúmeno como Hueso, quien, si se le cruzaba el cable, podía matar a su madre. Mamarrú repetía a veces que «las cosas han de estar claras, como dice Monzón, pero tampoco pasa nada si no lo están». Monzón lo decía refiriéndose a que, como en el 36, todos valían a la hora de ser *gударis* que defendieran la patria vasca. Y aplicaba su famoso «lo que sea» para indicar que era lo mismo abrir en canal a un falangista o a un guardia civil que a sus hijos o que a los hijos de sus hijos. Todos eran *hiltzaileak*. Para eso estaban ellos, para acabar con los *hiltzaileak*. «Contra un asesino, otro asesino, qué remedio. En esto de aplicar la muerte, vamos a partes iguales con el Estado», se convencía Mamarrú.

—¿No debería tener una oportunidad? —preguntó Eustakio, consciente de que Maitane ya estaba condenada y de que sus palabras sonaban a formalidad cobarde.

Peixoto tosió para aclararse la voz y aplastó con fuerza la colilla en el cenicero hasta mancharse los dedos.

—¿Y qué crees que nos va a decir? —le cuestionó a Eustakio—. ¿Que es una confidente de la poli y que la perdonemos y ya está? ¡No seamos ingenuos, por favor!

—Da igual. Lo negará todo —dijo Txomin.

—No tengo duda de ello —reafirmó Peixoto con severidad—. No estoy cegato. Sé lo que veo.

—Eustakio —dijo Ezkerra—, nos vamos a equivocar, y mucho, si no nos la quitamos de encima ahora que tenemos abierto lo de Madrid. Acabemos ya. Yo digo que a votar —Ezkerra levantó la mano—. Mi voto es pegarle un tiro.

Peixoto y Txomin hicieron lo mismo enunciando la palabra casi al unísono.

—Que sea un tiro.

Eustakio hizo una honda respiración antes de coger el vaso y apurar el vino que quedaba. Todavía con el vaso entre los dedos, inexpresivo, se dirigió a su lugarteniente:

—¿Cómo lo ves, Mamarrú?

—Por mí, pasaporte, ya sabes.

—Mayoría.

Luego depositó sobre la mesa el vaso vacío boca abajo.

—Entonces hablemos ahora de lo otro —dijo Peixoto, frunciendo el ceño como un palo retorcido.

Lo otro era lo de Madrid.

Lo de Madrid era «lo de *Ogro*», así dijo el tuerto. Y *Ogro* era una de esas fisuras crecientes que podía terminar por rajarse todo el edificio, por eso le fastidiaba tanto a Eustakio. Tenía, además, la impresión de que querían dejarlo al margen de las decisiones. Ezkerra y Peixoto lo sabían, pero actuarían a su debido tiempo, porque, para ellos, quien se interponía en sus planes por el momento era precisamente Eustakio. Lo veían como un caudillo aclamado.

Desde mediados de febrero, la operación llamada así, *Ogro*, por Peixoto, que había comenzado a urdirse en el verano del año anterior, estaba lastrada por una susceptibilidad a flor de piel. Nada era seguro ni sólido. Cada mínimo paso necesitaba ser asentado, confirmado, escabullido de los posibles delatores, mantenido en secreto y luego cambiado de arriba abajo para volver a empezar con las mismas dudas. Argala y Wilson, los responsables sobre el terreno, se sentían marionetas de la cúpula. Se lo habían dicho a Txikia (ellos nunca lo llamaban Eustakio). Percibían, más que indecisión, la tensión de un pulso en las alturas.

Ante tanta incomodidad, Eustakio dijo que había llegado el momento de actuar, pero con la máxima prudencia. Antes había que saber si ese nombre, *Ogro*, significaba algo para la Policía. Tenían la inquietante sospecha de que la proliferación de chivatos y delatores que habían detectado guardaba alguna relación con el hecho de que el SECED, los servicios secretos de Carrero, y la policía conocían lo que ellos estaban tramando en Madrid, un plan en el que se jugaban su futuro como movimiento de liberación revolucionario.

—Estoy seguro de que si la policía lo sabe, no harán nada hasta pillarnos a

todos —dijo Eustakio—. Nos cazarían como a moscas.

—Te pillan por nada —adujo Peixoto—. Basta con que en la fiesta de tu pueblo digas «Gora Euskadi» para que te acusen de incitar a la rebelión, te den una somanta de hostias en comisaría y te dejen tiritando en una celda. Les pasó a uno en Lezo y a otro en Rentería. Les han metido hierro por todas partes. Están vivos de milagro.

—Que estas cosas las hagan los menos válidos. Los jefes no —dijo Eustakio.

Bien comprendía Eustakio que el debate sobre lo de Carrero, en realidad, tenía que ver con las fechas: cuanto antes lo hicieran, mejor, pero con garantías de éxito, y eso les causaba cierta angustia, porque necesitaban mucho más tiempo para preparar cada detalle. La dinamita robada en Hernani por su *talde* estaba a buen recaudo en Mondragón en espera de la decisión política. Era, por tanto, Ezkerra quien debía fijar los plazos y las vías de escape. Él era el jefe político. Pero ¿para hacer qué? ¿Cuál era la razón de ser de toda aquella dilación?, se preguntaban todos los implicados.

Al principio, el plan *Ogro* había consistido en averiguar el modo más eficaz y seguro de secuestrar al almirante Luis Carrero Blanco, vicepresidente del Gobierno y responsable de los servicios secretos del Estado, cuyo objetivo prioritario era acabar con los comunistas de la red clandestina en el interior del país y reprimir a los radicales subversivos vascos, aglutinados en torno a la organización ETA. Una operación titánica para ellos, pero la dirección correcta que había que seguir vino señalada por el PCE y ETA la dio por buena. El PCE los ayudaría, sería invisible, pero les facilitaría de todo. Los etarras solo tenían que llevar a cabo la *ekintza* cuando la temperatura hubiera subido lo suficiente. El problema, para Eustakio, era que esa temperatura no subía. No pasaba nada.

Se optó por el secuestro, porque los informes que desde Madrid enviaban Argala y Wilson, destacados allí para delimitar el operativo de la *ekintza* con ayuda de los comunistas, señalaban la sorprendente vulnerabilidad de Carrero, hombre religioso, de costumbres fijas y sin apenas escoltas. Carrero salía mucho por la televisión, pero siempre detrás de Franco, al lado de la mujer del dictador, Carmen, a la que apodaban la *Collares*, escorado, de perfil, esbozando una sonrisa, o en la seriedad del entierro de algún guardia civil ejecutado por el FRAP o por ETA. No era un personaje nítido, y menos aún

popular. Según las impresiones de Argala, era un conocido *desconocido* por la gente. Había comprobado que, cuando Carrero entraba con su esposa en una tienda a comprar algo, él en segundo plano, tardaban en reconocerlo, si lo reconocían. Así pues, el plan de secuestrar a Carrero para exigir de inmediato, como rescate, la liberación de todos los presos vascos de las cárceles franquistas no parecía descabellado, por las facilidades que ofrecía. Txikia se puso a ello y mandó a dos hombres tan suyos como de Monzón: José Miguel Beñarán, *Argala*, e Iñaki Pérez, *Wilson*. Los presos del rescate no llegaban al par de centenares y su liberación daría un impulso a la Organización entre los patriotas vascos, que abrazarían con entusiasmo las ideas revolucionarias. Para Eustakio, esas ideas ya no serían una quimera, sino una realidad mensurable, y por decenas y centenas. En los *Zutik* lo llamaban «forjar ilusión».

Pero aquí se empantanaba el asunto. Secuestrarlo también podía ser un paso en falso fatal, si no se alcanzaba el triunfo, tan requerido por Peixoto. Un secuestro suponía demasiadas negociaciones, demasiados riesgos durante semanas, meses incluso. Y si se fracasaba en el secuestro, si se rescataba con vida al *ogro* Carrero antes de tiempo, el resultado no solo sería de más presos en la cárcel, sino algo peor, sería el ridículo, el golpe final a la Organización, ahora que estaba tambaleándose y siendo amenazada por una permanente indefinición ideológica entre facciones enfrentadas. Hasta Iparralde llegaba la letanía de los debates y la marea de la división. Había que elegir entre las dos opciones discutidas hasta la náusea: una era el secuestro, la otra, el asesinato. Ezkerra siempre matizaba: «La ejecución». Peixoto lo expresaba más sentencioso: «Es decir, elegir entre tiempo o triunfo». Txikia insistía en el secuestro.

Ezkerra y Peixoto estaban en la línea de eliminar a Carrero con un golpe de efecto que causara asombro. Todos sabían que matarlo sería como matar el franquismo mismo. ¿No era él el heredero de Franco, la mano derecha del Dictador? Secuestrarlo e intercambiarlo por los presos de ETA detenidos, aunque fuera tan solo por un puñado de revolucionarios vascos, como pretendía imponer Txikia, era una acción menor, que perdería efecto con el tiempo, a medida que se dilatara el intercambio. Para Iñaki Múgica aquello era como nadar a espaldas, nunca ves si te vas a dar con el borde de la piscina o no. Como jefe político, era partidario de un atentado que acabara con su

vida, un golpe directo, único y sangriento. «Nadar de cara», decía. Txikia, en cambio, se oponía, buscaba dar pasos paulatinos, no saltos en el vacío. Argala y Wilson eran partidarios de la línea de Eustakio, pero estaban lejos y, además, ellos no tomaban las decisiones. Ni siquiera Monzón, por muy influyente que fuese. Solo Txikia y Ezkerra las tomaban, y, de los dos, el Frente Militar era el predominante. Así pues, Eustakio Mendizábal era el verdadero jefe. Sin embargo —y eso le escamaba mucho a Txikia—, Ezkerra, por su parte, había convencido a Peixoto y a Txomin de que su postura garantizaba el éxito: con Carrero muerto, no habría régimen, con Carrero vivo, se podía perder la guerra.

No tardaría en comprender Eustakio que la situación, lejos de ser como creía, no era de todos contra todos, igual que en aquellas conjuras del Directorio revolucionario francés que leyó cuando estaba en los benedictinos, sino de todos contra él.

La cuestión estaba en el aire. Esa noche, en el Capitaine Lagarde, en la *biltzar* o reunión de jefes que habían montado, la cual hasta ese momento tan solo había concluido con la eliminación de Maitane, la chivata, estaban dispuestos a imponer su criterio a Eustakio y a Mamarrú (este siempre enigmático) por mayoría. Y no tenían ninguna prisa, mejor distenderse, era más de la medianoche de sábado y había botellas de sobra. Hablarán, retorcerán las palabras como enseñaba Monzón, tal vez se dirán amenazas (el «todos contra todos» que intuía Eustakio). Luego, de madrugada, quizá con una decisión tomada o quizá no, antes de ir a Anglet en su Peugeot, Ezkerra dejará a Peixoto en su casa de la Place des Basques, en el barrio de Urdazuri, como de costumbre, después de llevar a Txomin a la casa de la rue Garat, donde pernoctaba de paso antes de ir a su granja de Garris. Pero esa noche, el recorrido habitual se verá alterado, porque, cuando Peixoto se disponía a empezar a hablar, sonó el teléfono blanco que estaba encima del listín de la región de Aquitania. Era muy tarde, más allá de la una y media. Se inquietaron, en realidad se paralizaron como si se hubiera ido la luz. Lo cogió Mamarrú. Prestó atención unos segundos, por si oía el eco del clic de la policía al otro lado, pero no lo oyó. Luego arrugó la cara y le pasó a Eustakio el auricular:

—Es Hueso. Quiere algo.

8

El grupo lo formaban cinco hombres. Dos de ellos, El Ruso y Pruden, tenían menos de veinticinco años. Los otros eran de edad parecida, en torno a los treinta y cinco: Manuel Murúa, *Casero*, Jesús de la Fuente, *Basacarte*, y Tomás Pérez, *Hueso*. Estos tres últimos estaban muy unidos y arraigados en la Organización por veteranía y formaban cuadrilla cuando deambulaban y salían de copas por Iparralde. De todos, el más desafiante e imprevisible era Hueso; también era el más antiguo en militancia, lo que le daba un rango de autoridad en el grupo, además, lo temían por su carácter colérico. Basacarte, a quien Hueso consideraba un hermano y cuyo rostro parecía habitado por una legión de puntos negros y arrugas que zigzagueaban hasta la barbilla, era un tipo tan duro como él, de los que no se dejaban intimidar, y, aunque él lo negaba, siempre iba armado con su Firebird-Tokarev, a la que llamaba «el guante». Casero era de los fríos y meticulosos y mostraba esa crueldad innata propia del mundo rural. Los dos jóvenes, Prudencio Sudupe, *Pruden*, y Ceferino Arévalo, *El Ruso*, eran militantes recientes, ávidos de acción y propensos a los errores; habían pasado a Francia hacía poco tiempo y admiraban a Hueso, cuyas vociferantes proclamas contra los españoles terminaban con un grito alegórico con el puño en alto que todos secundaban: «¡Gora Euskadi Askatuta! ¡A muerte!». De los cinco, solo Hueso cantaba bien y, cuando bebía, cantaba canciones que decía que le salían de la tierra, y se tocaba el estómago al decirlo.

Los cinco odiaban a Franco y a la Guardia Civil, compartían principios marxistas-leninistas y luchaban por la liberación de la patria vasca dentro de un Estado socialista *abertzale*. No había vuelta atrás. Leían y memorizaban los *Zutik*, las revistas clandestinas que se pasaban de mano en mano entre ellos. En sus páginas se explicaba el legítimo camino que conducía al objetivo de

ese Estado socialista vasco. «*El objetivo estratégico de la lucha contra la dictadura fascista aliada al imperialismo yanqui es la toma del poder por el proletariado, campesinado y demás trabajadores* —decía el Zutik 67, de enero—. *Sólo un Estado obrero-campesino puede realizar las tareas de la Revolución Socialista. Pero ¿cómo tendremos que destruir al Ejército opresor? No hay otra vía que la de oponerles a nuestros opresores un Ejército revolucionario de la Patria Trabajadora Vasca*». Probablemente fueran esas las palabras de Peixoto o de Pertur. Todo consistía en lograr el «Estado obrero-campesino» vasco a toda costa: sin excusas, sin equívocos ni desviaciones, destruir el ejército con otro ejército. Tenían bien inculcada la disciplina del *gudari*, que mixtificaba el sacrificio con el odio, su verdadero alimento. «La hostia del patriota», según decía el cura Lartzabal en sus homilias clandestinas. Mucho odio. Odio generado por lo que habían visto, porque la represión franquista era humillante y brutal. Y también mucho odio por lo que no habían visto. El odio siempre se nutría de la imaginación desatada en una sola dirección. Los cinco eran de los que oían pero no escuchaban, de los que ejecutaban sin preguntar, de los que habían probado la lucha y la lucha los había probado a ellos. Soldados de un ejército, en definitiva, a la espera de órdenes. Héroes en ciernes, así se veían.

En las fichas policiales que había sobre ellos en la Jefatura Superior de Policía de Bilbao, estaba subrayado en rojo, con doble trazo, lo más destacado de cada uno:

Sobre Prudencio Sudupe, alias *Pruden*: nacido en Legazpi, había sido seminarista y luego había trabajado en Burdeos como vigilante de un colegio. Conductor. Localizado.

Sobre Ceferino Arévalo, alias *El Ruso*: solía vérselo en Sokoa, cerca de la iglesia del párroco Piarres Lartzabal, era de Zizurkil, peón industrial en un almacén de Legorreta y, además de haber cometido numerosos atentados con artefactos explosivos, era un especialista en pasos de *muga*, por tanto peligroso. Localizado.

Sobre Manuel Murúa, alias *Casero*: natural de San Sebastián, labriego sin oficio conocido, más peligroso aún por ser activista frecuente en atracos, asaltos, voladuras, robos de armas y munición e incendios, y por haber formado parte del comando que secuestró al empresario Felipe Huarte. Sin localizar.

Sobre Jesús de la Fuente, alias *Basacarte*: de oficio mecánico, casado, de Zumaya, había perpetrado robos con violencia, estaba implicado en secuestros (Zabala, Huarte) y había atentado con explosivos causantes de muerte. Experto en artefactos explosivos. Sin localizar.

Sobre Tomás Pérez Revilla, alias *Hueso* (o *Tomasón*): de Bilbao, pintor, conspirador para la subversión armada, con historial en secuestros, implicación en asesinato y atentados con artefacto explosivo. Lo definían, además, como persona sin escrúpulos, borracho habitual, de instintos criminales y sicario muy peligroso. Localizado.

Todos habían huido a Francia y tenían papeles con categoría de asilados políticos. Todos eran miembros ilegales de ETA (V) militar. Los cinco, como la inmensa mayoría de etarras, aborrecían a Peixoto, congeniaban con Ezkerra y eran muy leales a Txikia. Los cinco conocían a Maitane.

Ese sábado 24 era para ellos un día cualquiera, un día más de aburrimiento y rutinas. La realidad se espesaba y había que aplicarle autodisciplina a ese enjambre de horas sin llenar. Hasta cierto punto, claro. Contra eso, la charlatanería de los *Zutik* también daba consejos de fortaleza y de estrategia, y la estrategia que tocaba en Iparralde ahora era agazaparse, aguardar el momento de la acción precisa que otro, generalmente Txikia, habrá planeado a su debido tiempo. Ninguno de ellos dudaba de que fueran más que un eslabón en la cadena: uno informaba, otro vigilaba, otro más allá identificaba, uno — solo uno —, disparaba o apretaba un botón y uno montaba la salida del lugar. No había más operativo, era algo sencillo que solo requería convicciones. Pero hasta que llegara ese día, no había nada especial que hacer. Salir, ir de acá para allá, beber, mirar, eso era todo. Como mucho, se dejaban llevar por los ritmos de la ciudad. Los sábados, vida de sábados; los domingos, vida de domingos, y así sucesivamente hasta escanciar los días. Vivían en un paréntesis de hastío y expectativas. Se limitaban a esperar el plan, la orden. La acción, «la que sea». De un momento a otro ocurriría. Mientras tanto, nada.

Al que llamaban Hueso era más bien alto y reseco, de piel pecosa y blanquecina, corte de pelo clásico, rostro viril trazado con ángulos donde se contraía un gesto indefinido que se volvía terrible al fruncir el ceño, barbilla prominente y ojos hundidos, como de mirada metálica. Entre resoplidos y

bostezos, resacoso, esa mañana se había puesto en marcha nada más levantarse: desayunó, se duchó, hizo la cama, mantuvo las cosas en relativo orden, limpió la tostadora, preparó la colada, dio cuatro escobazos al piso, echó un vistazo a la lista de la compra, calentó la plancha, se masturbó, le pediría luego a Sabin que planchara por él, cuando saliera a comprar algo o a pasear, que en realidad era salir a recorrer las calles con los de siempre y hablar poco, nada o de lo de siempre. A lo sumo, iría a pescar pese al mal tiempo, su único aliciente previsible.

Sin embargo, Hueso no estaba bien. El volcán había despertado en su interior y notaba cómo lo roía por dentro. Cuando eso sucedía, lo mejor era no cruzarse con él y dejar que se le pasara. Por eso Sabin, el joven del frente *político* con el que compartía el piso de la rue Garat, aún no había mediado ni una palabra con Hueso desde que se levantaron.

El volcán significaba para Hueso que había empezado a dejarse llevar por un malestar que a veces invadía los recovecos de su mente y que no controlaba. Él lo llamaba así, «el volcán», porque era como una erupción que iba adueñándose paulatinamente de su cabeza. Primero era un dolor, luego sentía una opresión en las sienes que le hacía rumiarlo todo mil veces, sin escapatoria. Era un círculo tratando de encajar en un cuadrado. Y lo que rumiaba era la obsesión por el chico de Llodio asesinado tan cerca de él, después del secuestro de Huarte. Un runrún que lo taladraba. Kepa Martínez, el chico de Llodio, removía los cimientos de Hueso cada vez que pensaba en él. La imagen de aquella última mirada del chico, vidriosa, asustada, lo enfurecía. Runrún, runrún. Lo minaba por dentro como una esclusa a la que hubieran abierto las compuertas. Runrún, runrún. Y esa irritación crecía porque Hueso estaba seguro de haberlo visto morir. Aunque en realidad no era así, no lo había visto morir, sino que lo había visto caer cuando le disparaban. Muy cerca de él, eso sí. Sus miradas se habían clavado una en la otra hasta que Hueso retrocedió arrastrándose hacia una zanja y luego se deslizó por una ladera que terminaba en una hondonada. Desde allí estuvo corriendo en zigzag hasta el camino donde estaba un Peugeot 504 blanco con los demás ya dentro. No había podido salvarlo.

Aquello había sucedido a finales de febrero, no hacía ni un mes aún. La familia de Huarte ya había pagado el rescate y el empresario había sido liberado. Había empezado entonces la represión contra los empleados de

izquierdas de Torfinasa, la fábrica propiedad de Huarte, a los que consideraban comunistas y *abertzales*. Uno de ellos era un chico de Llodio que se escapó de la policía cuando lo iban a detener. Acabó acudiendo a Basacarte porque era primo de un conocido. Decidieron que pasara la *muga* con él y otro más. Basacarte había avisado a Hueso para que acudiera a un lugar de la frontera y los esperase allí. Era lo acordado, ellos cruzarían y Hueso los recogería. Apalabrarón un sitio del Pirineo navarro, la vertiente de un hayedo a siete kilómetros de Vera, por el cauce de un arroyo. Hueso estaría con el Renault en el punto convenido. Pero surgieron por sorpresa los guardias civiles, nadie supo cómo, quizá porque seguían los pasos del joven de Llodio desde el principio. Dispararon. Dieron a uno, al chico. No hubo respuesta para no alertar de su posición a la policía francesa ni a los vaqueros de la zona. Hueso estaba agazapado muy cerca de donde cayó el joven Kepa. Se miraron. El joven tenía miedo, pero no articuló palabra. Hueso pensó que estaba malherido porque le habían dado en el costado y sangraba por la boca. Huyeron dejando allí al chico. Eso lo torturaba. Luego supo por la prensa que había muerto. Dijeron que el etarra Kepa Martínez Elorrieta había sido abatido en un intercambio de disparos. Hueso sabía que el chico no llevaba pistola. Estaba seguro de que lo habían rematado en la ambulancia. No sería el primero.

Paranoia depresiva era el diagnóstico que le habría dictaminado cualquier psiquiatra, pero Hueso ni siquiera comprendía esas palabras. Su mal, finalmente, se transformaba en rabia, lo que los demás, por simplificar, llamaban mal carácter, pero en realidad descollaba su carácter de siempre, desmedido, contra todo, desazonado e iracundo. Su crispación necesitaba sacar la bilis a golpes. Por eso daba patadas a las paredes (verdaderas coces) o puñetazos a las puertas, cuando eso le ocurría. A veces buscaba bronca en los bares y abrirle la cabeza al primero que se encontrara. Según decían, una mala bestia.

9

Hueso entró en el salón, todavía en penumbra, y saludó a Txomin, que estaba ya despierto y fumando, echado en el sofá donde solía dormir cuando venía a San Juan de Luz. Junto a la almohada había un transistor en el que había estado oyendo las noticias por la noche.

—*Egun on*, Txomin —dijo subiendo la persiana y apartando la cortina para que entrase la luz gris de la bahía—. Tienes café hecho en la cocina. ¿Vas hoy para la granja?

—Mañana voy. Esta noche hay *biltzar* y he de estar.

—Joder, pues digo yo que un jefe no debería dormir en un sofá —dijo Hueso burlonamente.

—Déjate de bromas, Hueso, no te preocupes por mí, que soy más granjero que jefe.

La granja era La Sarre, en Garris, a las afueras de Saint-Palais. Allí vivía Txomin con su mujer y otros de la Organización y habían montado un vivero; llevaban allí la contabilidad de las operaciones y también, en ocasiones comprometidas, los jefes de la *biltzar* se escondían una temporada.

Mientras Txomin se vestía, Hueso miró por la ventana salpicada de gotas de lluvia. A veces solía tararear sin darse cuenta versos ininteligibles que le había enseñado su *ama* Izaskun en euskera. Ella le enseñó a cantar las canciones de los pueblos, tonadas tradicionales sentimentales y pícaras, y eso era lo que más le gustaba. Se puso a murmurar entre dientes una canción que hablaba de un joven náufrago en la playa de Ondarroa. Dejó la mirada perdida sobre la bahía, que estaba siendo batida por las ráfagas del viento. El día era plomizo, de luz apagada, mala para su volcán.

—Mierda de día —exclamó al poco rato, interrumpiendo en seco la

canción que languidecía en sus labios—. A ver cómo acaba.

Cañida por los diques que había mandado alzar Luis Napoleón, la ensenada parecía un gigantesco y traicionero estanque de superficie parda y rugosa. A Hueso le dio por pensar en cuántos serían los ahogados que habría habido allí en la Historia. «Miles, cientos de miles —se dijo—, desde el año cero o desde mucho antes.» Pero con certeza él solo sabía de dos individuos que se ahogaron juntos cerca del Dique de Sainte-Barbe, no hacía ni un año, los hermanos Angelieri, que quizá no fueran ni hermanos, unos fascistas napolitanos que reclutaban confidentes para Carrero Blanco. Lo de que se ahogaron era una manera de hablar, porque les faltaban a uno los dedos de una mano y al otro una mano entera, cuando les sacaron del agua. No se hizo público, para no alarmar a los turistas. Muy pocos sabían que algo tuvo que ver Hueso con ese asunto. Orden de Txikia: que hubiera escarmiento.

Y volvió a canturrear, pero el volcán seguía ahí, amargándolo.

Lo alivió sentirse parte de esa bahía, que a esa hora se mostraba solitaria y primitiva. Así era él. No vio ninguna gaviota en el aire. Tampoco había ningún barco en el mar, ni siquiera las lanchas del *passeur*, aunque, desde muy temprano, Hueso había estado oyendo los motores ralentizados de los anchoeros que entraban por el malecón izquierdo y atracaban en el puerto pesquero. El traqueteo de los anchoeros lo había despertado de su ligero sueño. Entonces miró a lo lejos, donde estaba muy brumosa la punta de Sokoia; seguramente iría más tarde a reunirse con El Ruso y Pruden, que vivían por allí. Distinguió a varias personas pescando en el espigón y en las rocas, cerca de la playa. No era el mejor día para pasear por la costa, quizá tampoco para sacar las cañas, pero podría aventurarse a bajar a la orilla y pescar una *muxarra* o una pintarroja. Bufó, más que suspiró. Joder, su puta cabeza, el volcán no tenía indulgencia, podía cubrir de dolor su cerebro.

Dieron las once y media. Le pesaba la mañana, así que se dispuso por fin a salir de casa y buscar a los suyos. En ese momento sonó el telefonillo de la puerta. Era Maitane.

—Baja y hablamos —dijo.

Aquello le extrañó, porque Maitane jamás había hecho eso.

Hueso se demoró unos instantes en bajar a la calle. Mejor la precaución. Maitane, vestida demasiado masculina, como solía, con cazadora negra,

vaqueros y botas de goma para la lluvia, le pidió disculpas nada más verlo y añadió que solo iba a robarle unos minutos. Tenía las mejillas húmedas y ojos de no haber dormido. Hueso, un tanto sorprendido, no dijo nada, ni siquiera hola. La estuvo observando detenidamente, sin permitirse olvidar que nunca se fio de esa chica no muy alta, cejas demasiado pobladas, ojos oscuros, pelo negro más bien corto mostrando una nuca vulnerable, de rostro almendrado y mirada inquisitiva, de cuyo atractivo natural ella misma era consciente. Hueso no pudo evitar mirarle la boca con descaro. Reconocía que le gustaban esos labios finos, pero nunca se lo había hecho saber, ni a ella ni a nadie. La aceptaba porque era protegida de Eustakio, quizá algo más que protegida, aunque intuía que había en ella un misterio subterráneo, no sabía cuál, tal vez una ignota perversidad que parecía estar a punto de estallar de improviso. Nunca estaba relajada del todo, siempre inaprehensible, pero eso no le extrañaba porque él, en realidad, era igual. Sobre todo en su presencia. Quizá ella pretendía tan solo que le dieran ya un arma y poder usarla para demostrar sus ideales; quizá estuviera haciendo méritos para obtenerla. ¿Por qué estaba allí a esas horas? ¿Buscaba su influencia? Nunca se había presentado sola en el piso.

—¿Sucede algo? —preguntó Hueso, lacónico, con un hosco alzamiento de cabeza.

Maitane mantenía una ligera sonrisa instalada en la cara, lo cual era desconcertante para Hueso. Él volvió a mirar su boca, grande, de dientes perfectos. Parecía que la prefería a sus ojos. Ella, en cambio, miró a ambos lados, nerviosa. Bien porque ese momento coincidió con el tañido de las campanas de Sainte-Marie, bien porque era obvio que no quería que la oyera la gente que pasaba, tardó en responderle.

—Me voy —dijo por fin.

—¿Cómo que te vas?

—Que me voy, coño, que dejo esto. Mi *ama* está mal, no tiene a nadie. Soy humana. Y aquí no hago otra cosa que ir de recadera.

Hueso no le creyó lo de su *ama* ni lo de que fuera humana. Su obligación era sospechar siempre.

—¿Y hermanos no tienes?

—¿Cómo?

—Que si tienes hermanos.

Maitane titubeó antes de negar suavemente con la cabeza. Para Hueso, ese titubeo no era muy normal. Uno ha de saber si tiene hermanos o no los tiene, ¿no? No esperas unos segundos para contestar sí o no. A no ser que no recuerdes qué respuesta diste cuando te hicieron esa pregunta en otra ocasión comprometida. Le pasó por la cabeza si sería ella una confidente de la *txakurrada*. Apartó la idea. Y si lo era, mejor darle cuerda.

—Déjate de tonterías —dijo—. Piénsalo.

—No tengo más remedio, Hueso. Será por una temporada.

Maitane, a continuación, le explicó que iba a pasar la *muga* por donde solo ella sabía, un sitio nuevo, más seguro, poco usado, pero no imaginaba quién podría estar en la otra parte. Ni cuántos. Por eso...

—Vente conmigo —dijo abruptamente—. Solo por si acaso.

Aquello lo escamó del todo. ¿Irse con ella? ¿De dónde venía esa repentina confianza? Ni que hubiera algo más entre ellos dos. E irse, ¿para qué? ¿Para huir? ¡Y se lo decía a él!, quien seguramente sería el que más temple tendría para meterle un tiro entre ceja y ceja, si se lo pedía la cúpula.

—¿Estás loca? ¡A mí qué me cuentas de tu madre! —Hueso se empezó a irritar—. ¿Estamos aquí de campamento o qué? Habla con Txikia y dale una buena razón. Uno no se va de esto así como así. O te echan o te meten más adentro, no hay otro camino. ¿Y está para morirse, tu madre?

Maitane no dijo nada. Miraba al suelo y a los lados. Hueso se crispó.

—¡Pero dime, coño! ¿Qué pasa con tu madre?

—Es que ha muerto —terminó por decir Maitane, consciente de que acababa de cometer un error. No era buena idea contradecirse con Hueso.

—Vamos a ver, mujer. ¿No me has dicho hace un minuto que estaba mala? ¿Entonces, se ha muerto?

Maitane reaccionó:

—Te he mentado para no darte más explicaciones. Sí, ha muerto.

—¿Y cómo lo sabes?

—Llamé.

—¿Te dejaron llamar?

—Sí. Hablé con Eustakio. Me dejó llamar.

—Pues vuelve a hablar con él.

Hubo un silencio en el que los dos evitaron mirarse. Hueso prosiguió:

—Pero ¿tú para qué coño quieres que yo te acompañe? No voy a ir al velatorio, joder. —Guardó un breve silencio antes de añadir—: ¿Sabes? A lo mejor soy yo quien se lo cuenta a Eustakio.

—No se lo digas. No sabe lo de mi madre. Es que tengo miedo. Si vienes al menos hasta la *muga*, sin pasarla, estaré más tranquila. Luego allí ya me apaño.

—¿No dices que es segura?

—Eso creo.

—¿Y para cuándo es?

—Esta noche.

Hueso la miró fijamente. Era muy evidente que estaba mintiendo, pero no alcanzaba a entender qué pretendía. Hasta ahora era una más de todos ellos, había estado en reuniones claves, había metido y sacado de un país a otro a muchos camaradas por la *muga*, conduciendo un viejo Land Rover por caminos de cabras y con los faros apagados. Pocos se manejaban por el monte tan bien como ella. O eso le habían dicho a él. Tenía fama. Y Txikia nunca le había insinuado siquiera que no se fiara de ella. Lo de la madre debía de ser verdad, entonces. Pero ¿cómo saber que si Maitane dejaba esto, no se iría de la lengua con la policía o la policía no la torturaría hasta el final? Hoy, con el volcán en erupción, no era el mejor día para pensar en bajar hasta la frontera sin decir nada a Eustakio o a Ezkerra. No tenía lógica. ¿Y lo elegía a él? Fue al grano.

—¿Por qué yo, Maitane?

—Ya te lo he dicho. Das seguridad. Eres de los fuertes. Siempre me lo ha parecido.

Ella comprendió por su mirada que no la creía, no tenía sentido seguir adulándolo.

—Déjalo, es verdad, no es asunto tuyo. Perdona si te he preocupado con esto —dijo ella, buscando un tono amigable pero resignado—. Pero es que no sé qué debo hacer. Solo dame un consejo, Hueso, tú sabes más que yo.

Hueso no terminaba de comprender.

—Yo no sé nada de nada. Mira, Maitane, antes hablas con Eustakio y ya me dices. O me lo dirá él. —Y la apartó, confuso y con el ceño fruncido, gesto que demostraba la incomodidad que le suponía estar allí con ella.

Pero Maitane no desistió y volvió a la carga. Antes de separarse, le dijo:

—Si quieres, esta noche me paso por La Licorne y hablamos.

Hueso la miró fijo y enseguida desvió la mirada. Quería acabar esa conversación.

—Como quieras. Pásate. *Agur*.

Un segundo antes de que ella se fuera, él percibió en Maitane el esbozo de una sonrisa que podría haber preludiado un leve roce, quizá un amago de caricia en la mano, pero no se produjo. En el fondo, él estuvo esperando ese roce que no llegó a existir. Ella, sin mirar atrás, fue en dirección a la playa, donde algunos turistas diseminados, orilla adelante, paseaban erráticos. Él la siguió con la mirada hasta que torció por el Promenade. El encuentro lo había desagradado profundamente.

Entonces, Basacarte, que ya se acercaba rue Garat abajo con un paraguas colgado del brazo, lo vio y fue hacia él.

—¿Qué quería esa? —preguntó.

—No sé, pero no me gusta —respondió Hueso.

El volcán estaba arrasando su cabeza. Necesitaba beber algo pronto.

Hueso y Basacarte entraron primero en un bar llamado Bristol, en la rue de la Corderie, donde los conocían. Saludaron y se fueron a una esquina de la barra. Hueso, que había estado cavilando sobre demasiadas cosas a la vez, tomó dos vasos de vino seguidos para aplacar el volcán. Eso le hizo sacar lo que le rondaba. El chico de Llodio.

—Ya sé que es jodido, Tomás, olvídalo —dijo Basacarte.

—¡Qué hijos de puta! ¡Qué hijos de puta! No se me va de la cabeza.

—La verdad es que era un crío, sí.

—Veinte años, joder. Y esos hijos de puta van y le meten cuatro tiros.

Siguieron bebiendo y calentándose la cabeza. *Bat, bi, hiru*. Basacarte contó tres vasos más. La cara de Hueso se iba haciendo un crespón.

—¿Por qué dejamos allí a ese chico?

—No te hagas más mala sangre, Tomás. Es culpa de ellos. Nosotros hicimos lo que teníamos que hacer. Pasamos dos. El chico era un novato.

—Todo por tres mil pesetas y un mes de vacaciones pagadas.

—¿De qué vacaciones hablas?

—Pues que para eso secuestramos a Huarte. Los millones para nosotros y ese aumento de sueldo más las vacaciones para los trabajadores de su empresa. Tres mil pesetas y unas vacaciones, con sombrilla y tartera y la puta que lo parió. Por eso mataron a Kepa. Pero tengo sus ojos aquí. —Y se golpeó varias veces en la frente con el índice—. Lo tuve tan cerca que casi me descubren los *txakurras* si intentaría salvarlo.

Dos vasos más.

Sentía que necesitaba gritar o bufar como un buey. Y fue lo que hizo, bufó en alto, como lanzando un gruñido atemperado, ante el que Basacarte arrugó el entrecejo. Le pidió que cantara.

—¡Demonio, Tomás! Canta, venga, canta, saca esa mierda.

Si con eso pretendía encauzar la ira de Hueso, casi lo consiguió. Hueso empezó una canción a pleno pulmón, una canción que hablaba de pájaros en un valle, pero se desinfló en la segunda estrofa. El volcán no le traía a la memoria la letra de las canciones de la *ama* Izaskun.

Luego fueron a otro bar, este en la rue Loquin, el Gazteberri. Sabían que encontrarían allí a Casero y allí estaba, serio, enjuto, contenido, exhalando un aroma de mortaja, con su rostro de mejillas pulidas y cerosas. Esperaba acodado en la barra, porque eso era cuanto hacían: esperar. Poco después, se sentaron a una mesa y los tres comieron un mismo menú sumidos en silencio, imantado cada uno a su mundo particular.

—Mañana viene mi mujer —dijo de pronto Basacarte. Los otros dos no se inmutaron y siguieron comiendo.

—Pues tienes suerte —dijo Casero.

—Ya podría venir con alguien más, tu mujer —dijo Hueso y guiñó un ojo. Fue el único momento del día en que sonrió.

Finalmente, al inicio de la tarde, los tres entraron en un bar de la rue de Midi, L'Aquitaine. No se les ocurría qué hacer el resto del día, salvo seguir bebiendo, perdida ya la cuenta de los vasos. La perspectiva de pescar, alentada por Casero en algún momento, se había evaporado al arreciar la lluvia y la bebida. Solo podían beber y apretar los dientes contra los tiempos que les había tocado vivir. A eso de las seis ya oscurecía y Hueso le dijo a Casero que llamara a El Ruso y a Pruden para que se les unieran con el coche:

—Vamos a Anglet.

10

Poco después de cruzar la frontera, varios factores se concatenaron en la vida de Humberto, Fernando y Jorge, como si un mecanismo de piezas ocultas pusiera en marcha su engranaje y encaminara las circunstancias y los pensamientos en una sola y determinada dirección.

A. Un desvío

El primero de esos factores fue la decisión de cambiar de carretera, lo que provocó, sin pretenderlo, un definitivo retraso en sus planes y una baza más a jugar por el destino. Así pues, dejaron a un lado la carretera nacional y se desviaron por la departamental 912 para disfrutar de las vistas de la costa, pero no solo por eso. Por unanimidad, los tres amigos prefirieron las curvas de esa carretera tan estrecha a tener que padecer el tráfico de los camiones, incómodo y peligroso con la lluvia. No podían por menos que reconocer que, en contraste con el horizonte nublado y ennegrecido, la carretera de asfalto reluciente los proyectaba hacia el fondo de la Corniche como si ascendieran por una montaña rusa, desde la que se perfilaba no demasiado lejos la ermita de Sokorri, en Urrugne.

Fernando bromeó sobre el hecho de que, aunque se despeñaran por uno de esos acantilados, no ser creyentes tenía muchas ventajas, una de ellas era la de haber preferido en vida los cines a las iglesias.

—Santa religión de las pantallas, *ora pro nobis* —se burló Fernando, haciendo la señal de la cruz en el aire para que los tres rieran.

Y rieron.

Humberto conocía bien la carretera. Había estado por allí con Ana en varias ocasiones y no le era difícil recordar que ciertos lugares le parecían tan fantasmales entonces como ahora. Era media tarde y ya todo estaba cerrado, los postigos de vivos colores estaban echados sobre las ventanas, y los pocos bares de los campings, más los campings mismos, parecían abandonados. No se veía ni un alma en los descampados azotados por el viento y apenas sí había coches circulando en sentido contrario. Por allí, parecía un día de perros. Solo las luces interiores de las *roulottes* varadas en las cunetas sugerían que la zona estaba habitada. También las de las lujosas mansiones desperdigadas.

En cierto momento, la carretera se abismó hacia una pendiente arenosa, en realidad una sucesión vertical de dunas coronadas por islotes de hierba. Casi al mismo tiempo, se impusieron las noticias de la radio, que hasta entonces iba encendida pero apenas audible. Una voz en francés hablaba de la guerra entre Estados Unidos (camino de la derrota) y Vietnam (camino de la victoria). La noticia se centraba en el nuevo presidente, Richard Nixon, y en su declaración de que había que pasar página en la Historia y tender su mano al futuro. Humberto iba a decir a sus amigos que esas palabras sonaban a un rencoroso «me las pagarán». Pero he aquí que, sentado a su lado en el asiento del acompañante, Fernando giró bruscamente el botón del dial y, tras pasar por una fugaz Janis Joplin, lo que entró con fuerza fue Pink Floyd y su *Speak to me*.

—Al menos es música —dijo, subiendo el volumen.

—Ya barruntaba yo... Gracias te sean dadas, hermano Fernando —repuso Jorge desde el asiento trasero, y, aludiendo a la historia del Apolo 17 que Fernando había leído en el *Reader's Digest* y cuyas páginas aún bailaban sobre sus rodillas, añadió—: Música para astronautas.

Cuando entraban en Ciboure por la zona del faro y bajaban por el bulevar hasta la Virgen de Muskoa, el estribillo de aquella canción infantil que a Humberto se le había metido en la cabeza volvió a resonar en su mente. «*Cuéntale a la orilla cómo has llegado, la orilla se asombrará.*» Quizá se debiera a la aparición de la imagen divisoria del puerto de San Juan de Luz, cuyas dos orillas se abrían a la izquierda de ellos, al mismo tiempo que un mosaico de reflejos multicolores lo cambiaba todo. Había más alicientes por

allí, eso era obvio, una auténtica vida de sábado. Vieron bares llenos a rebosar, toldos desplegados aún sin recoger, cierta actividad con las nasas en el muelle pesquero, un número de coches en aumento y bastante gente, quizá turistas ocasionales como ellos, deambulando en grupos que iban a alguna parte sin prisa, pese a la llovizna y el fuerte viento, un viento que agitaba todo lo que no era estable.

Bordearon el muelle hasta cruzar el puente sobre el río Nivelles, sembrado de barcas. Atravesaron luego el corazón del pueblo, siempre en el coche, desde la estación hasta la avenida Ithurralde. El decorado había pasado a ser muy diferente ahora. Pequeños comercios de ropa y zapatos con los escaparates iluminados, ventanas con luces que invitaban a imaginar vidas seductoras en su interior, restaurantes, pastelerías, farmacias, inmobiliarias, hoteles, tiendas de alimentación, casi todo abierto todavía e impregnado del sutil bullicio de un sábado a las cinco y media de la tarde. Hasta hubo tañido de campanas. Antes de dejar todo eso atrás y volver a irrumpir en el silencio de las zonas residenciales de la periferia, tan desiertas, dieron algunas vueltas con el coche por las laberínticas callejas del centro, más que perdidos, curiosos, sin ser conscientes de que los coches con matrícula española siempre despertaban recelo en los pueblos de Iparralde, sobre todo si no se detenían. Y ellos no se detuvieron. No era ese su destino. Circulaban con el Austin Victoria lentamente, hasta incorporarse a la única carretera de salida de San Juan de Luz, por la que procesionaba un tráfico constante.

B. Una discoteca

El segundo factor fue que, en su ruta hacia Biarritz, donde pronto encontraron de nuevo el cielo encapotado y cierta desolación vespertina, vieron los letreros de algunas discotecas que ya empezaban a encenderse, así como los de algunos bares casi ocultos flanqueando la carretera, cerca de cuyas puertas había vehículos caóticamente aparcados. No les fueron indiferentes esos sitios.

La fortuna quiso que, antes de aproximarse a las afueras de Guethary, pasaran junto a un edificio apenas iluminado, blanqueado todo él con cal, de

una sola planta y techado de tejas rojas, que tenía la silueta de un unicornio de metal negro adosada a la pared. La flecha del indicador con el nombre del local señalaba hacia un parking encharcado y oscuro.

—¡Eh! Luego celebramos lo de Jorge en una de esas —propuso Fernando, con la cabeza aún vuelta hacia ese sitio y sin haber retenido cómo se llamaba la discoteca, pues lo único que tenía claro era que se trataba de una discoteca—. Excitan mi curiosidad. Y ojito con poner cara de pardillos.

Jorge asintió. «¡Idea inmejorable, camarada!», exclamó. Ante sus amigos, había proseguido con su pequeña mentira acerca de los trámites de su boda con Adela, e insistía en que habían planeado vivir en Irún después, tan seguro estaba de que conseguiría el trabajo apalabrado. Y tal vez tendrían que celebrar la boda directamente en Irún, si eso ocurría. Bueno, ya lo pensaría más adelante. Ahora quería sumarse a la sugerencia de Fernando: celebrarlo a lo grande, después de la película, en uno de esos bares nocturnos.

—Ya veremos —dijo Humberto—. Que luego no se nos haga tarde.

—Y qué más da. Mañana es domingo. No tenemos nada que hacer.

—Lo digo por Isabel, que estará esperando.

—Tu hermana solo dijo que no hiciéramos ruido. Estará dormida cuando lleguemos, ya verás.

Cuéntale a la orilla cómo has llegado, la orilla se asombrará.

C. Un secreto

A la mecánica del destino también contribuyó el que Humberto pensara en Mina, porque eso los retrasó. Ella, involuntariamente, sería el tercer factor. Mina, la imagen de Mina, se resistía a morir en la mente de Humberto. Seguía ahí, como siempre, acaso con más intensidad desde que él estuvo a los pies de su tumba hacía tan solo una semana. Por eso, al salir a colación la futura boda de Jorge, Humberto se llevó la mano a la insignia de la solapa y rozó con las yemas de los dedos la rugosa superficie de la Torre de Hércules. Ahí estaba. «Te recordará a Mina», había dicho su madre cuando le dio la insignia. Y lo hizo. Ese roce lo condujo directamente hasta Mina. Pensaba en Ana, desde

luego, pero a veces también en Mina, mezclándose desordenadas las imágenes de los amores presentes y de los amores pasados. Todo demasiado volátil. Sin embargo, había una diferencia para Humberto: Ana existía, Mina no. Ana era la realidad. Pero, ¿qué les podía contar de Ana a sus amigos? ¿Que le cantaba al oído *Ochi chernye* en ruso? Qué tontería, se habrían carcajeado de él. El resto de su historia con Ana era íntimo y personal. Optó por guardarse para sí esa boba confidencia. Sentía que, si la contaba, aunque fuera una simpleza, incurriría en una deslealtad hacia ella, por insignificante que fuese. Igual que contarle a Ana sus antiguos sentimientos por Mina sería traicionar a Mina, la memoria de Mina. Sin embargo, nunca fue capaz de llamar amor a aquel sentimiento.

A Humberto le vino entonces a la memoria el secreto que, en cierto modo, atesoraba: la única vez que durmió con ella. Fue también un sábado, de eso se acordaba perfectamente. Tendrían dieciséis o diecisiete años. Tal vez fuera invierno o tal vez no. No pasó nada de lo que los dos tuvieran luego que arrepentirse, pero ya no eran niños inocentes. Sucedió en la habitación de Mina, un cuarto empapelado con flores amarillas que a Humberto se le había borrado por completo, solo recordaba que la ventana daba a un prado cercano y, más allá, a la costa. Aquella noche se había quedado sola en la casa porque toda su familia menos ella se había ido de viaje, no recordaba adónde. Mina le pidió a Humberto que pasara la noche con ella, en su cama, hablando y fumando, si quería. Dejó claro que no debería haber ningún contacto entre ellos. Humberto, después de mostrarse reticente y de superar un ataque de pánico, dio una excusa verosímil a sus padres y se fue a casa de Mina. Ninguno de los dos pegó ojo en toda la noche. Hablaron, fumaron en silencio sabiéndose cerca, se rieron, se besaron muy tímidamente, a Mina se le saltaron las lágrimas —pero Humberto había olvidado el motivo por el que ella lloraba aquel día—, él la consoló con torpeza, ella volvió a besarlo. A Humberto le gustaban la cara y las orejas de Mina, y lo esbelta que era, de muslos delgados, pero no hubo ningún contacto, nada de sexo, tal como habían convenido. Les sorprendió el alba despiertos, sonriendo, como siempre hacían, sobre todo Humberto, cuya amplia sonrisa era para Mina lo más parecido a la alegría que podía haber. Parecían felices, a esa hora, en aquella cama; no obstante él siempre se preguntó por qué había querido que pasara la noche con ella. ¿Por miedo? ¿Por saber sus límites? ¿Por provocarlo? El caso

fue que nunca más se repitió entre ellos nada parecido. Había sido una aventura lejana y demasiado personal, de primera juventud y casi ingenua. Una cabriola del destino. Sin embargo, en Humberto ese secreto creció como un recuerdo imborrable, quizá porque siempre esperó que entre Mina y él volviera a surgir otra noche como aquella. Pero ninguno de los dos había vuelto a mencionarlo y luego, además, se distanciaron. Sin embargo, si Humberto hiciera un recuento minucioso de aquella noche, podría detallar cada minuto, cada frase y cada sensación como si fueran de ayer mismo, empezando por ese nerviosismo especialmente placentero que jamás había vuelto a experimentar, ese nerviosismo de la transgresión, tan excitante. Ahora le dolía la muerte de Mina, aunque más que dolor era un eco de dolor, una pesadumbre en la que Humberto no lograba discernir si era causada por el triste final de su amiga o por el hecho de poder olvidarla.

Todo esto mantuvo a Humberto callado durante varios minutos, abstraído con la mirada fija en la carretera y sin pisar demasiado el acelerador del Austin Victoria. Iban como de paseo.

D. Una guantera

El cuarto factor fue determinante. Pasado el barrio de La Négresse, casi en las inmediaciones de Biarritz, Fernando quiso abrir el compartimento de la guantera para sacar el plano de la ciudad. Se acercaba el momento de elegir un sitio donde aparcar que estuviera cerca del cine, pero el caso era que aún no habían decidido por cuál de los tres cines decantarse, si por el Municipal del Casino, por Le Royal o por El Castillo. El botón de la guantera se resistía. Humberto echó una ojeada a Fernando, que apretaba reiteradamente el cierre sin ningún éxito. «Lo vas a romper», dijo. Optó por hacerlo él mismo. Cuando se inclinó ligeramente para alargar el brazo y abrir la guantera, desvió el volante apenas unos centímetros y el coche se salió de su carril. Fue en el preciso momento en que el Renault 12 rojo, que hasta entonces tenía localizado a cierta distancia por el retrovisor, se había puesto a adelantarlos.

Ese movimiento del Austin, sin ser brusco, hizo que el Renault diera un volantazo hacia la izquierda, invadiendo por unos segundos el otro arcén. Por

fortuna, no venía ningún vehículo en sentido contrario. Hubo un aullido de cláxones, un zigzag de coches —¿acaso produjo un roce de las chapas de ambos costados?— y un lapso mínimo de descontrol por parte de los dos conductores. Humberto miró fugazmente hacia el Renault 12. Solo pudo cruzar sus ojos con la mirada atónita y fría de Basacarte, que iba en el asiento delantero tieso como un mástil y con los brazos extendidos hacia el salpicadero, temiendo el impacto. En un solo segundo, Humberto pensó a la vez en la guerra de Vietnam, en Mina, en la Torre de Hércules, en todo eso, mientras sonaba en su cabeza *Speak to me*. Un segundo tan solo, cuánto cabe en él, se dirá luego, dudando incluso de que hubiera sido como lo recordaba. En el segundo siguiente, el Renault, conducido por Pruden, no frenó y volvió con pericia a la carretera, delante de ellos, evitando la colisión. A continuación aceleró en dirección a Anglet, dejándolos atrás. Los tres amigos, recuperados del susto, se desviaron hacia la derecha para entrar en Biarritz disminuyendo la velocidad. «Uff, ha estado cerca, ¿no?», exclamó Jorge. Humberto no dijo nada porque sabía que el despiste había sido suyo. Enseguida se tranquilizaron.

Poco después, Fernando, más relajado, logró abrir por fin la guantera, atascada por las pastas de un libro —que había dentro. Se trataba del libro de Ripellino sobre literatura rusa. Lo sacó y leyó el título. Pensó que de esas páginas era de donde sacaba Humberto todo lo que les contaba acerca de los escritores rusos. Al verlo con el libro en la mano, Humberto dejó pasar unos segundos antes de decir:

—Quédatelo y échale un vistazo. Ya me lo devolverás.

Fernando se retrepó en su asiento para observar el libro con atención y asintió.

—De acuerdo, luego me lo llevo.

Introdujo de nuevo el libro en la guantera y extrajo el plano de la ciudad.

Siguiendo la ruta que, en su papel de copiloto, fue señalando con el dedo, entraron por Larrepunte, cerca del hipódromo, y circularon por las calles céntricas de la Biarritz turística. A los tres les gustaba lo que veían, el asfalto límpido, la súbita sensación de armonía, las hermosas fachadas que competían en motivos geométricos y en adornos vascos, el encanto de las casas de no más de dos pisos y buhardilla. A pesar del mal tiempo, había gente por la calle, aunque no demasiada. Finalmente, aparcaron en un lateral de la place

Sobradíel. Cuando se apearon del coche, Humberto fue de inmediato a comprobar si había habido algún daño en la aleta delantera del Austin o en el tapacubos de la rueda, pero no se le iba de la cabeza la mirada del hombre del Renault con el que estuvieron a punto de chocar y eso le producía una sensación sumamente extraña, porque no podía imaginar que lo volvería a ver, claro, pero tal vez, de alguna manera, lo intuía.

E. Un regalo

Jorge miró su reloj de pulsera. Eran exactamente las seis en punto. Dijo que antes de ir al cine tenía que comprar un regalo a su sobrina Luisa, se lo había prometido y no quería desilusionarla. Ese fue el quinto factor.

—¡Mierda!, yo también tengo que comprar un regalo —dijo Humberto dándose un golpe en la frente al caer en la cuenta de que al día siguiente era el cumpleaños de su hermana Isabel.

—Pues mala hora para buscar una tienda —puntualizó Fernando, pensando en que se hacía tarde para ir al cine y muchos comercios estarían ya cerrando a esas horas.

Humberto recordaba haber estado con Ana en una tienda de *souvenirs* llamada Biarritz Bonheur el pasado diciembre para hacer algunas compras navideñas. ¿Dónde diablos estaba esa tienda? Repasó el plano, por si eso le refrescaba la memoria. De pronto, recordó una calle: Avenue de la Marne.

—¿Ahí? Qué casualidad —dijo Fernando—. Precisamente es la calle de El Castillo, uno de los cines donde ponen la película.

Se dirigieron allí caminando a buen paso, por la hora. No estaba cerca, sería cuestión de unos quince o veinte minutos. Jorge calculó que tenían el tiempo justo para entrar en el cine, dado que la segunda sesión era a las seis y media. Pero no encontraron la tienda Biarritz Bonheur que buscaban ni otra parecida. En cambio, Jorge pasó por delante del escaparate de una relojería, Marechal, en la que se detuvo a mirar los precios. Para él, todos los relojes eran caros, pero vio uno de bolsillo, pequeño, femenino, casi de bisutería. Parecía de bronce, con una cadena del mismo color terminada en un cierre en

cruz para un ojal. Tenía en su tapa, silueteadas, las figuritas de *Alicia en el País de las Maravillas*. El precio le convenía, así que entró. El dependiente, que hablaba español, le dijo que era un reloj de vendimia, de mujer, y matizó: «muy apropiado para una jovencita». Sin duda Luisa lo era. Ese regalo la sorprendería. Lo compró. El empleado se demoró demasiado en hacer un pequeño lazo en la cajita, un mero adorno. Cuando Jorge salió, Fernando, que se había acercado al cine El Castillo a buscar las entradas, volvió con malas noticias:

—En ese cine no la dan. Créeme si te digo que tienen todas las películas eróticas del momento, *Soy una ninfómana*, *Yo soy viciosa* y otras así, menos esa. Lleno de españoles, por cierto.

—Es que a la que vamos no es exactamente erótica —matizó Humberto—. Es de esas de Arte y Ensayo. Bertolucci es un cineasta serio.

Optaron por ir al cine del Casino, donde estaban seguros de que proyectaban *El último tango en París*. Ubicado en la parte de atrás del casino mismo, todo el mundo conocía ese cine como el Municipal y no como el Casino, y no distaba mucho de donde ellos se encontraban. Dado que se hacía tarde, mientras iban hacia allí Humberto renunció a comprar un regalo para su hermana. Ya lo haría el lunes en Irún, con calma. Al llegar al cine, un edificio con apariencia de palacio egipcio o de fortaleza espartana por sus pilares y arquivitrabes rectangulares, se percataron de que en esa sala los horarios eran diferentes. La película había empezado a las cinco. No tenían más remedio que esperar a la sesión de las siete. Aún faltaba media hora. Eso lo cambió todo.

11

¿Qué vieron, en realidad, cuando vieron aquella película? No lo que imaginaban, desde luego. Probablemente, cuando entró en la sala, Humberto recordó por unos instantes a un joven de su misma edad a quien no había vuelto a ver, un joven al que conoció en Mönchengladbach, cerca de Düsseldorf, cuando viajó por Alemania, siete años atrás. Se llamaba Leopoldo Sánchez, era hijo de emigrantes españoles y le enseñó a amar el cine. Cierta cine, el que Leopoldo consideraba el verdadero. Humberto había trabado amistad con él precisamente a la salida de un cine; después de hablar de generalidades sobre España y del placer de viajar, ambos pasaron a comentar la película que acababa de ver Humberto en aquella ocasión. Se titulaba *El puente* y a Humberto le había impresionado. Daba la casualidad de que era la favorita de los padres de aquel joven larguirucho con gafas de pasta y pelo rizado que parecía saberlo absolutamente todo sobre esa película. Leopoldo le confesó que no tenía mucho misterio su sabiduría, ya que él era el proyccionista de la sala. Se ofreció a continuación a enseñarle la ciudad y, luego, al cabo de unas semanas, cuando ya se habían hecho amigos, le enseñó también la región. Fue una época de aprendizaje para Humberto. Le habló mucho de cine durante aquellas semanas, a diario, porque el cine era la pasión omnívora de Leopoldo, en la que oficiaba como el sacerdote de una especie de religión cinéfila. Lo conocía todo, o casi todo, desde datos minúsculos hasta anécdotas increíbles, podía recitar elencos completos y tenía sus preferencias, obviamente, que anteponía a cualquier otro criterio de calidad. Leía cuanta revista o artículo de cine caía en sus manos en varios idiomas y se había hecho un experto en los nuevos directores europeos. Que Bertolucci era un cineasta serio se infería de las explicaciones vehementes que, en torno a unas cervezas, le había dado Leopoldo a

Humberto recitándole la lista de cineastas italianos, a la cabeza de la cual siempre estarían, para él, Fellini y Rossellini, seguidos de Visconti y De Sica, luego de Germi y Scola y así sucesivamente, hasta llegar a nombres de los que Humberto no había oído hablar ni remotamente. Leopoldo odiaba a Zeffirelli y trataba de esnobista a Antonioni, a quien confesaba no entender muy bien, pero daría lo que fuera por estar con Monica Vitti, su actriz, al menos una vez en la vida. Un fantasioso fetichista, aquel Leopoldo, hecho él mismo poco menos que de celuloide, porque a Humberto su piel le parecía como translúcida, blanquísima, propia de quien nunca tomaba el sol por vivir en una sala de cine, vampiro de cientos de películas, de miles quizá. También le habló de algunos alemanes como Fassbinder, Herzog, Wenders, Syberberg, y otra vez se volcaba en una lista interminable de nombres que abrumaba a Humberto y que este se empeñaba en memorizar, apresurado como estaba para anotar, en un papel o en su mente, tanto nombre, tanto dato y tanta película por ver. De casi todos había visto tan solo una película, dos a lo sumo, pero hablaba de ellos como si ya fueran tan clásicos como John Ford, Orson Welles o Fritz Lang. Por otra parte, Leopoldo coleccionaba fotos y carteles de los franceses de la *nouvelle vague* y le había enseñado varias imágenes de su colección. «Este es tal, este es cual, este otro se llama X, la otra se llama Y, esto es de tal film..., etcétera», y así hasta la saciedad. Leopoldo siempre decía film y no película. Del cine inglés, prefería *El sirviente* y *La soledad del corredor de fondo* y presumía de parecerse al cincuenta por ciento un poco a Dirk Bogarde y otro poco a Tom Courtenay, según las horas del día. Además de proyectar decenas de películas de todo tipo, Leopoldo había abierto un pequeño cine-club en una local debajo de su casa, donde le había hecho pases nocturnos a Humberto, solo para el gusto de los dos, sesiones solitarias a las que se añadía algún conocido de Leopoldo que no abría la boca, veía la película de turno con ellos y se marchaba a su casa. Luego, hasta el amanecer, Leopoldo y Humberto comentaban las películas mientras paseaban por una Mönchengladbach espectral, cuyo equipo de fútbol, el Borussia, era lo más importante de la ciudad, según Leopoldo, y su segunda pasión después del cine.

Por tanto, para Humberto, en cierto modo, primero fue Leopoldo y luego el cine. Y ambos se mezclaron en un solo recuerdo en la sala del Casino como una iniciación absorbente que había compartido con Fernando y Jorge, a

quienes hablaba con frecuencia de las mismas películas y con la misma intensidad pasional que había aprendido de aquel Leopoldo, a quien había perdido la pista al cabo de los años y de un reguero de cartas cada vez más escuálido. La intención de Humberto de pasar a Francia y de ver *El último tango en París* no era tan solo para quitarse la morbosa curiosidad de tal o cual escena de sexo fantaseada por todos los españoles, sino para ver todo lo demás que la inmensa mayoría de espectadores que habría a su lado en la sala ni siquiera alcanzaría a entender: lo que deseaba mostrar a sus amigos era que Bertolucci, o su cine, o esa película en concreto, contenía muchas más cosas. Pero ¿cuáles? Humberto no lograba nunca definir lo que en realidad quería expresar al hablar de cine, le faltaba el verbo fácil de Leopoldo, la palabra atinada. Y esa palabra, después de ver *El último tango en París*, sería «antiburgués», algo que en ellos, de origen obrero y con aspiraciones a un futuro mejor en otra clase social, no significaba lo mismo que en Bertolucci; como mucho remitía a un cierto concepto de liberación que, en la vida corriente de La Coruña o de Irún, no era sino una aspiración etérea y libresca, una idea propia del libro de Ripellino que dormía en la guantera de su Austin, la cual no era mala, sino inalcanzable.

Si Leopoldo hubiera entrado con ellos en el cine del Casino, les habría dicho que sería eso lo que deberían ver en la película: un zarpazo antiburgués. Y les habría prevenido de que era un zarpazo contra la moral establecida y contra todo lo queapestaba a represión. Y eso era bueno. Sin embargo, Humberto desconocía si Leopoldo había visto esa película, aunque era más que probable que la hubiera visto en Mönchengladbach, si aún vivía allí, dado su interés por Bernardo Bertolucci. Humberto sabía que, de haber estado con ellos, Leopoldo les habría «explicado» la película de otro modo. Les habría hablado de la decadente burguesía, de la fuerza demoledora del capitalismo contra el individuo, de la dinamita contra las costumbres que escondía la película, porque Bertolucci era medio comunista o algo así. Su padre, según Leopoldo, era un poeta muy famoso, más famoso que el hijo, y era amigo de Pasolini. Y Pasolini era una categoría superior.

Lo que vieron, pues, fue otra cosa. Lo que vieron no fue solo la escena de sexo morboso que todo el mundo decía e incluso magnificaba. De hecho, la escena famosa era breve en la película. Sin embargo, era una escena

importante, el «meollo de la historia», como habría dicho Leopoldo, aunque ninguno de los tres intuía aún la verdadera gravedad e importancia que encerraba aquella escena que tanto se había banalizado. Era la escena de una violación, eso era. De una violación con mantequilla. La gente se quedaba con la idea un poco tonta de la mantequilla para evitar enfrentarse al hecho de que se trataba de una violación y prefería bromear con el uso de la mantequilla por parte de Marlon Brando para sodomizar a una Maria Schneider que se resistía. Pero la película no se acababa ahí. Guardaba en su interior algo mucho más oscuro y sutil, desde luego. Y ellos lo vieron. Vieron cuatro calles de París, por la zona de Passy, el portalón del nº 1 de la rue Jules Verne. Vieron a una portera negra loca. Vieron a un hombre con un abrigo castaño claro atormentado por el suicidio de su esposa, una esposa que tenía un amante a quien obligaba a ser una réplica de su marido, como una copia dañina suya, misma bata, mismo whisky, misma casa. Vieron a una chica atrapada en su juventud caprichosa, juguetona, perdida, a la que horrorizaba crecer. Vieron a un director de cine neurótico, enamorado de sí mismo, o de la chica, o de los dos a la vez porque los dos eran lo mismo, él y la chica, jóvenes. Vieron una cadena de ácidos reproches y el hundimiento de los grandes valores, Familia, Religión, Moral, Buenas Costumbres. Vieron el triunfo de la nada (eso aduciría luego Jorge, quien, sin haberla entendido y pese a que le aburrió, había acertado con la esencia de la película), una nada sin condiciones ni alicientes, solo con el sexo como aventura sin límite, o sí, con un límite, el de la mantequilla, y aquí era donde todos buscaban la secuencia famosa, la humillación de la joven, en realidad, la disfrazada violación con mantequilla, sustancia que tanta estúpida risa reprimida causaba en los reprimidos españoles. Vieron también una decrepitud y una decadencia y un ridículo que terminaba en una muerte en un balcón como si fuese un atardecer que desalentaba a proseguir tanto la película como la vida, terminadas allí, con un disparo prolongado en la evidencia de la inanidad de todo lo vivido en aquel piso vacío y en aquel escenario teatral donde todos los espectadores eran voyeristas indecentes del cruce entre dos seres, un adulto y una joven, que desconocían sus recíprocos nombres.

Todo eso vieron, sin haber sospechado siquiera, cuando entraron, que sería eso lo que verían. Probablemente.

Al salir del cine era ya casi de noche. Los tres caminaban separados, lentos, sin dar una dirección precisa a sus pasos, asimilando aún la película. Trataban de comprender lo que no habían comprendido. Estiramiento de piernas. Sonrisas mutuas, con timidez de muchachos. Mentirían si dijeran que no sentían un poco de vergüenza por lo que habían visto. No por lo profundo. Por lo liviano. El desnudo de Maria Schneider, o de Jeanne, su personaje, o por cualquier otro detalle censurado en España, un pecho, la sodomización, la irreverencia. Quizá nada nuevo para ellos o totalmente nuevo para ellos, quién podría decirlo. Pero lo que aún permanecía en sus retinas no era para sonreír, porque era la imagen del cadáver de Marlon Brando, o de Paul, su personaje, arrebuñado en aquel balcón parisino. La muerte, veladamente, empezaba a ser un personaje de ese fin de semana. Pero ¿la muerte de quién?, se preguntarían. Tal vez.

La entrada del cine estaba en la parte posterior del Casino, la que daba a la ciudad y no al mar. La parte anterior, con la fachada principal y unas arcadas cuadradas, era el casino propiamente dicho y daba a la Grande Plage, por la que echaban a andar erráticos espectadores como ellos. A sus pies se extendía la larga playa, en ese momento iluminada a medias por las luces que provenían del casino y de las farolas circundantes. La atracción hipnótica del ruido del mar y la lisura de la arena compacta los condujo hasta ella. No caminaban juntos, sino a una distancia de uno o dos metros. Había dejado de llover durante la proyección, pero la noche seguía siendo fría, sin luna, con ráfagas de aire húmedo, y se prometía tan desapacible como lo había sido todo el día. Sin embargo, los tres se sentaron en la arena con las piernas recogidas a la altura de las rodillas y se pusieron a charlar.

—No me ha gustado —rompió el silencio Jorge, al cabo de unos segundos mirando el negro horizonte y abrochándose su trenca azul—. No me ha gustado nada.

—No la has entendido, bobo, que es distinto. Yo me la estoy explicando todavía —repuso Fernando, que trataba de frivolar.

—Era un mundo de putas, ¿no? La gente es bastante rara.

—Me temo, Jorge, que tendrás que verla otra vez —se burló Fernando.

Humberto sonrió. Para él, en cambio, era una película sobre la pérdida de la juventud y sobre la muerte. Justamente lo que les pasaba a ellos, y al decir

lo de la muerte pensó en Mina. Pensó incluso en que tal vez también hubiera muerto Leopoldo, eso no lo podía saber. Pero se limitó a decir otra cosa.

—Algún día esto no importará.

—¿El qué? —preguntó Fernando.

—Venir aquí, ver estas películas. Esta película misma. Algún día todo esto será normal.

—¿Cuando muera Franco, dices?

—Sí, si se mueren todos los suyos con él —dijo Humberto.

—¡Nos ha jodido! Esos aún están muy vivos, incluido Franco —repuso Jorge, que sacó una manzana de la trenka y empezó a morderla.

—¡Bah! Franco es un cadáver maloliente. Si hasta todo el mundo le imita como una piltrafa... —afirmó Fernando con una mueca, y empezó a poner la trémula voz del Dictador cuando se dirigía a los españoles.

—No te falta razón, pero vive y sale en la tele. Gallego tenía que ser.

—Humberto —dijo Jorge—, en el futuro, cuando nada de esto importe, cuando ya nadie se acuerde de tu Bertolucci ni de mi Marlon Brando, ¿qué habrá sido de nosotros?

—Siempre se acordarán de Bertolucci y de Marlon Brando.

—¿Y de la chica?

—Tal vez, pero la confundirán con la otra que se llama igual, Schneider.

—¿Y de nosotros?

—De nosotros no se acordará ni Dios, Jorge, tenlo por seguro. Y, además, ¿por qué habrían de acordarse de nosotros? ¿Qué hemos hecho nosotros todavía? Quizá tus bisnietos, si los acabas teniendo, se acuerden de tu nombre, eso con suerte, porque puede que ni lo sepan. Como en la película. Yo no sé cómo se llamaba mi bisabuelo. ¿Sabes tú cómo se llamaba el tuyo?

A lo lejos y a la derecha, el faro de Saint-Martin lanzó un destello fugaz hacia ellos y a la izquierda unas inmensas rocas se llenaron de espuma. La luz se hizo más transparente y la arena más seca. Fernando cogió un puñado y lo vertió lentamente.

—No me ha gustado —insistió Jorge.

—Lo que estás es confuso. Tú eres de los que esperaban más sexo. Te veo venir.

—No solo es eso. Me ha aburrido. Pero sí, no os mentiré, me ha

decepcionado, creía que había más desnudos o algo así. Está lo de la mantequilla, de acuerdo, pero no sé qué le ven a esta película para prohibirla tanto.

—Pues que se caga en Dios, joder —exclamó Fernando—. ¿Te parece poco?

—Exageras —replicó Jorge.

—Yo ya os dije que no era erótica —medió Humberto—. A mí me ha gustado. Bueno, no sé si me ha gustado. Me ha revuelto por dentro.

—¡Cierto! Eso es —afirmó Fernando—. Por ejemplo, cuando Marlon Brando, o Paul, o como se llame, está con el cadáver de su esposa y la insulta y luego llora... Joder, ¿cómo puede un hombre llorar así? —se preguntó.

—Llora por él —respondió Humberto—. Quizá la quería de verdad. Y la quería tanto que nunca le perdonaría lo que hizo. Por eso llora por él mismo, porque se ha dado cuenta de que ha empezado a odiarla. Es una película sobre el daño. Todos terminan haciéndoselo.

Hubo un breve silencio en el que Fernando se quedó pensativo sobre lo último que había dicho Humberto.

—Entonces llora por rencor, ¿no?

—O por autocompasión, que es peor, quién sabe —matizó Humberto—. Las películas nunca son claras.

Jorge no dijo nada porque de llorar de impotencia tenía callo, por culpa de los cafres de sus hermanos.

Dejaron de hablar cuando empezó a llover de nuevo y tuvieron que salir corriendo de la playa para refugiarse en las arcadas del casino. Una vez allí, Fernando, ajeno a melancolías, dijo que eran más de las nueve y que habría que volver a Irún, sin embargo antes deberían cenar algo, sin olvidar la celebración de Jorge. Esa noche, si tenía algo de especial (todo lo especial que podía ser la suma de la amistad prolongada, la transgresión de ir juntos a ver aquella película prohibida y su juventud exultante y un tanto gamberra), era por ser la noche de Jorge.

—Bueno, no sé a vosotros —concluyó— pero a mí se me ha abierto el apetito. Yo ahora me comería lo que me echen.

—Yo me hartaría a volovanes —dijo Jorge.

Buscaron un restaurante. Después de preguntar, les indicaron uno, el Au

Haou en la rue Gambetta. No tardaron en encontrarlo, entremetido en una esquina de la calle y con un desgastado toldillo verde. Estaba de camino a la place Sobradieul, donde tenían el coche. Les pareció el mejor.

12

Durante la cena, en la que los tres tomaron una sopa caliente, lasaña y foie tibio, Jorge fue el más locuaz y la pasó hablando de su tío comunista, porque una escena de la película le había recordado a él. Se refirió a la escena en que Paul y Marcel, el marido y el amante de la mujer suicidada, vestían los dos una bata de cuadros idéntica y bebían una misma marca de bourbon. Reconocía Jorge que eso era muy «teatral», y, sin embargo, fue así como había conocido a su tío Ramón. Humberto y Fernando sabían la historia del tío de Jorge, Ramón Carneiro Murielo, que pasaba por ser toda una leyenda en la familia de su madre, pero desconocían los detalles. Jorge se los dio.

Evocó la imagen que tenía de la primera vez que vio a su tío Ramón. Él estaba fuera el día que su tío se había presentado en casa de sus padres, en el verano de 1969. Cuando Jorge regresó por la tarde, Josefa, su madre, salió a su encuentro en el rellano para avisarle de que iba a ver a su tío «el rojo», porque su mítico hermano había venido y estaba en la casa, allí mismo, desde hacía unas horas. «Mi madre se movía de acá para allá excitada y radiante», dijo Jorge. En ese momento apareció en el quicio de la puerta del salón un hombre bajo y enjuto, vestido con una bata roja de cuadros, una bata como la de la película, que se dirigía a él con una mano metida en un bolsillo lateral y una pipa humeante en la otra. Un hombre que se sentía cómodo y que lo llamaba rapaz. «Hola, rapaz, así que tú eres el pequeño...», fue lo que dijo.

Llevaba una bata como la que aparece en la película. «En cuanto la he visto en el cine, me he dicho: es igualita. ¡Una bata!, como si siempre hubiera estado viviendo con nosotros en nuestra casa y viendo la televisión a nuestro lado», dijo Jorge. Y empezó a explicarles que Ramón Carneiro era combatiente comunista durante la guerra civil, estuvo en el frente del Ebro y luego en el caos de Barcelona, desde donde huyó tras la derrota republicana y

se exilió en la URSS. Allí se alistó en el Ejército Rojo. «No era de extrañar —enfaticó Jorge casi con orgullo—, porque siempre había manifestado una admiración ciega por Stalin y había comprendido que, perdida la guerra española, el único capaz de enfrentarse a Hitler era Stalin.» En la guerra contra los alemanes, había luchado en varias batallas en suelo soviético y en suelo polaco, pero fue en Stalingrado donde, como muchos otros comunistas españoles que sobrevivieron, se hizo un héroe. Luego ascendió al rango de coronel y disfrutó de un estatus influyente. Se lo contaba todo por carta a la madre de Jorge, con la que siempre estuvo muy unido y en contacto todos esos años. Jorge pudo conocerlo porque en 1969 vino a pasar tres semanas en La Coruña gracias a un permiso temporal facilitado por un primo franquista del padre de Jorge, cercano a Fraga Iribarne. Era la primera vez que volvía a España desde 1939 y no sabía si sería la última. Se rumoreaba que estaba enfermo.

«¿Sabéis qué fue lo primero que le dije? Le pregunté si la bata era suya. Me dijo que sí, que se la había traído de Rusia, y que siempre estaba en casa con ella. Y ahora, allí, por fin estaba en casa. No le creí, claro, pero mi madre se emocionó mucho.» Y era para no creerlo, añadió Jorge, o todo lo contrario, para asombrarse y creérselo todo, porque contaba siempre historias muy sorprendentes. Como la de una partida de cartas durante la guerra. Ramón era aficionado a las cartas desde niño, su hermana daba fe de ello. Le perdían los naipes. A su sobrino le contó que una vez, en Stalingrado, cuando caían las bombas a centenares y durante días, él estuvo jugando una partida de cartas sin parar, a cara de perro, con un tal Afanasy Nóvikov —Jorge recordaba muy bien ese nombre—, un tanquista de Crimea que hacía trampas. Lo que se jugaban eran las ratas del otro. No había, además, otra moneda que esa para apostar. Contaba Ramón que en medio de los dos jugadores, sobre un cartón en el suelo, había una montaña de ratas muertas como único botín. Por decenas. Eran un manjar, decía el tío, para causar estupor.

Conocer a su tío Ramón, del que su madre siempre había hablado maravillas, fue un hecho capital en la vida de Jorge. De alguna manera le había dado valor frente a los energúmenos de sus hermanos mayores. Su llegada desde Rusia había sido discreta, ya que discreción le había exigido el régimen de Franco para poder volver de visita a España. Pese a ello, supuso un acontecimiento entre tíos, primos y hermanos. Todos pasaron a verlo por la

casa de los padres de Jorge. Este quedó fascinado por las peculiares historias de su tío Ramón, todas militares, y por su fama de héroe en parajes y combates que para él eran nombres leídos en los libros: Vorónezh, Boratycze, Stalingrado, Járkov, Prójorovka. Ya tenía el sobrino ciertas ideas izquierdistas y una atracción por el mundo soviético, pero el tío le hablaba con franqueza. «Jorge —le decía implacable—, aquello no es ningún paraíso, ni mucho menos, no te engañes.» Le llegó a revelar que en la actualidad no habría hecho lo que hizo. «Si me pillas ahora, me quedo, no me voy allá ni loco.»

Volcó en su sobrino alguna confianza, quizá sin verdadero fundamento. Jorge les refirió a sus amigos mientras cenaban que su tío le había confesado que había visto cosas terribles. Pero sobre todo le había dejado entrever que las más terribles las había hecho él mismo, decía. En Berlín. «Mejor que no las sepas. Así que no idealices ese mundo. Es todo mentira.» Y Jorge lo escuchaba con cierto descreimiento cuando le hablaba así. «Nadie te dice que es malo y menos aún que es el peor.» El día que se fue, le dejó una baraja francesa muy manchada, atada por una goma elástica, a la que luego Jorge comprobó que le faltaban los ases. Él no se lo dijo, pero su sobrino estaba seguro de que fue con la que le ganó a aquel Nóvikov su botín de ratas.

Hizo una pausa y al cabo terminó Jorge con un recuerdo un tanto amargo. En cierta ocasión le dijo a su tío que practicaba buceo. Ramón, sin ningún miramiento, lo escrutó de arriba abajo y, como era su costumbre, trató de desalentarlo. Le espetó directamente que no se hiciera ilusiones. «Déjalo, rapaz. Mírate, no tienes cuerpo. Y, además, está tu dolencia. Ya me ha contado tu madre. Te ahogará.» Ya le habían diagnosticado su insuficiencia cardiaca. Poco después de la partida de su tío, Jorge abandonó el buceo y el hockey. Más o menos, lo había entendido.

Fernando dio un golpe en la mesa. Había que espabilarse. ¿No tendrían que irse ya? Pidió la cuenta y se empeñó en pagar la cena. Le apetecía invitar a sus amigos esa noche. Como le pareció que sus compañeros empezaban a tener caras largas, perdidos aún en la extraña película que habían visto, exclamó que debían alejar dolencias y tristezas y volvió a recordarles que el sábado aún no había terminado, el plan inicial era divertirse y les quedaba aún la prometida celebración por la futura boda de Jorge. Añadió, animándose: «¿Cómo dicen en la película? *“Pronto seremos adultos.”* “¡No! ¡Eso es

horrible!” Pues entonces, vamos a apurar la juventud». Propuso ir a tomar una copa en una de las discotecas de la carretera. «Quizá haya un striptease», dijo dando un codazo a Jorge.

Los tres sonrieron.

Diez minutos más tarde, bajo una lluvia copiosa, el Austin Victoria de Humberto entraba en el aparcamiento de la discoteca La Licorne, a las afueras de Bidart, que habían visto antes, cuando venían de camino hacia Biarritz.

El unicornio metálico de color negro, erguido a dos patas e iluminado por dentro, dejaba una aureola de luz ámbar a su alrededor sobre la pared pintada de blanco y bordeada en su base por unos arriates. Era el reclamo publicitario que avisaba de que aquella casona era una discoteca o algo parecido. Dos faroles con potentes lámparas de luz roja a los lados de la puerta enrejada, enmarcada por una hilera de vegetación verde oscura, terminaban por definir el local. Delante, formando una L, una gran superficie acotada por parterres desiguales estaba señalizada como el parking de la discoteca. Los coches que había, mayormente Peugeot, Citroën y Renault, estaban aparcados en fila en aquel descampado a oscuras. Estacionaron el Austin.

Se bajaron del coche y, mojados, entraron en La Licorne.

Se encontraron con una sala diáfana de tonos verdes y amarillos, con muebles modernos y un fuerte olor a tabaco mentolado mezclado con un ambientador dulzón; una bola de pequeños cristales en medio del techo daba vueltas y lanzaba reflejos centelleantes en todas las direcciones, como en muchas discotecas. Tres parejas bailaban en una mínima pista a la que había que acceder bajando unos escalones. En ese momento acababa una canción de Sacha Distel y empezaba otra de Bob Marley.

Los tres amigos empezaron a orientarse en el local, ruidoso y poco iluminado. Se acercaron a la barra, que estaba a contraluz en una pared lateral del local, en paralelo a la puerta de entrada, donde habían tenido que pagar por la estancia y la consumición. Pidieron tres cubalibres a un barman calvo y robusto que no los saludó y parecía ignorarlos. Los tres jóvenes hablaban sin prestar atención a la gente que los rodeaba. Había unas veinte o veinticinco personas en la discoteca. Quizá fuera demasiado pronto. Todos se fijaron en ellos. De reojo.

La música cambiaba repentinamente. De Abba pasaba a Sylvie Vartan y de

esta a Sacha Distel de nuevo y luego a Johnny Halliday. Sonaba muy alta y para hablar tenían que acercarse mucho y elevar la voz. Para todo el mundo, era obvio que se trataba de españoles. De extranjeros, pues eso eran allí, españoles extranjeros. Brindaron rápido, sin retórica, con el primer cubalibre y se abrazaron. «¡Por Jorge y por el amor de Jorge!» Y Jorge elevó, agradecido, su copa sin dejar de sonreír. Pero poco después, cuando Fernando se disponía a hacer un segundo brindis más prolongado, Jorge se sinceró.

—Esperad, esperad. Os he mentado. Lo siento.

Fernando y Humberto se extrañaron. ¿De qué hablaba? Les dijo que no era cierto que se fuera a casar con Adela, que ni siquiera eran novios aún, solo habían salido alguna que otra vez; puede que acabaran juntos, el tiempo lo diría, pero no sabía todavía si esa chica le gustaba realmente. No había mentado el asunto a sus padres, quienes apenas recordarían a Adela como una amiga del colegio y poco más. Ni siquiera se atrevía a decir que se quisieran de verdad, por mucho que se lo hubieran dicho entre sí, tras unos besos. Lo de casarse en verano era una mentira que había dejado crecer porque deseaba estar allí, bebiendo con sus mejores amigos, en Francia, sintiéndose vivo, y también porque quería ser el centro de algo. Ahora les pedía perdón con un poco de vergüenza.

Fernando, todavía desconcertado y con la mirada fija en su amigo, lo cogió por la nuca y lo atrajo hacia sí para besarle en la frente. «Amigo mío de conducta impropia», le dijo con humor. Humberto, no menos perplejo al principio, después de menear la cabeza varias veces, reaccionó llamándolo idiota redomado por no haber confiado en ellos y le obligó a pagar las siguientes copas en otro local. Luego se acercó a él y le dijo al oído que, se casara o no, la celebración seguía en pie. Fernando, por el estrépito de la discoteca, no lo oyó; Jorge, bajando la mirada, asintió mientras musitaba «Por supuesto», tal vez liberado de esa carga. A continuación, el propio Jorge, motivado por la comprensión de sus amigos, alzó su cubalibre y dijo: «¡Hostia, por vosotros!». Los tres sonrieron nuevamente antes de echar un largo y simultáneo trago.

13

Basacarte jugueteaba con una cucharilla que metía y sacaba de un azucarero de plástico para llevársela a veces a la boca y chupar los granos de azúcar adheridos. Lo repetía una y otra vez sin reparar demasiado en el azucarero, porque al mismo tiempo que miraba hacia la lejanía de la avenida del Adour, salmodiada a esa hora por farolas recién encendidas, también miraba de reojo a Hueso, que, herido por sus fantasmas, gruñía junto a él o canturreaba como solía. Basacarte procuraba mirarlo con la mayor indiferencia de que era capaz por si Hueso le podía leer el pensamiento. Era la hora en que intuía que su amigo podía empezar a descontrolarse, perdida la cuenta de los vasos que se había bebido. Solo con verlo, sabía que esa noche no jugarían a las cartas.

Llevaban toda la tarde allí, en el Udala, sin nada que hacer. Frente a ellos, El Ruso y Pruden charlaban y fumaban delante de la gramola del bar después de poner un disco de The Monkees y luego otro de Lulu y finalmente otro de Bob Dylan, que repitieron dos o tres veces.

En ese momento, sentado cerca de la puerta, mientras se balanceaba con las piernas estiradas en alto sobre el respaldo de otra silla, a Basacarte todo aquello se le hizo repentinamente simple, como si por fin hubiera entendido el meollo de la razón de ser de su vida en aquel tiempo de nadie que se consumía tan lentamente. Se sintió lúcido. Pensó: «Somos carnaza».

Tenía bien asumido que la vida en el exilio semiclandestino en Iparralde era aburrida a la fuerza, aunque eso no la relajaba, al contrario, la tensaba más y debían ser más precavidos aún, alertas a las amenazas del enemigo, porque el enemigo siempre acechaba bajo cualquier estratagema insospechada. Se lo decían sin cesar Monzón y Ezkerra en los encuentros de adiestramientos que hacían en Garris. Sin embargo, ellos vivían en el vacío de la espera. Esperar y vigilar, en tal consistía toda la simplicidad de su cometido, hasta que alguien,

un jefe como Txikia o Ezkerra, dictaba las instrucciones. Lo que veía ahora claro era que algo similar también sucedía en el otro bando, en el de los *txakurras* franquistas. Se estremeció. No sabría decir Basacarte por qué en ese momento, junto a sus compañeros, en el Udala, tuvo tanta certeza del hecho inapelable de que los dos bandos eran idénticos. Tal para cual. Nadie podría desmentirle que la policía y ellos se reflejaban mutuamente como en un espejo, a un lado los represores y al otro los patriotas. Ellos eran los patriotas, como pasaba con los irlandeses. Igual que en un juego de ajedrez en el que los dos bandos usaban parecidas estrategias, la clave de la partida era que el otro bando fuera quien pusiera los muertos. A ser posible, todos. Por eso Basacarte no se desprendía nunca de la pistola.

—¿Llevas la cacharra? —le preguntó de pronto Hueso, confirmando su sospecha de que le leía el pensamiento.

Basacarte, inexpresivo, se palpó un costado, se sacó la cucharilla de la boca y dijo:

—Aquí está, para servirte a ti y a los vascos. Nunca me deja solo.

Dispararle a alguien no era algo nuevo para él, ya lo había hecho en alguna ocasión. No había experimentado entonces nada distinto a dispararle a un gato. Hueso gruñó desde algún confín opaco de su mente y alzó los hombros antes de decir:

—Ir con ella es un riesgo, pero me tranquiliza que la lleves.

El Udala, el *bar-tabac* de Anglet donde el grupo de los cinco apuraba los restos de aquella tarde del sábado 24 de marzo, casi noche ya, era el bar perfecto donde quemar las horas de tedio. El local tenía dos ventajas: una, que hacía esquina de forma panorámica y desde sus ventanales se divisaba a derecha e izquierda todo el largo de la calle; otra, que el dueño del Udala, un individuo al que llamaban El Gaucho, un uruguayo melancólico que había militado en movimientos de liberación de Latinoamérica, no les cobraba. Se había hecho muy amigo de Mamarrú y de los hermanos Etxabe. El lugar, por tanto, era seguro.

El bar tenía la fachada de color teja, en ella destacaban cuatro toldos de rayas azules y blancas. El interior del local, amplio y acogedor, estaba vacío porque El Gaucho había echado el cierre, pero pronto se vería obligado a abrir para dar las cenas. El tono azul pastel y los ribetes de madera blancos de

las paredes eran muy franceses; los adornos heterogéneos que había por doquier habían sido elegidos por Véronique, la esposa de El Gaucho, fallecida hacía más de diez años. Con dudoso gusto combinaba cortinas de flores a los lados de las ventanas, visillos a media altura, figuritas de pastorcillos y de animalitos de porcelana, posters del Ché Guevara, Fidel Castro y Cohn-Bendit, un cartel del MLN tupamaro, un mapa de la isla de Yeu —de donde era Véronique, puntualizaba su marido cuando alguien se quedaba un rato mirándolo—, primorosos bordados de flores enmarcados y estantes con botellas de cerveza de diversas marcas mundiales, entre una acumulación de fotos y de cosas extravagantes. El Gaucho, por respeto, lo había dejado todo tal como su mujer lo había dispuesto. Para él, su bar era también un mausoleo erigido a la memoria de Véronique.

Txikia, Ezkerra y Mamarrú frecuentaban el Udala porque estaba lejos de la frontera y no tenían que andarse con mil ojos por quién entraba y salía ni por lo que podían o no podían hablar. Hueso también iba por allí a menudo. Le gustaba dejarse caer donde El Gaucho los sábados; lo consideraba parte del circuito al que lo seguían sus habituales Basacarte y Casero, a quienes se les sumaban los jóvenes ociosos que les acompañaban en cada ocasión. Era normal. Juntos iban más protegidos. El circuito, que empezaba en los bares de San Juan de Luz, llegaba hasta el Udala, en Anglet, y luego, de noche, de regreso otra vez a San Juan de Luz o a Ciboure, tenía una parada obligada en La Licorne, la cita habitual para la última copa, uno de los locales de ambiente y música disco de carretera donde también eran conocidos. Pero todavía era relativamente pronto para ir a La Licorne. Abrían tarde.

El Gaucho había sido boxeador y conservaba un cabello negro y un bronceado perenne que lo rejuvenecían, aunque no disimulaba un estómago prominente. Casero se puso a hablar con él del combate entre Foreman y Frazier, el acontecimiento de la temporada pasada. Gaucho había ido a favor de Foreman, ganador del combate; a Casero le traía sin cuidado la pelea, hablaba por hablar y porque El Gaucho, si se animaba, salía de la barra y repetía los golpes de los púgiles, dándolos al aire y ejerciendo su magisterio de excampeón, lo que siempre era divertido. Esta vez no se animó.

Desde el otro lado de la barra, con voz cansina, El Gaucho prometió abrir una botella de tequila por Foreman y porque además era su cumpleaños. Hueso, agrio y desagradable, con el volcán redoblando el rugido en su cabeza,

lejos de felicitarlo, masculló que ellos solo bebían vino y ginebra, y empezó a entonar una canción entre dientes. Con un suspiro indiscernible, en el que sin duda escondía su convicción de estar rodeado de pueblerinos, el Gaucho se metió en la cocina y volvió al cabo de un rato con algo para picar, una quiche fría con aspecto succulento y unos platos de sardinas en aceite.

Después de echarle una mano con los vasos y cubiertos, Casero se sentó a la mesa al lado de Hueso. Pruden y El Ruso ocuparon la de al lado. En un almanaque con la forma de la torre Eiffel colgado de la pared se podía ver, dentro de un círculo rojo, la fecha de ese día: 24 de marzo. El Gaucho, que tenía buen carácter, después de poner los platos sobre una mesa, señaló con el índice la fecha del almanaque, junto al cual había una antigua foto de una mujer posando. «Hoy la partí a mi vieja hace cincuenta y cinco años», dijo, y a continuación se refirió a que su madre, la mujer de la foto, murió en el parto. Alzó un vaso hacia el cielo y luego, cogiendo la botella de la barra, le sirvió más vino a Hueso. «¿No querías vino? ¡Pues toma vino! Invitación de mi difunta madre, aquí presente», e hizo un movimiento con la cabeza en dirección al retrato de la pared.

Casero era un individuo callado y frío como un témpano, pero a Basacarte le caía bien, lo consideraba un camarada que no dejaba a nadie en la estacada y si tenía que pegar un tiro lo pegaba. Basacarte conocía a Casero de tiempo atrás. Habían entrado prácticamente juntos en la Organización en 1970 y desde el principio se habían especializado en explosivos y en acciones directas. Este era su historial común:

Octubre de 1971: en una acción temeraria, juntos recogieron en la frontera española material explosivo y artefactos para detonación a distancia; iban armados con pistolas.

Diciembre de 1971: participaron, al lado de Hueso, en el atraco a un banco de Beasáin; portaban armas semiautomáticas; hirieron a dos miembros de la Policía Armada; el botín ascendió a 12 millones de pesetas.

Enero de 1972: encapuchados, quemaron una bandera española en los muros de una casa-cuartel de Guernica.

Febrero de 1972: asaltaron y robaron en el polvorín de Hernani; hirieron al guarda con arma blanca después de maltratarlo.

Abril de 1972: asaltaron a mano armada en la cantera de Astigarraga;

hirieron al vigilante; al no hallar explosivos, le dieron una paliza de la que no se recuperó. Ese mismo mes, volaron con Hueso una central telefónica.

Mayo de 1972: ametrallaron a dos policías en la puerta de una sucursal bancaria sin llegar a matarlos.

Diciembre de 1972: incendiaron la casa sindical de Rentería; hubo varios heridos.

Enero de 1973: participaron, junto con Hueso, en el secuestro del empresario Huarte, en Pamplona, encargándose de su custodia.

Enero de 1973: robaron nuevamente en el polvorín de Hernani; posteriormente huyeron a Francia; en la huida dispararon contra un guardia civil al que dejaron malherido.

Desde que cruzaron la frontera, vivían juntos en un piso de la rue Marion Garay, cerca del bar Casa Pablo, donde solían ir a comer, y al lado de la asociación «Anai Artea» de Telesforo Monzón. Los fines de semana venían familiares por allí y traían ropa, algo de comida, dinero e información de cómo estaban las cosas en «el interior» y quién había hecho tal proeza o cual otra.

Casero era de piedra, no tenía familia, nunca esperaba nada de nadie ni nadie le traía nada a él. Su único mundo era la Organización y la lucha armada que ETA había emprendido, un camino sin retorno. En cambio, Basacarte era infeliz, más infeliz de lo que se permitía creer. Lo era porque había dejado atrás otra vida en la que tal vez la dicha le hubiera sonreído, habría tenido un taller mecánico y varios hijos y una alegría que ahora desconocía. Se sentía desgarrado, con una parte de su ser aquí, en esta extraña prisión que era el exilio en la clandestinidad, y con la otra en Hegoalde, la parte española, y esa otra no era sino el recuerdo acuciante de Idoia, su mujer, su novia desde chavales, una mujer más firme que un roble. Ni siquiera los pequeños triunfos que estaba consiguiendo la Organización gracias a Txikia le quitaban esa sensación de estar dividido y descontento. Empezaba a flaquear, no tenía la rigidez de Idoia ni la desesperación de Hueso. Sabía que ella era lo contrario, tan pétrea como Casero y tan entregada como Hueso.

A veces, cuando le sobrevenían a Basacarte estos pensamientos de flojera que enseguida superaba, se preguntaba a sí mismo si no debería ser al revés, si no debería estar ella allí, en Francia, y él en España, viniendo a verla de vez en cuando y trayéndole mensajes de ánimo. Pero enseguida ahuyentaba esas

absurdas ideas, se recuperaba y se convencía de que él era tan fuerte como ella si se lo proponía, *realmente* fuerte. Invariable, comprometido y leal, por citar las tres patas del «asiento del *gudari*», expresión de Telesforo Monzón que se completaba con una cuarta pata: «la cuarta es Dios». Y entonces Basacarte se volvía tan cruel como Casero y tan sin escrúpulos como Mamarrú o Apala. Toda una transformación, cuando se le requería. Lamentaba no tener la fe de Txikia, él no era meapilas ni comehostias, pero se alegraba de no pudrirse en la mezquindad del tuerto Peixoto, trosko y categórico. Si había que hacer lo que había que hacer, llegado el momento, lo hacía. Lo había demostrado con creces en más de una ocasión. Por eso, tanto a él como a Casero, hasta el propio Hueso los temía.

14

Basacarte esperaba la llegada de Idoia desde Hernani para el día siguiente y eso, en el fondo, lo ilusionaba. De la colonia de etarras en Iparralde, era de los pocos que había dejado una mujer en el otro lado. La echaba de menos, sentía devoción por ella, había dicho muchas veces, y su ausencia se le volvían siglos. Un cierto brillo en la mirada lo evidenciaba y sus compañeros le hacían al respecto bromas un tanto soeces que él replicaba con insultos de compadreo. Debía dominar la impaciencia, pero le costaba. Para aplacar la ansiedad repetía gestos mecánicos, como el de sacar y meter la cucharilla en el azucarero, mover la rodilla derecha en un tembleque incesante o dar golpecitos rítmicos con las uñas sobre la superficie de la mesa.

Él era de Zumaya, pero a los doce años toda la familia se fue a vivir a Hernani, de donde era Idoia. A los dieciséis ya salían juntos, eran de la misma edad. Al principio la cosa no funcionó y lo dejaron. Cuando Basacarte regresó de la mili y empezó a trabajar en un taller de motos, se enovieron y un par de años más tarde se casaron. Todos decían que la que mandaba era ella porque se había hecho medio maoísta. Los dos eran *abertzales* desde que tenían conocimiento de la realidad vasca. Nacionalistas, como sus familias.

Idoia solía subir al norte a ver a su marido cada tres semanas, pero no solo venía a verlo a él. Hacía tiempo que había aparcado la faceta sentimental. Era de las que traía cosas para todo el grupo, nunca nada peligroso ni comprometedor pero sí necesario. Hacía el mismo recorrido siempre que venía: iba primero hasta la casa del cura Lartzabal, en Sokoia, con quien le gustaba hablar largo rato. También lo hacía con los etarras, permanentes o de paso, que se alojaban en aquella casa adosada a la iglesia, ambas —casa e iglesia— blancas y con adornos de figuras marineras en el exterior, como anclas azules, remos cruzados y formas de redes. A Idoia le gustaba esa casa y

ese entorno y se sentía una más, allí integrada. Era parte del juego.

Luego telefoneaba a su marido para que fuera a por ella. Basacarte se acercaba hasta Sokoia, la recogía y se la llevaba a su piso de la rue Marion Garay. Allí pasaban unas horas juntos, a veces follaban, a veces no. Cuando ella venía, Casero les dejaba solos y desaparecía del piso. Más tarde, salían a potear con su gente y a encontrarse con Hueso, Apala, Mamarrú y otros miembros de la Organización, en una impostada amistad de cuadrilla en la que abundaban las caras crispadas. Con ella delante, nunca hablaban de las acciones que llevaban a cabo. A veces, la pareja se acercaba a Bayona y más arriba, a las playas de Las Landas. Casero decía que Idoia «era el recreo».

En el Udala le vino a Basacarte un recuerdo reciente, el de la última vez que estuvo Idoia por allí, hacía apenas un mes. Estaba preciosa y expansiva. Paseaban en aquella ocasión por el puerto de San Juan de Luz, cuando se encontraron con Telesforo Monzón, que venía de su casa, no muy lejos de allí, y se pararon a saludarlo. Él se detuvo en seco al verlos y enseguida, una vez que los reconoció, les pidió que lo acompañasen en su paseo diario hasta el Promenade. Hablarían por el camino.

Telesforo Monzón era alto y delgado y estaba cerca de cumplir los setenta años; en su pelo blanquecino, liso y engominado se abría una notable raya lateral, como un surco; sus facciones le daban a su rostro una ligera liviandad seminarística; solía ir con una boina grande y negra y, cuando iba solo, andaba dando elásticos pasos de montañero. En San Juan de Luz, los Monzón tenían dos residencias: una era su domicilio habitual, la casona Domine Baita en la confluencia de la rue Garat con la rue 17 Pluviose, un edificio de piedra en donde vivía con su mujer, María Josefa, y donde se había velado el cuerpo del *lehendakari* Aguirre cuando murió; la otra era un pequeño caserío en Chantaco, en la carretera de Ascain, al que acudía tan solo en verano, pero desde que se lo quemaron en 1971 ya ni eso, a lo sumo únicamente cuando convenía su presencia en reuniones de la Organización, porque lo prestaba a ETA para ese fin, aunque en esos casos su presencia en el caserío era tan incógnita que se la ocultaba hasta a su mujer. «Voy a Bayona», le decía para disimular, cuando en realidad iba al caserío de Chantaco, en el que solo mantenía los muebles imprescindibles para pasar como mucho dos semanas. Con su amigo el cura Piarres Lartzabal había fundado en San Juan de Luz la

asociación «Anai Artea» (Entre Hermanos), en cuya sede del 16 de la rue Marion Garay (tres plantas, ventanas rojas con celosías) se daba cuartel a los vascos que buscaban refugio en Francia, fuesen o no de ETA, y donde se reunían y refugiaban los jefes de la Organización.

Debido a su compromiso histórico con el viejo Aguirre, Monzón era un hombre respetado por todos; para él, los etarras eran «*gudaris de Euskadi*», y no perdía ocasión de referirse a ellos como «nuestros jóvenes hermanos». Además, publicaba poemas de escritor sensiblero que luego se convertían en canciones populares y redactaba artículos en los que pedía a «los *gudaris* de hoy» que no «bajaran nunca la cabeza», huyeran de la tóxica vacilación de la derrota y empuñaran las armas «como fuera». Para el torvo Peixoto, Monzón era un zorro de la ambigüedad y le había elegido el mote de «el Cardenal», pero solo se lo llamaba él.

Al ver aquel día a Idoia, quiso Monzón que le pusiera al corriente de la preocupación de las familias de los etarras liberados que estaban en Francia. Al parecer, había una gran angustia en Hegoalde y un acuciante temor por lo que les podría ocurrir a sus familiares fugitivos en Iparralde, las provincias del norte. Se hablaba de una oleada de subrepticias acciones policiales a ambos lados de la frontera. Pero Idoia lo tranquilizó, quizá tomando un aventurado partido por las familias que, lejos de lamentar la decisión de sus hijos, hermanos o maridos, como era su propio caso, se sentían orgullosas de lo que hacían como etarras y los animaban y protegían. Idoia aguantaba aquella situación porque estaba metida en ETA hasta el alma, aunque no militaba en la Organización. Era una *legal*. Y para Monzón, un ángel. Idoia quería aportar siempre algo más. No es que se ofreciera, pero estaba dispuesta a todo.

En el PNV, con el *lehendakari* Leizaola a la cabeza, veían a Monzón como un intrigante que a la vejez había radicalizado sus ideas para no perder el poder del que había disfrutado desde la guerra civil. Había ido más allá que nadie en su antiguo partido, hasta rasgarlo, y había definido a ETA como un movimiento armado necesario para sostener en alto «la mística patria». Porque, aunque Monzón, católico como era, no compartía los ideales revolucionarios de los etarras, alentaba sus acciones y amparaba a sus líderes, a quienes mantenía unidos en momentos de fuertes tensiones internas gracias a su autoridad moral y a una hábil mano izquierda. Dadas sus buenas relaciones

con la Organización, había estado en las negociaciones para liberar al cónsul alemán Eugen Beihl, secuestrado por ETA en 1970 durante los juicios de Burgos. En su pasado había una mancha negra de la que evitaba toda alusión: el asesinato en 1937 de decenas de prisioneros nacionales en los barcos carcelarios de la ría de Bilbao. Nunca se aclaró lo suficiente la responsabilidad de Monzón en aquellas ejecuciones y él siempre había rehuido hablar del asunto.

Idoia lo veneraba, veía en él a un patriota decente y, durante los minutos que duró el paseo, disfrutó contándole a Monzón que se estaba creando una red de apoyo muy tupida, «de las de fiar», con la que pretendían señalar a quienes no pensaban como ellos, enemigos en potencia del pueblo vasco, ya por omisión y desidia, ya por tentarles los beneficios de la delación.

Monzón, que para Basacarte siempre estaba previendo los peligros, preguntó qué le había inducido a pensar eso.

—Tenemos un truco. Los *legales*, para saber si uno es afín o no a la causa de ETA, pasamos octavillas con propaganda. Lo hacemos de sopetón, para ver si se mojan un poco y se sienten solidarios. Y dependiendo de lo que hagan, si las cogen o no, ya te haces una idea de quién es ese con respecto a la lucha vasca. Aunque no las pasen y luego las guarden o las tiren a la basura, ¿eh?, que eso casi no importa, pero si no las cogen, malo, ya sabes que tienes que sospechar de él o de ella. Pasa mucho todavía. No te puedes confiar. Me ocurrió con una que viene a la carnicería donde trabajo. La insulté a la cara por no cogerlas, qué iba a hacer... Y si le insultas a la cara, luego, en la calle todos saben quién es y por qué la has insultado. Dos días más tarde, vi su nombre en la pared... Pues que aprenda.

—¿Y luego no irá a denunciarte? —preguntó Monzón—. Ándate con ojo, *neska*.

—Lo saben, pero no lo dicen —se adelantó Basacarte.

—Bueno, por ahora no se atreven —dijo Idoia—. Saben que con el menor indicio ya basta. Luego ETA ya se ocuparía de esas personas.

Monzón se quedó pensativo. Empezó a preguntarse si, como creían Ezkerra y Txomin, empezaba a haber demasiados chivatos o delatores. En la retórica de Monzón, los chivatos eran los ojos y oídos del aparato de la represión. Basacarte creyó haber leído algo firmado por él en donde los llamaba mala hierba franquista que había que arrancar de raíz.

—Por ahora, lo que hay que hacer es meterles miedo —dijo Monzón finalmente—. Por eso está bien lo de presionar a los empresarios, que vengan aquí, a Bidart, a pagar lo que es de todos los vascos. ¡Joder, no solo van a luchar nuestros *gударis*! También ellos tienen que contribuir, ¿no? Lo digo siempre, ya sabéis.

—Y si no quieren, peor para ellos —repuso Basacarte—, porque tendrán que venir y les veremos las caras, y alguno que otro recibirá un escarmiento, como dice el padre Lartzabal.

—Dicen que si les amenazamos, que si es una extorsión, pero os lo advierto: cuidado, esa es la retórica represiva de la policía de Franco. Un cuento. ¡Ni caso! Oídos sordos y a seguir para delante —dijo Monzón posando paternalmente su mano sobre los hombros de Idoia y de Basacarte—. Y con sacrificios, lo sé. Miraos vosotros... *Entzun*, Idoia, habría que hacer listas con esos que dices que no cogen las octavillas...

—Hechas ya las tengo. Se las paso a quien tenga que pasárselas —saltó Idoia.

—Bien hecho, *neska*. Hay que saber dónde viven, dónde van, qué hacen... Por si son confidentes y hay que actuar.

En ese momento ya se despedía Monzón, como movido por un resorte. El intervalo en su paseo se le había hecho demasiado largo.

—*Agur, haurrak*. Que tengáis un buen día y no desfallezcáis, ni aquí ni allá abajo.

—¡*Agur!* —le dijeron ambos, dispuestos a proseguir su camino en dirección contraria y eufóricos por la conversación con el viejo político.

Eso había sido un mes antes. A Basacarte lo sacaron de su recuerdo las voces de Pruden y El Ruso, que estaban examinando detenidamente sus carteras para contar los francos que tenían. Cuando se quiso dar cuenta, ya había anochecido y le pareció que había pasado el tiempo con asombrosa rapidez. Las tiendas que se veían desde los ventanales del Udala estaban cerradas, solo algún escaparate iluminado devolvía vitalidad a la calle; los edificios y los árboles se habían tornado oscuras siluetas crepusculares, pero la lluvia echaba a perder el momento y lo volvía desapacible y triste. El Gaucho ya había abierto el bar y empezaba a llenarse de gente que huía del aguacero.

Oyó decir a Pruden y a El Ruso cosas absurdas, como que a Pruden le gustaban los coches de carreras y que El Ruso soñaba con abrir algún día un hotel en una playa. Para Basacarte eran sueños ridículos, no se estaban jugando la vida y buscando la libertad de su pueblo para que al final hubiera dueños de hoteles y despilfarro capitalista en carreras deportivas. Quién sabía de algún piloto de coches de carrera que fuera comunista, pensó, sonriendo sardónicamente y antes de reprocharles en voz alta lo tontos que eran con sueños como aquellos. Pruden y El Ruso, desconcertados, dejaron de hablar, pero no se enfadaron, más bien sonrieron también alzando el puño cerrado. No tardó Basacarte en ponerse serio al volver a mirar a Hueso y, por la expresión de extrañeza que se había apoderado de su rostro, intuyó que su volcán estaba a punto de explotar sacando de nuevo a relucir lo de Kepa, el chico de Llodio que lo martirizaba. Mejor adelantarse y cambiar de aires.

Se incorporó y se dirigió a sus compañeros para decirles que ya era hora de pasarse por La Licorne. Casero le secundó, asintiendo. «Venga, Tomás, ahueca el ala», le dijo a Hueso, quien miró su reloj y no dijo nada. De puro cansancio, ni siquiera pensó en que tal vez vería allí a Maitane, como ella le dijo. Se limitó a ir hacia la puerta golpeándose en las posaderas y los demás fueron tras él. El Gaucho alzó la mano abierta en señal de despedida. Solo Basacarte le dijo adiós con un gesto que simulaba un disparo con el dedo índice, convertido en una pistola imaginaria, una pistola como la que llevaba en el costado, solo que esta era de verdad.

15

Lo que en Hueso estallaba esa tarde echada a perder era el odio, pero le daba otras formas y nombres en su cabeza. Creía que era valentía, fortaleza, rectitud. Daba igual la palabra, dentro de él había movimientos en transición a algo violento, a una bronca, a una bomba, a una ráfaga de metralleta. Era lo que querían de él, no variaba el guion de lo esperado, además, tal vez nadie se hubiera dado cuenta de la modificación que se operaba en su interior.

Había estado atento a todo, en el Udala. A los gestos de Basacarte, que solía mostrarse nervioso la víspera de la llegada de Idoia, su mujer. A los discos que ponían El Ruso y Pruden, a sus conversaciones inagotables sobre banalidades. Al combate Foreman vs Frazier, narrado desde la indiferencia por Casero y desde la técnica por El Gaucho, ese tocapelotas que tenía el bar convertido en un monumento a las mujeres de su vida, casualmente su madre y su esposa, ya fallecidas. Todo el mundo decía que Hueso era un bruto y él se hacía el bruto, pero tampoco le costaba mucho hacérselo. No había inventado su fuerza, pero el caso era que la tenía, y era una fuerza para aplastar, triturar, actuar. Se sabía de memoria los *Zutabe* de la Organización en que les pedían acción directa, lucha armada: «golpear en la parte sensible», esa era la expresión. Y él estaba para eso, sin demasiados matices. La fuerza hacía que otros lo siguieran. Los había espirituales, como Txikia, o convencidos, como Basacarte. También estaban los que eran como él, convencidos sin duda, pero sobre todo ejecutores. De qué material estaba hecho, ni lo sabía ni le importaba. Remilgos y justificaciones, eso lo dejaba para el tuerto Peixoto. Y no era que no le brotaran pensamientos, era que se dejaba arrastrar por el impulso que recubría los suyos, un impulso rojo y ardiente como la lava de su volcán interior, ciega, extensa y nada limpia. La inocencia, para los niños, pensaba a menudo. Era su burbuja y no se la iba a romper nadie. La habían

endurecido todos los encuentros con la policía, española o francesa, a campo abierto, lo cual era un decir, porque siempre que había intercambiado disparos había sido en algún lugar de las afueras de una ciudad, entre los parapetos de una construcción o de una fábrica abandonada, o directamente en el monte, entre árboles cuyas astillas saltaban por encima de sus orejas y le dejaban un resabio de miedo y temeridad, las dos cosas con las que había nacido y que le habían llevado a una perturbadora soledad, porque Hueso, en medio de todo lo que estaban viviendo desde que eligió la patria vasca y la lucha obrera, era, a su manera, un solitario perturbado. Volvía a rebelarse el volcán en su interior, la razón se sumergía entonces y salía ese corrosivo sentimiento de odio, fijo, invariable, siempre fundido con la brutalidad que no dejaba espacio dentro de él para otra cosa que no fuera la reacción, instante por instante, que lo obligaba a un incomprensible afán de cumplimiento: cumplir órdenes, cumplir lo previsto, cumplir lo consecuente, levantarse y ser más fuerte aún que aquel que te amenazaba. Él creía que estaba hastiado, pero estaba, y mucho, rebasado por el combate.

A las 23.30, la misma hora en que, en San Juan de Luz, Txikia y Mamarrú entraban en el Capitaine Lagarde para empezar el *biltzar* de jefes, Hueso y los suyos llegaban al parking de La Licorne. Por unos instantes, habían estado a punto de eludir su costumbre y pasar de largo, pero fue Hueso quien les quitó la apatía, quizá porque en ese mundo de espera inagotable la fidelidad a las costumbres los mantenía vivos. Aparcaron junto a unos montículos de tierra cubierta de matojos y rodeados de charcos en medio de los cuales había restos herrumbrosos de un andamio desmontado. Se apearon del Renault 12 conducido por Pruden y corrieron hasta la puerta del local para eludir la lluvia. Su calzado se moteó de partículas de barro. Casero y El Ruso casi se empaparon porque salieron sin sus anoraks y fueron con las manos en los bolsillos hasta la puerta donde brillaba el unicornio metálico de color negro. Maldijeron de la lluvia.

Entraron en la discoteca. Los recibió una oscuridad que fue remitiendo al mismo tiempo que sus oídos se adecuaban a una música estridente y a un ruido de fondo embarullado. Hueso atisbó fugazmente la sala en plena diversión. Había muchas cabezas moviéndose a esas horas y el ambiente estaba extremadamente cargado de humo y de un olor intenso. Se fijó en las dos

camareras habituales, dos chicas de Anglet que los saludaron, reconoció a uno de los dueños, a quien saludó a su vez con un rápido y leve alzamiento de cabeza, y vio a varios grupos y a varias parejas que, sentados, bailando o acodados en la barra, no se fijaron en ellos. Buscó con la mirada a Maitane, cuya posible presencia mantenía en secreto, pero no parecía haber llegado todavía. Se cruzó, sin embargo, con la mirada fija del barman calvo, serio y estático al otro lado de la barra, justo debajo de un aparato de televisión apagado del que sobresalía una *ikurriña* pequeña. Sabía que, aunque había gente de paso, en una o dos horas la discoteca estaría llena por ser sábado por la noche. Sonaba Petula Clark, aunque Hueso no identificó ni a la cantante ni la canción.

Los cinco, sin separarse y más bien distendidos, se dirigieron a una parte alejada tanto de la pista como de la barra, donde había una mesa en la que solían recalar cuando venían por la discoteca. Uno de los lados de la mesa daba a un sofá curvo en el que se sentaron Casero, El Ruso y Pruden. Basacarte y Hueso lo hicieron en las dos butacas de cuero del lado opuesto. Desde allí tenían una buena perspectiva de costado y estaban cerca de la puerta de servicio, la cual, según sus cálculos, no debía de caer muy lejos de donde habían aparcado el coche. Cuando ya se habían sentado, el barman calvo, grandón, que estaba en la barra salió de su sitio y se acercó hasta el grupo. Sin interrumpir sus gestos de camarero, se inclinó hasta el oído de Hueso para advertirle, discretamente, de la presencia de los tres españoles que había hacia la mitad de la barra. Le insinuó que para él eran policías; llevaban ahí como tres cuartos de hora; no habían intentado ligar con ninguna de las chicas y no habían vociferado. El barman le pidió a Hueso que se acercara a la barra cuando él regresara a ella y los mirase con atención, podía estar equivocado. Hueso se puso tenso y alzó el cuello, barriendo con la mirada todo el friso de la barra. No le costó dar con los tres hombres, los cuales hablaban entre sí y en ningún momento miraron hacia ellos. La música se había vuelto más viva, las luces, disparatadas.

Hasta entonces, tan solo Hueso los había visto, porque al irse el barman no dijo nada a los demás. Tampoco dio opción a que estos preguntaran qué le había dicho el barman al oído, porque Hueso ya se había levantado a los pocos segundos y, sin quitarse siquiera el chaquetón marinero, había ido detrás del barman, prácticamente como si le siguiera los pasos. Se topó con una

mujer de unos cuarenta años, con un lunarcito en el labio superior, que trató de atraerlo hacia la pista con una insinuante sonrisa de fingido enfado, simulando saludarlo. Notó el aliento etílico y la barriguita blanda de la mujer al apartarla. Si venía algo bebido, ahora, ante la tensión, Hueso había empezado a despejarse. Le pasaba siempre, cualquiera diría que ese sábado había bebido vino hasta caerse, pero si llegaba el momento crítico, renacía sobrio y calculador, como un guerrero entrenado para el frente. Era como si de pronto recordara quién era y cuál era su papel en este mundo.

«Cada militante revolucionario, cada comando guerrillero, deberá desarrollar imaginativamente la manera de actuar más adecuada a cada situación concreta.» (Comunicado Ideológico de ETA, en un *Zutabe* de 1972-1973.)

Cuando se estaba aproximando a la barra, miró de reojo, muy furtivamente, a los tres jóvenes. Los tres parecían ignorarlo, concentrados en una conversación que arrancaba algunas risas entre ellos. Se acercó lo más que pudo a su entorno, casi rozaba su codo con el brazo de uno de los jóvenes. Entonces llegaron dos chicas y se interpusieron entre ellos y Hueso para pedir una consumición en la barra. Eso no le impidió oírles hablar, referirse a ellas, mirarlas amablemente sin reparar en él, situado apenas a medio metro de ellos y de las chicas. Españoles. Gallegos. Mierda. Ese acento, pensó al oírlos. Para Hueso no cabía duda de que había algo sospechoso en aquel comportamiento demasiado artificial, como si demostrasen a la concurrencia que se divertían y que sabían dónde estaban. O todo lo contrario, que no lo sabían en absoluto. Porque ambas posibilidades le interrogaban a Hueso hasta causarle un tormento indecible, situándolo en la peor de las disyuntivas, la de discernir si alguien era muy inteligente o muy necio, cuando ambas opciones contaban exactamente con la misma probabilidad de ser reales.

Como si vivir o morir pudiera ser lo mismo. Tal era su pensamiento. En el mundo de Hueso, elegir entre el camino de los listos o el de los tontos, el de los vivos o el de los muertos, era una bifurcación equivalente.

Por tanto, Hueso, que buscó la excusa de pedir en la barra un gin-tonic al mismo barman que le había advertido y a quien conocía de sobra como simpatizante de los refugiados vascos, receló de aquellos tres hombres y, de vuelta a la mesa medio oculta donde estaban los suyos, decidió avisarlos para

que estuvieran alertas. Desde luego, no se iban a liar a tiros allí, sobre todo porque, que él supiera, solo Basacarte iba armado. Cuando le habló a Basacarte, este, después de mirarlos disimulada pero atentamente, identificó a Humberto como el tipo del coche con el que casi se chocaron en La Négresse. Podría jurarlo. Dijo que era una extraña coincidencia y que él no creía en las extrañas coincidencias. Para todo había una razón en esta vida, un motivo que movía las cosas como un reguero de pasos consecutivos, y Basacarte no creía en el azar ni en lo inexplicable, lo cual suscitó el asentimiento de los otros cuatro, quienes no dejaban de mirarse entre sí, graves e intranquilos.

Hueso, informado de los temores que venían acuciando a la cúpula de la Organización, pensó que eran *secretas* del SECED. Recuperó el dominio de la situación y de pronto presintió por instinto que tenían que ser por fuerza policías. De alguna manera, lo que se temían ya había llegado. Sabía que habían destinado al Sur de Francia a mucho policía camuflado. Y que muchos de esos policías eran gallegos. Se creía el tópico de que los gallegos, o eran emigrantes o eran policías. Por el dinero. Pero en realidad, gallegos o no, eran españoles, que equivalía a ser antivascos y con eso les bastaba para odiarlos. En la Organización tenían un nombre cínico para ellos, los llamaban con desprecio «los desafectos». Todo español era odioso y desafecto, todo español era un enemigo y desafecto. Si no, ¿qué hacían allí, un sábado de marzo, a esas horas, con ese tiempo de mil demonios y en una discoteca a la que precisamente solían ir ellos, sus enemigos? Algo buscaban y eran torpes. ¿No demostraba esa torpeza el proceder normal de la policía española?

«Desde las primeras acciones guerrilleras el enemigo reaccionará con su propia táctica, que deberemos reconocer de antemano, en la medida de lo posible.» (Comunicado Ideológico de ETA, en un *Zutabe* de 1972-1973.)

Hueso no quiso apartar a Kepa de su cabeza, ni quiso contener por más tiempo el volcán. Que estallara dentro, desbordando una ira seca, acerada, arrolladora. Ahora era una oruga de lava y rencor que reptaba por dentro de su pecho y le aplastaba los pulmones. Necesitaba respirar. De repente, sacudido por el cúmulo de sus reflexiones, su mente se volvió fría. Como reacción, a Hueso le dieron ganas de cantar otra vez la balada que aprendió de su *ama* Izaskun sobre el joven marinero que se perdía en el mar. Casi se le llenaron

los ojos de lágrimas por la canción que no cantó pero recordó para sí, porque esas canciones eran cuanto su *ama* le había dejado en esta vida. Abrió las compuertas a la lava para volver a pensar en Kepa, y así Kepa, el asesinado en el *talde* fallido en la frontera, cuya descarga en el costado lo desangró ante los ojos paralizados de Hueso, se iba a convertir en el desencadenante de una acción de legítima venganza. Le jodía ver a aquellos tres tipos en la barra e imaginarse a la vez el rostro de Kepa muerto. Gentuza como esa lo había matado. De alguna manera, vengar a Kepa lo resarciría. Era una nebulosa que empezaba a inundar su cerebro y a embotarlo. Aquel Kepa era un chico de una familia de buenos vascos, el padre se iba al bar y no decía nada, aceptaba la postura del chico, se metía en su caparazón de silencio y de rabia, pero la madre hacía más, era corajuda, la madre los amparaba, les daba refugio, comida, escondía armas, hacía listas, señalaba a chivatos. Los padres de Kepa se merecían esa venganza, por buenos vascos. No iba a quedar así.

Algo se cerraba y algo se abría y él se lo figuraba como la lava que fluía por los repliegues de su cerebro. Tal era la intuición de Hueso, pero no sabría ponerle nombre ni hallar una palabra que expresase lo que en ese momento no era consciente de que ya había decidido.

Enseguida Hueso ató cabos y pensó en Maitane. ¿Por qué no estaba ella allí y, en cambio, estaban esos policías? Empezó a pensar mal, pero no quiso tirar del hilo de esa intuición. No quería adelantar conclusiones, incluso había una levísima duda en su interior que le decía que tal vez todo fuera una suma de equívocos y malentendidos, y, por tanto, esos chicos gallegos solo fuesen unos muchachos que bebían alegres en un lugar equivocado y la ausencia de Maitane se debiera a que había hecho lo que pensaba, en definitiva volver a España, dejarlo todo y salir corriendo. Pero, entonces, ¿por qué le había dicho que se reuniría con él en La Licorne «para seguir hablando del asunto»? No encajaban las piezas de la lógica, así que había que dar paso a lo empírico, y lo empírico constataba que allí Maitane no estaba y que los policías camuflados sí. Si Judas fuera mujer, sería como ella. Ya él y Basacarte habían comentado a menudo que no era una *neska* de fiar. Hueso terminó por convencerse de que existía una relación entre la fuga o la deserción de Maitane y el hecho de que esos gallegos estuviera en la discoteca. Tal vez estaban para protegerla, tal vez para señalarlos o algo peor, tal vez estaban para matarlos. Pero eso no iban a hacerlo allí. Seguro que Maitane había dado

sus nombres. ¿Y los de cuántos más? Aquellos jóvenes estaban fingiendo, incluso tal vez no bebieran lo que parecía que bebían. Desconfiaba de cada sorbo que daban. Se fijó en que no ingerían la bebida, se convenció de que ni la tragaban. Juraría por su *ama* Izaskun que solo se mojaban los labios, los muy hijos de puta.

«Nunca la iniciativa deberá estar del lado de las fuerzas represivas, pues la guerrilla sería destruida si tuviese que elegir el terreno ofrecido por el enemigo.» (Comunicado Ideológico de ETA, en un *Zutabe* de 1972-1973.)

Hueso, a esa hora, estaba despejado del todo. Un ligero mareo y la punzada del volcán ardiendo, pero su mente se había vuelto extremadamente lúcida. Ya no estaba embotada. Mandó a Pruden y a El Ruso a que buscasen la matrícula en el parking. No habría muchos coches españoles. Como tenían listas con matrículas de coches usados por la policía, les pidió que mirasen a ver, por si coincidía con alguna de las registradas.

Hueso volvió a pensar en Maitane. Ciertamente tenía la peor opinión de esa chica. Estaba convencido de que malmetía a Txikia, su protector, contra todos ellos. Lo había comentado muchas veces con Basacarte. Algo les decía que ella no era de los suyos. Hueso, además, reconocía que esa mujer, aunque a veces lo atraía, tenía el don de ponerlo nervioso e irascible. Se había jugado el tipo varias veces, colaborando cuando colocaron las cargas explosivas en Rentería y Elgoibar y había estado al lado de Txikia cuando pusieron las bombas en el chalet de Olave, en Éibar. Ella no era como los Angelieri, en absoluto, ella era una más, pero ahora se quería largar. ¿Por qué?

Volver a pensar en Maitane significaba adentrarse en lo que Hueso no podía saber. Y lo que él no sabía era que en ese momento Maitane estaba muy lejos de allí.

Porque Hueso había interpretado su ausencia de otra manera. Creyó que, al decirle que se pasaría por La Licorne, lo que Maitane estaba haciendo era cerciorarse de que él acudiría a la discoteca para que los policías lo vieran. Seguro que se los habría descrito muy bien, incluso les habría pasado una foto suya reciente. Sin embargo —dijo para sí Hueso— se volverán las tornas: serían ellos quienes se adelantarían y atraparían a los *txakurras* en su propia trampa. Maitane, en definitiva, los había dejado vendidos, en aquella

discoteca. Ya ajustarían luego cuentas con ella, si le volvían a ver el pelo.

«El enemigo tiene que desorientarse al tener siempre que reaccionar por el efecto de la sorpresa. La guerrilla deberá obligar al enemigo a una forma de actuar precisa que favorezca los planes revolucionarios.» (Comunicado Ideológico de ETA, en un *Zutabe* de 1972-1973.)

Finalmente, Pruden y El Ruso regresaron, pasando hasta donde estaban Hueso y los otros por el medio de la gente que se contoneaba en la ruidosa pista. Los tres jóvenes que permanecían en la barra ni siquiera los vieron de vuelta. Pruden había tomado nota de la matrícula: C-2143-B. Se trataba de un Austin 1300 Victoria blanco. Hueso sacó de su cartera una hoja doblada. No estaba en la lista, quizá fuera de los nuevos. Lo mejor sería vigilar sus movimientos por si tramaban algo, no brindarles escapatoria, ser sigilosos y esperar a ver qué hacían.

Los jóvenes no tardaron en moverse. Basacarte observó que uno de ellos —Fernando— había pedido la cuenta y se disponía a pagar. Los otros dos, un poco distanciados, se abrigaban haciendo ademán de empezar a ir hacia la puerta. Creyó advertir que en ningún momento desviaron la mirada hacia el rincón donde ellos se encontraban, pero eso era difícil saberlo. Constantemente la gente de la pista se interponía y le impedía a Basacarte ver con claridad si seguían allí o habían salido ya. «Los pierdo», dijo. Hueso no lo dudó ni un segundo. Pensó que si había que hacer algo, sería fuera y más tarde, sin precipitaciones, pero no podían perderlos de vista. Se levantó bruscamente e hizo una señal indicando a sus compañeros la puerta de servicio. Todos salieron por ella con la aquiescencia del barman, que miró para otro lado, lo que les permitió llegar al parking antes que los tres jóvenes. Cuando estos llegaron a la altura del Austin Victoria y arrancaron, los etarras ya estaban en el Renault 12 dispuestos a seguirlos. Y los siguieron.

16

MAITANE. En efecto, a esas horas de la noche Maitane ya estaba lejos, como Hueso no podía saber. Tenía sus razones para «regresar al interior» después de un largo tiempo sin hacer nada salvo estar crispada y servir de recadera de la Organización. Pero había algo más. Estaba embarazada.

Si huía, también se debía a que necesitaba librarse de aquello que empezaba a crecer y no deseaba que creciera. Le habían informado de una mujer de confianza, en Tudela, que la haría abortar. También lo podía hacer en Francia, como refugiada vasca, pero eso no le daría la libertad a la que aspiraba; tenía que salir, era una cuestión geográfica, la oprimía ese mundo cotidiano. Y estaba dispuesta a pagar un precio. Tudela, el otro lado, esa mujer que no conocía, serían la puerta para cambiarlo todo. En erradicarse de sí misma, en eso consistía su decisión. Al fin y al cabo, aquella criatura que no nacería, cuyo padre era Txikia, le daría la oportunidad de comenzar una vida nueva.

Sabía que al dar ese paso actuaba con crueldad. Cuando estaba en brazos de Txikia, se decían mutuamente las palabras más cercanas a eso que él creía que era el amor, pronunciadas por ella en la intimidad ocasional que su vida vigilante los obligaba a llevar. Pero no eran palabras ciertas, ella no lo amaba, no al menos como él querría ser amado. Ella estaba para desahogarlo y, de paso, conseguir ante los demás un respeto difícil de ganarse.

Lo de una vida nueva se lo habían garantizado los del otro bando, cuando estuvo en Elzaurdia hablando con aquel guardia civil que conocía de toda la vida —primo de un primo cuya madre había ido a servir a Madrid después de la guerra, le había dicho a ella su *ama*—. Se había encontrado con él en más de una ocasión y la última vez, por pura casualidad, fue vista por Idoia sin ella saberlo. El guardia civil le dijo que sería como empezar a escribir en una hoja

en blanco. El precio era entregar a alguien «de peso». Entonces, por una deliberada compensación, como podría ser el ponerles en bandeja una pieza codiciada, la dejarían en paz.

A veces, las delaciones provenían de dentro de la Organización, de personas como Maitane que no podían más o llegaban a entender que bajarse en marcha de un tren podía ser una buena idea, si se tenía habilidad, y sobre todo si el tren iba camino de un barranco. También había en la Organización odios primitivos y viscerales, manías de unos contra otros y arrebatos locos llevados a cabo por profetas de un mundo político nuevo por el que caminaban a ciegas. Un traidor siempre tendría motivos.

Maitane, no obstante, tampoco se engañaba. ¿La dejarían en paz? ¿Quiénes? ¿Los suyos? ¿Quiénes eran ya esos «suyos»? Debió de sentirse muy sola al pensar así. Si llegaba a delatar a alguno de la cúpula, seguro que allí dentro dirían que lo había hecho por despecho a Txikia, incluso por desamor, porque su relación sentimental con Eustakio era un secreto muy mal guardado, aunque no por su parte. Más de uno la había despreciado solo por creer que buscada de él algún favoritismo u otro interés personal. La habían llamado, además, *belarrimotza* porque solo hablaba español y eso era un insulto. Bueno, esa noche se iría sembrando un poco de confusión, debió de pensar. Con eso le bastaba, si así lograba llegar adonde nadie de ETA la encontrara jamás. Y de paso, que le doliera a Txikia. Su plan era tan sucio como un vómito, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Alguna vez Txikia había intuido que ella cometería exactamente eso, la insensatez de irse, una apuesta poco inteligente, en su opinión. Y si Maitane recapacitaba sobre ello, llegaba a la conclusión de que él nunca habría aceptado que tan solo quería irse, sin más, que se largaba porque no deseaba continuar en el patio trasero de la lucha. Txikia sabía bien que, lejos de ser una traidora, lo que estaba era harta, pero aceptarlo supondría reconocer implícitamente que, en realidad, estaba harta de él.

Y eso que Maitane había corrido sus riesgos. Claro que Peixoto podría argumentar que el arrojito que mostraba era una tapadera que había montado con la policía franquista para que la cúpula de la Organización confiara más en ella. Txikia, en cambio, no tuvo nunca ninguna duda: Maitane se había integrado desde abajo desde el día en que llegó y se le presentó a él hablándole de que quería jugarse la vida por Euskal Herria. Le contó que su

aitona había muerto en Bilbao en la guerra y que se lo debía a su *ama*, con quien ahora no se hablaba pero a la que siempre respetó por todo el dolor que se había tragado y toda la represión que había padecido, como mujer y como vasca. «Un doble castigo si eras patriota», adujo aquella joven espabilada nada más verse con Txikia por primera vez, cara a cara, unos años atrás. Y él, Eustakio, vio en ella a una heroína, a una mujer que le gustaba y a un ejemplo decidido para otras mujeres, porque en ETA había muchos *gudaris* pero pocas *emakume soldatuak*.

Incluso en más de una ocasión —Peixoto tuvo que reconocérselo a Txikia —, Maitane había ido a verlo para preguntarle «cosas de nivel», según dijo el tuerto, porque quería tener más responsabilidad en la Organización, «cosas como las que les encargues a un hombre», eso fue lo que le dijo, y añadió, con la impulsividad que ya había demostrado cuando ayudó a Txikia en lo de Huarte, «porque no solo os tenemos que valer para follar».

Sin embargo, Maitane, a su manera, era una mujer noble y valiente. Tenía fe en la causa y lo habría demostrado con creces, de haber podido. No sería finalmente una chivata. Al menos no como Idoia se figuraba cuando la sorprendió hablando, cuchicheando casi, con el guardia civil de Elzaurdia. Tal vez todo habría sido diferente si aquel día Maitane hubiese advertido la presencia de Idoia y la hubiera abordado para explicarle cualquier cosa, decirle incluso una verdad a medias, como que el *picolo* era un familiar. Eso se lo habrían perdonado, era lógico saludar a un pariente, aunque fuese el mismísimo diablo.

Y no sería una chivata porque, cuando pudo, no tomó el sendero de la traición, sino el de la huida. Después de haber hablado con Hueso en la calle de San Juan de Luz esa mañana y de desestimarle como el objeto de su intercambio —una vez que él la pillara en la mentira sobre la muerte de su madre—, Maitane fue hacia la playa del Promenade y tomó una determinación. Lo abandonaría todo y a todos, a unos y a otros, porque ni siquiera pensaba en buenos y malos, sino en uno de esos engranajes que trituran cuanto atrapan. Y ella se veía en medio.

No, se dijo, no había sido buena idea elegir a Hueso para «ofrecerlo» a la policía y que la dejasen empezar de cero, limpia de su pasado, por mucho que su pasado fuese bien corto (solo llevaba en la Organización tres años y ocho

meses). Ahora, tras haberse arriesgado a contarle sus planes a Hueso, estaba expuesta incluso a la furia del propio Eustakio. Por tanto, tenía que huir de allí y eso había hecho. Buscaría otro modo de conseguirlo, iría a Tudela y luego desaparecería.

Aun así, todavía hubo un momento en que estuvo tentada de acudir a La Licorne e insistirle a Hueso hasta la súplica para que fuese con ella al límite de la frontera, por el monte, por donde solo ella sabía cruzarla. Se había significado como *mugalari*, por los pasos que había abierto, inencontrables por la policía. Si hubiera ido a La Licorne y hubiera convencido a Hueso, ya se las habría apañado luego para que los detuviesen justo en ese territorio fronterizo, de lindes inciertas y riachuelos enredados de vegetación, que ella había marcado. Pero luego se arrepintió y no fue a La Licorne. Jamás supo, por tanto, de la existencia de Humberto ni de Fernando ni de Jorge. Lo que hizo fue subirse al Land Rover e irse en dirección contraria sin decir adiós a nada ni a nadie. En consecuencia, a la hora en la que Hueso pensaba que estaría llevando a cabo su traición, Maitane dormía ya en Tudela. Sin embargo, esa noche aún nadie lo sabía.

17

Mientras los seguían, la forma levísima de las gotas en el parabrisas se interponía entre Hueso y la abrupta realidad que ese sábado se alzaba como un muro infranqueable. Adiós al cansancio, que hasta entonces había sido una mezcla de tedio y de embotamiento por el alcohol ingerido. Ahora le tocaba hacer su trabajo a la fragilidad de la imaginación, creciendo, inquietando y abocando al error. Como el volcán había resucitado, su lógica se imponía. Hueso, sencillamente, se dejaba llevar.

En el otro coche, el Austin que Hueso veía a unos cuarenta o cincuenta metros delante del suyo, los tres jóvenes vivían una realidad diferente. Unos kilómetros después de La Licorne, cerca ya de la entrada norte a San Juan de Luz, se habían preguntado dónde podrían tomar una última copa antes de regresar a España. Siendo al día siguiente domingo y dando por seguro que Isabel y Cesáreo ya estarían acostados, les traía sin cuidado la hora a la que llegaran a casa, como bien había sugerido Fernando en el restaurante donde habían cenado. Atravesaban una zona un tanto solitaria, de casas aisladas y sin luces. Vieron en ese momento un cartel con un letrero que indicaba lo que parecía sin duda un bar de música y copas por allí cerca. El indicador tenía orientada una flecha en una extraña dirección oblicua hacia arriba que no parecía señalar ninguna parte en concreto. Asociaron el lugar a unas hileras de bombillas de colores situadas debajo del alero del tejado a dos aguas de una casa blanca y baja, muy pegada a la carretera. Jorge dijo que así era como se había figurado siempre la casa del cuento de Hansel y Gretel. Si no fuera por esas luces, el bar pasaría totalmente desapercibido en la oscuridad. Se trataba de una casa que parecía estar en medio de la nada. Sin duda, era otra de esas discotecas de carretera casi camufladas, pero más pequeña y discreta que La Licorne, y semejaba más bien un caserón rural en día de Navidad.

Según el cartel que vieron a la derecha, se trataba de un local llamado La Tupiña, pero las luces estaban en el lado de la izquierda. Se habían pasado de largo la discoteca porque no habían visto el acceso al parking, el cual estaba unos ciento cincuenta metros antes del indicador. Tuvieron que dar media vuelta en el desvío por una carretera secundaria que conducía a las playas. Una vez circulando ya en sentido contrario, encaminados a la discoteca cuyas luces, entonces sí, se mostraban en todo su rancio esplendor, se cruzaron con el coche de los etarras, el Renault 12 que Humberto, por uno o dos segundos, creyó recordar fugazmente de algún inestable momento anterior. Los etarras hicieron el giro en el mismo desvío a las playas que los tres jóvenes, pero estos, pendientes de buscar la entrada del aparcamiento, no se dieron cuenta de ello. Eran las 00.20 cuando pararon en La Tupiña.

Un oscuro bar musical que a veces pasaba por discoteca más bien improvisada, eso era La Tupiña. La entrada del local, difícil de hallar —en realidad, una puertaventana con enrejado—, estaba situada en la parte de atrás. A la izquierda de la edificación se abría una enorme explanada rectangular de poco menos de media hectárea, perimetrada por unas verjas, que lindaba al oeste con la carretera y al este con unos campos de labranza. En uno de los laterales del rectángulo no había verja, sino una barrera que estaba alzada día y noche con un letrero que ponía «*Bientôt!*»; era el único punto por donde se podía acceder al extenso aparcamiento mal iluminado y sembrado de charcos. Cuando llegaron, en el parking había tan solo seis o siete coches diseminados de manera errática. Ninguno estaba ubicado cerca de la entrada, ya que el espacio más cercano a la puerta lo ocupaban sendos camiones con remolque, de matrícula italiana, en cuyas cabinas tal vez pernoctaran sus conductores.

La Tupiña era un local frecuentado por camioneros, gente de paso, pocos turistas —no era fácil de encontrar—, e, impunemente, por etarras, prófugos y refugiados vascos, algo que, desde luego, no podían saber ni Humberto ni Fernando ni Jorge. Que un confidente, o un delator, o un maqueto apareciera por La Tupiña era extremadamente improbable y provocador, y, desde luego, muy sospechoso.

También los etarras entraron en el aparcamiento. Estacionaron junto a un cobertizo para herramientas en un lado de la verja opuesto a la carretera, a

media distancia de la discoteca, donde apenas llegaba el reverbero de una de las tres luces que iluminaban la explanada. Enseguida apagaron los faros, pero no se apearon del Renault, sino que permanecieron en su interior observando el Austin Victoria.

Este se había detenido por fin entre bidones de gasolina y cubos de basura, muy cerca de los camiones con remolque. Al cabo de unos minutos, los tres jóvenes se bajaron del Austin y buscaron la puerta del bar. Desde su coche, los etarras interpretaban cada uno de sus movimientos con escurpulosidad. Los jóvenes hablaban, procedían con rapidez, se cubrían la cabeza con las prendas de abrigo para evitar mojarse; no miraron hacia el Renault ni siquiera cuando se dispusieron a entrar en la discoteca. Por su parte, los etarras, en lugar de tranquilizarse, consideraron aquella indiferencia como parte de una estrategia aprendida, aunque no contaban con ningún indicio de que los jóvenes hubieran reparado en el Renault 12 que había entrado detrás de ellos.

—No es normal que estén aquí —dijo Casero, aferrado al respaldo del asiento del conductor.

—Si han venido hasta este sitio es porque lo conocen, te lo digo yo —replicó Basacarte—. No creo en las casualidades.

Hueso giró medio cuerpo hacia los que estaban sentados detrás y dijo:

—Me da mala espina, aquí no se viene porque sí, es cierto. —Luego, recordando de nuevo que solo contaban con la pistola de Basacarte, añadió al cabo de unos segundos—: No tenemos cacharras y si vamos a por ellas, las perdemos.

Por su complexión alta, su palidez y sus rasgos afilados, Hueso parecía un verdugo clásico, sobre todo cuando se cubría con la gran *txapela* con la que se paseaba por Bayona, chulo y antipático. Un *gudari* fuerte y sin alma, así lo consideraban en la Organización. De ideas totalitarias, entregado a la causa sin cuartel, había decidido ir a por ellos sin pensárselo dos veces. Iba a cobrarse lo de Kepa a toda costa.

—No podemos perderlos. Tenemos que hacer algo antes de que se piren —masculló como si meditara.

—Si están aquí —argumentó Basacarte, un tanto alterado e intuyendo inconscientemente que su domingo con Idoia no sería como acostumbraba— es porque buscan a alguien y creen que aquí lo van a encontrar.

Casero preguntó:

—¿A quién creéis que buscan?

Ninguno de ellos, en apariencia, tenía la menor idea. Salvo Hueso.

—A Maitane —dijo este de pronto.

—¿A Maitane? ¿Y por qué a Maitane?

Mostraron una extrañeza espontánea de chiquillos confiados. Hueso, al decir su nombre, sabía que la condenaba definitivamente ante el resto.

—A lo mejor es de los suyos —insinuó Hueso y dejó en suspenso un silencio envenenado antes de proseguir—. O no es del todo de los suyos, pero, desde luego, ya no es de los nuestros.

—Pues eso es un inconveniente —amplió El Ruso, con ironía sórdida.

Basacarte cogió un encendedor del salpicadero en medio del silencio que se produjo y encendió un *gauloises*. Bajó la ventanilla y entró el aire fresco entre ráfagas de gotas de lluvia. Delante de ellos se recortaba el perfil del tejado de La Tupiña, devolviéndoles la imagen de que aquella era una casa como tantas otras de la zona, hasta podría pasar por una casa familiar. Aspiró el aire casi con avidez y, lanzando un hondo suspiro, dijo:

—¡Me cago en la puta, estaba seguro!

Todos habían comprendido la insinuación de Hueso. Casero tomó la palabra.

—Bueno. Ahora hemos de hacer las cosas con la mayor seguridad posible. Por lo visto, tenemos que cuidar de nosotros mismos y cuidarnos del vecino, así que, ¡jojo!, las cosas claras. —Hizo una pausa para respirar con fuerza por la nariz y se volvió hacia Hueso—. Dime, Tomás, no me jodas, ¿estás seguro de que esos tres son *txakurras*? Porque voy a hacer lo que tú digas que hagamos y si lo voy a hacer, no quiero tener ni una puta duda.

Hueso, consciente de que en la vida, sin saberlo, había cosas que lo esperaban a uno agazapadas, alzó las cejas y miró con frialdad a sus compañeros, tomándose unos segundos.

—Os digo que lo son.

Era difícil sustraerse a la gravedad persuasiva de su convencimiento.

—Si te equivocas —explicó El Ruso—, aquí pagamos las consecuencias todos, Hueso.

—Lo sé, Ruso, pero te digo que mi volcán no se equivoca. —Y se dio un golpe brusco en el pecho.

—Aun así, vamos a cerciorarnos. Ven conmigo, Ruso, que estos van a cantar el *Eusko Gudariak*.

Casero, sin esperar la réplica o la aprobación de Hueso, salió del coche. El Ruso fue detrás dando un portazo. Dentro del coche, Hueso dijo a los otros dos: «Preparaos para cuando vuelvan».

Dentro de La Tupiña, de techo bajo y paredes verdes forradas de madera a media altura, convivían sonidos divergentes: por un lado, la música de un disco, no muy alta, pero nadie bailaba en el muy reducido espacio destinado a una pequeña tarima; por otro lado, cerca de la entrada, en la parte superior, el parloteo de un televisor encendido, con el volumen bajo pero audible; y, en fin, el fraseo alto de algunos clientes. Las palabras se perdían fácilmente cuando a aquel ruido desacomode se sumaban algunas explosiones de risas exageradas. Aquella desolación deprimió un poco a Humberto, Fernando y Jorge cuando entraron por un breve vestíbulo interior, previo a la discoteca, dejando pisadas que embarraban inevitablemente la moqueta del local.

Se fijaron en un hombre de melena oscura y aspecto llamativo que despotricaba contra una mujer que lo había dejado allí tirado. Quizá por lo que llevaba bebido, a veces sonreía al aire, casi con desdén, como si estuviera solo, y ponía muecas. No hacía más que lamentar que la mujer se había llevado su dinero, todo su dinero, sin embargo, por su sonrisa inconsistente, su relato parecía inventado. Algunos de los presentes que habían reparado en él no recordaban haberlo visto llegar con ninguna mujer. Uno de los camareros sonreía mirándolo con descreimiento, como si estuviera acostumbrado a sus exabruptos.

Al ver entrar a los tres jóvenes, el hombre borracho se dirigió a Fernando inmediatamente. Entrecerrando los ojos como si fuera miope, le soltó: «Tú, tú me ayudarás». Fernando reuló un poco, intimidado por la vehemencia gestual del hombre, a todas luces demasiado ebrio. El barman hizo un gesto a los tres jóvenes indicándoles que no le dieran importancia y que se acomodaran donde quisieran. El borracho no se dirigió más a ellos, aunque no paró de hablar ni de quejarse a solas. Fernando y Jorge pidieron un whisky, Humberto un cubalibre. Jorge les recordó que esa copa corría de su cuenta.

Habían transcurrido unos minutos cuando Casero y El Ruso entraron y se separaron. Este último se alejó un poco, mientras Casero se acercaba a la

barra donde estaba el borracho. Casero lo saludó por su nombre y, cuando el otro fue a agarrarlo por el brazo, le pidió que se apartara, que hoy no tenía ganas de beber con él. El rostro de Casero no era amigable esa noche, mostraba aplomo y desolación a la vez, y el borracho, sin duda conocido de Casero, comprendió decepcionado que lo mejor que podía hacer era irse a una mesa y desaparecer. Se sentó y empezó a rebuscar algo en los bolsillos de su chaqueta.

Casero no esperó demasiado. Sacó un cigarrillo y se aproximó a Humberto para entablar una mínima conversación.

—¿Tienes fuego?

Humberto le pasó el encendedor. Casero, haciendo cuenco con las manos para aprovechar la llama, lo miró a los ojos. Luego dijo:

—¿Venís de España?

—Sí.

—¿Por el cine, como todos?

Se ruborizaron; Humberto no dijo nada pero asintió.

—Estas películas echan humo. En España no se ven, ya sabes —repuso Fernando, tratando de bromear.

—Ya, ya —dijo Casero, echando una mirada a El Ruso—, es un país puritano de mierda ese donde vivís.

—¿Cómo dices? —preguntó Jorge, sorprendido o disgustado.

Casero lo escrutó de arriba abajo. Era el momento clave. Si tenían agallas, sería ahora cuando se vería.

—Digo que España es un país de mierda, con el Franquito ese de los cojones machacando a los vascos, ¿no os parece? ¿O sois de los otros?

Una tensión inesperada congeló las sonrisas de todos.

—¿Qué otros? —preguntó Fernando.

Antes de dar oportunidad a una respuesta al recién llegado, Humberto salió al paso.

—No sé, hombre..., si tú lo dices —contestó, evasivo y consciente de que seguir hablando con ese individuo era una mala elección—. Nosotros vamos a tomar una copa y no nos metemos en líos. Franco ni nos va ni nos viene.

Fernando se contuvo, mirando para otro lado.

Casero vio que querían abandonar ahora que los tenía acorralados e

insistió, como si fuera Foreman contra Frazier, castigando al que creía más débil. Tiró el cigarrillo al suelo, lo aplastó con el zapato ostensiblemente y a continuación se dirigió a Jorge:

—Entonces, ¿no sois vascos?

—No, no lo somos —respondió Jorge—. Somos gallegos.

—Gallegos como Franco, ¿no? ¿Y no te da vergüenza ser español o qué?

—No, no me da vergüenza —replicó de nuevo Jorge, que se disponía a encararse con el otro.

Una carcajada irónica explotó en la mesa donde estaba el hombre borracho. «¡Ja, ja! En Franco me meo yo», exclamó hacia el techo. Prudentemente, los jóvenes no le prestaron atención por si aquello se les iba de las manos.

—Venga, déjanos beber en paz, que ya nos vamos —medió Humberto ante Casero.

—Pero sois como Franco, ¿verdad?

—¡Qué dices! ¡Cómo vamos a ser como Franco! —exclamó Fernando, dándose la vuelta.

Humberto agarró a sus amigos por los antebrazos para apartarlos de aquel hombre que buscaba bronca o algo peor, aunque solo parecía discutir, y los tres le dieron la espalda para apurar la bebida y negarse a seguir hablando con él. De pronto, se le pasó por la cabeza que ese individuo los estaba provocando para ver cómo reaccionaban. Tal vez fuese policía, de la secreta española, infiltrado en Francia para descubrir subversivos, pero abandonó la idea por absurda. ¿Por qué habría de fijarse en ellos? Aun así, Humberto estaba convencido de que aquel individuo seguiría provocándolos de algún modo. Por eso, intuyó que la mejor opción sería marcharse de allí, por si acaso. Pero, para su sorpresa, no sucedió nada más. Los clientes que los habían estado observando en la discoteca volvieron a sus cosas particulares. No debían de ser infrecuentes en La Tupiña aquellas broncas.

Casero inició la retirada hacia la puerta. Se le juntó El Ruso, que había permanecido de pie, expectante, detrás de la mesa donde estaba el hombre ebrio. Cuando se iba, Casero los interpeló de nuevo:

—¡Eh, vosotros! —Solo Humberto se volvió para mirarlo—. Pues yo soy vasco. Pero haya paz por ahora. *Agur*.

Casero y El Ruso salieron y cruzaron raudos la explanada, al tiempo que

sorteaban los charcos bajo la persistente lluvia hasta llegar al Renault 12. Cuando se montaron en el coche, le dijeron a Hueso:

—Tenías razón, Tomás. Lo son, no hay duda. Uno tiene una barba extraña, yo juraría que es postiza. Y los muy cabrones se saben su papel, para dar el pego.

Luego Hueso miró a El Ruso, en espera de su versión:

—Lo son, y si no lo son, lo parecen de mala manera.

—Pero, cuidado, Tomás —atajó de inmediato Casero—, hay gente dentro, no mucha, y no los conocemos a todos, no sé quiénes son. Está el borracho de siempre, que es inofensivo. Los otros, ni idea.

—Hay que sacarlos de ahí —intervino Basacarte—. Dentro, no podremos hacer nada.

Tenían mucho control sobre toda persona que consideraban extraña. Por principio, seguían hasta la extenuación a todos aquellos que les parecían sospechosos en esa zona. Se tensionaban a la mínima. Más de una paliza habían dado a quienes consideraban un peligro para ellos. La opinión de Casero y El Ruso, ahora que los habían tenido cara a cara, confirmó lo que se temían. Sin cuestionárselo ni un minuto más, los cinco dieron por hecho que aquellos tres jóvenes, uno de ellos quizá con barba postiza, eran policías. O parapolicías. O mercenarios. En todo caso, españoles franquistas fuera de lugar.

—No os mováis. Vamos a esperar —dijo Hueso—. No tardarán en salir.

18

1.10 h

Esperaron.

Era la 1.10 cuando los vieron salir de la discoteca y subirse al coche para iniciar la marcha hacia la salida del aparcamiento. Como el vehículo se bamboleaba al hundirse en los grandes charcos, no habían avanzado mucho, tal vez treinta metros, cuando el Renault 12 se interpuso delante del Austin Victoria. Casero, Hueso y Basacarte salieron rápidamente —«¡Que no escapen!», fue lo primero que se oyó— y los obligaron a bajarse —«¡Salid de una vez! ¡Enséñame las manos!», se oyó después—. Basacarte esgrimió una pistola con la que encañonó a Humberto, que era quien iba al volante. Hueso les obligó a arrodillarse en la tierra mojada, al lado del cobertizo de herramientas y cubos, donde sería difícil ser vistos por algún vecino. Los tres se arrodillaron mirándose entre sí, titubeantes por el barro amasado por las roderas de los coches. Nadie pareció advertir su presencia, ni tampoco hubo señales de vida en las cabinas de los camiones italianos, pero estos estaban demasiado alejados como para distinguir lo que ocurría a la altura del cobertizo.

—Pero ¿qué queréis? —preguntó Fernando, asustado.

—Calla y lo verás —contestó El Ruso.

—No tenemos dinero —volvió a decir Fernando.

—¡Que te calles, coño!

A continuación, se puso delante de Humberto y le tiró de la barba, en un

intento de demostrar que Casero había acertado al sospechar que era postiza, pero solo consiguió que el joven echara la barbilla hacia adelante, siguiendo el tirón brusco de El Ruso, al mismo tiempo que lanzaba un ahogado gemido.

1.15 h

Aquello causó una ridícula extrañeza que todos obviaron, porque en ese momento, Jorge, que había tratado de escabullirse para socorrer a Humberto al creer que, en lugar de tirarle de la barba, le iban a dar un puñetazo o algo peor, fue fulminado por el golpe certero en la zona parietal derecha asestado por Casero con una botella de ginebra Gordon's.

Había sido algo repentino, para que no pudieran reaccionar. Sonó como el golpe seco de un palo. Quizá para compensar su desdichada vida, Casero le había golpeado con una rabia desproporcionada. Se le pasó por la cabeza hacerlo, sin más. Si hubiera hallado un cuchillo, se lo habría clavado en el cuello igualmente. Su argumento fue que con ello ayudaría a no perder el tiempo en el parking: mejor actuar así, llevando la delantera, antes de que llegara algún otro coche, quizá de la policía francesa, o saliera gente de la discoteca y los viera allí. Además, eliminaba de ese modo a uno: ya solo quedaban dos.

Jorge cayó de bruces y su rostro quedó hundido en el barro. Fernando se precipitó a sacarle la cara del lodo, pero Jorge estaba inconsciente. Recordó entonces la lesión cardíaca de su amigo. Eso le causó un sobresalto que se hizo angustioso. Gritó:

—¡No respira!

Pero Basacarte le dio un golpe en la cara con las cachas de la pistola y, agarrándolo del pelo, le dijo que se dejara de tretas.

1.20 h

—¡Tú, pipiolo! —Hueso se dirigió a Humberto, que en vez de prestar atención a esa voz imperativa, estaba imantado a la imagen de Fernando sentado sobre sus talones en el barro y sosteniendo la cara de Jorge encima de sus piernas plegadas, en cuyos pantalones empezaba a asomar una mancha oscura y rojiza—. Sí, tú.

La interpelación llevaba dentro todo lo que en adelante iba a suceder y Humberto lo supo. Fue instantáneo. Lo supo. Supo que ese «tú» equivalía a miedo. Supo también que estaba equivocado, aquellos hombres no eran policías, sino quizá todo lo contrario.

Ladraron unos perros en sordina, el ladrido provenía de dentro de una de las carlingas de los camiones. Uno de los camioneros bajó la ventanilla y preguntó qué ocurría. Las voces le habían despertado. Pruden fue hasta él y le tranquilizó diciéndole que uno de sus amigos estaba vomitando porque llevaba todo el día bebiendo sin parar. Cosas de borrachos un sábado por la noche. El camionero le gruñó algo ininteligible y volvió a subir la ventanilla. El perro estuvo ladrando hasta que el camionero le golpeó en el hocico y se oyó un aullido quejumbroso.

Humberto trataba de atender a la pregunta de Hueso a la vez que miraba a Fernando con lágrimas en los ojos y la pistola de Basacarte apuntándolo en la nuca. Pensó que no podía haber nada más irreal para él en este mundo. El aullido del perro del camión le recordó que el impacto de un golpe no dolía al principio, sino mucho después, por eso se preguntaba también si acaso le habrían golpeado a él, pero no lograba recordar en qué parte de su cuerpo había sido, porque no sentía nada. Solo le acuciaba una creciente ansiedad, la de estar atrapados y sin posibilidad de huida. Estaban arrodillados, pero sentía como si los hubieran enterrado en el barro hasta la cintura. Su cabeza no lograba hilar pensamientos racionales, se perdía en una serie de fognazos cegadores, de imágenes rotas y sin continuidad. Era el efecto de las gotas de lluvia sobre sus ojos.

Todo empezaba a suceder demasiado vertiginosamente. Hacía tan solo un instante estaban bebiendo en la barra de ese bar cuyo nombre ya había olvidado. Se le ocurrió la idea de que tal vez estuviera soñando. Quizá fuera eso, quizá fuese un sueño que había empezado con dos individuos insultándolo por ser español y había continuado con su cuerpo en un charco del que no hallaba la orilla. *Cuéntale a la orilla cómo has llegado, la orilla se*

asombrará. Luego vino el golpe con el que la gente se despertaba de los sueños. Fue el golpe de Hueso cuando lo abofeteó.

De pronto el miedo se hizo denso y no podía tragar su saliva. Solo pensaba qué hacía allí.

—¡Tú, hostias! Mírame y responde. ¿A quién buscáis?

Humberto lo miraba sin comprender y sin poder hablar. Hueso lo abofeteó otra vez. El tiempo se había hecho de granito.

—¡Contesta! Contesta o le metemos un tiro a tu compañero, porque, mira, el otro ya está muerto.

Humberto miró horrorizado el cuerpo de Jorge, echado en el barro con la cabeza vuelta sobre las rodillas de Fernando. Todo estaba siendo extremadamente rápido, sin embargo Humberto estaba paralizado. No articuló palabra alguna hasta que la tercera bofetada lo devolvió a la fluidez de la realidad. Sintió que su cara se hinchaba, tal vez enrojecida, y cuando se palpó la mejilla la notó rígida y dolorida.

—¿A quién buscáis? —Hueso susurró la pregunta entre dientes, a la vez que su rostro se volvía casi cómico por el gesto de la amenaza.

—A nadie —musitó Humberto, a punto de suplicar.

Hueso hizo como que no lo oyó. Le agarró de la oreja y, tirando de ella, acercó su boca al oído de Humberto. Volvió a la carga, silabeando la frase como si se le hubiera acabado la paciencia.

—Te estoy preguntando que qué coño hacéis aquí, *txakurras*.

—¿Qué significa *txakurras*? —preguntó Humberto mirando a todos lados, en busca de algo de piedad—. ¿Es vasco?

El cachete inesperado de otra bofetada.

—No te quedes conmigo, cabrón. ¿Te crees que somos gilipollas? Te lo repito por última vez. ¿Qué estáis haciendo aquí, hijos de puta?

No hubo respuesta porque ni Humberto ni Fernando tenían ninguna. No entendían nada en absoluto de aquella situación. ¿No estaban en el cine hacía unas pocas horas? ¿Acaso seguían viviendo dentro de una película? Quizá los confundieran con otros, solo podía ser eso, solo podía ser un gran error y los confundían con otros. ¿Cómo se salía de un error? ¿Cómo se salía de una película? A Humberto la boca le supo a sangre, las bofetadas le habían partido el labio. La lluvia arreciaba aún más y le costaba ver con claridad. Tenía el

estómago revuelto. No, no era una película.

—¿Está muerto? —preguntó con voz derrotada, señalando con el dedo hacia Jorge.

—No, está malherido. Pero escucha lo que te digo, mamón: se va a morir si no me dices la verdad, porque lo remataré yo.

—¿Qué quieres saber?

—Quién coño sois, eso quiero saber, ¡hostias! —exclamó Hueso.

—Pero si no somos nadie...

1.30 h

A lo lejos se encendió una luz intermitente en una casa y se abrieron contraventanas. Esa vulnerabilidad les alertó. Basacarte, que seguía con la pistola apuntando a la nuca de Fernando, comprobó que la cabeza del muchacho herido y los pantalones del que lo sostenía estaban demasiado mojados por una húmeda mancha oscura para ser solo agua de lluvia.

—Hay mucha sangre. No debiste golpearlo así —le reprochó a Casero.

—Ha sido inevitable, palabra... La botella no se ha roto, la cabeza sí. No es culpa mía si los policías tienen el cráneo tan blando. Mejor vámonos.

—Serás idiota... Ni se te ocurra dejarlos aquí —exclamó Basacarte—. Mira cómo está ese.

—Me importa una mierda.

—¡A callar! Nos llevamos a los tres.

Hueso, que los oía discutir, se había apartado unos metros para pensar. No habían logrado sacarles ni una palabra, lo que le reafirmaba en su convicción de que eran policías, y tal vez de los duros. El problema ahora era doble: tenían que sacarles información como fuera, pero también tenían a uno de ellos medio muerto y ese era un mal asunto. Movido por su instinto, señaló a Humberto y a Fernando al mismo tiempo que les indicaba a los suyos:

—No perdamos tiempo. A estos dos, atadlos y amordazadlos y a los maleteros. El herido, que vaya echado en el asiento de atrás del Austin. Ruso y Casero que vayan en su coche. Nosotros en el nuestro. Voy a llamar a Eustakio.

—¿Y adónde vamos a ir?

—A la playa.

Hicieron lo que Hueso les ordenó. Pensaron ponerles unas capuchas, pero les bastó con amordazarlos con cinta aislante y atarles las muñecas por detrás con cable eléctrico. Humberto fue introducido en el maletero de los etarras; Fernando fue a parar al del Austin Victoria. A Jorge lo metieron en volandas en el asiento trasero. Seguía sin recuperar la consciencia. En el apresuramiento, ni Casero ni El Ruso, que eran quienes lo llevaban cogido por los brazos, comprobaron si aún respiraba. Luego, Basacarte, con los pies, borró el rastro que el cuerpo del joven había dejado en el barro. «Me estoy poniendo perdido por culpa de este hijo de puta», refunfuñó mientras lo hacía.

Se montaron en los coches y fueron en fila hasta la salida de la explanada. Allí esperaron a Hueso, que había entrado en la discoteca a hacer la llamada. Casero se puso al volante del Austin hasta situarse detrás del Renault sin encender los faros. Le dio la impresión de que el coche se deslizaba solo.

En su reloj de pulsera vio la hora: era la 1.30. Todo lo sucedido en el aparcamiento había durado unos veinte minutos.

1.35 h

Mientras tanto, desde el teléfono público situado en el vestíbulo de La Tupiña, Hueso se disponía a llamar a Txikia. Era muy tarde, pero sabía que los jefes aún estarían reunidos en el Capitaine Lagarde como muchos sábados. Antes de marcar el número, empezó a preocuparle más de la cuenta el botellazo con que Casero había abierto la cabeza al policía. Él no lo había visto, estaba pendiente del de la barba postiza, al que intentaba hacer hablar a toda costa aprovechando la sorpresa con que los habían interceptado. Solo recordaba que Basacarte, en un momento dado, se lo estaba reprochando a Casero, en quien había percibido cierta sorna fatídica, lo que le hacía sospechar que el policía debía de estar seguramente muerto. Al proceder de ese modo, tenía la sombría impresión de que habían abierto una puerta que sería muy difícil cerrar. Ya no se trataba de darles una paliza de escarmiento a unos policías llevados hasta allí por la traición de Maitane. Ahora era más

grave, y no veía otro camino que ir hasta el final con ellos.

Metió las monedas e hizo la llamada. Después de varios tonos, el que descolgó al otro lado fue Mamarrú, como quizá cabía esperar. Mamarrú le pasó el teléfono a Txikia. Cuando este se puso al aparato, Hueso se mostró al principio titubeante, porque siempre se sentía un poco excluido del grupo de jefes, pero enseguida optó por ir al grano, dispuesto como estaba a aceptar la voluntad de la Organización en todo momento, ya que así lo había jurado, como todos los demás, incluida Maitane.

—Eustakio, óyeme atentamente: hemos pillado en La Tupiña a tres *txakurras* de paisano muy sospechosos. Los tengo atados.

A continuación, sin esperar a que su camarada le hiciera alguna pregunta, le contó todo lo sucedido desde que vieron a los jóvenes en La Licorne.

Naturalmente Txikia, que había escuchado sin interrumpirle, guardó un silencio prolongado, lo cual no extrañó en absoluto a Hueso. Mientras hablaba, se le representaba el rostro anguloso, la nariz aplastada y la mirada vacía de Eustakio cavilando lentamente y sin agilidad, llevado por su carácter austero y místico que le hacía rumiar las palabras con parsimonia, el mismo al que hacía alusión Telesforo cuando se refería a él o a Argala como taciturnos.

—¿Estás seguro de que son españoles? —preguntó finalmente.

—Sí, lo que oyes. Son policías españoles.

—¿Lo sabes con certeza?

—Con certeza sé que son españoles. Que sean realmente *txakurras*, lo sabremos en un rato. Se lo voy a sacar a hostias.

—Bien, pero, ¿lo son o no lo son, Tomás?

—Lo son, lo llevan en la cara, te lo digo yo.

—Ojo: observad los detalles —le previno Txikia—, dudad de lo evidente, de una matrícula, de una corbata, de un gesto a destiempo...

—Corbata no llevan y ya hemos visto que la matrícula está limpia. Pero, escucha, Eustakio, te digo una cosa: si están aquí es por algo, seguro, o porque saben demasiado o porque quieren saber más todavía. Se lo vamos a sacar.

Volvió a crecer un silencio al otro lado de la línea.

—Retenedlos —dijo entonces Txikia con voz inalterada, pensando que tal vez supieran algo de *Ogro*, por mínimo que fuera—. Llevadlos a la cuadra. Nos veremos allí.

Hueso dudaba si decirle por teléfono lo que había ocurrido en el aparcamiento y que uno de los policías estaba herido o medio muerto. Decidió no contarle nada todavía al respecto de ese hecho. Si conseguía resolver el asunto él solo, mejor.

—Había pensado sacarles lo que sepan en la playa —dijo Hueso—. Allí nadie nos verá. Llueve demasiado y no habrá ni un alma. Donde vamos es seguro.

Volvió a hacerse un largo silencio, lo que le hizo pensar que aquello era más importante de lo que creía.

—No cuelgues. Espera un momento —adujo Txikia.

Al cabo de unos minutos en los que Hueso oyó de fondo el murmullo de Txikia hablando con Peixoto y con Ezkerra, fue Peixoto quien se puso de nuevo al auricular.

—Gana tiempo, Tomás, pero *kontuz*, que no os vea nadie —dijo el tuerto—. Sacadles todo lo que podáis. Hay que averiguar qué saben de lo de Madrid, si piensan o no que tenemos gente allí y todo lo demás. Nos llamas aquí si pasa algo, estaremos esperando. —Todos los implicados sabían que el teléfono más seguro era el del Capitaine Lagarde—. Si no, nos vemos en la cuadra, como dice Eustakio, dentro de un par de horas, cuando acabéis con ellos.

Para tranquilizar a sus jefes, Hueso dijo:

—Si son *txakurras*, y te digo que lo son, estarán cada vez más acojonados y lo cantarán todo.

—Estoy seguro. Tú zúrrales bien.

—¿Cómo de bien?

—Como para que no queden cabos sueltos, ya me entiendes. Y no vuelvan a mandar a nadie más por aquí.

—Entendido —repuso Hueso—. Pásame a Eustakio... pero, espera, antes dime si hemos pillado algo gordo.

—Tú haz que canten —se limitó a decir Peixoto.

Cuando comprobó que Txikia volvía a ponerse al teléfono, Hueso adoptó de pronto un timbre de voz diferente, tratando de parecer más íntimo o personal.

—Oye, Eustakio, sobre Maitane, quería decirte...

—¿Qué pasa con Maitane?

Por la brusquedad como formuló la pregunta, supuso que oír ese nombre incomodaba a Txikia.

—Que creo que nos la está jugando.

Entonces le habló de ella y le puso brevemente al corriente de la visita que Maitane le había hecho esa misma mañana y de sus extrañas intenciones de abandono. Hubo un silencio; al cabo de unos instantes Txikia le dijo a Hueso:

—Cárgate a Maitane. Tienes manos libres. Nos vemos en la cuadra.

Luego colgó.

19

FERNANDO. Ahora estaba en el maletero de un coche, no recordaba exactamente en cuál de los dos, pero no hacía ni una hora creía que era un hombre feliz. Y, sin embargo, una hora después, algo inhóspito se abría paso manifestando que era irremediablemente muy tarde. Tuvo el extraño convencimiento de que, al cerrarse el capó del maletero, nada iba a ser igual.

Trató de pensar: todo había sido tan rápido que no se había dado cuenta de en qué coche lo metían. Nunca había estado dentro del maletero de ningún coche. No era un lugar razonable, sino un espacio delictivo, apremiante. Estar allí dentro era deshumanizador, tanto como absoluta era la negrura. Una tumba, a eso era a lo que más se podía parecer el maletero de un coche.

Se esforzaba en buscar una circunstancia similar en su pasado, alguna vez en que hubiera estado encerrado en un lugar estrecho y plano, pero solo encontró el fragmento de recuerdo de una ocasión en que, siendo muy niño, jugó con su madre al escondite. A Fernando le vino una visión de aquel juego, de cuando se ocultó en un cuarto trastero de los desvanes de la calle Riego de Agua cuya puerta se atrancó sin que pudiera salir y su madre tardó mucho tiempo en oír sus gritos de socorro. Tuvo tanto miedo allí encerrado que cuando su madre por fin lo abrió, solo podía decir «¡Mamá!» entre llantos. De pronto, vivamente, recordó con todo detalle aquel momento en que su madre abrió la puerta sonriente y él se lanzó a su cuello, consolado por la mera existencia cálida de su madre, quien se puso a susurrarle una canción. Debía de tener cinco o seis años.

Ahora, en el maletero, no podía pensar con claridad, para ello se requería una mínima comprensión de la situación. Solo esforzándose mucho, y como si relampaguease en su cabeza, pudo repasar lo que había ocurrido media hora antes. Cuando entraron en la discoteca, había un hombre que parecía borracho,

sí, en efecto. Se quejaba de que una mujer, quizá su esposa o su novia, lo había abandonado. Suplicaba algo o maldecía. Sí, eso lo recordaba. De repente, el borracho había dejado de mirarlo, pero él observó que, dirigiéndose al barman, se mostró súbitamente cohibido; le había empezado a explicar al camarero que él, Fernando, lo ayudaría, lo ayudaría a buscar a esa mujer que había huido. Era tan absurdo lo que decía...

Para Fernando, aquel individuo estaba más loco que borracho, porque no lo había visto en su vida. Pero de pronto pasó a otra realidad: el borracho se desvanecía en su recuerdo y aparecía el hombre que había empezado a increparlos. Era el mismo hombre que, luego, en el barro, cuando estaban de rodillas en el aparcamiento, había golpeado a Jorge por la espalda. Lo había golpeado tan violentamente que enmudeció a todos. Porque estaban de rodillas, ¿no? Sí, sí, eso no era irreal, estaban de rodillas. Los tres. Y de repente Jorge ya no lo estaba. Había metido su cara en el barro al vencerse hacia delante y él pensó que se ahogaría y fue en su ayuda y le sacó la cara de allí. Cuando le limpiaba la nariz y la boca, Fernando se percató de que no respiraba, o eso parecía, hasta que vio la herida entre el pelo húmedo, la herida de la que manaba la sangre que le inundaba la mano y no, no respiraba. Desde aquella posición incómoda en el barro, apoyado sobre sus talones, iba a gritar que Jorge no respiraba, incluso lo gritó, pero recibió un golpe en la cara hasta aturdirlo. Un golpe con algo metálico que le dejó el rostro entumecido.

Se temía que los mataran a los tres allí mismo. A golpes o quizá con un silenciador, porque había una pistola, le había rozado la oreja esa pistola, pero no la había visto. O sí, sí, la había visto. La primera vez en su vida que veía una. Fue tan rápido, además. Ciertamente que podía ser que los mataran, porque ya todo era posible, no entendía nada e igual que le habían abierto la cabeza a Jorge, les podían desnucar a él y a Humberto sin ningún ruido que despertara sospechas. Porque era eso lo que le había pasado a Jorge, ¿no?, le habían abierto la cabeza con una botella medio llena que, en realidad, él solo vio cuando el otro, el tipo que en la discoteca les hacía preguntas sobre Franco y se cagaba en España, la arrojó lejos, hacia la verja, y tampoco entonces se rompió. Pero a él lo apuntaba otro hombre con esa pistola que llegó a rozar su oreja. Eso significaba que estaban dispuestos a disparar. Significaba asimismo que no iban a dejarlos marchar. Ignoraba Fernando si los

matarían allí o en otra parte, porque intuyó con pavor que no tenía objeto intentar recuperar la sensación perdida de cualquier momento anterior en que la vida era ilimitada. Ahora, aunque se resistía confusamente a la tentación de claudicar, solo cabía constatar que había llegado al límite de la vida, de los sentimientos, de las emociones, de las risas.

Sin embargo, eso era lo que había pensado antes, cuando tenía la cabeza de Jorge, muerto o inconsciente, sobre sus rodillas y veía cómo a Humberto lo abofeteaban para que dijera algo que ninguno de los dos sabía. Ahora, en cambio, estaba ya en el maletero, lo que significaba que no los habían matado. Entonces tuvo una idea que lo tranquilizó, aunque no del todo. Comprendió que se confundían, claro que se confundían. No podía ser otra cosa. Fernando, sin poder evitarlo, rio a la vez que lloraba, nervioso, porque pronto todo se iba a aclarar, incluso lo de Jorge, que despertaría más tarde, seguro que sí, con un enorme dolor de cabeza tan solo y una cicatriz para siempre. En cuanto los sacaran de los maleteros, podrían explicarles quiénes eran, o en todo caso contarles que no eran quienes ellos creían que eran, que todo había sido un malentendido. Se irían, no dirían nada, volverían a España y olvidarían ese mal encuentro, causado por un error, estaba claro que era eso, y una vez hablado y explicado, los dejarían marchar. Pero no, no, se desdecía Fernando de sus propios pensamientos, sudando de nuevo de terror, no, no harían eso porque a Jorge lo habían matado. En todo caso, no respiraba y eso significaba que había muerto. No, no los iban a dejar marcharse así como así. Se puso a temblar sin poder dominarse y, aunque veía indigno proceder de ese modo, revelaba así los términos de su desasosiego.

HUMBERTO. Al mismo tiempo, en el otro maletero, durante el trayecto y de manera que pudiera entender lo que había ocurrido, también Humberto se esforzaba por poner en orden, incluso minuto a minuto, la secuencia que acababan de vivir. El rostro se le hinchaba y un dolor intenso en un oído le punzaba a la altura de la barbilla, tal vez desencajada, se temió. Sentía la desmoralización angustiosa de empezar a comprender que lo que vivía era definitivamente real. Tenía la misma sensación de agotamiento de cuando viajaba en días especialmente largos, como si hubiera iniciado un viaje hacía mucho tiempo, acaso días o semanas, y ahora solo pudiera tratar de perfilar un borroso recuento de episodios o momentos habidos durante el viaje. Estaba

dolorido y sus manos, retorcidas a la espalda en una posición anómala, le causaban un insidioso malestar. Y encima estaba el frío, porque sus prendas de abrigo habían quedado en la bandeja trasera del coche.

No obstante, creía que habían sucedido demasiadas cosas, aunque en realidad no eran tantas, pero desde una óptica meticulosa podían ser atroces, la peor de todas la imagen indeleble de Jorge muerto, una imagen insoportable de cuya veracidad desconfiaba. No era cabalmente comprensible para él. En absoluto podría decirse que no sintiera repugnancia ante tal hecho, solo se preguntaba si era verdad que lo hubieran matado con un fuerte golpe en la cabeza, un golpe que todos los que estaban en el aparcamiento pudieron ver o por lo menos oír, o únicamente había perdido el conocimiento. La verdad se abría paso hacia ese golpe seco, pero también podía ser un golpe cómico, de esos de cine mudo, así que estuvo a punto de desconfiar de sí mismo, ahí, en el otro maletero que lo aislaba del mundo, por lo inverosímil de esa experiencia tan fuera del alcance de su cotidianidad. Al contrario que Fernando, no temía por sus vidas, sino que se empeñaba en no asumir la situación tal cual parecía ser, y aquello se le hacía ridículo.

Así pues, ¿qué había ocurrido? Cuando entraron en la discoteca, con todos esos sonidos simultáneos, tuvo la impresión de entrar en un ambiente tan sórdido como melancólico. Nada que ver con la otra discoteca alegre y moderna, La Licorne, donde habían estado antes. Esta era más bien un bar con música, oscuro, detenido en el tiempo, casi un puticlub, pensó. Luego se acercó hasta ellos aquel hombre para entablar conversación. Fue lo que hizo, entablar conversación sin que ellos se lo pidieran, y enseguida se mostró ofensivo con sus preguntas y comentarios. Luego se largó. Luego bebieron, pero se les había apagado la efervescencia de aquella escapada de sábado. Luego pagó Jorge la bebida. Luego salieron. No recordaba muy bien de qué estaban hablando en el coche cuando iban a abandonar el aparcamiento y en ese momento se les cruzó el Renault 12. Luego se produjo la vorágine.

Aquellos hombres bruscos se abalanzaron como amenazantes siluetas en la noche. ¿Quiénes eran? ¿Policías de paisano, como él creyó en el bar? Imposible. Entonces, ¿qué? ¿Delincuentes? ¿Quizá separatistas vascos? Si fuera eso, pensó que podía ser al revés, que aquellos hombres eran etarras que creían que los policías eran ellos. Un error tan absurdo que casi daba risa, pero... Luego los apresaron. A medida que Humberto meditaba los

pormenores, no podía recordarse a sí mismo poniendo en duda lo que le decía esa voz tan intimidatoria. Porque, aunque él quería escucharla y poner atención, la voz lo intimidaba cada vez más y esa era la palabra que le surgía al pensar en sí mismo ante aquel hombre, intimidación. Luego la voz intimidatoria dijo que los metieran en los maleteros y se fue a hacer una llamada telefónica. Lo dijo muy claro. Transcurrieron unos minutos. El hombre de la voz intimidatoria volvió. Hubo ruidos de portezuelas. Ambos coches se pusieron en marcha. Encogido dentro del maletero, con las rodillas dobladas hasta dar contra el pecho, la espalda y la cintura en una posición forzada, el gato hidráulico hincado en el abdomen y los hombros contraídos hacia atrás, empezó a preocuparle a Humberto no saber hacia dónde se dirigía el coche. Interpretaba el instante a ciegas. Las distintas evoluciones del vehículo a derecha e izquierda terminaron por desorientarlo por completo. Desconocía si iban hacia el norte, en dirección a Biarritz, de donde venían, o hacia el sur, en dirección a San Juan de Luz, hacia la mismísima frontera, su destino. Entonces, pese al grado de excitación máxima que en realidad vivía, le entró un urgente deseo de dormir. Era habitual en él, siempre que algo lo acorralaba sin escapatoria le entraba sueño.

Pero, claro, no podía dormir en ese maletero, solo desear quitarse de en medio durante un rato, lo cual era imposible. ¿Podría haber sido todo distinto? ¿Por qué no habrían salido antes?, se preguntaba Humberto a la vez que se culpaba por no haberlo hecho. ¿Por qué habrían entrado siquiera en esa estúpida discoteca? Se sentía desgraciado y lamentaba también que no hubiera sucedido lo contrario, que no hubieran salido del lugar mucho después, tal vez borrachos, tan borrachos que hubieran tenido que quedarse a dormir dentro del Austin Victoria, qué más daba, si al día siguiente era domingo. Claro que esas consideraciones eran excesivamente injustas y puede que no fueran estrictamente ciertas. Una náusea causada por el penetrante olor a aceite pesado y a anhídrido carbónico le subió desde el estómago, llenándole la boca de una burbuja de acidez justo cuando el coche daba muestras de volver a detenerse. Estaba mareado.

20

Para llegar a la playa adonde los llevaron, primero tuvieron que ir hacia el norte medio kilómetro por la nacional 810, apenas transitada a esas horas, y después desviarse a la izquierda, dirigiéndose al sur por el Chemin d'Aguerria otro medio kilómetro, al cabo del cual la estrecha carretera se curvaba hacia la derecha, orientándose al barrio de Kokotia, un conglomerado de chalets dispersos rodeados de bosques húmedos, al final del cual una bifurcación llevaba a las playas de Lafitenia y de Mayarkoenia.

Fue en esta última donde pararon, porque conocían un lugar en el extremo sur de la playa donde quedaban restos de un búnker destruido de la época de la Segunda Guerra Mundial. En algún momento después de 1945 y tal vez por el efecto de una explosión, el búnker se había partido en dos mitades. La base cuadrada y maciza, erguida de manera sobresaliente, aún era visible en la ladera que bajaba hasta la playa. El cuerpo del búnker, roto en trozos de muy diversos tamaños, había rodado ladera abajo y había terminado por confundirse con las rocas de la orilla. El único vestigio eran dos paredes que formaban un ángulo recto de una altura de unos tres metros y se distinguían de las demás rocas por su aspecto de argamasa de lonchas verticales granuladas. A esa parte de la playa de Mayarkoenia el grupo de Hueso había ido más de una vez a esas horas tardías, por lo general para dar escarmientos a chivatos y traidores. Allí podían actuar sin ser vistos ni oídos, por lo intrincado de la zona, poco o nada visitada con la marea alta. Además, la soledad de las playas, de noche, evocaba lugares siniestros.

Era la 1.45 cuando los sacaron de los maleteros. Primero a Humberto, que iba en el Renault 12, y luego a Fernando, en el Austin. Les quitaron la mordaza, pero no les soltaron las manos. En dos o tres segundos los jóvenes

cruzaron sus miradas atónitas, gesto que Hueso interpretó como un «no digas nada».

El camino rural estaba en lo alto, la playa, en cambio, muy abajo. Para llegar hasta la arena había que bajar por un sendero con franjas de hierba escalonadas en zigzag que se iniciaba donde acababa el recinto de un pequeño bar restaurante de madera llamado Leroy, cerrado a cal y canto fuera de temporada. Al pasar por debajo del toldo recogido y goteante del Leroy, se encontraron con la impresionante superficie de la playa, abierta al mar, negra y plateada.

Con la noche cerrada, la lluvia se había vuelto mansa pero constante y la cadencia del oleaje se había crispado. Por un momento, dudó Hueso de que hubiera sido buena idea ir hasta la playa en aquellas condiciones meteorológicas. Sin embargo, eran las mejores para interrogarlos con dureza, ya que a esas horas no habría nadie por los alrededores. Los chalets más cercanos y algunas autocaravanas quedaban lo suficientemente lejos. Eso así, lo que fuera, habría que hacerlo rápido.

La lluvia y la escasa visibilidad hacían que caminasen muy despacio, evitando resbalar mientras descendían hacia la playa. Humberto y Fernando bajaban maniatados y sin gabardinas, solo con las chaquetas, debajo de las cuales el primero llevaba un jersey azul que le había tejido Ana y el segundo únicamente una camisa a cuadros; iban empapados y tiritaban de frío y de miedo. Componían la imagen previa a una ejecución.

El camino terminaba en la parte central de la playa. Para llegar hasta el extremo donde estaban los restos del búnker, tuvieron que transitar por pequeños montículos arenosos que los hacían caer al mínimo traspié. Humberto, aún mareado, trastabillaba entre Basacarte y El Ruso, que lo sujetaban por los brazos. Fernando, en cambio, iba suelto entre Hueso y Casero y estos lo empujaban cada cierto trecho para que dejara de mirar atrás y no se detuviera; Pruden se quedó arriba, con los coches, vigilando por si se acercaba alguien y observando de vez en cuando al inmóvil Jorge, echado en el asiento trasero del Austin y cubierto a medias para disimular el bulto.

Nada más llegar al hueco que formaba el búnker derruido, Basacarte y Hueso les quitaron las chaquetas y, antes de que Humberto y Fernando empezaran a tiritar, les pegaron un puñetazo en el estómago a cada uno. No

había ni un minuto que perder. Humberto vomitó de inmediato. Fernando se contrajo, respirando aceleradamente.

Les volvieron a repetir las mismas preguntas de antes, cuando los arrodillaron en el parking. Quiénes eran, qué hacían allí, a quién buscaban. Una y otra vez, las voces sonaban coercitivas sin tener que elevar el tono más que lo justo para estar a la altura de las olas. Los vapuleaban como si fueran sacos. Y si se caían, El Ruso y Casero les daban alguna patada antes de ponerlos de nuevo de pie y continuar ellos el trabajo emprendido por Basacarte y Hueso. A las mismas preguntas, los dos jóvenes daban las mismas respuestas de incomprensión e ignorancia. Pero algo había cambiado en Fernando y en Humberto, y era que ahora podían decirles quiénes eran en realidad, dónde trabajaban y a qué habían ido a Bayona, porque ambos estaban seguros de que, al ser el secuestro un malentendido, bastaría con decirles la verdad para que cesara toda aquella lluvia de golpes. Sin embargo, la verdad se reveló inútil, ya que era obvio que los otros creían que mentían, o eso parecía, por el modo como insistían en sus amenazas y golpes. Golpes que empezaron a ser más brutales cuando uno de ellos preguntó por Maitane.

Primero fue una pregunta que no oyeron, pero antes de que Humberto pudiera abrir la boca para decir que no había entendido el nombre, ya le llegó un golpe en la clavícula que lo arrojó encima de las aristas afiladas de la roca sobre la que la mitad del búnker yacía volcada. Eso le abrió una brecha en la frente que El Ruso tuvo que cerrar con su propio pañuelo atado como un vendaje.

Para entonces, las cosas empezaron a ser distintas y más movedizas, porque repitieron el nombre de Maitane con mayor vehemencia, en proporción al puñetazo en la cara. A medida que preguntaba, Hueso siguió golpeando sin esperar respuesta alguna. Estómago de nuevo, dos golpes en las costillas y en la espalda, de nuevo en la clavícula. A El Ruso y Basacarte, carentes de escrúpulos al considerarlos policías, no les afectaba demasiado aquella presión, sus nudillos eran grandes y duros, ni siquiera habían llegado al límite que podían alcanzar. Fue entonces cuando la insignia de la Torre de Hércules de Humberto se desprendió de su camisa sin que ni Hueso ni el propio Humberto se percataran de ello. Pero no se hundió en la arena —donde estaban, apenas había—, sino que quedó a sus pies, encajada en una pequeña oquedad rocosa.

Los etarras tenían una estrategia: Hueso dejaba de pegarle a Humberto, retorcido de dolor, para que Basacarte comenzara a pegar a Fernando con mayor encarnizamiento mientras el primero le preguntaba al otro joven sobre aquella mujer cuyo nombre les era totalmente desconocido. En ese punto, la violencia se había instalado ya en la mirada de Basacarte y si este había albergado alguna duda sobre lo que debían hacer con los policías, se le había disipado. Robusto y enfurecido, golpeaba a Fernando en el pecho, luego en la clavícula y en los riñones, y cuando lo hacía emitía un ronroneo de esfuerzo. Lo golpeó con rudeza, como mínimo, dos veces. Aquello dobló a Fernando, que empezó a escupir sangre. Casero se vio en la obligación de acercarse a Basacarte para serenarlo.

Llevaban allí aproximadamente veinte minutos, cuando Hueso dijo:

—Joder, tíos, qué duros sois, pero no os servirá de nada haceros los héroes. Ha sido Maitane la que os ha delatado.

—¿Quién es Maitane? —preguntó una vez más Humberto.

—No me toques los cojones. ¿Cómo te llamas?

Fue la primera vez que le preguntaban su nombre.

—Humberto —respondió hipando con una voz ronca—. Humberto Fouz.

—Te diré algo, Humberto, sabíamos que veníais a verla —mintió Hueso—. Lo que quiero saber ahora es para qué.

—No conozco a ninguna Maitane —negó Humberto a la vez que movía la cabeza.

—Ya, ya —irrumpió Basacarte sacándose la pistola del costado y encañonando con ella el pecho de Fernando—. Ahora decís que no la conocéis, pero cuando os hayamos partido la cara nos diréis que sí la conocéis. Siempre es así, ya sabes, al final, a base de hostias, lo largáis todo. ¿O vosotros no hacéis lo mismo con nosotros y nos matáis a palos en las comisarías, hijos de puta?

—No sabemos quién es Maitane —repuso con un gemido desesperado Fernando.

—Mientes.

Casero dio unos pasos adelante y sujetó a Fernando por el cuello hasta empujarlo contra el trozo de pared de hormigón del antiguo búnker antes de

exigirle una respuesta:

—¿Por qué estáis aquí, si no es por ella?

—Estáis para jodernos, ¿verdad? —se anticipó Basacarte, un paso por detrás de Casero pero apuntando a Fernando a la cara con la Firebird calibre 9—. Pues ahora nos toca a nosotros joderos. Y lo vamos a hacer. ¡Habla de una vez, *txakurra*!

Fue Humberto quien habló en su lugar y empezó a contar su versión: eran gallegos —«dime algo nuevo»—, pero vivían en Irún, él trabajaba en una empresa de transporte —«¿en cuál? ¡no la conozco!»—, su amigo en Aduanas —«no te creo»—, el otro aún en nada —«ni lo hará nunca»—, venían de ver una película en Biarritz, *El último tango*, pararon a tomar una copa en la discoteca y ahora solo querían volver a casa en paz. Esa era la pura verdad, no había más que contar. No habían hecho nada, no buscaban a nadie, no sabían nada de nadie.

—Cierra el pico y no me vengas con trucos. No te creo ni una palabra, *txakurra*, que sé que estáis muy entrenados.

—Pero ¿por qué está pasando esto? —preguntó Humberto desde la más absoluta derrota, muy pálido, en el suelo, agarrándose a la pierna de Hueso, aunque en realidad se lo preguntaba a sí mismo.

Fernando empezó a gemir. Ya no podía resistir los golpes. Se veía como un insecto. Un insecto al que una mano brutal y gigantesca iba a achicharrar con la colilla encendida de un cigarrillo. Luego sintió pánico y en su cabeza la única palabra que sonó fue «Mamá».

Permanecieron más tiempo allí, bajo la lluvia, entre las rocas y las lonchas de hormigón del búnker, protegidos del viento y de las gotas laterales. Era muy probable que el ruido de la lluvia, de cara al mar, amortiguara los golpes. Ni Humberto ni Fernando capitulaban ni daban su brazo a torcer. En las sesiones de instrucción y en los *Zutabe*, ya les había explicado la Organización a los suyos que, cuando se torturaba a alguien, había un momento en que surgía una especie de valor, como de proeza, un comportamiento terco atribuido, en realidad, al miedo. Era el preludio del hundimiento. Solo había que apretar un poco más. Y en opinión de Hueso aquellos chicos estaban muy cerca de hundirse, así que se dispuso a volver a la carga con más golpes, inmune a los rostros hinchados de los dos jóvenes. Pero le sorprendió la pregunta de

Humberto, dicha con un hilo de voz.

—¿Qué hora es?

Hueso no le entendió.

—¿Qué dices?

—¿Qué hora es? —repitió, pero ahora su voz sonaba a un jadeo entrecortado.

—¿Y para qué quieres saberlo?

Humberto no supo qué contestar. Qué debían hacer, qué debían decir, no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo. Solo sabían que aquello iba a complicarse más aún y no era un juego en el que se pudiera regresar a una casilla inicial, no se podría decir «perdón, empecemos de nuevo». Tenía razón aquel hombre, en sus circunstancias no tenía ninguna necesidad de saber la hora que era.

—¿La hora? Te la voy a decir: es muy tarde y es el final —sentenció Hueso.

Sin embargo, enseguida Humberto oyó que otro, Basacarte, decía: «No le pegues más todavía, vamos a esperar», y en aquel acervo de incertidumbre aquella frase fue un alivio para él.

Seguían pensando que eran policías —los odiaban por eso, por ser un cuerpo extraño— y se querían vengar en ellos por todos los camaradas de los comandos caídos. Si por cualquiera de los cinco fuera, les pegaban un tiro y se largaban de aquel lugar a toda prisa y sin remordimientos. Pero también estaban para sacarles información. Hueso recordaba muy bien las palabras de Txikia al respecto. En ese instante, El Ruso registró los bolsillos de la chaqueta de Fernando. Encontró una especie de identificación oficial de agente de aduanas en forma de tira alargada amarilla. Era un mero distintivo que usaban para identificarse entre los del cuerpo de aduanas cuando pasaban al otro lado de la frontera por menos de veinticuatro horas. No valía más que eso ni significaba más que eso. Pero los etarras creyeron que era una identificación policial porque ponía «agente» y un nombre. El Ruso leyó en voz alta: «Fernando Quiroga Veiga. Agente». Se adjuntaba al pase temporal de 48 horas que le habían dado en Carlos Llanos, la empresa en la que trabajaba. Esto también les pareció raro. Para que confesara de una vez, Casero le atizó en la cara con una piedra, lo cual le partió el caballete de la nariz, y luego le

volvió a golpear en el estómago, cortándole la respiración. Fueron unos segundos, pero a Fernando los ojos se le escapaban de sus órbitas al creer que no entraría más aire en los pulmones. Era como si durante esos segundos hubiera salido de su cuerpo. Pero volvió a entrar en él, respiró hondamente y le llegó el terrible dolor en la cara por la nariz rota; el dolor del estómago aún no lo había sentido. Se encorvó hasta un ángulo inverosímil. Trató de salir de aquel espacio donde estaban los restos del búnker y, ayudándose de la pared, trató de llegar hasta la orilla donde morían las olas. Se preguntaba si aquella pesadumbre profunda le permitiría meterse en el agua y nadar muy lejos, porque él sabía nadar muy bien, o se derrumbaría y esperaría el golpe o el disparo.

En el curso de aquellos minutos y llegados a ese punto, Fernando debió tomar en consideración la idea de si tendría sentido oponer resistencia. No saber qué hacer le hacía respirar con mayor dificultad. Recordó de pronto la escena de la mantequilla, que era la escena de la violación del personaje de Maria Schneider. Súbitamente la comprendió en toda su dimensión, porque entendió que lo habían humillado igual que a ella. La escena de la mantequilla no se le iba de la cabeza. Entonces le pareció inconcebible lo que los españoles veían en esa película: no reparaban en la humillación sino que solo bromeaban sobre el nuevo uso dado a la mantequilla, más allá de las rebanadas de pan. Sintió asco y vergüenza.

En algún momento de ese lapso de tiempo, mientras golpeaban a los dos amigos en la playa, el tercero, Jorge, moría en el asiento del Austin. Ni Fernando ni Humberto se habían dado cuenta de cuándo se había unido a ellos Pruden, que había descendido hasta allí para dar la noticia, pero le oyeron decirlo. Oyeron cuando aquel hombre delgado que se había quedado arriba con los coches dijo, sin cuidarse de bajar la voz: «Creo que ha muerto».

Previamente, sentado en el asiento del piloto, Pruden había estado observando aquel cuerpo inerte durante un buen rato y había llegado a la conclusión de que no se movía. Estaba tapado desde el abdomen hasta media cara por la trenka azul. Comoquiera que a Pruden aquella inmovilidad le inquietaba, salió del coche, abrió la puerta de atrás y le tocó la muñeca y el cuello para ver si aún vivía, pero no: estaba frío y sin pulso. La herida de la cabeza había dejado de manar. Entonces, al verlo allí tumbado —de esto no

dijo nada a sus compañeros cuando bajó a la playa para avisarlos— sintió lástima porque era demasiado joven. Incluso pensó que era demasiado joven para ser policía.

Al oír que su amigo había muerto, la impotencia y el terror se apoderó de los otros dos jóvenes. Humberto se llevó la mano al bolsillo a la desesperada, buscando la cartera, porque quizá si les mostraba el carnet de identidad o el pasaporte verían que se habían confundido, que no eran quienes creían ellos que eran —ya estaba convencido de que creían que eran policías españoles—, pero el hombre corpulento le dio un manotazo y le dijo, como si mordiera las palabras, que no se le ocurriera hacer ninguna tontería o les mataban allí mismo.

Los etarras se apartaron unos metros de los dos jóvenes para hablar entre ellos.

Ya sin dudas de que Jorge había muerto, no sabían qué iba a suceder a continuación. Fernando no pudo evitar que le castañetearan los dientes. Humberto, con más dominio de sí, al cabo de un primer pensamiento de angustia por el impacto y la pena que la muerte de Jorge causaría en su familia, pensó en ellos mismos.

—Pase lo que pase, siempre hemos estado y estaremos unidos —dijo Humberto a Fernando apenas sin resuello, cogiéndole la mano para tranquilizarlo y pensando en la promesa que se hicieron años atrás en los jardines de Moore en La Coruña—. No tengas miedo, ya verás. Lo podremos soportar. —Se le hacía tan inconcebible como irreal que fuesen a morir que hasta aquellas palabras de ánimo le resultaban artificiales.

Fernando se echó a llorar al recordar lo que Jorge, en Biarritz, después del cine, le había preguntado acerca de si los hombres podían llorar tan amargamente como Marlon Brando. Sí, podían llorar así, ahora lo experimentaba en propia piel. En la tortura o en el miedo. Sin embargo, de pronto, por los nervios, hizo lo contrario: se puso a reír como un chiquillo. Pero luego, finalmente, lloró como Brando en la película, sin ningún consuelo.

Hueso creyó que el hecho de que su compañero hubiera muerto haría que los otros dos hablasen, pero ellos seguían con la recalcitrante versión de su escapada al cine. Entre los etarras, Casero y El Ruso empezaron a dudar. Se preguntaban, al cabo, si no habrían ido demasiado lejos y aquellos chicos no

eran ni de lejos policías. Quizá políticamente habían cometido un error y habría que sopesar las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? —les espetó Hueso—. Estos saben mucho y saben callárselo.

—Pero ¿y si no saben nada? —le cuestionó El Ruso.

—Te digo yo que estos tíos saben más de lo que parece.

—Pues una vez que hablen, nos los cargamos —propuso Basacarte. Nadie le replicó.

—Podemos disparar hacia el mar —arguyó Casero—. Las olas amortiguarán el ruido. Luego les atamos a los pies uno de estos bloques de hormigón y santas pascuas.

—Aquí no podemos matarlos, Tomás —se preocupó Basacarte, dirigiéndose a Hueso.

—¿Qué hacemos con el de arriba? —preguntó Pruden.

—Dejar el cuerpo en la playa no parece buena idea —adujo Casero—. Quizá sería mejor tirarlo al mar.

—Esto es una guerra o lo más parecido a una guerra, ¿no? Pues en las guerras hay bajas —dijo El Ruso, con una jovialidad fuera de lugar, después de haber empezado a trepar por las rocas con cuidado de no resbalar mientras buscaba un sitio desde el que arrojar al mar el cuerpo de Jorge para que pareciera que se había despeñado.

—No, al mar no —atajó Hueso, que había comprendido que no lograrían que hablasen en la playa—. A la larga, el mar lo trae todo. Los llevamos a «la cuadra». Que decida Eustakio. Allí ya veremos si estos hablan. Y si no, dos tiros. Aquí empiezo a estar harto de esta lluvia.

De pronto, Casero gritó con todas sus fuerzas:

—¡¡¡Muerte a chivatos y policías!!! —Lo gritó en la orilla, de cara al mar. Luego se volvió hacia sus compañeros—: ¿Veis? Aquí nadie oye nada.

Eran las 2.25 de la mañana. Habían cruzado la raya.

(Tres días después, Cesáreo estará en la playa de Mayarkoenia buscando algún rastro de su cuñado Humberto y de sus amigos; se acercará, sin saberlo, al mismo lugar del búnker deslavazado y hecho jirones de hormigón lamidos por las olas; mirará hacia el mar, por si tal vez los tres desaparecidos se

habrían ahogado por allí; lo hará en el mismo lugar desde el que Casero había lanzado aquel grito. No verá la insignia de la Torre de Hércules. La tendrá muy cerca, porque la insignia seguirá aún incrustada en el hueco de la piedra. Quizá la pisará sin darse cuenta. Será otro objeto más que se perderá como se perderá quien fue su dueño. Por ejemplo, ¿qué será de la caja con el reloj de Alicia en el País de las Maravillas, regalo para su sobrina Luisa, que Jorge compró unas horas antes de morir? ¿Quién sabrá cuál habrá sido su destino? ¿Quién lo echará en falta? Y, en consecuencia, ¿quién podría recordar con cuánto cariño fue comprado ese objeto ahora huérfano?)

21

A la misma hora en que Isabel Fouz daba vueltas en la cama, asediada por un insomnio que ella atribuía al malestar por su cuarto mes de embarazo, cuando en realidad —como reconocerá mucho después— se debía al hecho intranquilizador de no haber oído llegar a casa todavía a su hermano Humberto ni a sus amigos, Lucía Tuy, a cientos de kilómetros de distancia, se levantaba de la cama a beber un vaso de leche, incapaz de conciliar el sueño por las pequeñas deudas bancarias de su tienda de ropa en La Coruña, y se ponía a buscar nerviosamente en su bolso una foto de Fernando con la sensación extraña de que la había perdido. No sabía por qué, pero había abierto los ojos de repente y se había sentido impulsada a buscar esa foto, necesitaba mirar su cara como si dudase al recordar sus rasgos. No encontró la foto y estuvo un buen rato mirando por la ventana hacia las calles iluminadas y vacías de la ciudad tratando de reconstruir en su cabeza la cara exacta del que, tal vez, si la cosa maduraba, sería su novio. Sin que ellas jamás lo supieran, era la misma hora en que Humberto y Fernando yacían apaleados en un zulo del caserío de Telesforo Monzón, en la carretera de Ascain. Se diría que todo, en una singular anastomosis, se conectaba misteriosamente en el tiempo y el azar por medio de una ramificación de signos coincidentes, como coincidencia había sido que el personaje de Marlon Brando se encontrara con el personaje de Maria Schneider en aquel piso vacío de la rue Jules Verne, en la película de Bertolucci, de lo cual habrían hablado en el coche, esa noche, de vuelta a Irún, los tres amigos, colmados de vida y de experiencia, si no hubieran parado en ninguna de aquellas discotecas. Pero la vida no era una película.

Los habían llevado allí después de la paliza de la playa. Estaban tan doloridos que habían dejado de sentir dolor. La cara tumefacta, las costillas

rotas, neumotórax, el vientre hinchado. Si se movían era como una punzada aguda que estallaba en su cerebro. En la boca había un permanente sabor sanguinolento.

Humberto estaba más aturdido que Fernando. Aun así, creía recordar que había escampado de repente cuando lo arrastraron por la playa y luego por la pendiente escalonada que zigzagueaba hasta los coches. También recordaba que los zapatos y los calcetines se le iban llenando de arena mojada. Pero, en cambio, no tenía imágenes de cómo lo habían subido hasta donde estaban los vehículos. Lo metieron en el maletero del Renault después de volver a amordazarlo. En ese momento le quitaron el pañuelo que El Ruso le había puesto en la frente para detener la hemorragia del corte que se había hecho al caer y del que no tenía la menor noción. Guardaba, eso sí, una ligera impresión de que habían abierto el otro maletero, el de su Austin, y que alguien había dicho: «Mételo ahí. Ya está muerto». Entonces se estremeció al desconocer de quién estaban hablando, si de Jorge o de Fernando, incluso llegó a pensar si no se referirían a él mismo, porque si tuviera que imaginar alguna vez la muerte, lo que percibía en ese momento bien podría ser un último estadio de moribundo, o quizá era la muerte misma y él ya había pasado al otro lado.

Fernando, muy malherido a lo largo de su cuerpo, fue obligado a echarse en el suelo de la parte de atrás del Austin. Tampoco tenía los ojos vendados, pero evitaba, medroso, el contacto ocular con aquellos hombres y solo gemía y se lamentaba pese a tener una mordaza, lo cual hacía de su quejido un sonido gutural en sordina que fue languideciendo cuando el coche se puso en marcha.

Isabel Fouz y Lucía Tuy, a tanta distancia las dos, a esa misma hora trataban de imaginar por un instante, breve pero consciente, qué estarían haciendo en ese momento los tres jóvenes en Francia. Las dos, inmersas en esa especie de extraña red neuronal que une a los seres queridos, se figuraron que estarían divirtiéndose o ya de vuelta.

Pero ellos no habían dado ni diez pasos dentro de lo que podría ser una casa, cuando habían tenido que bajar hasta el sótano por una escalera que crujía. Allí, debajo de la escalera, había una puerta de no más de metro y medio de altura por la que les obligaron a entrar a duras penas. Olía a detritus y allí la humedad calaba los huesos. No dejaban de tiritar. Dentro del zulo, les quitaron las mordazas y les desataron las manos, aunque ataron entre sí el

brazo izquierdo de Humberto con el derecho de Fernando mediante una cadena cerrada con un candado.

En un rincón, una lámpara de queroseno recién encendida emitía un zumbido característico; en otro, se apilaban centenares de cartulinas de DNI en blanco y decenas de cuadernillos de pasaportes. Había dos bidones de plástico llenos de un líquido lechoso y un saco grande de serrín junto a una palangana seca y vacía. Era una estancia muy pequeña, de no más de seis metros cuadrados, con suelo de hule granate y paredes azulejadas de blanco, sin ventanas, solo aquella puerta por la que habían tenido que agacharse mucho para acceder al interior. Parecía un sepulcro.

Los dejaron en el zulo, solos y muy lastimados.

Los dos jóvenes yacían ocupando casi toda la superficie del suelo del zulo. Supusieron que no había nadie al otro lado de la puerta cerrada con llave porque habían oído los pasos de varios hombres que subían por la escalera que crujía y regresaban al piso de arriba, aunque tal vez no subieron todos y alguno se quedó en el sótano.

Ninguno de los dos sabía con exactitud el tiempo transcurrido desde el búnker hasta ese lugar; creían que había sido mucho, pero en realidad no había pasado más de media hora desde que estuvieron en la playa de Mayarkoenia. Fernando, que debió de desmayarse en el coche en algún momento, solo recobró la consciencia cuando dos hombres lo sacaban del vehículo, ya en el caserío. Antes de empujarlo para que entrase rápidamente en la casa, lo pararon delante del maletero y le dijeron: «Mira a tu amigo. Parece que se le han pegado los párpados, como a ti». Aquel era el cuerpo de Jorge y lo de sus párpados aludía a que él apenas podía abrir los ojos por los golpes en la cara. Trató de contárselo a Humberto como pudo, repitiendo palabras y sílabas que su amigo buscaba entender en el movimiento de los labios.

El tiempo se volvió eterno allí abajo. Pasaba tan lentamente, que habían perdido la cuenta. Fernando gemía cada vez más, lo que desesperaba a Humberto, cuyos dedos buscaron los de su amigo para tranquilizarlo. Les dolían la mandíbula, el vientre, los hombros, y a Fernando le ardía la nariz rota y sangraba por un oído. Seguían mareados. Finalmente, se incorporaron y se sentaron, apoyando la espalda en la gélida pared. Solo una vez se miraron a los ojos y sintieron una oleada de recíproca gratitud que era inconcebible

expresar allí.

Hablaron entre ellos con voces deformes y quebradas. Les costaba pronunciar las palabras por su lengua hinchada y los labios rajados. Fernando se había puesto de costado —lo cual le permitía respirar sin dolor— y agarraba el brazo de su amigo hasta estrujarlo.

—Tengo miedo, Humberto.

—No te canses, no hables. Aguanta.

—Es que siempre he tenido miedo al dolor, un miedo puro —Fernando no dejaba de temblar—. No lo soporto.

—Lo tienes que superar, Fer. Yo también tengo miedo.

—No nos han vendado los ojos.

—No. ¿Qué quieres decir?

—Que si no lo han hecho, es porque les da igual que sepamos adónde nos han traído. Y eso significa que no nos van a dejar salir con vida. ¿Qué crees que nos pasará ahora?

Desaparecer, pero era imposible. El inmediato deseo infantil de ser invisible, de poseer ese don de prestidigitador, se coló entre el diluvio de pensamientos fugaces de Humberto. Pero no, algo así era absurdo. Casi tanto como la estúpida pregunta de por qué a ellos, por qué les había ocurrido *eso* precisamente *a ellos*. Ambos sabían que tenía que ser un error, que los habían confundido. Una ruleta rusa. Les había tocado. Mala suerte. Les preguntaban por cosas que ignoraban por completo, como quién era esa Maitane de la que no habían oído hablar en su vida.

—Es evidente que no nos creen, digamos lo que digamos.

—Tal vez nos vigilen. Si es así, que sepan que no somos policías. ¡No somos policías! Dilo, Humberto, dilo también tú. —Fernando trató de gritarlo de nuevo, pero su voz seguía siendo un hilo de voz entrecortada—. ¿Cuánto tiempo estaremos aquí? Nos van a matar, eso seguro.

—No pienses en eso, Fer. Vamos a vivir cien vidas.

—Vamos a morir más solos que los perros. Y ahora que lo digo, de veras que no sé lo que estoy diciendo, Humberto, no sé de qué estoy hablando. Solo quiero que pase ya, que suceda y acabe.

Buscó Fernando aferrarse al primer recuerdo de su vida, pero no lo halló. Quizá fuese la cara de su madre. Una deidad primigenia y protectora, he ahí lo

que toda madre era. Si pudiese hacerlo, Fernando se encomendaría a la suya, y ella —la buena mujer que era Rosario Veiga, dormida a esas horas, ajena al dolor de su hijo—, si fuera esa diosa salvadora que de niño él creía que era, lo salvaría de inmediato, detendría el tiempo y lo extirparía a él del presente para llevarlo muy lejos de allí, al pasado, al cálido pasado en el que entonces decidiría no crecer. Pero lo que entristecía a Fernando hasta el tuétano era que nunca más volvería a ver a su madre y que su madre nunca más lo volvería a ver a él. Algo durísimo que ya sabía que pasaría con Jorge y su familia.

A distancia, la sutil conexión se perdía. Isabel Fouz y Lucía Tuy, despiertas, empezaron a pensar en ellos a ráfagas, porque enseguida tomaron medidas para volver a dormir —una infusión doble de tila, un somnífero— y mientras se relajaban, las poseyeron las pequeñas preocupaciones inmediatas de sus vidas y dejaron de pensar en Humberto y en Fernando.

Por su parte, la mente de Humberto se había disparado hasta la alucinación, porque ahora, allí delante, lo que veía pasar a toda velocidad era un campo nevado y una caja de madera que había fabricado para deslizar por la nieve a Viro, su amigo tullido que se suicidó. Veía a Viro también, allí a su lado, inmóvil. Todo se mezclaba. De pronto, pasó a ver por el aire, frente a él, unas tortugas gigantes. Las veía como las había visto años atrás en un zoológico, durante un viaje a Hamburgo, cuando tomó un tranvía sin saber adónde ir y acabó en el zoo de un barrio remoto.

—Fer, no sé qué me pasa, veo cosas raras. Se me va la cabeza.

—Yo tengo más miedo aún, Humberto.

Ansiaba Humberto poder ligar sus pensamientos con coherencia y ansiaba a la vez que la ansiedad pasara. El corazón le latía con tanta fuerza que podía oírsele. Que hubiera un momento de paz, por favor, un solo instante en que pudiera decir: «Basta. No lo sé». Y los dejaran irse. Pero cuando iba a caer en la inconsciencia, oyó a Fernando:

—Pronto te encontrarás con Mina.

—No, Fer, no digas eso.

Lo oyó de boca de Fernando, pero en realidad ya lo había pensado él. Era increíble. Si moría, iba a morir apenas unas semanas después que Mina. Unidos también hasta en eso. Le vino de golpe el fogonazo de un recuerdo: años después de aquella vez en que se acostaron, él le preguntó si lo había hecho también con otros. Ella se dio la vuelta para irse, pero antes de dar un

paso se giró y le dijo: «Eres muy curioso. Eso no es de tu incumbencia». Y se marchó enfadada. Fue la última vez que hablaron a solas y de algo que no fueran trivialidades.

—Nos encontraremos los dos con Mina y Jorge —dijo Fernando de nuevo.

—No, calla. Confía en mí, como juramos junto al Mausoleo de Moore.

—No puedes hacer nada, Humberto. Te lo suplico, deja de hablar así. Me duele todo el cuerpo. Dios, ¿qué pasara ahora? Me angustia no saberlo.

—Piensa en otra cosa, Fer. Inténtalo.

Fernando, recordando el libro de la guantera del Austin, hizo un esfuerzo.

—¿De qué habla el libro? —preguntó.

—¿Qué libro?

—El libro de la guantera, ¿de qué trata?

Humberto tuvo que concentrarse en esa pregunta inesperada.

—De Chéjov —fue el primer nombre que se le ocurrió.

De Chéjov, el ruso Chéjov. Fernando nunca había leído a Chéjov. Se echó a llorar. Lloraba porque nunca había leído a Chéjov, iba a morir y no lo había leído. Y lloraba también porque Jorge tampoco lo había leído.

—Serénate, Fer. Te sale sangre por la boca.

—Tengo miedo. Tenemos la cara destrozada, Humberto. Ya no somos nosotros.

—Ya verás como nos sueltan, te lo prometo.

—Seguro que no lo harán.

Devastación. Sin Jorge, ya no irían a Rusia juntos. ¿Qué estaría haciendo su tío Ramón ahora? Tal vez se había muerto hacía meses. O ahora mismo. ¿Por qué no ahora mismo? Se imaginó Fernando que el tío heroico al que tanto adoraba Jorge se hubiera muerto en Moscú a la misma hora que su sobrino. ¿No sería la cosa más triste del mundo?

—Calla. Oigo ruido.

Se quedaron petrificados unos largos minutos mientras los crujidos y los ruidos aumentaban y disminuían su proximidad al otro lado de la puerta. Alguna palabra dicha a medias allí fuera los sobresaltaba, aunque solo era audible su respiración profunda y agónica.

—¿Crees que nos vigilan para ver qué decimos?

—No creo, pero pueden entrar en cualquier momento.

—No quiero que entren, Humberto —lloraba amargamente Fernando, balanceándose de un lado a otro.

Desde que se conocieron, aunque eran tan diferentes como lo pueden ser dos personas, siempre habían tenido la idea de que eran la mitad uno del otro, una unidad que ahora culminaba en ese momento de su historia en que, apoyados hombro con hombro, tal vez no vieran amanecer.

—Quizá sea una tortura psíquica, tenernos aquí —dijo Humberto.

Fernando se retrepó contra la pared para evitar una tos dolorosa. Luego volcó su cabeza sobre el hombro de Humberto.

—¿Sabes cuántas horas estuvieron en la Luna los del Apolo 17?

—¿De qué hablas, Fer? ¿También tú alucinas?

—Setenta y cinco horas. El periodo más largo que se ha pisado la Luna sin interrupción. Setenta y cinco. Me lo dijo Jorge ayer.

—Resistieron.

—Si nos matan, no habremos hecho nada en la vida.

—No digas eso, Fer.

—Nunca te he hablado de Lucía.

Cuando, después de haber visto la película en el cine del Casino, caminaban en silencio por las calles de Biarritz, Fernando había tenido la intención de revelarles a sus amigos que salía con una chica propietaria de una *boutique* en la calle Fonseca, que le gustaba, que era independiente y con la que se había acostado en la casa que ella tenía, porque vivía sola. Habría querido hacer muchas cosas con ella. Ahora, con los párpados cerrados por los golpes, veía claramente su cara volviéndose hacia él, aquella boca ancha pronunciando su nombre, aquella sonrisa, la mirada, la línea del cuello salteada por cabellos rubios. Ninguna mujer tenía esa línea del cuello. Pero, aunque se había muerto de ganas por contarles cómo era la chica en la que no podía dejar de pensar, dio por sentado que luego habría ocasión de concretar más detalles sobre Lucía, quizá durante la cena.

—No nos has hablado de Lucía.

—¿Oyes eso? Oigo pasos. Humberto, nos van a matar.

Adiós a la suerte, la que tuvieron un año antes en El Ferrol. Por un instante, ambos revivieron el momento de los disparos del 10 de marzo del

año anterior, cuando la Policía Armada disolvió a tiros una concentración de obreros de la construcción naval. Mataron a dos obreros y hubo varios heridos de bala. Fernando y Humberto estaban allí por solidaridad y se habían unido a la protesta. Se libraron por los pelos. Los muertos cayeron a su lado. No les alcanzó la refriega de milagro. Ahora, en cambio, la suerte les daba la espalda. Sin pensarlo ni un segundo, se cambiarían por el borracho de la segunda discoteca, con tal de no estar allí.

—Calla. Oigo ruido ahí en la puerta.

De repente, en el zulo, ante aquella inminencia, los dos amigos se agarrotaron por el miedo, el miedo incontrolable que había hecho temblar a Fernando todo el tiempo. Humberto, con la respiración acelerada, intuyó — también repentinamente— que pronto dejarían de existir.

Isabel Fouz, pese a la infusión relajante, no pudo volver a dormirse y siguió dando vueltas en la cama durante horas, sin poder evitar el temor latente de que el teléfono podría sonar de un momento a otro. Lucía Tuy, por su parte, estuvo echada en el sofá en un duermevela hasta el amanecer. Entonces, como si una telilla hubiera cubierto sus ojos, se durmió profundamente y soñó, como solía sucederle, con trenes que iban y venían. Cuando despertó, ya había pasado todo.

22

Después de hablar con Hueso, Txikia había vuelto a descolgar el teléfono para llamar a Monzón desde el Capitaine Lagarde. Peixoto, Iñaki, Mamarrú y Txomin, la *biltzar* al completo, estaban con él. Metido ya en la cama, el viejo Monzón se disponía a apagar la luz de la mesilla después de haber leído algunas páginas de san Ignacio como hacía cada noche. El sonido lejano del teléfono fuera del dormitorio lo alarmó, dado lo intempestivo de la hora, pero no despertó a su mujer. Tuvo que ponerse la bata y las zapatillas para ir hasta el salón donde estaba el aparato. Cuando por fin lo cogió, al principio la voz de Eustakio le relajó el ceño, pero enseguida le preocupó oírle decir que tenía que ir a verlo a su casa inmediatamente.

—No son horas —repuso instintivamente, sin saber aún cuál era el motivo de su llamada—. ¿No puedes esperar a mañana?

—Lo siento, Telesforo —dijo Txikia—. Siento mucho despertarte, pero creo que es mejor que vaya a verte ahora.

—Si es inevitable...

Lo era. Quince minutos después, Txikia y su lugarteniente Mamarrú estaban llamando a la puerta de la Domine Baita, la casa de Telesforo Monzón en la rue Garat. Abajo, en el Chrysler que les había prestado uno de los dueños del Capitaine Lagarde, se había quedado Peixoto. Ezkerra, por su parte, no quiso ir con ellos. Él y Txomin prefirieron irse a sus casas y aguardar allí. Si pasaba algo grave, ya los avisarían, pero sabían que Txikia se valía él solo para tomar las decisiones necesarias.

Les abrió el propio Monzón. Txikia le puso en antecedentes de lo ocurrido con los policías que habían descubierto Hueso y los demás.

—No me cuentes esas cosas —protestó Monzón, esquivando la mirada—.

¿De qué te sirve que yo las sepa? Yo estoy para lo que estoy.

—Escucha, es que tal vez sea peor de lo que pensamos. Hay que conocer lo que saben en Madrid de nosotros y de lo que estamos montando. Peixoto piensa lo mismo.

—No me gusta que coincidas con él, pero en fin...

—Si vengo a verte, es por lo de la *etxebarne*. Avisarte de que he dicho que los lleven allí.

—Ah, vaya.

—Yo voy a ir a ver qué sacamos en limpio de esos tres policías o lo que sean, porque me da en la nariz que tal vez querrían comprar delatores, pagar confidentes y, bueno, hacer un poco las aguas turbias. Ya sabes cómo se las gastan los policías de Carrero.

—Ya. ¿Y no les han hecho hablar?

—Desde luego, a esos tres ya les habrán zurrado. Veremos qué panorama hay en la cuadra.

—¿Y por qué no los han dejado marchar y santas pascuas?

—Eso es lo que pensaba yo, pero aún no lo sé, lo voy a averiguar en tu caserío. Me dice Hueso que esto es serio.

—En fin. Espérame unos minutos. Voy con vosotros.

Poco después, embutido en su gabardina y su boina, se reunía con ellos para ir hacia la «cuadra».

Llamaban la «cuadra» a la casa que tenía Telesforo Monzón en Chantaco, en la carretera entre San Juan de Luz y Ascain. Era una casa de campo un tanto apartada y lúgubre, por antigua. También la llamaban la *etxebarne*, la casa interior. Visto desde muy arriba, el perímetro cuadrangular de las dos hectáreas del caserío podía parecer un insectario de entomólogo. Limitado el recinto ya de por sí por un murete de media altura, se podía observar, como en los insectarios, una celda grande para la casa, otra celda para un estanque hecho de una extraña forma ovalada, otra celda para un galpón de herramientas y cachivaches, otra celda rectangular para un huerto a su vez parcelado, otra celda para un bosquecillo de frutales, otra celda para la fosa séptica y otra alargada para el camino empedrado que llevaba desde la entrada del terreno hasta la trasera del caserío. Un damero irregular y arbitrario, el conjunto.

Txikia y Mamarrú conocían bien el lugar. Para la Organización, de acuerdo con su dueño, era un lugar de paso, usado como escondite cuando se requería, pero también como sitio para el adoctrinamiento ideológico y el depósito de armas. Sin embargo, algunas veces tenía otros usos. En más de una ocasión habían llevado allí a quienes consideraban delatores, identificados como tales o sospechosos de serlo. Había ocurrido con uno llamado Joseba de Portugalete, al que Mamarrú y Apala dejaron cojo de por vida. Estaba probado que un *bikotehabía* caído en la frontera por un soplo de aquel individuo a sueldo de la policía española. Otro caso fue el de Arsène Cordial, un mecánico de tractores de St-Jean-Pied-de-Port al que llevaron a la cuadra para simular una ejecución como escarmiento por haber robado armas de la Organización y tratar de revenderlas en el mercado negro. Se cagó encima cuando oyó amartillar la pistola. Lo soltaron en una cantera y amenazaron con matar a toda su familia si se iba de la lengua. Ninguno de los dos olvidó la lección y ambos desaparecieron de la zona al cabo de pocos días. En la cuadra también tenían lugar reuniones de algunos etarras de nivel alto, presididas por Ezkerra. A esas reuniones a veces asistía Monzón.

El Chrysler, conducido por Mamarrú, enfiló por una pista forestal flanqueada por una hilera de plátanos muy nudosos. Al cabo de aquel paseo de plátanos, el camino, bastante embarrado, torcía a la derecha y no tardaba en aparecer el murete de la finca y la portalada enrejada. En esa ocasión estaba abierta de par en par y el coche entró sin aminorar la marcha.

A medida que se acercaban a la casa por el camino de grava, vieron los dos coches en la oscuridad, el Renault y el Austin, en un terraplén muy cerca de la puerta.

La casa carecía de elegancia; en todo caso, pasaba por ser de una ruralidad tosca, con paredes blancas, gruesas y desconchadas. Era una construcción de piedra y mampostería, con tejado a dos aguas, una planta superior y varias ventanas arriba y abajo; los postigos, de color rojo granate, estaban casi siempre cerrados. En uno de los laterales se alzaba, apagada esa noche, una chimenea de ladrillo. Había uno o dos cuartos estancos en el sótano, excavados debajo de donde alguna vez, antes de que Telesforo Monzón comprara la propiedad, hubo una cuadra —de ahí el nombre que le daba todo el mundo—, pero los Monzón nunca tuvieron allí animales, y si alguno hubo al

principio, los vendieron enseguida. Los compartimentos eran zulos donde a veces se escondían armas o los propios etarras, si era preciso, aunque Monzón decía que eran cuartos para bodega y despensa.

Los alrededores de la casa estaban a oscuras; la rodeaban unos manzanos frondosos que a esa hora de la noche no eran más que masas negras y movedizas. Muy cerca de esos árboles negros había un pequeño huerto, ahora anegado por la lluvia de todo el día, que cuidaba el guardés de un caserío cercano. Peixoto, que conocía bien la zona, miró hacia esa parte y, como si su mente se adelantara a los acontecimientos, descartó que aquel fuera un buen sitio para hacer un hoyo.

Poco menos de tres cuartos de hora antes, el grupo de Hueso había pasado por allí llevando a los jóvenes gallegos por esa misma pista forestal. También habían visto las masas negras del arbolado y el troquel lineal de la casona. No habían tomado demasiadas precauciones, ya que no había riesgo de que la policía francesa averiguase si ocultaban algo sospechoso en los maleteros; en esa época apenas hacía controles en las carreteras, a lo sumo los gendarmes montaban alguno cerca de la frontera y siempre a la caza de conductores excesivamente ebrios. A Hueso y los suyos no les preocupó, por tanto, ir de Mayarkoenia a Chantaco en las condiciones en que llevaban los coches, estaban seguros de que no se encontrarían con ningún gendarme que los parase y les pidiera abrir los maleteros. Por otra parte, el trayecto era muy corto.

Dejaron el cadáver de Jorge en el maletero del Austin, bien tapado con unas mantas que El Ruso había sacado de la casa. Basacarte arreó un empujón a Fernando, a quien se le hacía un mundo mover las piernas, para meterlo en el interior y conducirlo hacia el zulo, pero antes le mostró el cuerpo de Jorge muerto. Apenas se veía un bulto parduzco que emergía de lo invisible en la oscuridad del coche. No obstante, aquel descubrimiento lo cogió tan desprevenido que sintió un escalofrío y todo en su cabeza se volvió etéreo e irreal, más irreal aún de lo que ya le parecía, si eso era posible. «Mira cómo duerme tu amigo. Se le han pegado los párpados», le dijo Basacarte, pero a Fernando, incapaz de serenarse, luego le costará recordar si fueron esas u otras las palabras exactas. Una vez en el caserío, los encerraron juntos en uno de los zulos de la parte de abajo mientras esperaban a Txikia.

En el aire había un leve aroma a tierra mojada y a humo de leña de las chimeneas vecinas. El terreno que circundaba el caserío tenía partes que eran un auténtico lodazal. No se veía nada dos pasos por delante. No habían encendido la luz exterior. Al ver llegar el coche, los de la casa apenas habían abierto los postigos y, por tanto, la luz de dentro —escasa, ya que solo habían encendido dos lámparas de gas en el salón— no se escapaba por las rendijas. Txikia fue el primero en bajarse del Chrysler. Hueso y Casero lo reconocieron enseguida. Este último le dijo a Basacarte que eran de los suyos y, al ir este a abrirles la puerta, como llevaba todavía la pistola en la mano, Casero añadió en voz baja:

—Guarda el hierro.

Entraron en la casa. El último en hacerlo fue Monzón, incómodo por verse en aquella tesitura. Durante unos instantes no se movieron. Luego Basacarte encendió la luz general. Hueso y Txikia se dieron un abrazo, el resto se estrechó la mano y se pronunciaron leves *kaixos*. Monzón no hizo nada de eso.

—Tienes la camisa manchada —observó Peixoto a Hueso.

—Es que esos son duros de pelar —replicó con su habitual gruñido.

Dentro de la casa había de todo, pero sin gusto ni abundancia. Los Monzón iban por allí de vez en cuando y no se molestaban en lujos. Tenían lo justo, dentro de un orden. No era una casa de recreo, aunque algún verano habían usado el estanque como piscina e invitado a los vecinos de los caseríos circundantes, quienes se pasaban la tarde entablado conversaciones políticas hasta muy entrada la noche. En invierno, en cambio, el lugar languidecía y le daban otros destinos. En la cocina había un poco de barullo en la loza y en los cacharros, todos distintos, y escaseaban los víveres, la mayoría a base de conservas, quesos, sopas de sobre, botes de legumbres, botellas de leche y cosas por el estilo. Las habitaciones no eran nada cómodas sino muy húmedas y frías; en ellas apenas había un armario, unas sillas y unos camastros con colchonetas de gomaespuma. Todo tenía un aire provisional y aleatorio. En el salón, se veían sobre las mesas revistas atrasadas. Algunos cuadros de tema vasco y algunas fotos de Monzón en el gobierno de Aguirre, más un gran retrato de Aguirre mismo, adornaban las paredes. En un extremo de la mesa del comedor destacaba el único teléfono de la casa, de baquelita y anticuado.

—No te dije que uno estaba herido —soltó Hueso a Txikia.

—¿Estaba?

—Ha muerto —se adelantó Basacarte, sin dar más explicaciones.

Al oírlo, Monzón se quedó lívido y debería confesar que en cierto modo se asustó. Pero, aunque pensó que aquel era un muy mal asunto, no quiso ser demasiado agorero cuando advirtió:

—Lo malo de los muertos es que hay que enterrarlos, muchachos.

Txikia, callado, bajó la mirada y se preguntó cómo habría ocurrido, pero enseguida fue consciente de que era absurdo tratar de averiguarlo, eso no conduciría a nada, habría sido un accidente y no tenía sentido buscar culpables del error. No obstante, rehuyó la mirada de Hueso.

Peixoto, lejos de suponer que aquello fuera un error, apoyó una mano en lo alto de la pared y se llevó la otra a la barbilla, para luego decir con su voz nasal, monótona y convincente:

—Entonces nos quedan dos.

—¿Dónde lo tenéis? —preguntó Txikia.

—En el maletero de su coche. Tapado.

—Pobre desgraciado. No es sitio muy cristiano —dijo Monzón.

—No empecemos con beaterías —replicó Peixoto—. El muerto no se va a cabrear. Puedo garantizarlo.

Txikia no se inmutó, conocía la vieja pugna entre ellos. Excéntrico, distante, crudo en sus comentarios, Peixoto eludía lo amistoso, el trato emocional. Él gelatinaba las relaciones, por así decir, las volvía viscosas. Esquivo para todo, huía especialmente de las miradas directas y de las fotografías, quizá por saberse feo y ser tuerto y caérsele un poco las mejillas. Odiaba a los del PNV, aunque no tanto como al Estado español. Este era el enemigo, los otros ya lo serían cuando tocara. Con Monzón, a quien consideraba un santurrón con el colmillo retorcido, se llevaba francamente mal, y ninguno de los dos disimulaba su recíproca animadversión. Les unía la causa y a eso se ceñían. Entre ellos hablaban poco, pero se lanzaban puyas. Peixoto, sin embargo, tenía fuerza moral en la Organización, era un «pluma», como llamaban a los ideólogos. Para Txikia o Ezkerra era como una sombra sinuosa que se interponía entre los demás y empalidecía el ambiente, forzando voluntades con el solo esfuerzo de aplicar una lógica incontestable. Arrastraba a decisiones comprometidas. Como jefe, era escuchado, pero no querido.

Monzón protestó de nuevo, inútilmente. Dejó claro que él estaba para otras

cosas —nunca las especificaba—, que no quería verse involucrado en ese asunto y menos aún que sucediera en su casa.

—¿De qué vale protestar? —le atajó Hueso con otro gruñido—. Lo hecho, hecho está. Apechugamos con ello y vamos hasta el final.

—Estoy de acuerdo con Tomás —medió Peixoto—, es lo que yo decía: quedan dos. Saquémosles el jugo. No perdemos nada por avanzar y ver hasta dónde llegamos. Ya puestos, así sabremos qué son y qué saben. Seguro que mienten. A los *txakurras* los preparan para esto.

Se demoraban en bajar a verlos. Parecía que temieran afrontar aquel momento. Evitaban hasta darles un rango humano. Hablaban de los jóvenes como «el paquete». Las dudas eran si enviar «el paquete» o no enviarlo, lo cual significaba echar al aire el cara o cruz de una ejecución.

Menos El Ruso y Pruden, que estaban en el sótano, sentados en un peldaño de la escalera con el oído puesto en los de arriba, los demás se reunieron en el salón de la casa, pero solo Monzón y Txikia se sentaron en el sofá.

Basacarte conjeturó directamente si después de sacarles la información no sería mejor dejarlos malheridos, pero con vida.

Hubo un silencio. Aquel era un atolladero del que había que salir sin mancharse más de lo necesario, como al cabo explicó Monzón.

—Un atolladero donde os he metido yo —se lamentó Hueso, dispuesto a aceptar toda la responsabilidad—. Pero es que al principio pensé que la suerte nos había sonreído —se refería a su encuentro con los jóvenes en La Licorne—. Tres policías tan al descubierto y aquí, lejos de su terreno... Lo vi como un golpe de suerte para poder sonsacarles. Y de paso, vengarnos por los nuestros.

—Un arma de doble filo, Tomás, no seas ingenuo —le reprochó Txikia—. La cabeza siempre muy fría.

—Pues claro. Lo sé muy bien. Pero preferí jugármela: ir a por ellos y desenmascararlos. Tarde o temprano tenía que pasar. En cambio, ahora...

—Dejémonos de idioteces —lo interrumpió Peixoto, encogiéndose de hombros—. Si ya no podemos empezar desde cero, mejor seguir.

Txikia se tocó el rostro. Había vuelto a temer que le hubiera cambiado la cara y que los demás se darían cuenta de que se parecía a alguien distinto a él, sin ser él. Enseguida abandonó ese pensamiento que le había obsesionado

estúpidamente todo el día. Echó una mirada a Mamarrú, quien, como un perro leal a la espera de que le tirasen algo para correr tras ello, no apartaba los ojos de su jefe, al verlo inseguro y un poco ausente.

—Tienes razón —adujo Txikia, nuevamente centrado—. Hay que obligarlos a hablar.

—No tenéis hijos —dijo Monzón—. Se nota.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Peixoto, dispuesto a saltar enseguida.

—No sé. Se os nota. No sabría decir por qué. Quizá es vuestra mentalidad. Los que son padres lo piensan todo más.

—Marean la perdiz, vamos —repuso Peixoto—. Pero aquí no hay que pensar tanto.

—Voy a llamar a Iñaki y acabemos de una vez —resolvió Txikia.

El teléfono del caserío de Monzón era seguro. Ezkerra, informado por Txikia, solo preguntó qué podría pasarles a ellos si dejaban a los dos jóvenes con vida.

—No los podemos dejar. Por *Ogro*.

Fue Peixoto quien lo dijo aunque todos lo intuían. Y después de una pausa, añadió una explicación: tendrían que ocultar los cadáveres.

Uno o tres policías muertos, eso daba igual, siempre levantarían sospechas. Tal vez empezarían sospechando de delincuentes comunes, pero acabarían en las causas políticas y ahí entraban de lleno ellos, la propia ETA. Sospechar de la Organización traería una ola muy perjudicial de represión, bajo la forma de más confidentes, más chivatos, y más leña en las cárceles y en las familias. Les recordó lo que había ocurrido después del secuestro de Huarte, cuando los frieron a detenciones y palizas. Ahora sería peor, el control se volvería tan insoportable que impediría llevar a cabo su mayor plan. Y con ese plan se lo jugaban todo. *Ogro*.

—Hay que salvar lo de Madrid como sea —concluyó—. Ahora creemos que nadie se espera un golpe como el de *Ogro*, pero ¿y si estamos equivocados?

—Lo cierto es que, si cazan a los de allí, los de aquí estamos acabados —dijo Txikia.

—Hemos de mantener a las fuerzas represoras en la creencia de que solo

damos golpes a bancos y a comisarías —prosiguió Peixoto—. Hoy suponemos que en Madrid no imaginan un golpe tan fuerte, pero estamos montando un tinglado muy gordo sin conocer siquiera si ellos, en cambio, están al tanto de lo que hacemos. Yo nunca menosprecio al enemigo.

—En resumen —dijo Txikia—, no hay que levantar la liebre.

—Si no los matamos y van a la policía francesa, dirán que fuimos nosotros —habló Hueso.

—No saben quiénes somos nosotros —adujo Basacarte—. Lo que es por nosotros, no han oído ni una palabra de la Organización.

—Y dale que te pego con el tema. Que lo digan. ¿Qué nos importa? Nuestra lucha es justa, joder —alzó la voz Casero—. Y de paso, los nuestros verán que nada nos detiene hasta la liberación de Euskal Herria, que seguimos un norte. Yo es por eso por lo que lucho.

—*Entzun*, si dejamos con vida a esos dos —insistió Peixoto—, le contarán todo a la policía, dónde estamos, quiénes somos, y si no lo saben, con las pistas que le den a la policía, esta atará cabos, les mostrará fotos, qué sé yo... Y luego está Maitane. Si está ya de su parte, vamos listos. Los ayudará como una *txakur* más. La policía, la de aquí o la de allá, buscará una manera de jodernos.

—¿Se atreverían? —preguntó Txikia, mostrando una ligera vacilación impropia de él.

—Quién sabe. Pero no les pongamos a prueba ahora, con lo de Ogro en marcha.

—La jodida Maitane nos va a dar la noche —dijo Basacarte.

—Por mí —dijo Hueso—, lo que yo haría, tal como están esos tíos ya, sería darles más palos y luego, vivos o muertos, vemos qué hacemos. Al fin y al cabo, lo tienen merecido. No son turistas extraviados, hostia, que estos sabían dónde metían las narices...

—Abajo, si les apretamos las tuercas, algo sacaremos, estoy seguro —Peixoto se alejó hasta un aparador con algunos libros desvencijados y puso de canto uno que estaba boca arriba. Era *Papillon*, de Charrière. No lo había leído. Entonces, sin levantar la mirada del libro, preguntó—: ¿Qué dice Iñaki?

Ezkerra aguardaba al otro lado del hilo. No había colgado y escuchaba las palabras de Peixoto a través del auricular que Txikia sostenía en la mano. Se pronunció usando a este como portavoz suyo.

—Iñaki dice que hará lo que diga Telesforo.

Monzón, viéndose entre la espada y la pared, se limitó a pronunciar una especie de sentencia salomónica:

—Oye, son *txakurras*. Aceptaré lo que digáis.

Bajaron finalmente todos al sótano, menos Monzón, que se quedó dando pasos lentos de un lado a otro por el piso con las manos atrás y aún con la gabardina puesta.

Abrieron el zulo y los sacaron para interrogarlos en el mismo sótano. Peixoto, después de echarle un vistazo a Humberto y a Fernando, fue el único que habló para decir que lo más conveniente era acabar cuanto antes.

23

Fuera del zulo les quitaron la cadena que los unía por el brazo. Luego se lanzaron sobre sus cuerpos desvalidos y tumefactos. No todos. Peixoto y Txikia se quedaron en segundo plano, observando con inconveniente repugnancia. Para hacer sitio, El Ruso y Pruden apartaron una mesa de madera llena de polvo, lo cual dejó al descubierto varias sillas plegables apiladas junto a la pared. Detrás, en una estantería rudimentaria, había muchos botes de pintura y brochas y cubos de plástico, también bobinas de cuerdas y cadenas enrolladas con eslabones de distinto grosor.

Casero y Basacarte asieron por las axilas a Humberto para sentarlo en el suelo del sótano junto a la caldera apagada. Fue un movimiento mecánico y preciso, el traslado de un «paquete». Hueso y Mamarrú hicieron lo mismo con Fernando, pero a este lo sentaron en una de las sillas plegables. Sería el primero. Le ataron las muñecas por detrás del respaldo. Mamarrú, mientras lo ataba, tocó por casualidad los botones de la camisa. El tacto de lo nacarado siempre le daba repelús, así que con un movimiento brusco se los arrancó.

Aquello agobió aún más a Fernando, a quien se le empezaron a mover sin control los músculos de la cara, hipernerviosos y gesticulantes. El resto de su cuerpo, por ejemplo las extremidades inferiores, la pelvis, incluso las manos, se había abandonado a una parálisis rígida que, en otro momento y en otro lugar, sería muy preocupante. Incapaz de pensar, necesitaba salir del error en que él mismo se encontraba, un error llegado de la nada que se había convertido en un tipo de adivinanza incomprensible y oscura, un error que lo enloquecía desde hacía horas.

El otro, Humberto, con la cabeza apoyada en la chapa de la caldera, cerró los ojos, los volvió a abrir y los volvió a cerrar. Se sentía agotado. La boca se le había impregnado de un sabor a sangre (debió de haber perdido una pieza

dental por alguno de los puñetazos). Sentía agarrotados los músculos, no la mente, que corría a una velocidad distinta y en paralelo a la realidad. Intuía que nada de lo que pudiera hacer ya sería suficiente para que todo aquello acabara. Un pinchazo en el vientre, a la altura de la boca del estómago, le recordaba que aquella era la puerta por la que el dolor entraría y se cebaría aún más en él; ese pinchazo agudo propio de la rotura de un órgano se iba a convertir en el protagonista principal de una obra de dolores múltiples por todo el cuerpo. Solo concebía abrir la boca para quejarse.

Luego Hueso bajó del estante superior una caja de herramientas y vació su contenido encima de la mesa. Las herramientas se desperdigaron por la superficie emitiendo un ruido breve y excesivo.

Volvieron al salón de la planta baja Txikia, Peixoto, El Ruso y Pruden. Abajo, Basacarte, Hueso, Casero y Mamarrú harían el trabajo. Se bastaban los cuatro.

Una vez fuera del sótano, todos callaban, deseando en el fondo no tener que estar allí. Peixoto se acercó al mueble donde había dejado *Papillon* y volvió a coger la novela para hojearla de pie. Monzón, sin parar de frotarse las manos mientras seguía dando vueltas por la casa, cruzó una mirada grave con Txikia. Para Monzón, Txikia carecía de inteligencia, pero abundaba en una elemental perspicacia que le merecía el máximo respeto. Los robos de Hernani y el secuestro de Huarte, obras de Txikia, le habían despertado un entusiasmo rejuvenecedor.

Ninguno de los cuatro se sentó ni se quitó el anorak o la gabardina. La mayoría fumaba y el humo de los cigarrillos inundó la estancia hasta crear una neblina irrespirable. En un momento dado, Monzón fue hasta el interruptor general y apagó la luz. Solo llegaba por la escalera el reverbero de la luz blanca del sótano. «Mejor no verse», pensó Peixoto devolviendo el libro a su lugar sin haber leído ni una línea. A oscuras, quizá alguno echó un trago de una botella de vodka abierta.

Basacarte, en el sótano, se figuraba que Idoia habría hecho lo mismo que él iba a hacer con aquellos hombres, lo cual le espantaba las dudas que lo acosaban. Y si no lo hubiera hecho, desde luego lo habría aprobado. Con saña,

además, porque Idoia, a la hora de odiar, odiaba todavía más que él, odiaba con integridad. Aquellos dos hombres, por no contar al tercero ya fiambre, eran el enemigo. Lo que él estaba haciendo, lo estaba haciendo a su pesar, como *gudari* que era. Así se lo habían adoctrinado en los encuentros. Esos bastardos de policías, en condiciones similares pero a la inversa, no dudarían ni un segundo en darle matarile a él o a sus compañeros, así que mala suerte para esos policías en el reparto de papeles. Una guerra, como había dicho El Ruso antes. De acuerdo —argüiría Idoia si hubiera estado allí a su lado—, no era agradable hacerlo, pero era inevitable, y a él le tocaba cumplirlo. Se dejaba poseer por ese bizarro argumento cuando Hueso asestó el primer martillazo en la rodilla de Fernando. El aullido que dio el joven no distrajo a Basacarte de sus pensamientos. Ni pestañeó.

Su Idoia también había estado muy templada después de que él le hubo contado lo de Huarte. Poco faltó para que le metieran un tiro en la cabeza en la vieja mina de Itsasondo donde lo llevaron secuestrado. Fue justo el día que lo iban a liberar, hacía apenas un par de meses. Al final, quien tuviera que pegarle el tiro no lo hizo, por las razones que fueran —precisamente eso era lo que le explicaba Basacarte a su novia Idoia—, pero si se lo hubieran encargado a él, no habría dudado en meterle una bala en el cráneo a aquel capitalista opresor de los trabajadores vascos. Había hecho propia la consigna de que el mejor patrón era el patrón colgado. Luego llevaron a Huarte a Irún y lo soltaron. Idoia, exaltada, le dijo que ella habría hecho lo mismo, que habría apretado el gatillo sin titubear. «Le habría puesto la capucha y, ¡pum!, entremedias de los ojos.» Eso fue lo que le dijo su Idoia.

Primero Hueso y Mamarrú torturaron a Fernando, después Basacarte y Casero torturaron a Humberto; lo hicieron entre las 4.15 y las 4.55 de la madrugada; lo hicieron de manera violenta, decidida y exacta. Pensaron despojarlos de la ropa, pero finalmente desistieron. En aquel sótano no les pegaron como en la playa, sino que fueron severos y fríos en su proceder. Aquí se turnaban en la faena, sudaban, recibían pequeñas salpicaduras, se les disparaba la adrenalina, pero no se inmutaban.

Sobre Isidro Garalde, *Mamarrú*, se decía que hacía honor a su apodo. Era un *mamarro*, un duendecillo del hogar. Su aspecto físico, por estatura y rostro,

recordaba al de esos ambiguos duendes de las leyendas. Los *mamarros* también eran malévolos y traviosos. Y podían ser criaturas ásperas y muy crueles. En la Organización, Mamarrú, pese a su juventud —había nacido en Ondarroa en 1951, pero aparentaba más edad por su mirada sombría y su rostro rudo de marino viejo—, tenía fama de duro, cuando no de psicópata, porque nada le causaba compasión. Era, junto con Apala, de los etarras más peligrosos. Txikia también lo llamaba «el Chico» y lo usaba de guardaespaldas y lo acompañaba dondequiera que fuera. No se le conocía profesión fuera de las balas, salvo los estudios elementales. Formaba parte del frente militar de ETA desde que cuatro años antes entró en la Organización. En esos años, se había hecho un experto en explosivos y en todo tipo de armamento. Montaba y desmontaba pistolas con habilidad. Siempre iba con una Star del 9 metida entre la ropa, sintiendo bien las cachas, pero nadie sabía si en realidad la había usado. Tozudo, obsesivo, incapaz de cambiar, Mamarrú era un *abertzale* fanático tan irreductible como Hueso, con quien congeniaba y hablaba a menudo. Por su dureza, a veces le encargaban el adiestramiento de los etarras recién llegados. Nadie sabía lo que Mamarrú pensaba en su fuero interno. Su timidez o su introversión lo volvían muy reservado e imprevisible. Ejecutaba todo lo que le pedía Txikia. Monzón lo consideraba un guerrillero desalmado, pero *de los de casa*, como solía decir. Para Peixoto era un apéndice de Eustakio, solo eso. Ahora el guerrillero se concentraba como un mecánico en ponerle a Fernando una bolsa de plástico en la cabeza y sujetarle la nariz para que no se sacudiera mientras lo asfixiaba.

A menudo Basacarte había sentido un estremecimiento al pensar en las torturas que le habían contado otros como él. No olvidará el día en que, en un curso de adiestramiento, les hablaron de las que practicaba la policía española. Les dijeron que ellos tenían que hacer lo mismo. Para fortalecerse, en la Organización les obligaban a prepararse contra la tortura torturándose unos a otros. Desde luego, no llegaban a ningún umbral insoportable, pero sí procuraban resistir el mayor dolor posible. Eso les curtía. Acabaron aprendiendo. Sabían cómo torturaban los policías europeos y latinoamericanos. También lo hacían con los delatores que caían en su poder. Les ataban los pies, los colgaban, a veces incluso boca abajo, y les golpeaban con una barra forrada en cualquier parte de su cuerpo.

Con Humberto y con Fernando llegó una ocasión de venganza por todas las torturas infligidas a otros compañeros. No la iban a dejar pasar. Por eso, estando ya medio muertos e implorantes, fueron torturados por el simple hecho de que eran policías. El odio, unido al turbio placer de causar terror, los empujaba y les daba una justificación. Compartían, además, la paranoia de que Pepe el Gordo, como llamaban a José Sainz, el Jefe Superior de Policía de Bilbao, les quería infestar Iparralde de gentuza como esos tres. Así que escarmiento.

Metódicamente, en aquel sótano, utilizaron la bolsa de plástico y las herramientas que Hueso había volcado sobre la mesa: un martillo, unas tenazas y un destornillador. Su aplicación podía causar alaridos y desmayos y nuevos alaridos y nuevos desmayos.

No había más que un objetivo: sacarles verdades útiles. Humberto y Fernando apenas si oían ya lo que les preguntaban, y menos aún lo entendían, dado el mal estado en que se hallaban. Las primeras preguntas buscaban que incurrieran en alguna contradicción y fueron acerca de los datos que figuraban en sus carnés de identidad. Les preguntaban por el nombre de sus padres, por el número de su calle o de su piso, por las calles cercanas a su calle, y volvían una y otra vez a repetir las preguntas. Les preguntaban por cosas corrientes, como la marca y color de su coche, su plato favorito, si tenían novia y cómo se llamaba, la dirección de su trabajo, y luego empezaban de nuevo, por otro orden: trabajo, plato, novia, coche.

Los padres de Fernando se llamaban Rosario y Jacinto. Hueso le dijo a Fernando que eso no podía ser. Fernando, desconcertado y dolorido, insistía en que esos eran sus verdaderos nombres. Hueso se lo negaba, ahora más tenso. Fernando juró que se llamaban así. Hueso le dio un martillazo en la rodilla. Fernando juró de nuevo entre llantos. Hueso lo negó y lo llamó mentiroso. No podían llamarse así porque así era como se llamaban los suyos, Rosario y Jacinto. No concebía Hueso que sus padres pudieran tener el mismo nombre que los de un *txakurra*. Había supuesto que se trataba de una estrategia de la policía, para minarlos. Querían confundirlos hasta con el nombre de los padres, los muy hijos de puta. Se enrabietó por ello y Mamarrú lo contuvo y lo apartó de la silla. Entonces Mamarrú empezó otro interrogatorio.

¿A cuántos seguían en Madrid? ¿Qué sabían de lo que hacían ellos allí?

Nada. Silencio, súplica, qué ellos.

¿Qué sabían de ETA?

Nada. Silencio, un golpe, dos.

¿Estaban casados? ¿Tenían hijos? ¿Dónde vivían? ¿En la calle Arkale? La calle Arkale no existía en Irún, estaban mintiendo.

No mentían, sí existía. Balbuceo, mirada sucesivamente negativa y afirmativa, perdida.

¿Cuál era el nombre de sus novias? ¿Cómo era la seguridad de Carrero en Madrid? ¿Qué les decía el nombre de Argala?

Nada. Silencio, qué Argala.

¿Qué sabían de Wilson? ¿Qué sabían de Txikia?

Nada.

Ellos, en cambio, sí sabían que en la DGS estaban preparando algo contra ETA. ¿Qué era? ¿Qué iban a hacer?

Nada. Silencio, incompreensión, más dolor.

¿Qué departamento, qué sección era la suya, en la policía? ¿Habían reclutado a Maitane? ¿Tenía otro nombre? ¿Era de los suyos? ¿Quién era Maitane?

Silencio, desconcierto, qué Maitane.

Les pidieron que se cagaran en Franco y en su puta madre. Que se cagaran en la bandera española. Si lo hacían, les dejarían ir.

Silencio.

Si no fueran policías, lo harían.

Silencio.

Por tanto, eran policías. Basura.

Silencio, dolor, un grito ahogado.

¿Para qué habían venido hasta allí? ¿Qué sabían del zulo de Lasarte? ¿Qué sabían de Ezkerra?

Silencio.

Que hablaran, joder. Si hablaban, les llevarían a una cama y podrían dormir y entonces se acabaría todo. ¿Por qué no hablaban? ¿No querían caer en una cama?

Silencio, más desconcierto, más dolor.

¿Qué sabían en la DGS de lo que iban a hacer con Carrero Blanco?

Silencio. Todo era un error. Pero vino un aullido y una súplica que acabó en un balbuceo ininteligible.

Como no obtuvieron ninguna respuesta a ninguna de las preguntas, durante aquellos cuarenta minutos volvieron a formularlas varias veces.

Mientras tanto, en el salón de arriba todavía permanecían a oscuras y con la respiración contenida. Apenas se habían movido de donde estaban porque les llegaba un rumor constante de sonidos aislados: el chasquido de un cubo de agua vaciado de repente, el entrechocar de las herramientas, el deslizar silbante de las suelas de los zapatos por el piso, los gruñidos ensordecidos, las voces altas y agónicas, monosilábicas. A veces, también, alguna pregunta nítida seguida de un silencio roto por un murmullo o un golpe acallado sobre la piel. Todo eso penetraba en sus oídos y los paralizaba.

Monzón, que era el único que no había parado de un lado a otro, se aproximó a Txikia y le dijo:

—Querría hablar contigo.

Eustakio hizo ademán de separarse un poco del resto y de prestar atención.

—Oye, pienso que debemos mantener la dignidad. Comportarnos como salvajes no es propio de nuestra causa común.

—¿Salvajes? ¿Crees que somos? ¿Así, de buenas a primeras?

—No quiero saber qué pasa ahí abajo —dijo Monzón—, pero ya me imagino.

—Hostia, Telesforo, ¿crees que nos gusta esto? —alegó Txikia, buscando la mirada de Peixoto sin hallarla y tenso por la situación—. Nos obligan a estas cosas los propios represores. Nuestro deber moral es para con nuestro pueblo. Esa es la única dignidad, y nos manchamos en esta mierda por el pueblo. ¿Lo entiendes?

—Supongo que sí, claro que lo entiendo. Está bien, está bien. La intención es buena —repuso Monzón para no irritar a su amigo.

Los de abajo empezaban a demorarse demasiado. Monzón, impaciente, les pidió a Pruden y a El Ruso, sentados al principio de la escalera del sótano, que cerraran la puerta. No quería oír ni medio sonido más de aquellos ecos inquietantes. Con la puerta cerrada, la oscuridad se hizo absoluta. Peixoto dio

la luz. Pruden se acercó a un aparato de radio y lo encendió para amortiguar los ruidos. En ese momento hablaban de unos oficiales marroquíes que habían tratado de asesinar al rey Hassan II. Giró el dial y sonó música clásica. Txikia le ordenó que lo apagara.

—Déjate de músicas —dijo.

Enseguida oyeron pasos en la escalera. La puerta se abrió de pronto. Creyeron entonces que ya habían acabado allá abajo, pero el que apareció fue Hueso, sudoroso y extenuado.

—Llevamos casi una hora y nada. La cabeza me va a reventar a mí antes que a ellos, me cago en la puta.

Dio una patada a una silla, que salió volando hasta estrellarse contra el marco de una de las ventanas. Estaba parado en medio del salón y furioso, sin saber qué hacer.

—¿Y si no son policías? —se preguntó Monzón de repente, a sabiendas de que en todo lo que aconteciera a partir de ese momento la respuesta a esa pregunta sería absolutamente irrelevante.

A Hueso le palpitaban las sienes, tenía el rostro rojo y el volcán se había reactivado en su interior; quizá su estómago se había convertido en una sola úlcera en aquel momento. Rugía más que hablaba. Hasta Peixoto, siempre frío como un témpano, se sobresaltó al verlo tan fuera de sus casillas. Para calmarlo, Txikia le dijo que era la tensión de tantas horas, que le dejara hacer a Mamarrú. Pero Hueso volvió a pensar en Kepa, su obsesión, aunque menos que antes, porque ahora le había dado por pensar que esos dos, como había dicho Monzón, tal vez no fueran policías, sino solo dos infelices, como el desgraciado que yacía en el maletero, pero luchaba por apartar esa idea de su cabeza, no quería convencerse de ello ni por un instante.

—Juro que lo son, por mi *ama* Izaskun que lo son.

Luego musitó algo que todos entendieron como que había llegado la hora y que había que hacerlo a las bravas. A continuación, nada más decir eso, Hueso volvió a bajar al sótano a trompicones. Vio a Humberto en la silla, pero se fijó en Fernando, en el suelo junto a la caldera, con la cara hecha una llaga. Se acercó a la mesa, cogió un destornillador, se agachó y le sacó un ojo. El globo ocular de Fernando se deshizo.

24

4.55 h

El tiempo se detuvo.

Basacarte puso su pañuelo sobre la cuenca del ojo de Fernando porque sangraba demasiado. El joven gritaba ya sin fuerza hasta convertir su voz en un sonido anómalo y ronco. Humberto, desde la silla, temblaba y apenas entendía qué había ocurrido con su amigo porque todo era ruido dentro de su cabeza y tenía los párpados semicerrados.

Definitivamente, aquellos jóvenes ni eran policías ni sabían nada acerca de lo que les habían estado preguntando con tanta brutalidad. Mamarrú ya no tenía dudas, así que subió y se lo contó a Txikia:

—Estos, nada de nada.

Txikia chasqueó la lengua en señal de fastidio.

—Pues entonces, parad y un par de balas. ¿Cómo están?

—Mal. Míralo tú mismo.

Quiso bajar a verlos. Lo siguió Peixoto, siempre incómodo. Ni Monzón ni El Ruso se movieron del desastrado salón del caserío. Una vez abajo, cuando vieron lo del ojo, Txikia sacudió la cabeza y pensó que aquello era una burrada, pero a Hueso, aún con el destornillador en la mano, solo le recriminó que no se le hubiera ocurrido algo menos desagradable. Hueso, de espaldas y esquinado, no supo qué contestar.

Peixoto encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior y señaló al herido con un alzamiento de cabeza.

—Tápale también la boca —dijo imperturbable.

—¿Cómo? —preguntó Basacarte.

—Ponle esto —se adelantó Casero, pasándole el jirón de una manga de camisa que había encontrado en una bolsa con ropa debajo de la estantería.

Hacía unos minutos que los dos jóvenes ya no suplicaban.

5.00 h

Txikia no tardó en volver a subir. Su mirada se encontró con la de Monzón. Este terminó por comprender lo que ya se imaginaban todos, que habían cometido un error al confundir a aquellos chicos con policías, pero los hechos no se podían cambiar. Ninguno de los presentes se lo desmintió. Entonces Monzón se apresuró a decir:

—Oye, Eustakio, una cosa clara: que lo de hoy no se sepa nunca. Esto hay que jurarlo y sellarlo entre nosotros aquí mismo.

Txikia adquirió una expresión de profunda calma.

—No sabes nada de la gente, Telesforo.

5.05 h

Amanecía y llovía a ráfagas. La lluvia dejaba un intenso olor a hierba y a musgo en el ambiente. El frío húmedo penetraba hasta los huesos. Pruden, que vigilaba fuera de la casa, se daba palmadas en los brazos para entrar en calor. En el interior, una pálida luz azul se había filtrado por las rendijas de los postigos, pero en el sótano seguía siendo la misma noche todo el tiempo y solo olía a sudor y a desagüe.

Peixoto le puso a Basacarte una mano en el hombro e hizo un movimiento de cabeza que el otro interpretó como una señal para actuar. Sacó, pues, su pistola de la parte trasera del pantalón, la amartilló y, sin otra mediación, le pegó a Fernando un tiro de arriba abajo que le entró por el parietal izquierdo.

El disparo sonó muy fuerte y se oyó en el piso superior. La cabeza de Fernando rebotó al mismo tiempo sobre la caldera. Su cuerpo se convulsionó unos instantes y el ruido gutural que emitía dejó de sonar. Olió un poco a quemado.

5.09 h

Mamarrú, a su vez, apartado junto a Hueso al pie de la escalera, cogió su propia pistola, la Star, y quitó el seguro, pero se le encasquilló al apretar el gatillo a la altura de la nuca de Humberto.

Hueso, todavía nervioso, se la arrebató.

—Me cago en Dios —dijo—. Trae para acá.

Y apretó el gatillo. Hubo un clic y otro clic y un tercer clic. El arma se había encasquillado de nuevo varias veces.

—Estamos de igual a igual, venga, déjate de miedos, *txakurra* —dijo Hueso dirigiéndose a Humberto, cuya cabeza se vencía una y otra vez hacia delante agitada por el temblor.

Inopinadamente, Hueso se llevó la Star a su propia sien y se apuntó a sí mismo sin llegar a disparar. Fue un gesto involuntario, descontrolado. Sus compañeros lo miraban estupefactos por lo que acababa de hacer. Estuvo así unos segundos sin que Humberto reaccionara.

Luego bajó la pistola de su sien y volvió a apuntar a la nuca de Humberto. Disparó. Otra vez se produjo un sonido muy seco y súbito. Hueso lo mató así, como si jugara.

Dejaron, a continuación, los cadáveres en el sótano y todos subieron a la sala de arriba. Fue cuando vieron que el día, aún gris, empezaba a clarear.

5.15 h

Peixoto explicó que había que olvidar aquel asunto. Había sido un mal día

que les dejaría resaca, seguro, pero había que sacarlo de la memoria de cada uno de ellos. Un día que se esforzarán por no recordar, inexistente. En cuanto a los muertos, añadió, en realidad nunca sabrían de verdad si eran policías o no lo eran. Tal vez lo fueran o tal vez no. Eso ya casi era secundario, remachó. Para su propio convencimiento, Peixoto había decidido que sí lo eran, que eran unos cerdos, con todas las letras. Por tanto, habían hecho lo que tenían que hacer, una ejecución. Monzón improvisó un gesto de aprobación meneando la cabeza pese a que despreciaba al tuerto trotskista con todas sus fuerzas. Peixoto arguyó que así era el difícil camino para traer la *iraultza* y liberar al pueblo vasco de las mazmorras del fascismo. Lo decía con su voz nasal de papagayo que repetía con énfasis unas frases aprendidas. Proclamó: «*Gora Euskadi askatuta*». Los demás, incluido Monzón, respondieron «*Gora*» a media voz. Solo Basacarte se preguntó si no habrían matado a unos simples trabajadores. Entonces Peixoto le recordó que los trabajadores también podían ser chivatos y que esos jóvenes de hoy, por muy trabajadores que fueran, quizá podrían haber acabado siendo chivatos algún día.

—Nos hemos adelantado —concluyó al cabo, aunque creyó oportuno seguir con aquella especie de arenga—. El pueblo nunca se equivoca. Y nosotros somos el pueblo. El pueblo revolucionario y trabajador. Lo mejor es olvidar todo esto. Deshacernos de los cadáveres y seguir adelante. La máquina de la lucha armada en la que estamos no se puede parar. No hay otra realidad. ¿Tú qué dices, Eustakio?

—Cierto. No la hay —afirmó Txikia desde su huesudo rostro—. Solo la lucha. Y en esa estamos. Nos ha tocado vivir esta mala época. Tarde o temprano teníamos que matar.

5.25 h

Monzón se opuso a que los enterraran allí. Dijo que eso no sería bueno para la política de su causa. El Ruso sugirió echar cal viva sobre los cuerpos y luego prenderles fuego a los restos. Txikia se negó, eso produciría un olor sospechoso y, además, no tenían cal viva a mano, habría que hacerse con ella en algún lugar y llevaría un tiempo. Casero insinuó que podrían traerla de La

Sarre, la granja-vivero de Txomin en Garris.

—Para eso, los llevamos a Garris y los enterramos en el vivero —propuso Txikia, seguro de haber acertado—. Será lo mejor.

—Espera un momento. ¿No lo consultamos con Ezkerra? —preguntó Peixoto.

—No, esto lo decido yo y será así.

—Hay que darse prisa. Se hace de día y ya hay más circulación —advirtió Pruden, que entraba en ese momento después de haber estado echando un vistazo a los alrededores del caserío mientras tanto.

En el galpón de utensilios que había junto al estanque buscaron unos sacos para meter en ellos los cuerpos. No hallaron gran cosa, solo dos sacas de rafia trenzada, en las que introdujeron descalzos a Fernando y a Humberto. Ataron con varias cuerdas las mantas con las que habían envuelto el cadáver de Jorge en el maletero del Austin. Decidieron llevarlos al vivero de La Sarre en los mismos coches en que los habían traído. Como Txomin estaría aún durmiendo en el piso de Hueso en San Juan de Luz, Txikia llamó a Arantza, la mujer de Txomin, para avisarla de que iban a ir hasta allí y de que luego le darían más detalles, cosa de una hora como mucho. Pero Arantza, demasiado temprano aún, no cogió el teléfono.

6.00 h

Los dos coches, el Austin y el Renault 12, se perdieron de vista en dirección a la carretera después de oscilar por los baches de los charcos, lo que les había obligado a salir por la portalada lentamente. Les acompañaba el sonido de campanas dominicales de alguna iglesia, ladridos lejanos y motores de tractores de los caseríos más próximos. Parecía un cortejo fúnebre y ciertamente lo era.

En el maletero del Austin, en el que yacía Jorge, habían metido también el saco con el cuerpo de Humberto. En el del Renault iba el cadáver de Fernando. Mamarrú y Hueso se montaron en el primero; El Ruso, Casero y Basacarte en el segundo. Los demás se quedaron en la casa para recoger y

limpiar el sótano y eliminar cualquier rastro de la noche pasada.

El repaso fue rápido y concreto. Pruden regó con una manguera el zulo y el sótano, llevando la suciedad hacia la reja del imbornal que había en el centro de la habitación; fregó minuciosamente la silla plegable; metió en una bolsa de plástico las cuerdas y las cadenas manchadas de sangre; metió en la misma bolsa la ropa que les habían quitado a los jóvenes, así como sus zapatos; limpió las herramientas escupiendo sobre ellas y luego pasándoles un trapo de felpa; finalmente, devolvió la caja de herramientas a su hueco en la parte superior de la estantería. Txikia se encargó de buscar los dos casquillos de bala y de meterlos en uno de sus bolsillos para arrojarlos al mar en San Juan de Luz a la primera ocasión. Luego se ofreció a Pruden para ayudarlo. Peixoto y Monzón no hicieron nada. Esperaron en la sala sentados cada uno en un extremo del sofá. Una vez abiertos los postigos, los dos miraban, como en una sala de cine, hacia una de las ventanas desde las que se veía el campo y los eucaliptos del fondo y parte del tendido eléctrico entre brumas, más las copas de la hilera de plátanos de la pista forestal. Apenas si se dirigieron la palabra mutuamente para hacer alguna alusión a la lluvia y al frío. Solo cuando Txikia y Pruden subieron del sótano, Monzón comentó que estaba hambriento, pero enseguida matizó que «se debía a la ansiedad».

Peixoto se palmeó los muslos con fuerza y se levantó del sofá. Había que irse ya. Para él, pese a todo, lo positivo era que habían salvado *Ogro*. Txikia se detuvo y le recordó que no era así, porque aquellos chicos no eran policías, solo unos desgraciados que no sabían nada del asunto. Pero entonces Peixoto se volvió hacia su compañero y le espetó: «No serían policías para ti. Para mí lo eran».

6.40 h

En el Chrysler conducido por Pruden, Txikia no pudo evitar pensar que Peixoto se creía sus propias mentiras, y eso le llevó a evocar a Maitane. Una traidora, una chivata, seguramente que ella era así, pero él la había amado más de lo que ninguno de ellos podría sospechar. No se resistía al hecho de que había que acabar con ella, ni lo dudaba, incluso se lo había ordenado a

Hueso, sin embargo, mientras el Chrysler salía de Chantaco para entrar en la nacional transitada por esporádicos camiones, le venían a la cabeza imágenes de Maitane. Todas las imágenes que tenía de ella y con ella. Cómo podía llegar uno a confundirse.

Le costaba creer lo que le había dicho Hueso acerca de que ayer por la mañana había ido a verlo para que se largaran juntos. Hueso había llegado a la conclusión de que lo hacía para que él cayera en manos de la policía. Txikia no lo veía así, quizá solo fuera miedo por parte de la chica y buscaba un acompañante hasta pasar a España y luego despedirse de él para no volver a ver a ninguno de ellos nunca más. Irse a su casa y esconderse y enterrarse por mucho tiempo. Quizá buscaba en Hueso tan solo a alguien fuerte que la ayudara si había que liarse a tiros, y para eso Hueso daba seguridad, era sólido. Ahora decían Ezkerra y Peixoto que a Maitane le pagaba la policía, que hasta tal vez fuese una infiltrada. Probablemente fuera cierto, Txikia no tenía pruebas en contra. Debía dejar sus sentimientos aparte y asumir lo que había dicho antes a los suyos, en la sala del caserío de Monzón: era una lucha y en esa lucha estaban. Malos tiempos por vivir. No había otra realidad. No cabían enamoramientos. Maitane, aunque para él supusiera la gracia y el apego tierno de la mujer, era una traidora o lo acabaría siendo. Punto. Ningún titubeo a la hora de acabar con ella. Una manzana podrida y demás ejemplos que ponían los frailes, eso era Maitane. Y en ella pensaba Txikia y no en los jóvenes gallegos que habían matado hacía un par de horas y que ya eran historia y olvido para él. Pensaba en que ella también debía ser historia y olvido. Nunca sabrá Txikia que llevaba dentro un hijo suyo.

—¿Crees que Maitane habrá pasado ya al otro lado? —preguntó.

—¿Sigues dándole vueltas a lo de esa chica, Eustakio, con todo el daño que nos habrá hecho? —respondió Peixoto con otra pregunta.

—No, ya no. Me vino a la cabeza, pero no.

7.10 h

Durante el trayecto de vuelta a San Juan de Luz no intercambiaron ninguna palabra más. Solo Pruden avisó de que iban con reserva, pero que el depósito

aguantaba hasta llegar. A su lado, Monzón, sentado en el asiento delantero, miraba al frente y tamborileaba con sus dedos sobre el mango del paraguas que había recuperado; en ningún momento se volvió hacia Peixoto ni Txikia, ni siquiera cuando hablaron de Maitane entre ellos. Estaba contrariado, desde luego, pero también lo azuzaba el orgullo de haber vuelto a poner su granito de arena a disposición de las duras pruebas por las que la creación de la patria vasca se estaba viendo obligada a pasar. Toda esa violencia que tanto deploraban él y el cura Lartzabal, su amigo, era inevitable. En estos años habían muerto jóvenes de un lado y de otro, a los que ahora se sumaban los tres de esa mañana, policías o no, cuya sangre debía caer única y exclusivamente sobre la cabeza de los fascistas españoles y su guerra entablada contra los vascos desde hacía más de cien años.

El Chrysler se detuvo en la puerta de la Domine Baita, la casa de Monzón, y este se apeó del coche. Abrió el paraguas y, dirigiéndose a los del interior del coche, se despidió.

—*Agur*. Que tengáis un buen día —dijo, como diría cualquier otro domingo.

Poco después cruzó la calle con la intención de comprar unos *croissants* para desayunar. A su mujer le gustaban especialmente.

25

FERNANDO. La muerte le llegó en su máxima cota de estrés. Había leído una vez que en el último momento, antes de morir, el ser humano experimentaba un lapso brevísimo, apenas de milésimas de segundo, que el cerebro percibía extraordinariamente largo. Se parecía a lo que sucedía en los sueños, en los que la actividad onírica y cerebral se dilataba enormemente aunque su duración en tiempo real apenas duraba unos segundos, en concreto los últimos antes de despertar. Así sucedió con su muerte. Un maremágnum de sensaciones punzantes, umbrales del dolor rebasados, sordina de voces y gritos, más la adición de susurros feroces, exhortativos, tapados de repente por la dulce voz de su madre, sobre todo de su madre, irrumpiendo desde un remoto lugar de su memoria, se unían en una siniestra orquestación que culminaba con un grito suyo que no lograba proferir. Gritaba en cine mudo. Se iba a apartar de cuanto amaba, adiós a la vida, esa vida tan corta y engañosa que le había prometido tanto, pero no pensó exactamente en eso, porque tenía que elegir en qué pensaba y en qué no, en tan corto lapso de tiempo. Un resquicio lúcido en su cabeza le advertía de que tuerto —la verdadera extrañeza provenía de ese agudo dolor— no se podía ni pensar. Y él sabía que aquel dolor acuoso y visceral provenía de la pérdida de su ojo. Estaba echado de lado en el suelo, casi inconsciente, y solo quería salir ya de este mundo cuando, inconcebiblemente para él, había sucedido lo del ojo y entonces se perdió para siempre dentro de sí mismo, si ese sí mismo era lo que parecía: una sala de cine.

Todo se fraccionaba en su mente. Todo adquiriría formas nuevas en las que unas piezas se asociaban con otras irreconciliables, creando una insólita monstruosidad que le costaba imaginar, pero también abandonó ese pensamiento, porque otros lo invadieron de inmediato anteponiéndose. Sin ser

plenamente consciente, su organismo administraba los pensamientos en el brevísimo tiempo que le quedaba, pues el impacto y la quemazón y la trepanación ósea causada por un elemento extraño perforando a la máxima velocidad su parietal ya se había producido. El arma había sido disparada y aún su mente vivía una microeternidad en el microsegundo de vida que le regalaba la muerte antes del cortocircuito súbito y final.

Su cerebro vivía una película. *La película. La película* que había visto ese día con sus amigos, una película de propósito desequilibrado, en su opinión — el microsegundo previo a la muerte le permitía tener una opinión —, como eran siempre las cosas de la vida, y en ella aparecía Rosario, su madre, su querida madre, cuidándolo de niño, y aparecía Marlon Brando muriéndose, como él. Moría de un disparo —eso era lo que estaba sucediendo en realidad— como en *la película*, porque estaba dentro de la película, aunque a la vez se sabía fuera, sentado en la sala junto a sus compañeros Humberto y Jorge, cuyos rostros de pronto no quiso volverse a mirar por si no los reconocía; de hecho, ya había empezado a olvidarse de ellos y eso le causaba una sensación de ansiedad nada estimulante. Un impulso mayor, en ese urgente aprovechamiento del infinitesimal tiempo que le quedaba, le hacía alargar el brazo para tratar de tocar la pantalla con la punta de los dedos y acariciar la cara de su madre y tocar también a Marlon Brando. Y solo pudo llegar a rozar a este último, el cual, ante su tacto, se desvaneció en un sinfín de esquivas de purpurina dorada que caían mansamente sobre el niño que era él, Fernando, cuando era niño, también allí en la pantalla junto a su madre. Desde la sala, pronunció en ese instante la llamada a su madre: «¡mamá!». Era la palabra del mayor desvalimiento que podía concebir. La repitió varias veces, temiendo que su madre le notara algo raro en su forma de hablar y no creyera que era la voz de su hijo. Eso le dio mucho miedo. Luego notó una humedad en sus pies y vio que estaban metidos hasta los tobillos en una capa de estiércol oloroso, como en un establo. Por fin se atrevió y miró para ambos lados, donde estaban Humberto y Jorge, pero no eran ni Humberto ni Jorge, sino los rostros de dos desconocidos que empezaron a clavarle agujas en la cara, en las mejillas, en la lengua. «¡Mamá, mamá!», gritó de nuevo con su grito inaudible e insonoro. Vio que su madre, en la pantalla aún —el niño que era él había desaparecido—, se desmayaba al ver lo que le sucedía a su hijo en la sala y él hizo el amago de levantarse a socorrerla, pero más que la preocupación de liberarse

de los dos hombres que lo flanqueaban sin dejarlo levantarse de la butaca, le preocupaba sobre todo cómo no resbalarse en el estiércol antes de entrar en el espacio plano de las dos dimensiones de la pantalla. De inmediato, Rosario se despertó de nuevo y se dirigió a su hijo en el patio de butacas. Le quería tranquilizar diciéndole que ya se había acostumbrado a no sentir, que no era ni asco, ni furia, ni dolor exactamente lo que le causaba su desaparición, la zozobra de perderlo para siempre, sino una mezcla de confusión y de tristeza hasta la médula, esa ausencia prolongada suya que la había fulminado como un rayo... Fernando, asido por los dos hombres y desesperado, alcanzó a preguntar a su madre: «Mamá, despierta. Soy yo. ¿Me oyes? ¿Me puedes oír? ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que vaya a verte?». Rosario alzó la cabeza y prestó atención como si hubiera oído algo sin comprenderlo del todo y esperase el intervalo en que ese algo se repitiera, pero Fernando dejó de preguntarle nada a su madre. Y los dos, madre e hijo, estuvieron frente a frente, intuyéndose en aquella sala de cine donde proyectaban *la* película que había causado todo aquel desgarró infinito. «Me has dado un susto», le decía de pronto Marlon Brando, con quien se identificaba desde que le impresionó el llanto del personaje delante del cadáver de su mujer muerta, en la película. «¿Eres cazador?», le preguntó de nuevo Marlon Brando. Qué pregunta tan absurda, pensó Fernando, y quiso contestarle que no, que ni quería asustarlo ni era cazador, pero no lo dijo, porque, después del ruido del disparo, creyó que había quedado en la misma postura ridícula que Brando en el balcón de la casa de Maria Schneider y eso lo avergonzaba. Sin embargo, lo cierto era que Fernando no había oído ningún disparo cuando murió. Solo se produjo el cortocircuito súbito y final que desintegró todo aquel delirio.

HUMBERTO. El borde del abismo. Palpitaciones desbocadas. Quizá un gruñido aterrado. Nada de lógica, eso lo desesperaba aún más. Tenía que llegar al otro lado, la orilla. *La orilla*. Recordó de nuevo aquella canción: *Cuéntale a la orilla cómo has llegado, la orilla se asombrará*. El otro lado estará en paz: había que llegar allí. Entonces vio en la otra orilla su futuro.

Un futuro al que no llegaría nunca.

Se mezclaban las nubes, el viento las deshilachaba, llegaban nubarrones que se abrían en lluvia que, a su vez, se abría en tormenta y esta se huracanaba y todo volaba por los aires en un tifón que olía a podrido y a cloaca. Y de

pronto, el cielo se dividía en dos y el sol lo cubría todo. La fantasía de Humberto se prolongaba y eso le hacía creer que era feliz. Bajo sus pies se había formado un túnel al que había que bajar por unas escaleras, de cuyo fondo ascendía un rumor creciente que lo atraía. Se vio descendiendo por aquellos peldaños de tierra, porque se dio cuenta de que el túnel bajo sus pies se había abierto como la boca de una mina que se prolongaba hacia dentro a medida que avanzaba por ella. Cada vez más hondo. Pensó que quizá estuviera caminando hacia el infierno. El rumor de voces se hacía más y más fuerte. Ya distinguía unas voces de otras, luego estas voces se separaban de otras que eran gritos, y de otras que eran susurros. Entonces llegó a una colosal bóveda cuya dimensión se perdía a lo lejos sin que él pudiera ver hasta dónde llegaba. La bóveda tenía extrañas estalactitas, pero Humberto, al fijarse bien en ellas, descubrió que eran las puntas irregulares de una especie de raíces, eran los rizomas filamentosos de los árboles, arbustos, plantas o cualquier otra vegetación que hubiera en la superficie de la que él provenía. Se preguntó si alguna vez volvería allá arriba. De pronto, las voces fueron acelerándose, como cuando se incrementaban las revoluciones de una grabación, y terminaron expresándose en una sola, dulce, suave, femenina y hermosa voz que le dijo únicamente que se sentara, y se lo dijo sin ningún grado de exigencia perentoria o de autoridad imperativa, solo fue un «siéntate» tan seductor y cálido que Humberto, sin saber siquiera si al hacerlo habría detrás de él algún tipo de silla o de asiento, se sentó de inmediato y con fe. Y se sentó sobre algo. Algo al principio ni duro ni blando, algo que evidentemente no era una silla, ni un sofá, pero tampoco un banco de madera o un sitial de piedra. Sin embargo, aquella sede sobre la que estaban sus posaderas se movía como algo vivo. Tardó unos instantes en darse cuenta de que era un lomo, una espalda, no el lomo ni la espalda de una cabalgadura, como creyó al principio, sino una espalda humana, el torso de alguien que estaba a cuatro patas, tensionado para recibir su peso, pero enseguida relajado al acomodarse a él. Aquel torso humano comenzó a avanzar y ahora lo llevaba hacia una profundidad mayor, solo que en esta ocasión no eran peldaños lo que había que descender, sino que se deslizaba cuidadosamente por una rampa de tierra húmeda. En cierto momento, que Humberto no percibió con la suficiente claridad, la tierra se había convertido en un tejido similar a una tela grisácea, una tela que se volvía más y más blanda a medida que el torso humano que lo transportaba se adentraba por el túnel, dejando ya muy atrás la bóveda de las

raíces filamentosas. La tela se hizo tan mullida que dio paso a otro tipo de blandura igualmente grisácea. Humberto no pudo resistir la tentación de tocarla y para su sorpresa, al hacerlo, casi introdujo la mano entera hasta la muñeca en aquella masa reblandecida. Se percató entonces de que el tejido estaba surcado por algo que solo podría catalogarse como unas venillas, venillas de varios grosores y longitudes, venillas del color granate oscuro de la sangre. Al sacar la mano del tejido, esta estaba húmeda y membranosa. Se cercioró después de que lo que lo rodeaba era un túnel de volutas o nubes y alveolos grisáceos, acolchado y arborescente. El torso sobre el que iba sentado se detuvo y él, instintivamente, se bajó de él y se puso de pie. Tuvo que tener cuidado para no caerse porque el suelo, lejos de ser firme, era muy inestable y movedizo y lo obligaba a tambalearse. Fue en ese momento, o quizá ya desde un poco antes, cuando adquirió plena conciencia de estar en el interior de un cerebro. Aquel tejido era un cerebro. Y no le cabía la menor duda de que aquel cerebro en el que se encontraba era su propio cerebro. Incluso en ese punto concreto de la percepción de sí mismo se llevó la mano a la cabeza y se dio varios golpecitos en el cráneo, los cuales se convirtieron de repente en enormes vaivenes y sacudidas en el espacio en el que él se hallaba, un movimiento sísmico que hizo temblar el suelo bajo sus pies hasta hacerlo caer. Estaba fuera y dentro de sí mismo, y el espacio, desaparecido ya el torso de quien lo había llevado hasta allí —en realidad, vio claramente cómo había sido absorbido por el propio tejido sobre el que aquella persona se apoyaba a cuatro patas—, se volvió un receptáculo metálico, aún gris y con venillas, pero frío al tacto, y brillante y duro como el metal, un metal tan brillante que empezó a cegarlo. No veía absolutamente nada. Quiso dar un paso y hubo de alargar los brazos para no toparse contra algo indeseado, porque tuvo la sensación en ese momento de que allí no estaba solo, de que de repente había otra presencia. Quiso pronunciar la pregunta sobre si había alguien más ahí, pero no salió sonido alguno de su garganta. Se llevó las manos a la boca y al cuello, tratando de apretárselo inútilmente, pero no hubo ningún sonido ni su boca emitió la menor sílaba. Notó, para su estupor, que apenas podía dar un paso, porque las piernas no le respondían. No había reacción eléctrica al impulso volitivo del movimiento. Entonces, en vez de angustiarse, situación que estaba a punto de encarar ante su lamentable situación de parálisis, sonrió. Debilitado, porque su cuerpo, en realidad su estómago, le reclamaba que hacía mucho tiempo que no había ingerido ningún alimento ni sólido ni líquido,

experimentó una sensación de ingravidez y, al iniciar una elevación que lo hizo dar en el aire una involuntaria vuelta sobre sí mismo, flotando como dentro de un líquido en el que podía respirar perfectamente, se reafirmó que estaba en un sueño, porque en muchos de sus sueños, en un momento dado, su cuerpo tenía el poder de flotar y surcar el aire y ascender hasta los techos de las habitaciones, por ejemplo, e ir por las calles muy por encima de los transeúntes. Sonrió por eso, porque llegó a la conclusión de que estaba soñando. Y en algunos de sus sueños, o mejor dicho, en todos sus sueños, había un instante previo al despertar en el que adquiriría plena conciencia de que se iba a despertar, como si un sexto sentido onírico lo previniese de que en tres, dos, uno, ¡cero!, abriría los ojos, se despertaría y reconocería la realidad. Pero esta vez no ocurrió eso. Esta vez la sonrisa se congeló en su rostro y oyó un estruendo que llegaba de alguna parte de fuera del receptáculo metálico de su cerebro en el que se hallaba. Un estruendo que retumbó tan fuerte como un trueno cercano. Aquel estruendo se repitió dos veces. La tercera vez que retumbó, vio cómo sus uñas se prendían como fósforos, primero crepitando y echando chispitas festivas y humo, y luego, formándose en ellas unas nítidas, azuladas y evidentes llamitas que, al abrir las palmas de las manos y estirar los dedos, se volvían una tarta de cumpleaños. Entonces una voz distinta de la anterior, una voz más lenta y grave, masculina y paternal, le decía que apagase aquellas llamitas convertidas en velas de aniversario y que pidiera un deseo. Y el deseo que pidió fue... Qué importaba. La bala le atravesó el cráneo desde la parte superior del hueso occipital hasta salir, casi horizontalmente, por uno de los orificios nasals.

26

Los dos coches fueron a Garris. El vivero La Sarre estaba a unos 70 kilómetros de San Juan de Luz, un poco menos desde Chantaco. El itinerario no les era desconocido, ya habían hecho esa ruta con frecuencia: de Chantaco a Cambo-les-Bains por la carretera departamental 918; allí tomaron la dirección a Hasparren, donde cogieron la D-14, que pasaba por Méharin y las grutas de Isturitz, hasta Garris; era el camino más corto para llegar al vivero.

Por la ventanilla trasera del Renault, Basacarte miraba sin ver los campos en los que la lluvia había cesado y era relevada por una bruma fría. Durante unos minutos lo abstraigo de sus pensamientos el devenir sucesivo de las casas aisladas, las factorías madereras, las granjas de patos y las embotelladoras con las que se cruzaron en su camino. Parecían lugares translúcidos y gélidos, como si aquello fuera la Siberia de las películas. Allí por donde pasaban, y especialmente a esa hora tan temprana, no había ni un alma bajo el manto silencioso del domingo, y ese paisaje le transmitía a Basacarte una imprecisa tristeza. Quiso volver a pensar en su Idoia y recordó una excursión con ella al Jaizquíbel, años atrás. Qué felices eran entonces, pero enseguida llegó la política y la causa se impuso. Fue él quien se metió en la Organización, ella fue después, de cabeza, pero después.

Salió de su mutismo diciendo en voz muy baja algo así como que no se podía hacer retroceder el tiempo, pero no sabía si lo había pensado o lo había dicho, de lo abstraído que iba tratando de dejar vacía la mente.

—¿Qué dices? —le preguntó Casero, que era quien conducía—. Es que no te he oído.

—Decía que no se puede hacer retroceder el tiempo.

—No, eso no se puede —replicó Casero mirando a su compañero por el retrovisor—. Además, para qué. No jodas. Hay que tirar para delante, no vale

la pena mirar atrás.

Poco después, Casero añadió:

—Yo creo que todo tiene su hueco. Un hueco perfecto para colocar cada cosa como si ese hueco hubiera sido hecho tan solo para esa cosa. Ahora la cosa que toca es enterrar y a eso vamos, a enterrar. No pienses.

Basacarte no dijo nada. Si acaso, musitó para sí mismo que no, que no pensaba.

—A ver si es el último trabajo de este puto sábado —dijo, en cambio, El Ruso, cruzando los brazos y atento a la carretera.

Al llegar a Garris, conducidos por Mamarrú y Casero, los coches torcieron por una sinuosa carretera entre árboles y mal asfaltada. Hallaron un desvío con un letrero que indicaba: *La Sarre. Pépinière*. Al vivero se accedía por dos pistas de cemento a modo de entradas, una conducía hasta la casa y la otra, cuyo final era un barracón alejado, estaba destinada a los camiones y furgonetas que transportaban el material y los productos del vivero. Se adentraron por la pista que llevaba hasta la casa.

Arantza, la mujer de Txomin, era quien llevaba casi todo el trabajo de la granja. Más de una vez había pensado Arantza que aquella granja no era mal futuro para sus hijos. La ayudaban Borda y Tropa, dos liberados de la Organización que habían estado implicados en el robo de dinamita de Hernani. Esa mañana de domingo solo se encontraba en la granja Tropa, un tipo bajo y sin barbilla, que se hallaba en la cocina bebiendo un tazón de café con leche y un zumo embotellado sobre una mesa con mantel de hule.

Arantza se acababa de levantar y venía de echar un vistazo al cuarto de sus hijos antes de disponerse a dar de comer a los animales cuando oyó el motor de un coche. Lo primero que pensó fue que se trataba de Txomin, aunque no lo esperaba tan pronto, sino a la hora de comer. Sabía que Txomin había ido a la *biltzar* de jefes y le había dicho que se quedaría a dormir en la casa de Hueso y Sabin, como era su costumbre. Se extrañó, pues, de que aquel coche fuera el de su marido, porque si hubiera tenido que adelantar la venida, la habría llamado para avisarla.

—¿Para qué habéis venido tantos? ¿Qué pasa? —inquirió nada más salir a recibirlos.

Estaba un poco asustada y se temió que a Txomin le hubiera ocurrido algo. Quizá por eso mostró su habitual gesto desafiante, que en su rostro arrugado

pese a su juventud le hacía erguir la cabeza moviendo el cuello como si amasara la amargura.

—¿No te ha llamado Txikia? —le preguntó Hueso, tendiéndole la mano.

—¿Por qué habría de hacer? —repuso ella, con su acento rural.

Hueso, después de mirar a Mamarrú, le dijo que lo mejor era que no preguntara demasiado y que ya le explicaría Txomin cuando viniera. Adujo que tenían que guardar algo en un lugar seguro, pero no en la casa ni en el barracón, sino más lejos. Trepá, que había salido fuera de la cocina con el tazón de leche en la mano y se había reunido con ellos, se sorprendió también por su presencia. Sin embargo, entendió enseguida que había que actuar sin hacer preguntas, al fin y al cabo les unía una fraternidad cómplice.

—¿Tomáis algo? —preguntó Arantza, más amable—. Solo hay café con leche y zumo.

—No, ahora no. Hay prisa. Luego, ya veremos —contestó Hueso—. Oye, chica, nos harían falta algunas herramientas.

—Pues aquí hay de sobra —dijo Arantza—. Trepá, ¿te encargas tú? Voy a ver a los críos.

Trepá asintió. Al ver con ellos a Mamarrú, Arantza, que estaba tan metida en la Organización como lo estaba su marido, entendió que se trataría de un asunto de armas o de explosivos. Quizá habría que ocultarlos por una temporada, lo cual no la extrañó porque ya lo habían hecho más veces. Solo quiso saber por cuánto tiempo tendrían que tener allí lo que fuera que escondieran:

—¿Irá para largo?

—No preguntes, Arantza —respondió Hueso—. Pero como es tu casa, tienes derecho a saber que, por ahora, irá para largo.

Arantza, con orgullo de campesina, no preguntó más, así menos sabría si los pillaban, y se metió en la casa.

—¿Qué necesitáis? —preguntó Trepá cuando se quedó a solas con ellos.

Buscaban un lugar muy discreto donde enterrar algo. Trepá se puso a pensar un sitio y recordó de pronto uno cerca del canal de riego.

—No es un lugar muy frecuentado, más bien un ángulo muerto de la granja, por así decir —explicó.

Se trataba de un lugar en la zona de sombra del vivero, un sitio donde el

canal de riego formaba una curva para seguir el perímetro de los tablares de plantículas, lo que era el semillero propiamente dicho, una zona, además, aislada y bastante alejada del barracón y del tránsito de vehículos. También estaba alejada de donde habían aparcado los coches. Tendrían que llevar «los paquetes» —tal fue la expresión de Basacarte y la que hasta entonces todos habían empleado al referirse a los cadáveres— en unas carretillas. Acto seguido, fueron con Trepa al barracón a por las herramientas.

La otra construcción era ese barracón que hacía de taller, almacén y garaje para guardar la maquinaria; en la parte trasera había animales: gallinas, conejos, ánsares, alguna vaca; también se guardaban allí los sacos del pienso, así como los de fertilizantes y productos químicos, que eran los que causaban el intenso olor a orín y a amoníaco que flotaba en el ambiente.

Una tercera edificación aledaña guardaba las herramientas. Había también un váter con una ducha y dos cuartos pequeños con camastros. Los usaban los etarras cuando necesitaban esconderse o cuando se reunían allí a recibir cursillos de preparación. A Mamarrú aquel barracón le era familiar, estuvo allí en unos cursillos donde los formaban sobre objetivos revolucionarios, de los cuales había dos que siempre le hacían gracia: «hacer voladuras de monumentos fascistas y atacar centros de esparcimiento de la oligarquía». No sabía por qué, esas palabras le hacían reír, quizá porque le recordaban que una parte de su cometido era cargarse estatuas y joder vacaciones y eso le divertía.

Salieron de allí con dos palas, dos piochas y dos azadones. Luego recorrieron un largo trecho siguiendo uno de los lados del semillero de plantículas. Estaban bastante crecidas.

—Son brotes de frondosas: abedules, acacias, aliantos, moreras, robinias y muchos más. —Se creyó Trepa obligado a nombrar los árboles en ciernes más comunes. Ninguno de los cinco miró hacia el vivero ni mostró interés.

A lo largo de la marcha hubieron de sortear varios apilamientos de tablas, así como montones de estiércol, de arena y de tierra fertilizada; vieron algunas carretillas, bombas fumigadoras y regaderas de plástico. Echaron un vistazo a todo eso por si pudiera serles de alguna utilidad más tarde. Pronto encontraron el delgado canal de riego. Partía de la toma de agua de una gran tubería soterrada, cuya arqueta, bastante grande, se ubicaba dentro de una pequeña

caseta de ladrillo de un metro de altura. Avanzaron por el curso del canal unos doscientos metros, siempre hacia el sur, en dirección contraria a los barracones y a la casa, muy lejos, por tanto, de la carretera. Poco antes de llegar a la curva que formaba el canal, Trepa los apartó de su cauce y los condujo otros doscientos metros hacia un pequeño descampado, muy próximo a un bosquecillo de coníferas. Progresaron por la espesura unos veinte metros y empezaron a cavar donde Trepa les indicó. Hacía como pendiente.

Estuvieron cavando por turnos durante tres cuartos de hora. No hablaron entre ellos mientras tanto. Solo se oían los sonidos del esfuerzo y de la azada.

Basacarte pensó que Idoia no tardaría en llegar a Sokoa y en llamar a la puerta del padre Lartzabal, como hacía siempre. Creyéndolo en la cama, no se imaginaba en absoluto dónde estaba él ahora. Meditó brevemente si luego, cuando la viera, le contaría o no a su mujer todo lo que había sucedido esa noche del sábado. Tal vez deberían recibir alguna orden sobre cómo proceder en adelante. Quizá Mamarrú le diese luego instrucciones.

Por su parte, Hueso había templado el carácter; había desaparecido de su esófago y de su cabeza el volcán interior que había adquirido esa noche la forma de la venganza de Kepa y estaba preparado para no pensar más en aquellos tres jóvenes en cuanto hubieran echado sobre ellos la última palada. Al igual que Peixoto, se había convencido de que eran policías. No necesitaba más ni le daba más vueltas. Eso lo tranquilizaba y lo reconciliaba con la causa que había abrigado hasta la muerte. Incluso la suya, porque lo que nadie podría reprochar jamás a Hueso era que temiera a la muerte. Tal vez por eso la causaba en los otros, para buscar más rápidamente la suya. Ahora que estaban a punto de llegar al final, con esa falsa tumba abierta, ni siquiera se compadecía de aquellos tres jóvenes que iban a dejar su vida truncada en ese agujero que ahora estaban cavando.

—Hazlo profundo —dijo Hueso a Casero cuando daba tajos con la piocha.

Cavaron por fin un hoyo de un metro por dos. Como era cerca de los árboles, se topaban constantemente con las raíces y necesitaron un hacha para cortarlas. Cuando la zanja llegó a la altura del pecho de Hueso, la dieron por terminada y desanduvieron el camino para ir hasta los coches a por los cuerpos.

Le pidieron a Trepa que les dejara las carretillas y se quedara en la casa.

En ese momento intuyó lo que había en los sacos. Se acercó a Casero, a quien conocía más porque habían entrado juntos en ETA, y le tocó el brazo. Ante su mirada interrogadora, Casero le dijo a su compañero solo una palabra que el otro entendió sin rechistar: «*Txakurras*».

Usaron las dos carretillas para llevar los sacos y las mantas.

Primero El Ruso, Casero y Mamarrú llevaron los cuerpos de Jorge y de Humberto. No fue fácil porque el terreno era muy irregular y la distancia desde los coches demasiado larga. Una leve llovizna fría había empezado a caer de nuevo como alfileres y eso dificultó aún más la tarea. El segundo viaje con la carretilla lo hicieron Basacarte y Mamarrú transportando el cadáver de Fernando. Arantza y Trepa observaron aquellas maniobras desde la ventana de la parte trasera de la casa, que dominaba la pendiente hasta donde se hallaba la arqueta de riego, aunque en realidad solo vieron unas sacas de rafia y un bulto envuelto en unas mantas. Arantza siguió interpretándolo como un alijo de armas.

Echaron las sacas y el bulto de las mantas en el hoyo. Luego lo taparon con la misma tierra oscura que habían extraído. Antes de cubrirlo del todo, pusieron encima del agujero unas planchas de hojalata que se usaban para los tejadillos y demás protecciones contra el viento. Sobre las planchas vertieron una gruesa capa de arena y de tierra fertilizada, para que se cubriera de vegetación en poco tiempo.

Los enterraron al ras, sin formar montículo. Allanaron la tierra. La pisaron para apelmazarla. Esparcieron pedruscos por encima. Toda la operación les llevó una hora y quince minutos.

De cada detalle se informará luego a Ezquerria y a Txikia. Arantza no supo realmente nada. Ni lo sabrá. Txomin fue avisado por Txikia en San Juan de Luz cuando despertó y antes de que partiese para La Sarre, como tenía previsto. No puso ninguna objeción, pero, como era lógico, tampoco quiso saber el sitio exacto donde habían cavado.

Eran las 9.15 de la mañana. Quedaba todo el domingo por delante. Hueso palmeó el capó del Austin 1300 Victoria.

—Tenemos que hablar del coche.

Comprendieron que había llegado la hora de deshacerse del vehículo. Le

pidió a Casero que lo hiciera él. Este rezongó, la fatiga le impedía pensar bien, pero terminó aceptando, era cuestión de amor propio. Eligieron las Landas gasconas, a medio camino entre Bayona y Burdeos, no había mejor opción: un millón de hectáreas de bosques frondosos que formaban una red tupida de pinos marítimos donde era muy fácil extraviarse y extraviar cualquier cosa. Aquel terreno se lo tragaba todo, como un monstruo insaciable. Planearon que Casero condujera el coche hasta uno de sus remotos bosques. Allí lo quemaría. Estaría de regreso a mediodía y, si todo había ido bien, se verían al día siguiente y no hablarían más del asunto. Detrás del Austin iría Trepa con la DKW de Arantza para traer a Casero de vuelta y servirle de apoyo. Debían llevar dos o tres latas de gasolina y tenían que cambiarle las matrículas españolas por otras francesas. Por último, Hueso solo les recordó que llevaran cerillas. Los demás, muy cansados, volverían de regreso a Ciboure y a San Juan de Luz. *Agur. Agur.* En adelante, todos guardarían silencio.

Dos horas más tarde, Casero se hallaba en un lugar impreciso de Las Landas, a veinte kilómetros de Sore y a quince de Captieux. Se había desviado varias veces por laberínticos senderos por los que apenas cabía el coche hasta penetrar en parajes donde escaseaban los claros entre pinos y abetos. Trepa se quedó en la DKW bastante atrás para esperarlo cuando cumpliera su objetivo.

Una vez que decidió el lugar adecuado, Casero se bajó del Austin y caminó en círculo a lo largo de un diámetro de más de quinientos metros. No halló ninguna vivienda ni habitáculo ni se encontró con ninguna persona en su pesquisa. Se cercioró así de que no había nadie en los alrededores. Regresó al vehículo y procedió a sustituir las matrículas. Abrió el capó y limó el número de bastidor del motor hasta hacerlo ilegible.

Acto seguido, vació con detenimiento el interior del vehículo y fue metiendo en una bolsa de plástico todo lo que encontró: un ejemplar del *Selecciones del Reader's Digest* con la foto de un astronauta en la portada, una funda plastificada azul oscuro con la documentación del coche, un libro en italiano —lo hojeó para ver si había algo entre sus páginas y salió volando un sello postal ruso—, una caja con un lazo envuelta en papel de Biarritz Bonheur, tienda que conocía, una libreta pequeña y un bolígrafo Bic transparente sin caperuza, un cortaúñas, un mapa de carreteras del sur de

Francia, la funda vacía de unas gafas, un pequeño diccionario francés-español de Larousse, una cajetilla de Gitanes empezada, una pequeña rana de peluche, una linterna y una caja de recambio de bombillas del coche.

Rebuscando en la guantera, también encontró una pequeña carpeta rojiza que ponía «Ana», en cuyo interior, que Casero había abierto para ver qué contenía, Humberto había conservado algunas fotos de Ana, una postal de la playa de la Concha firmada por «tu Ana que te quiere», una felicitación navideña con «Feliz 1973, *sweet*. ¡Será el año más feliz de nuestras vidas!» también firmada por Ana, y una foto de la propia Ana abrazada a Humberto y dedicada por ella. No halló más objetos.

Sacó, a continuación, las dos latas de gasolina y roció el vehículo por dentro y por fuera; empapó las gabardinas que había dejado en el asiento de atrás para que avivaran las llamas. Prendió los fósforos de una caja de cerillas plana, con publicidad de la discoteca La Licorne, y la arrojó al interior. De inmediato, todo se incendió de una vez, produciendo una crepitación en aumento que ocasionó una intensa hoguera. Echó dentro de ella la bolsa de plástico con los objetos que había recogido antes. Luego se apartó unas decenas de metros y esperó a que explotase el depósito de gasolina del Austin.

Cuando lo hizo, causó un estallido claramente audible por Tropa, quien iba de camino al encuentro de Casero. Una vez allí, se puso junto a él y los dos permanecieron mucho rato sin hablar, mirando tan solo cómo el fuego consumía la carrocería, los asientos y los neumáticos del coche, ocasionando una columna de espeso humo negro que se perdía en los oscuros nubarrones del mediodía. No tardarían en descargar un aguacero.

Para cuando empezó a llover, el Austin prácticamente era un esqueleto de hierro humeante salpicado por todas partes por los minúsculos trozos de vidrio en que se habían desmenuzado los cristales.

Mientras el fuego ardía, Tropa, sin mirar a su compañero, le preguntó por Maitane, sin más motivo que la ocurrencia de la curiosidad, ya que hacía tiempo que no la veía. Casero, a quien intrigó que últimamente todos hablaran de ella, no se inmutó ni quiso saber a qué venía esa pregunta, tan solo aguardó unos segundos antes de responder con cierta sorna:

—¿Esa? Como si se ha muerto. Y si no, al tiempo.

Estuvieron contemplando la hoguera, hipnotizados, hasta que no quedó nada salvo el armazón del vehículo. Luego regresaron en la DKW y el humo,

que Casero se había vuelto a mirar, se había convertido en un hilo negro muy lejano.

Pasó un mes y sucedieron dos hechos:

1

El 19 de abril, Jueves Santo, hizo un día especialmente imparcial, en el que se alternaban un sol picante con unas lluvias tormentosas. Eso daba un brillo inusual a las calles y al verdor del monte que desde ellas se veía. La luz de primavera lo inundaba todo y a Eustakio Mendizábal, alias *Txikia*, le pareció un día hermoso que le recordaba sus tiempos de colegio, cuando aquella luz era un espectáculo. Sin embargo, no podía relajarse lo más mínimo, ni siquiera para recrearse en sus sensaciones de adolescente. No se hallaba en su refugio de San Juan de Luz, sino que estaba en Vizcaya, en el barrio de Matiko, de Bilbao, evitando a toda costa ser reconocido por la policía secreta, omnipresente y epidérmica en toda Euskal Herria.

Su presencia se debía a que no había tenido más remedio que exponerse a ser capturado al viajar allí a causa de las bajas por detención habidas en Guipúzcoa tras los últimos secuestros y atracos de ETA, prácticamente todos organizados por él. Era obvio que el temor manifestado por la cúpula a un incremento del número de confidentes y chivatos se estaba haciendo realidad.

Peixoto mismo también se había visto obligado a entrar en España por un cruce de *muga* seguro, y lo había hecho más de una vez, la última para encontrarse con Argala, ahora que todo lo de *Ogro* estaba en manos de Ezkerra y del propio Peixoto, aunque los planes se habían ralentizado por culpa de las

pugnas políticas internas. Era evidente que el peso decisorio de Txikia impedía que se diera vía libre a la idea de la ejecución de Carrero. El intento de secuestro en una tienda a la que el almirante acudía a menudo con su esposa había quedado en nada y eso lo había debilitado como objetivo. Txikia, no obstante, seguía en sus trece, persistiendo en que el secuestro del heredero de Franco les daría, de una manera práctica, muchos más réditos en capital humano y económico para la Organización. Era cuestión de preparación, oportunidad y audacia. Pero la división, cuando no la fragmentación, estaba servida en el directorio de la Organización. *Ogrono* avanzaba porque Txikia era el obstáculo.

Daban las seis y veinte de la tarde cuando Eustakio bajó hacia la estación de Matiko para tomar el suburbano de las 18.40 en dirección a Las Arenas y Plencia. Había estado todo el día escondido en un piso franco de dos *legales*, Endika y Miren, él fresador, ella profesora. Cada veinte minutos, con precaución, miraba por la ventana, cuyas persianas estaban siempre a medio bajar. La mayor parte del tiempo se sentaba al borde de la cama y pensaba o hacía crucigramas. A veces veía la televisión. Cualquier movimiento inesperado lo alertaba y echaba mano a la pistola que guardaba muy cerca de él. Era difícil dominar los nervios.

El lunes, tres días antes, había hablado por teléfono desde allí mismo con Peixoto. Este lo había citado para el jueves en la estación de Algorta. Le dijo de pronto que también estaría Maitane y le habló de ella y de lo que buscaba, según él. Con su habitual cinismo le desaconsejó la cita. Poco después Peixoto colgó. Txikia permaneció en silencio un rato con el auricular en la mano. Meditaba que era una locura apasionarse en tiempo de combates.

En el andén de Matiko, aguardó hasta el último segundo para subirse al tren, aún con las puertas abiertas, por si alguien lo seguía. Cuando sonó el silbato, dio un brinco y entró. Vestía con jersey naranja de punto grueso y una gabardina gris hasta las rodillas. Llevaba encima la Tokarev y la Star, como siempre, dos mejor que una.

Txikia se sentó junto a una mujer mayor que iba con un niño pequeño, tal vez su nieto. De repente se sintió muy a gusto, como si una relajación de toda la tensión anterior lo tratara de sumir en un sopor cálido y confortable que lo trasladaba a una remota sensación de su infancia. Pero enseguida meneó la cabeza: que no se le ocurriera bajar la guardia. No distaban más de trece

kilómetros hasta Las Arenas, el trayecto sería breve. No podía dormirse.

Recapacitó. ¿Maitane en la estación de Algorta? ¿Y para qué? ¿Qué quería? Volvió a hacerse las preguntas que le había hecho a Peixoto cuando este lo llamó. Peixoto se limitó a decirle que Maitane quería verlo, no sabía si para pasarle información o para tratar de volver con ellos. Obviamente, Txikia sospechó de aquella ingrátida propuesta, pero le pudo más el deseo de verla como fuera. Peixoto, que se lo había inventado todo, hizo su papel, seguro de que esa era la mejor tecla que tocar para provocarlo. «No vayas», le advirtió, a sabiendas de que el otro iría. Y el otro fue.

También la policía sabía que iría a Algorta. Pese a sus precauciones, lo estaban siguiendo desde que puso el pie en la estación de Matiko. La Jefatura Superior había recibido un soplo tres días antes, el mismo lunes en que Peixoto y Txikia concertaron la cita. Empezaron a buscarlo por algunos pueblos de Vizcaya, pero no dieron con él. Tuvieron que esperar al jueves 19 para seguirle la pista de modo certero. Varios agentes se habían introducido discretamente en la estación de la Aduana, la anterior a la de Matiko, de donde partía el tren. Calcularon cuál sería el convoy que tomaría. Cuando vieron a Txikia en el andén, contuvieron la respiración mientras estuvo allí parado, frente a la puerta del convoy, sin decidirse a entrar. Como por fin dio el paso, comprendieron que les había tocado el gordo. Había siete agentes dentro del tren.

Al llegar a Las Arenas, se bajó para enlazar con el suburbano de la línea Las Arenas-Plencia. La segunda estación, pasado el apeadero de Aiboa, era Algorta. Los siete agentes, confundidos con el resto de pasajeros, hicieron también el trasbordo. Él no se dio cuenta de aquel movimiento.

Sentado ahora en el vagón central, se puso a rememorar por qué estaba allí. Habían decidido preparar una acción poderosa, que una comisaría saltara por los aires utilizando una bomba en el *Aberri Eguna* de este año, y debían organizar la *ekintza* sobre el terreno, con atención. A ello se añadía, además, que Peixoto había tenido un encuentro con Argala, quien había venido desde Madrid en contra de la voluntad de Ezkerra. Según Peixoto, Argala necesitaba hablar con Txikia porque ni él ni Wilson se fiaban de nadie más. Sin embargo, Peixoto no le había confirmado que Argala estaría con él en la estación de Algorta, lo que tal vez significaba que lo recogería e irían a encontrarse con Argala en otro lugar.

El clima dentro de la Organización estaba muy enrarecido ideológicamente. Nacionalistas y obreristas se llevaban mal y todo estaba a punto de la escisión, si no la ruptura en grupúsculos nada operativos o, a lo sumo, perturbadores. Se reprochaban mutuamente apatía y aburguesamiento, lo cual era decepcionante. Los trotskistas, como Peixoto, indigestados de marxismo, pugnaban por una revolución que se alejaba del objetivo inicial de crear un Estado vasco soberano. Para ellos, el proletariado, además de luchar contra el capitalismo represor, debía impedir que la liberación nacional, por la que tanto se sacrificaba ETA, estuviera orientada y dirigida por los pequeños burgueses reformistas, entre los que contaban a los sindicatos. Lo verdaderamente importante era seguir adelante, se decía Txikia, enervándose ante la escisión en dos bandos que veía inevitable. Despreciaba cualquier otro impulso que no fuera la previsión y la estrategia, más una inquebrantable voluntad de vencer a toda costa y contra todo sentimentalismo. Si ETA fracasaba, no les esperaba la gloria, sino el ridículo. Recordaba sus propias palabras, tantas veces repetidas a sus compañeros para motivarlos, cuando les explicaba que, para crear un ejército revolucionario, solo había un camino, que era armarse hasta los dientes en comandos guerrilleros. Terminaba sus palabras con su frase favorita, copiada de Mao Tsé Tung: «Todo nace del fusil».

Todo, pues, nacía del fusil, incluido ese día.

De pronto, se percató de la presencia en el tren de uno o dos individuos que podrían perfectamente ser policías. Les delataba su aspecto falsamente indiferente, ciertos movimientos torpes en los bolsillos o cierta ausencia absoluta de movimientos, como autómatas de mirada huidiza. El convoy eléctrico tenía cuatro unidades. Los que él vio estaban en el último vagón y no iban juntos.

Tuvo dos ideas casi simultáneas: 1) accionar el freno de urgencia, abrir las puertas cuando el tren se detuviera y saltar a la vía para huir a toda velocidad, amparado por la sorpresa; 2) levantarse e ir rápidamente hasta el vagón de los policías y pegarles dos tiros a cada uno, aunque no estuvieran juntos y aunque ni siquiera fuesen policías, pero lo parecían tanto, como los tres chicos que eliminaron hacía apenas un mes en Francia. Quizá fue así, por qué no, quizá Txikia pensó en ese momento en los tres jóvenes de su misma edad a quienes había mandado torturar y matar. Ni siquiera llegó a saber cómo se llamaban.

El tren paró en Algorta. Bajaron varias personas. Él se quedó de los últimos, junto a una muchacha y a un hombre mayor, tal vez padre e hija. Miró hacia el andén. Había bastante gente porque esa tarde empezaban los días festivos de la Semana Santa. Distinguió a tres o cuatro más que podrían ser policías. Entonces, miró hacia atrás y vio que los otros dos *txakurras* que iban en el tren estaban demasiado cerca. Eligió huir hacia delante.

Se bajó a toda prisa, atropelló a la chica y a su padre, corrió hacia una de las puertas laterales de la estación, la que creyó más despejada. La gente era un improvisado e inocente parapeto. Buscó con la mirada a una mujer como Maitane. Había varias que se le parecían, aunque no podía fijar la atención en ninguna. Todas podrían serlo. O no. Muchas personas, al verlo correr y zigzaguear, se apartaban o alzaban el cuello para ver qué ocurría con aquella inesperada furia. Tropezó con una chica y luego con un par de hombres, desconocidos que protestaban o lo insultaban. Los siete policías también habían bajado del tren y finalmente habían formado un grupo numeroso con los otros policías que, dispersados, habían empezado la carrera en cuanto habían visto a Txikia acelerar el paso. Alguien dijo en voz alta que era el del jersey naranja y la gabardina gris. Un escalofrío recorrió toda la estación.

Salió del recinto ferroviario hacia la calzada. Los policías, ahora divididos en dos grupos, corrían tras él. Le gritaron que se detuviera. Txikia sacó la Tokarev y buscó parar un coche que estuviera en marcha. Apuntaba a la desesperada. Titubeó, no vio ninguno a mano. Oyó un disparo. Luego una ráfaga de subfusil. Luego un disparo nuevamente, este lo alcanzó y cayó entre dos coches aparcados. Le habían dado en un muslo y no pudo mantener el equilibrio.

Buscó protegerse entre los dos coches y la acera mojada (la acera brillante de su infancia). Alzó la Tokarev para disparar al bulto, pero un policía que llegó corriendo a su altura por la parte de atrás le disparó un tiro a boca jarro en la sien. El policía se llamaba Ramón Morán y se jactará luego de haber abatido al jefe de ETA. Ya muerto, Txikia fue arrastrado fuera del hueco donde se hallaba y esposado en mitad de la calzada. Era obvio que los funcionarios de la Jefatura Superior de Policía de Bilbao pretendían que todo el mundo los viera.

Fue trasladado en una ambulancia al Hospital Civil de Basurto, donde ingresó a las siete y media de la tarde. Txikia estaba muerto, pero se obligó a

los médicos de urgencia a que aparentaran que se le practicaba una transfusión de medio litro de sangre antes de explicar oficialmente que, pese a los esfuerzos de los facultativos, no había sido posible hacer nada salvo certificar su defunción a las 20.06 h.

En la estación, Txikia había creído ver a un hombre que cojeaba, con gafas, pero no era Peixoto. Este no estaba allí, nunca había estado. Había regresado a Francia después de haber visto a Argala, quien, a su vez, también se había marchado a Madrid en coche, ajeno a lo que iba a ocurrir esa tarde. Nadie pudo saber si poco antes Txikia pensó si su cara sería reconocible o sería la cara de otro, como era su obsesión. Hacía tiempo que le invadía la confusión sobre sí mismo. El caso era que, entre las pertenencias, le encontraron diverso material de camuflaje, lo justo para cambiar de aspecto en breve tiempo: un bigote postizo, unas patillas falsas, unas gafas sin graduar.

También le encontraron una pequeña libreta con forma de agenda de bolsillo de una Caja de Ahorros. No tenía más que algunas anotaciones irrelevantes que ocupaban la página entera, y, aunque fueron analizadas como frases en clave, no respondían a nada más que a datos aleatorios que le habían llamado la atención, tal vez fruto de los crucigramas, a los que era aficionado: una era «*Marengo*, nombre del caballo de Napoleón»; otra, «Apolo 17, foto de la Tierra azul, ¿qué astronauta?»; otra, «Único presidente de los Estados Unidos soltero: Buchanan»; había una «M» en ese mismo día 19 de marzo, quizá de «Maitane».

Fue una traición, todo el mundo lo sabía. Se dijo que a Txikia lo había delatado alguien cercano. Se señaló a Peixoto como el traidor. Lo cierto era que fingía ser leal a Txikia, pero en realidad le tenía una envidia enfermiza. Quería ser más jefe que él. Cuando se le presentó la ocasión, Peixoto mintió una vez más: sembró la duda al acusar a Maitane. Según sus palabras, fue ella quien le pidió que le dijera a Txikia que quería verlo en Algorta. Peixoto adujo que trató de embaucarlo a él también, atrapar a los dos en una sola jugada. Pero él no cayó en la trampa. Tampoco pudo avisar a tiempo a Txikia.

Nadie le creyó porque a Peixoto nadie lo podía tragar, todos lo odiaban. Sin embargo, los jefes como Ezkerra, Txomin o Josu Ternera lo asumieron como el peaje necesario para apartar el obstáculo que impedía el futuro. Al fin y al cabo, Txikia era un hombre de acción hosco y ambicioso, no un «pluma» calculador como ellos. Tenía dotes de mando, pero no era el líder que

necesitaba la ETA revolucionaria que iba a nacer. La desaparición de Eustakio despejaba el camino para su plan de ejecutar a Carrero Blanco. Ezkerra estuvo de acuerdo en pasar por alto las sospechas sobre Peixoto, calificándolas de «labor de intoxicación policial». Sabía también Ezkerra que Txikia era molesto porque había empezado a decir que ellos se estaban quedando con parte del dinero de los atracos y de los secuestros para su provecho personal. Lo mejor, mirar para otro lado.

Muchas veces se había preguntado Txikia cómo sería la vida si se perdiera la memoria. Pero no lo concebía. La memoria era la lumbre y el caserío, era la tierra y la voz, la jerarquía y la *ama*, la memoria era la que lo llevaba de la mano a justificar su existencia desde la noche de los tiempos, y la que le permitía ser quien era cada día, sin hacerse a sí mismo ningún reproche en estos tiempos duros y sacrificados, la memoria era la base de su existencia como vasco. El pasado. La tradición. La Historia. Vasca. No tener memoria era estar muerto. Telesforo Monzón lo cantaría en sus almibarados versos.

—Era como Lenin —dijo Ezkerra a Peixoto en el funeral que el padre Lartzabal ofició el domingo de Resurrección en su iglesia de Sokoia.

—Si tú lo dices... —repuso Peixoto—, entonces que sea nuestro Lenin.

2

El segundo hecho de aquel mes fue este: el 26 de abril, una semana después de la muerte de Txikia, la policía avisaba a las familias de Humberto Fouz, Fernando Quiroga y Jorge García. Al día siguiente, trasladadas a San Sebastián, el Secretario Provincial del Movimiento les informó de que muy probablemente la desaparición de sus hijos se debía a ETA y de que aún conservaban la esperanza de hallarlos con vida.

28

A finales de junio, dos hombres sentados en la arena de la playa de Maillouèyre, en las proximidades de Mimizan, en Las Landas, contemplaban el mar a última hora de la tarde. Estaban cansados y su mente se distraía con el entorno, donde pululaban aún personas desperdigadas por la inmensa franja de playa de la que ya habían desaparecido las sombrillas. Pronto se dispondrían a darse otro baño, que era lo que más deseaban en ese momento. Pero antes, miraban en silencio el mar calmado y fumaban como dos peones al término de la jornada.

A su alrededor se entrecruzaban lejanas voces, el eco de una queja y esporádicos gritos de niños que seguían jugando a esas horas. Algunos bañistas iban y venían de sus tiendas de campaña y de sus *roulottes* diseminadas donde terminaban las dunas y empezaba la parte con vegetación. Los dos hombres sentados en la arena se habían descalzado y estaban en traje de baño, pero uno llevaba aún la camisa (Casero) y el otro vestía un polo verde claro (Tropa). Hacía calor, aunque soplaba una brisa refrescante de inicio del verano y parecían ociosos, sin embargo no eran dos turistas.

Casero se entretenía formando pequeños montones de arena con la mano mientras Tropa observaba distraído a las chicas del camping, sin duda de otra clase social, por sus uñas pintadas y las marcas de los bikinis sobre el bronceado. Un niño se puso delante de ellos y los miró curioso antes de preguntarles con naturalidad si iban a bañarse. Casero hizo una mueca feroz con la cara y el niño salió corriendo. Tropa se rio de su gesto. «Eres todo un Herodes», dijo. «Putos niños de mierda», farfulló el otro.

Hacía un largo rato que estaban allí, como si no pensarán marcharse nunca; podrían pasar por ser los propietarios de la playa a la espera de que se vaciase de los turistas que quedaban para disfrutarla a sus anchas.

Acababan de llegar de un lugar bastante remoto del bosque, a unos siete kilómetros al norte de Mimizan. Su cansancio se debía a que habían estado conduciendo desde por la mañana por esa zona de Las Landas. Allí, en el bosque, habían enterrado una caja en la que habían introducido dos sacos y una manta que, previamente, habían desenterrado horas antes del vivero de La Sarre. Ambos sabían que en esos sacos y en esa manta había restos humanos, pero solo Casero podía decir a ciencia cierta a quiénes pertenecían.

Habían enterrado la caja muy lejos de donde, meses atrás, ellos mismos quemaron el Austin Victoria. Cuando todo había acabado e iban hacia la playa, Trepá trató de bromear diciendo que se habían convertido en unos «exploradores de Las Landas», a lo que Casero respondió que no dijera idioteces. Tal vez por su adusto carácter tenía asumido que nunca se debía bromear con la muerte.

Ahora, una vez hecho el trabajo, habían aparcado la DKW entre los árboles y habían ido caminando hasta aquella playa porque querían darse un baño en el mar, como si el mar tuviese un poder curativo. Se metieron en el agua y Casero experimentó una sensación placentera cuando se sumergió por entero y buceó un largo trecho inmerso en un silencio absoluto. Abrió los ojos bajo el agua, vio muy cerca las piernas de Trepá, de puntillas sobre el fondo. Era agradable estar allí, rodeado de líquido, como una protección, aunque fuera tan solo por unos segundos. La piel de ambos tenía un tono pálido irreal, casi translúcido. Al límite ya, tomó impulso hacia arriba y sacó del agua la cabeza abriendo la boca con avidez. A Trepá le admiró el tiempo que su compañero podía resistir sin respirar debajo del agua.

Luego, echados sobre la arena, Trepá volvió a hablarle a Casero del *basajaun*.

—Cuando estábamos cavando el hoyo —dijo—, creí que había alguien detrás y entonces pensé que podría ser el *basajaun*. No quise ni girarme.

—No digas chorradas, joder. El *basajaun* no existe. Ya no eres un crío.

—Existe, te lo digo yo.

Venían del bosque al que habían ido a enterrar la caja porque una semana antes así se lo había pedido Ezkerra personalmente a Casero. «Donde no la encuentre ni Dios», le había dicho.

Cuando habló con él, Ezkerra, que ahora ocupaba el puesto de mando de

Txikia, le había informado de la situación en el bar Euskalduna de la rue Pannecau, en Bayona. Todo se había visto afectado por el nombramiento de Carrero Blanco como Presidente del Gobierno. Había sido una sorpresa mayúscula, le dijo. Les obligaba a decidir si apresurar o no los preparativos de *Ogro*. La elección de Franco había sido tan inesperada que no tenían una idea clara sobre cómo continuar con sus planes. Lo único en que coincidían en la cúpula era en que la historia les brindaba la oportunidad de un gran golpe de efecto, quizá el definitivo. No podían fallar. Llevarlo a término con éxito sería «el regalo de ETA a la patria vasca». Así lo dijo Ezkerra. Pero este, de natural desconfiado, no se fiaba jamás de la buena suerte, por eso añadió que había un problema: Carrero tendría ahora más escolta y más seguridad y, por tanto, sería más difícil atacarlo. Por eso les había pedido a Argala y a Wilson, escondidos en un piso de Alcorcón, que siguieran buscando el punto flaco. «Tenerlo, lo tiene», le dijo Ezkerra a Casero. Este no se inmutó, tratando de comprender por qué su jefe le contaba esas cosas y adónde quería ir a parar.

—Me daría otro baño antes de irnos —dijo Tropa—. Ahora es como mejor está el agua.

—Adelante. Yo me quedaría pescando. Lástima no haber traído las cañas. ¿No tienes ninguna en la DKW, no, Tropa? Deberías meter.

—¡Qué voy a tener, si yo no pesco! Tampoco Txomin ni Borda. Y menos aún Arantza, que odia los peces.

—Lástima, cuando se fueran todos estos, aquí de noche se pescaría de puta madre.

Tropa echó a andar hacia la orilla y se metió de nuevo en el agua para darse otro chapuzón.

La hora se hacía más oscura. Casero, recostado sobre su codo sin dejar de espolvorear arena en montoncitos, siguió pensando en lo que le dijo Ezkerra en el Euskalduna.

Había mencionado a los tres *txakurras*, o no *txakurras*, qué más daba ya, que habían tenido que eliminar en marzo. Temía que esa historia disturbaba los objetivos que se habían marcado. En la cúpula les preocupaba mucho no controlar a los confidentes ni a los chivatos, porque los había por todas partes, y recordó el caso de Txikia, traicionado por Maitane, según suponían. Fue Peixoto quien le había llamado la atención a Ezkerra acerca del «patinazo con los tres *txakurras* de la discoteca». Tal fue la expresión que Ezkerra le

transmitió a Casero, y le explicó que Peixoto se refería a que se había corrido la voz de que tres jóvenes trabajadores españoles se habían encontrado con unos etarras que los habían confundido con policías y que se daba por cierto que los habían hecho desaparecer. Ya no era ningún secreto. Primero habían sido unos panfletos anónimos los que lo propalaban, luego algunos periódicos españoles se habían hecho eco de la noticia, remitiéndose a «fuentes confidenciales», que era un eufemismo de confidentes policiales.

Casero, entonces, se animó a contarle a Ezkerra que, como no había habido manera de que aquellos jóvenes dijeran que eran policías, Tomás le sacó un ojo con el destornillador a uno de ellos. «Tendrías que haber oído los gritos que daba el cabrón.» Ezkerra se quedó callado unos instantes. Nadie le había contado lo del ojo, no le gustaban esas formas tan crueles. Por su parte, Casero seguía sin entender lo que Ezkerra quería pedirle, pero no tuvo que esperar mucho.

Ezkerra prosiguió explicándole sus lucubraciones. Tanto para él como para Txomin y Peixoto, que se pusiera el foco de atención en que ETA mataba trabajadores era una mala noticia que a duras penas podrían rebatir por mucho que retorcieran las palabras en sus comunicados. Sin embargo, no tenían por qué responder a la provocación, bastaba con guardar silencio. Solo les preocupaba el incremento de controles en Euskadi. Caerían muchos de los suyos en esas redadas.

También les preocupaba que se abriera en Francia una investigación, lo que no sería difícil si le llegaba a la Gendarmería una denuncia de desaparición culpándolos a ellos como primeros sospechosos. Si había presión, acabarían metiendo las narices en el vivero de Garris y peinarían el terreno. No les convenía nada correr riesgos innecesarios, enfatizó Ezkerra. «¿Como cuáles?», preguntó Casero. «Como que vayan a husmear a La Sarre y aparezcamos como unos hijos de puta que matan a trabajadores. Sería demasiado macabro que aparecieran allí restos humanos y daría una imagen negativa de la Organización, ahora que se va a acelerar lo de *Ogro*. No conviene que hurguen en nuestras cosas y menos ahora.» Había, por tanto, que sacarlos de allí. «¿Para llevarlos adónde?», preguntó Casero. Ezkerra dijo que adonde llevaron el coche, a Las Landas. «Hacedlo Tropa y tú, los mismos de la otra vez.»

Desde el agua, Tropa veía diminuto a Casero. Calculó entonces que se

había alejado demasiado, la corriente que notaba en sus piernas era ya muy fría. Se asustó y empezó a bracear rápidamente hacia la orilla con gestos tentaculares, poseído por la sensación de que no avanzaba. Cuando estaba ya cerca e hizo pie, se tranquilizó y sonrió pensando que sería irónico ahogarse allí, tan cerca del bosque de Mimizan donde habían estado hacía unas horas y precisamente ese día.

—Cojones con el puto mar —le dijo a Casero al llegar junto a él con el pelo chorreando y empapado—, cómo te engaña.

Casero le contestó que tal vez el *basajaun*, escondido en alguna roca sumergida, tiraba de él hacia el fondo.

—El *basajaun* vive en el bosque. Tú ríete, ríete. Un día te lo encontrarás.

Casero sonrió ostensiblemente porque no creía en fantasmas y volvió a los montoncitos de arena.

Los desenterraron temprano esa mañana.

—No hay sosiego para estos muertos —había dicho Tropa en La Sarre cuando empezó a sacar arena del bosquecillo junto al canal de riego.

—Calla, Tropa —repuso Casero, sin ganas de conversar—, y concéntrate en lo que haces.

—¿A ti no te jode hacer esto?

—A mí me joden muchas cosas, pero hay que hacer lo que hay que hacer. Sigue. Nos queda mucho aún.

Metieron los sacos de plástico y la manta con los cadáveres de los tres jóvenes en una caja de madera cuadrada y plana. Solo ascendía un ligero olor a humedad densa y a tierra podrida. Dejaron el hoyo abierto, sin molestarse en rellenarlo. Acto seguido, clavetearon las esquinas de la caja. Esta no era excesivamente pesada. Txomin se acercó hasta allí cuando estaban cavando, pero se apartó cuando llevaron la caja hasta la DKW. Prefería no verlo porque era supersticioso.

—¿Y ahora adónde? —preguntó Tropa.

Casero tenía la orden de Ezkerra de llevar aquella caja «más allá de donde el coche». Naturalmente, Tropa comprendió que el día sería largo.

Había mucho tráfico ese día y circularon con extrema lentitud hasta que pudieron desviarse hacia carreteras secundarias alejadas de la costa,

prácticamente vacías. Casero estaba demasiado tenso mientras no se deshicieran de la caja. Trepa condujo a la vez que tarareaba canciones para ahuyentar los nervios. Hubo un momento en que Casero pensó que, aunque ya habían pasado tres meses desde que mataron a aquellos chicos, estos seguirían adheridos a su piel de por vida. Deseaba terminar de una vez con aquel maldito engorro.

Llegaron con la DKW a un sitio de helechos altos y tupidos matorrales. Se quitaron la ropa de cintura para arriba para trabajar mejor. Cavaron un hoyo profundo hasta el que arrastraron la caja y luego la introdujeron de lado, volcándola de una vez. Quedó encajada en el hoyo. Echaron la tierra que habían extraído más un saco de fertilizante encima. Allanaron el lugar con las palas y borraron las marcas que habían producido las aristas de la caja sobre el terreno. Todo había sido rápido y sencillo.

—Se acabó. Punto final —sentenció Casero, poniéndose de nuevo la camisa y sintiéndose profundamente relajado.

Fue entonces cuando Trepa dijo que tenía miedo de ver un *basajaun*. Casero no sabía de qué le hablaba porque desconocía la mitología vasca.

—¿Qué es un *basajaun*?

—Son hombres salvajes, de fuerza descomunal, que tienen todo el cuerpo cubierto de pelo como los animales. Son terroríficos. Pueden partir a un hombre en dos. Lo mejor es no encontrarse con ellos. Vagan por los bosques. Tal vez tengamos suerte y no nos vean.

—¿Y tú crees en esas gilipolleces, Trepa?

—Hay quienes los han visto. Mi *ama* los ha visto. —Lo dijo como si aquello lo explicara todo.

—Tu *ama* te ha mentado toda tu vida.

Casero echó las palas al fondo de la DKW y en ese instante, sudoroso y escéptico, pensó en el mar, que estaba tan cerca.

Era ya casi de noche y había bajado la temperatura, sin embargo había claridad y se veía el blancor de las olas. No sucedía nada. Trepa propuso darse un enésimo último baño, pero les entró pereza y siguieron allí, en la playa, sentados con la vista clavada en el oleaje que remitía con la marea y dejaba un rumor tranquilo que invitaba a abstraerse. Cualquiera diría que no tenían ni en qué pensar ni adónde ir.

Casero, taciturno, volvió a lamentar que Trepa no hubiera traído una caña de pescar. Se habría dejado llevar por el sosiego de aquel momento plácido, se dijo a sí mismo, quizá la única felicidad a la que hombres como ellos podrían aspirar, dado el camino áspero que habían elegido. Victoria o muerte, esas eran las palabras en las que se perdía su horizonte.

—Oye, Casero, dime una cosa: hemos enterrado a unos *txakurras*, ¿no? Porque esos eran *txakurras*, ¿no?

La voz de Trepa le desagradó por inoportuna. De pronto, Casero habría preferido estar completamente solo en ese momento, pero reconoció que ya nunca más estaría completamente solo. La voz de Trepa, tan especulativa, rompía la armonía con la vista del mar. Le recordaba que existía la realidad y que era viscosa e inhóspita —así era como él la sentía— y lo atrapaba e inmovilizaba. Tal vez por eso no se movía de esa playa de la que todo el mundo ya se habría ido y en la que adivinó que permanecían tan solo ellos dos como unos vagabundos o unos marginados sin domicilio conocido. Inspiró profundamente antes de responder:

—Trepa, es agua pasada. No preguntes.

—Pero ¿eran *txakurras* o no eran *txakurras*?

—¿Y qué si no lo eran? Te diré algo, Trepa: ni siquiera me importa. Eran españoles, ¿no? Pues lo mismo da.

—O sea, que ahora somos unos enterradores de *txakurras* que no son *txakurras*, dicho en plata.

Para Casero, Trepa era demasiado crédulo aún o tal vez demasiado cretino, sin embargo pensó que un tipo que esperaba ver un *basajaun* en cualquier momento también podía enterrar enemigos sin replicar, así que siempre sería uno de los suyos. Bastaba con el uso que se hiciera de las palabras. Victoria o muerte. Ese era el nexa. Todo consistía en el uso de las palabras adecuadas, como las que decía Monzón.

—No, Trepa, solo era una caja. Hemos enterrado una caja. No te líes.

—Con los restos de tres *txakurras* dentro.

—¿Tú los has visto?

—No, claro que no.

—Pues entonces solo era una caja. No pienses más, no conduce a nada. Mira a tu alrededor. Es de noche y todo está tranquilo.

Al cabo de un rato, después de encender dos cigarrillos a la vez, Casero le pasó uno, le dio una palmada en el hombro y le dijo que la lucha armada no había hecho más que empezar. Siguieron sentados en aquella playa mucho tiempo todavía.

EPÍLOGO

«Dentro de mil años, nada de esto habrá tenido lugar.» Con esta frase se despidió Peixoto de Txikia la mañana del domingo 25 de marzo de 1973, después de haber dejado a Telesforo Monzón en su casa. Hoy Peixoto vive en un pequeño pueblo del sur de Francia cercano a Mauléon. Nunca nadie le ha molestado. Tampoco se sabe la razón exacta por la que siempre ha sido despreciado por sus compañeros de la Organización terrorista. Sin embargo, las sospechas son abundantes.

En 1974, Peixoto le reconoció a Mikel Lejarza, entonces infiltrado en ETA con el nombre de *Gorka* (conocido como *Lobo* para los servicios secretos españoles) que ellos habían torturado y asesinado a los tres jóvenes gallegos, aduciendo que a uno lo mataron de un botellazo y a otro le sacaron un ojo con un destornillador. Aportó detalles propios de un testigo presencial. Se burló de los gritos que daban.

El 28 de septiembre de 1973, en el Hospital Civil Generalísimo Franco de Bilbao, habitación n.º 13 del Pabellón Revilla, interrogaron a Jesús María Zabarte Arregui (*Bigotes, Garratz*), proveniente de la Jefatura Superior de Policía de Bilbao, donde estaba detenido. Fue trasladado al hospital para efectuarle una cura. El interrogatorio, entre otras cuestiones, versó sobre el asunto de los jóvenes torturados. Zabarte reconoció que le había preguntado a su amigo Tomás Pérez Revilla sobre ellos y este respondió: «Cuanto menos se sepa del asunto, mucho mejor», alegando Zabarte que comprendió en ese momento que «algo raro sucedía y no quise hacerle más preguntas». Zabarte siempre protegió y amparó a Hueso.

Tomás Pérez Revilla, *Hueso*, falleció en 1984, días después de haber sido víctima de un atentado del GAL en Biarritz.

También se cree fallecidos a Ceferino Arévalo, *El Ruso*, a Jesús de la

Fuente, *Basacarte*, y a Manuel Murúa, *Casero*. Este último, preguntado en cierta ocasión por el paradero de los tres jóvenes, llegó a decir a un periodista, con absoluto cinismo, que «era probable que estuvieran sepultados en La Sarre, junto a la reguera», consciente de que los cuerpos que él enterró ya no estaban allí.

Trepa (cuyo nombre era Francisco Zulaika) falleció en 2005.

Domingo Iturbe, *Txomin*, falleció en Argelia en 1987.

Telesforo Monzón falleció en Bayona en 1981. Tuvo un gran entierro.

Iñaki Múgica, *Ezkerra*, vive en San Sebastián, ha sido editor y ha pagado sus deudas con la justicia. Guarda un silencio sepulcral acerca de los tres jóvenes asesinados.

Isidro Garalde, *Mamarrú*, vive en Ondarroa. Ha pagado sus deudas con la justicia. No habla de su pasado.

Prudencio Sudupe, *Pruden*, vive ilocalizable en algún lugar de España.

Maitane, cuyo verdadero nombre se ha mantenido en secreto, vive actualmente en una residencia de ancianos del norte de Navarra.

El almirante Luis Carrero Blanco saltó por los aires el 20 de diciembre de 1973, víctima de un atentado de ETA que cambió la historia de España.

Nunca se encontraron las dos chapas con la matrícula C-2143-B del Austin 1300 Victoria. Podría ser que, como muchas otras de la época, acabaran en una chatarrería de Ménilmontant, París, cuyo dueño era natural de Saint-Palais.

ETA guarda silencio. Ni ha reconocido ni ha negado aún su responsabilidad en estos asesinatos.

Los restos de Humberto, Fernando y Jorge jamás han sido hallados.

GLOSARIO

abertzale: patriota.

agur: adiós.

aitona: abuelo.

ama: madre.

belarrimotza: oreja-corta, término despectivo para denominar a los que solo hablan castellano.

biltzar: reunión.

bikote: pareja.

egun on: buenos días.

ekintza: acción aplicada a un atentado.

emakume soldatuak: mujeres soldados.

entzun: oye.

Enbata: «galerna», nombre de una publicación nacionalista vasca publicada en el País Vasco francés.

etxebarne: casa interior.

gudari: soldado vasco.

haurrak: niños.

hiltzaileak: asesinos.

kaixo: hola.

kaixo zer moduz: hola, ¿cómo estás?

kontuz: cuidado.

muga: frontera.

mugalari: pasador de frontera.

neska: chica.

picolo: término despectivo para denominar a los miembros de la Guardia Civil.

talde: grupo en sentido de comando.

txakur: perra.

txakurra: perro, término despectivo para denominar a los miembros de la policía española.

Zutabe: «pilar», boletín interno de la organización terrorista ETA.

Zutik: «en pie», boletín informativo de la organización terrorista ETA.

AGRADECIMIENTO

Esta novela está en deuda con una serie de personas, tanto en España como en Francia, cuyo testimonio y contribución al esclarecimiento de los hechos ha sido fundamental para crear una aproximación a la verdad. Por razones obvias, sus nombres no pueden figurar aquí, pero sí mi agradecimiento a cada una de ellas.

EL AUTOR